



Pieeles

Erika Fiorucci

Pieles

Erika Fiorucci

ÍNDICE

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Agradecimientos](#)

SINOPSIS

Vittoria Fera es la perfecta descripción de la mejor amiga de cualquier heroína de novela: hermosa, rica, fiestera y un poco «ligera de cascos». Es su mejor fachada, la piel que usa todos los días en la universidad para que sus compañeros no noten que es diferente, que hay un extraño depredador entre ellos.

Sin embargo, por más corriente que aparente ser, no puede engañarse a sí misma. No es normal entre sus compañeros de universidad, pero tampoco es normal en casa. «defectuosa», «incompleta», «débil», «incontrolable», son palabras que ha escuchado desde que era niña, susurradas a su paso, acompañadas con miradas de pena.

Vive en una especie de limbo, sin pertenecer realmente a ningún lado, usando en su voluntario exilio esa máscara de heredera malcriada a la que su pueblo le quedó pequeño, convenciéndose de que no lo extraña... hasta que le ordenan regresar.

Algo está mal en la cerrada comunidad en las cercanías del Bosque Nacional Roosevelt en Colorado, algo que pone a los suyos nerviosos, en alerta; una amenaza sin nombre más peligrosa que ellos mismos.

Algunas veces los monstruos no son únicamente los que se esconden entre las sombras y tienen garras y colmillos. Algunas veces, simplemente caminan a tu lado, con tu misma piel, sonriéndote cada día hasta que están listos para llevarte.

Título: Pielés

© 2018, Erika Fiorucci

©De los textos: Erika Fiorucci

Ilustración de portada: Patricia Fiorucci Rios

1ª edición

Todos los derechos reservados

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de los titulares, salvo excepción prevista en la ley.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personas, lugares y situaciones son parte de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas vivas o muertas, establecimientos comerciales o hechos es pura coincidencia.

CAPÍTULO 1

«Huevos con beicon».

El olor del desayuno sacó a Vittoria del mundo de los sueños mucho antes de que el despertador cumpliera con esa función. Se estiró bajo las mantas maldiciendo que su agudo sentido del olfato pudiera más, incluso, que su deseo de pasar algunos minutos adicionales calentita bajo los cobertores.

Siempre alerta, espizó su entorno sin dar evidencia de que su cuerpo estaba totalmente despierto. Aunque su mente sabía que allí no tenía nada que temer, no estar nunca desprevenida era algo tan innato en ella como respirar.

Antes de que su mirada se enfocara en el bulto de la cama vecina, y tan solo debido a su respiración, lenta y profunda, supo que su compañera de habitación seguía durmiendo plácidamente. Para cualquier otra persona hubiese sido difícil saberlo ya que sólo una mata de rizos rojos sobresalía del ovillo de tela.

—¡Arriba Scarlett! —dijo Vittoria tratando de sonar como la animadora que nunca fue y le lanzó a su amiga una almohada que impactó en el lugar donde debía estar su cara.

Scarlett se removió bajo los cobertores acusando el golpe, pero negándose a darse por enterada y tener así que abandonar su cálido refugio y ¿quién podía culparla? Afuera el clima estaba lo suficientemente frío como cualquier buena mañana de diciembre ameritaba.

—Nos perderemos el desayuno y algo me dice que estará bueno...
—la tentó.

—¿Hmmm?

—Créeme. Huevos, beicon y chocolate caliente —insistió ahora parada frente a la cama vecina, mientras halaba las mantas hasta dejar a su compañera cubierta únicamente con un pijama de algodón a rayas.

—Es el último día Vitti, seguro nos darán sobras —protestó Scarlett aún hecha un revoltijo, negándose a abrir los ojos.

—Nada de eso. Lo sé. Recuerda que soy psíquica.

Sin esperar obtener mayor respuesta y dejando que el frío se hiciese cargo de la modorra de Scarlett, Vittoria se apoderó del baño.

Una vez que la puerta estuvo cerrada pudo cesar su actuación animada y optimista.

Deseando posponer su partida lo más posible, se dio una larga ducha en la que intentó enumerar, por enésima vez, las razones por las cuales era bueno volver a casa. Aún después de haber terminado el baño, secado su cabello y aplicado el maquillaje, no estaba del todo convencida.

Al regresar a la habitación, Scarlett ya estaba levantada, pero se negaba a iniciar el día. Tercamente permanecía enrollada en un cobertor frente a la ventana con una mirada tan aprehensiva que daba pena.

—Al mal paso darle prisa —dijo Vittoria tratando de animarla con el mismo comentario que había intentado poner en práctica desde que salió de la cama obligada por el olor de la comida.

—¿Por qué no tienes resaca? —le preguntó Scarlett sin mirarla—. Te escuché llegar anoche cerca de las tres de la madrugada y no creo que estuvieras reunida con un grupo de estudio.

—Tomé mi remedio patentado: un gran vaso de agua y un Alka

Seltzer antes de dormir. Nunca falla.

—Eso sólo te funciona a ti.

Con un suspiro Scarlett dejó caer el cobertor, tomó la cesta de aseo que compartían y sin decir una palabra se encerró en el baño.

Vittoria sabía que Scarlett odiaba ir a casa por vacaciones, quizás incluso más que ella, aunque las razones no eran las mismas.

Scarlett Ford era una estudiante becada en la *Colorado State University* y volver a su realidad, quedarse en un cuchitril en Denver con una madre alcohólica que cambiaba de novio más frecuentemente que de pantalones y un hermano que vendía drogas en el patio trasero, no era motivo de celebración.

En el caso de Vittoria no se trataba de una familia disfuncional ni tampoco de que los Fera no amaran a su hija o que ella no los extrañara. Se trataba solamente que estando en casa era mucho más evidente que no era como el resto y eso le hacía daño.

En la universidad podía disimular. En tres años y medio nadie se había dado cuenta que había un extraño depredador entre ellos. Allí era la perfecta descripción de la mejor amiga de cualquier heroína de novela: hermosa, rica, fiestera y un poco «ligera de cascos»; pero en casa todos sabían que era «defectuosa» y el entorno era un recordatorio constante de su propia decepción.

Desde que les asignaron una habitación juntas en la residencia estudiantil, Vittoria había usado a su compañera como tapadera para evitar encontrarse con sus demonios. Sólo estaba en casa durante las vacaciones el tiempo necesario para evitar que su incomodidad fuese evidente para su familia, y aduciendo su deber de buena samaritana, se llevaba a Scarlett a pasar temporadas en la playa en California o en casa de sus abuelos maternos en Florida donde se sentía menos

inadecuada.

Pero esta vez no había posibilidades de escapar. La orden había sido directa y ni siquiera ella, bien conocida por saltarse los dictámenes familiares a diestra y siniestra, podía pasarla por alto.

Una vez que Scarlett se tomó todo el tiempo posible para vestirse y empacar las pocas pertenencias que aún quedaban desperdigadas en los cajones, Vittoria la ayudó a arrastrar sus dos bolsos de viaje hasta la sala común donde los recogerían después del desayuno. Ella, por su parte, sólo llevaba un pequeño morral anaranjado, de diseñador obviamente, pues su familia había enviado por sus cosas con antelación, imposibilitándole cualquier evasión de última hora.

—Tienes un contacto en la cocina ¿no es cierto? —preguntó Scarlett en lo que entraron al comedor estudiantil echando un vistazo a las bandejas de los otros estudiantes—. Nunca antes nos habían servido chocolate caliente.

Vittoria esbozó su mejor sonrisa de niña traviesa mientras sentía que la boca se le hacía agua ante la concentración de olores. Segundos atrás no tenía hambre, ahora podía arrancarle el plato a cualquiera que pasara frente a ella.

Tratando de guardar la compostura y agradeciendo lo corto de la fila, rellenoó su plato con porciones de huevo y beicon suficientes para saciar a toda la línea defensiva del equipo de fútbol.

A pesar de que estaba muy concentrada en devorar el desayuno, o tal vez por esa misma razón, sintió que alguien se le acercaba por la espalda. Su olor, así como los acelerados latidos de su corazón le dijeron quién era y, a pesar de que no entrañaba ningún peligro, puso sus codos sobre la mesa, uno a cada lado de su bandeja, y enlazó sus manos bajo su barbilla.

Para cualquiera era sólo un movimiento ordinario, una pausa tal vez no muy educada durante la comida; para ella, muy a su pesar, era una forma instintiva de defender el alimento.

—Te he dicho que es de mala educación intentar sorprender a las personas por la espalda —dijo Vittoria sin poder ocultar de su voz la complacencia de que no pudieran tomarla desprevenida.

—Siempre me preguntaré cómo lo haces. —Una voz masculina, con un ligero toque de decepción sonó a sus espaldas, justo antes de estamparle un beso en el tope de su cabeza.

Vittoria escuchó cómo se aceleraron los latidos de más de una al momento que Dux Ludis, capitán del equipo de Lacrosse y estudiante de Negocios y Finanzas, como ella, dio la vuelta a la mesa y se sentó.

Dux era uno de los chicos más apetecibles del campus desde todo humano punto de vista. Era, físicamente, el perfecto estereotipo del atleta de buena cuna: alto y bien formado, con una sonrisa ideal para vender dentífrico y un cabello castaño ligeramente ensortijado; pero su mejor atributo era, precisamente, no ser un estereotipo.

Dux era buena gente y buen estudiante. Nada de esos que creen que la vida universitaria consiste en emborracharse y acostarse con una chica diferente cada noche. Vittoria lo sabía de buena fuente pues fue él quien se ocupó de ese «pequeño asunto» de su virginidad para que pudiera tener una experiencia universitaria como la había planeado y, contrario a lo esperado, el pobre muchacho se quedó revoloteando a su alrededor mirándola con ojitos de carnero degollado.

No era que Dux no le gustase. El problema era ella. Su mente le decía era el candidato perfecto porque era «normal» y también «un buen muchacho», uno que eventualmente tendría una carrera exitosa

y que, de llegar a una etapa más seria, no tendría ningún tipo de problema en poner una roca enorme en su dedo, casarse en una boda de cuentos de hadas y llevarla a vivir en una casa con todo y cerca blanca. No obstante, eso era precisamente lo que evitaba que se le curvaran los dedos o dejara de pensar, lanzándose de lleno a sus brazos. A fin de cuentas, ella era más peligrosa que él y eso le quitaba cualquier encanto a la relación.

Por más corriente que quisiera aparentar ser, no podía engañarse a sí misma. No era normal entre sus compañeros de universidad, pero lo más triste era que tampoco era normal en casa. Simplemente era un bicho raro y esa fachada de «soy una niña rica y no me importa nada», podía ser mantenida siempre y cuando no dejara a nadie acercarse lo suficiente.

—No he conocido a una chica que pueda comer así y tener esa figura —dijo Dux mirando atónito el plato de Vittoria que, aún en ese momento cuando ya había despachado buena parte, contenía el doble de comida que el de él.

—Sus abuelos son italianos —le respondió Scarlett encogiéndose de hombros como si eso fuese explicación suficiente—, por eso la gordura se le va a los sitios adecuados.

—Sólo estoy comiendo proteínas —soltó Vittoria en una de las respuestas aprendida de una revista que se había acostumbrado a dar —, si no mezclas los grupos de alimentos no engordas.

Una vez que el desayuno terminó sin, afortunadamente, ninguna otra insinuación sobre su dieta; Dux, por siempre caballeroso, las ayudó a sacar el equipaje al patio.

Haciendo honor a la verdad, Vitti sabía que podía hacerse cargo de los dos bolsos de Scarlett y su mochila anaranjada con menos esfuerzo

que Dux. Incluso podía cargarlos y salir trotando, pero su fuerza física era otra de las cosas que ocultaba celosamente. Para sus compañeros era tan débil como cualquier otra chica normal de veintidós años que no hacía ningún tipo ejercicio más que perseguir ofertas en los Centros Comerciales y podía tener un arranque si se le quebraba una uña.

Toda una heredera malcriada.

Esa era su coartada, una que había ejercido tan cuidadosamente que, la mayoría de las veces, no tenía ni siquiera que actuar.

Se sentaron en una banca con los bolsos a sus pies viendo como el estacionamiento comenzaba a llenarse de familiares, de compañeros que se despedían y de conversaciones aisladas sobre las actividades preparadas para el receso invernal.

Vittoria solamente vio el paisaje.

La universidad, ubicada en Fort Collins, estaba lo suficientemente cerca de casa para que pudiera ver las montañas a lo lejos. Esa imponente masa boscosa que era el Parque Nacional Roosevelt era la única indulgencia que se había permitido en su voluntario exilio. El aroma del aire libre, sobre todo en las mañanas frías cuando todo parecía estar aún más limpio, era algo que siempre la tranquilizaba, la ponía en contacto con, por decirlo de alguna manera, su código genético. Era allí, a campo abierto, donde se sentía en su elemento.

No obstante, esa fantasía de que era libre y controlaba su propia vida pronto llegaría a su fin. Estaba en la mitad de su último año y, con toda seguridad, después de la graduación comenzaría a trabajar como aprendiz en la empresa familiar y viviría en casa de sus padres hasta que se casara con un candidato adecuado. Uno al que pudiera darle hijos sin preocuparse de que le fueran a arrancar la cabeza cuando les prohibiera salir a jugar o los mandara a bañarse al final del

día.

Esa era la regla más importante para alguien de su posición: Nada de vivir sola en una gran ciudad, nada de exponerse y por consecuencia a los suyos.

Por eso su sueño de hacer una Maestría, de trabajar para una importante empresa de finanzas haciendo evaluaciones de riesgo y proyecciones del mercado bancario, era solo una quimera con la que entretenerse cuando estaba de buen humor.

—¿Quién vendrá a buscarte? —preguntó Scarlett con la vista fija en los lujosos vehículos que poco a poco llenaban el estacionamiento.

Hasta ese momento Vittoria no se había molestado en pensar en ello. Las implicaciones eran más preocupantes que el simple hecho de quién la recogería. Nada en su vida era sencillo. Si esperaba por lo más normal, tal vez su madre o Iván serían los encargados de conducirla de vuelta a donde pertenecía. Si aparecía su padre sería una señal de que las cosas estaban muy pero muy mal.

Pero el «no estoy segura» que comenzó a formarse en su garganta no tuvo tiempo de alcanzar las cuerdas vocales para formar el sonido respectivo. Un todo terreno Hummer, negro y con vidrios tintados, hizo su entrada en el estacionamiento.

—Vin... —dijo Vitti más como un anuncio a sí misma que como una respuesta a la pregunta de Scarlett.

El Hummer se estacionó justo frente a ellos, al otro lado del patio, y Vittoria se permitió sonreír, sabiendo de antemano qué sucedería cuando su hermano mayor abriera la puerta y saliera del interior de esa fortaleza rodante.

A Vincenzo Fera no debería permitírsele andar suelto en un terreno lleno de hormonales jóvenes que, en su mayoría, usaban su

paso por la universidad para explorar su sexualidad y acumular experiencias que contar cuando fuesen viejos.

Su hermano era la encarnación en dos pies de cualquier «experiencia» que alguien pudiera desear tener y estaba encantando de darlas a diestra y siniestra.

Como si de un video musical se tratara, casi en cámara lenta, la puerta del Hummer se abrió y con deliberada lentitud bajó un hombre joven y, para más detalles, enorme. Un metro noventa de puro músculo, contenidos en unos vaqueros negros de cintura baja y una camiseta blanca que dejaba muy claro la fibra que había debajo. Solo llevaba una cazadora de cuero negro, nada más, ni un suéter, bufanda o guantes, para guardar las apariencias, pues el frío en esa época del año no era para andar vestido tan a la ligera.

Al igual que Vitti tenía el cabello ensortijado y del color del chocolate oscuro, una piel bronceada que hablaba de muchas horas al aire libre y unos ojos tan azules como el cielo de esa fría mañana, que dejaban bien claro, al que supiera qué buscar, quiénes eran y de dónde procedían.

Vin desfiló con despreocupación por el medio del patio y Vitti comenzó a sentir las feromonas de las chicas, y algunos chicos, fluir. Eran casi tan evidentes como los susurros, codazos y miradas que arrastraba a su paso.

Su hermano tenía ese efecto en las personas, una mezcla de atracción irrefrenable con el justo toque de miedo e intimidación, él lo sabía y hasta lo disfrutaba.

Vin clavó los ojos en la pierna de Dux rozando la de Vitti y en la mano de su hermana posada en el muslo de su acompañante. Una sonrisa feroz se instaló en su rostro y apuró el paso sin perder ese

andar estilo «modelo de pasarela» que lo caracterizaba.

«Esto se va a poner difícil», pensó Vitti al tiempo que se incorporaba de golpe e iba al encuentro de su hermano que la rodeó con sus brazos levantándola del piso en un gesto más posesivo que amoroso.

Le dio un beso en el tope de la cabeza, justo donde Dux la había besado en la mañana, y se quedó allí un rato acariciándole la coronilla con la punta de la nariz, luego enterró la cara en el hueco del cuello de Vitti.

Ella sabía que su hermano estaba intentando descubrir que tan «íntimos» seguían siendo ella y Dux y, si no lo detenía ahora, la visión de ellos abrazados de esa forma comenzaría a generar los más extraños comentarios por todo el campus.

¡Como si no fuera suficiente que fueran unos millonarios excéntricos que vivían alejados de la civilización para agregar incesto a la lista!

—¿Sabes que hay gente viéndonos? —susurró contra su pecho, aunque sabía que él la escucharía claramente—. Deja de olisquearme, idiota, es de mala educación.

Vin rompió el abrazo, aunque la mantuvo tomada de la mano.

—Te cortaste el cabello —le dijo muy serio.

—Sí. —Vittoria se pasó los dedos por lo que quedaba de su melena. Ahora la llevaba muy corta atrás y a los lados, y sus rizos marrones caían desordenadamente sobre su cara, como una cortina, más largos de un lado que del otro—. ¿Te gusta?

—Vamos a saludar a tus amigos —dijo Vin sin responderle. Esa era su manera de dejarle claro que para él las mujeres debían tener el cabello, como mínimo, por los hombros.

El patriarcado gobernaría su familia aún en los siglos por venir.

—Pórtate bien, Vin.

Sin asegurarle nada sobre sus modales, pero exhibiendo la sonrisa que reservaba para contar historias de miedo a los más pequeños de la familia, Vin se encaminó a la banca.

—¿Recuerdas a Scarlett, verdad? —preguntó Vitti señalando a la pelirroja que tras la aparición de Vin se había encogido completamente sobre sí misma con el miedo saliéndole por cada poro.

Al menos una vez al año Scarlett se cruzaba con Vin durante las vacaciones y la reacción siempre era la misma. Los hombres grandes y fuertes no eran los favoritos de su mejor amiga.

—Hola Scarlett —saludó Vin usando su tono estilo «caricia». Si había algo que disfrutara más que generar admiración femenina, era producir miedo, y Scarlett se lo ponía muy fácil—, hueles bien hoy.

—Hola, Vin —dijo Scarlett tímidamente. Estaba prácticamente fundida en la banca, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada clavada en el piso.

«Si fuese un perro tendría las orejas aplanadas contra la cabeza», pensó Vitti.

—Y ya conoces a Dux —soltó rápidamente, tratando que su hermano concentrara la atención en otra cosa antes que Scarlett se hiciera pipí encima.

—El capitán del equipo de Lacrosse, si recuerdo bien —dijo Vin estirando la mano—. Al menos es mejor que un jugador de ajedrez o un científico.

Dux no se dejó intimidar ni por el comentario ni por el apretón de manos, más fuerte de lo que debió haber sido.

Al menos las cosas estaban siendo mucho más civilizadas que la

primera vez que Dux y Vin se encontraron. En aquella oportunidad Vittoria había sido llamada a casa cuando su padre fue gravemente herido y dejó la universidad sin decirle nada a nadie. La situación era caótica por lo que se olvidó de su teléfono por unos días y, mayor sería su sorpresa, cuando Dux apareció en la puerta de su casa, preocupado.

En medio de toda la angustia que representaba el jefe de la familia confinado a la cama, con monitores y tubos colgándole por todas partes, Vin olvidó sus modales ante la intrusiva presencia, pues en esa situación todo para él representaba una amenaza y todos eran enemigos que exterminar.

Si Dux no había huido entonces, menos lo haría ahora, cuando solo estaba recibiendo un apretón más fuerte de lo políticamente correcto.

«Es tan bueno que me asusta. No lo merezco», pensó Vittoria lanzándole a su novio ocasional una sonrisa de disculpa.

—Bueno es hora de irnos. —Vitti recogió su mochila del piso y se inclinó sobre Dux para darle un ligero beso en la mejilla lo que produjo un gruñido de hastío por parte de Vin.

Pasando de toda la exhibición de testosterona, se acuclilló frente a Scarlett tomándole las manos.

—¿Sabes que si pasa cualquier cosa puedes llamarme? Iré por ti — dijo sintiendo como se le arrugaba el corazón.

Su amistad con Scarlett había empezado como una forma de escaparse durante las vacaciones, pero con el paso del tiempo la chica se transformó en una amiga de verdad, la única que tenía. Ayudaba que, por naturaleza, tuviese un instinto que la impulsaba a cuidar de los más débiles.

—Voy a estar bien. —La pelirroja sólo levantó la vista lo suficiente

para encontrarse con los ojos de su amiga—. Conseguiré un trabajo envolviendo regalos o algo así y me mantendré fuera de la vista del dúo dinámico.

—Scarlett, cariño —le susurró Vin a modo de despedida con una sonrisa torcida en la boca que la pelirroja se negó a ver, para luego clavar los ojos en Dux y hacer un leve asentimiento con la cabeza como único gesto de cortesía.

Los hermanos atravesaron el patio volviendo a arrastrar tras sí todas las miradas, aunque ella no lo disfrutaba tanto como él.

Una vez que estuvieron dentro del vehículo, Vin la miró juntando las cejas.

—¿En serio? ¿Sigues con ese humano? —y en medio de un suspiro giró la llave y salió hacia la carretera.

CAPÍTULO 2

Escondido en el follaje de un bosque cercano al campus, Vasil no podía ver lo que sucedía en el estacionamiento de la Universidad, tampoco escuchaba las palabras que Vincenzo y Vittoria intercambiaban. A esa distancia, eran sólo un punto dentro de una masa de gente, un murmullo entre decenas de voces lejanas que hablaban al mismo tiempo.

Había preferido mantenerse alejado, escondido. Sabía que se generaría una gran conmoción si lo veían, alguien seguramente llamaría a la policía y no descartaba terminar con un balazo en alguna parte de su cuerpo.

No obstante, tenía algo más que su vista y su oído para hallarlos, podía olerlos. Hubiese podido encontrarlos tan fácilmente como a su propio hermano, siempre y cuando estuvieran a una distancia apropiada.

El olor de Vittoria estaba marcado en su cerebro tan profundamente como las cicatrices que tenía en el cuerpo y de un tiempo a estar parte lo atormentaba por las noches.

Había perdido demasiado tiempo esperando el momento adecuado, no deseando irrespetar a su familia o asustarla, pero sentía que había llegado la hora de hacer algo. Vittoria estaba perdiendo el camino y eso no era algo que podía pasar por alto.

«Pronto», se dijo, pero primero tenía otras cosas en mente.

En lo que los dos jóvenes Fera comenzaran a recorrer los ciento veinte kilómetros de carretera que separaban Fort Collins de la seguridad de su propio pueblo, sería más fácil seguirlos. La vía que

los llevaría a casa estaba rodeada por bosques y vegetación. Era un sitio fácil para una emboscada, aunque Vasil sabía que Vin había tomado sus precauciones.

El Hummer blindado protegería a Vittoria de cualquier ataque y Vin podía hacer frente a casi cualquier cosa, o al menos contenerla, hasta que llegaran los refuerzos que estarían apostados en los bosques treinta kilómetros antes de llegar al pueblo.

Se habían tomado todas las previsiones para llevar al segundo miembro más débil de la familia sano y salvo hasta la casa.

Cualquier ataque debería tener lugar antes de ese punto.

Vasil no podía asegurar qué golpearía más a Silvio Fera, si perder a Vin o perderla a ella.

«Familia y honor», pensó y sintió como se le llenaba el pecho de aire, tanto que casi dolía.

Ese era el código por el que se regían los Fera así como todos los que estuviesen relacionados de alguna manera con ellos. En lo que Vin y Vitti pisaran el pueblo estarían seguros, pues todos sus habitantes los protegerían hasta con su vida. Todos eran «familia», tuvieran o no el mismo apellido.

La pequeña y cerrada comunidad pegada a los bosques que colindaban con el Parque Nacional Roosevelt, sus negocios, granjas y cualquier otra actividad económica que tuviera lugar dentro de sus linderos, había sido levantada generaciones atrás con el dinero de los Fera y gracias a ellos funcionaba. Sin embargo, la lealtad de sus habitantes no estaba sólo determinada por quién ponía el pan en la mesa. Era simplemente una retribución: cualquier Fera moriría por su gente.

Taras paseaba nerviosamente a su espalda. Su hermano no

entendía el valor de la paciencia, de quedarse a un lado observando. Aún no había llegado a comprender que esa era la mejor manera de aprender y también de cazar. Si fuese por Taras, estarían allí en medio de la gente delatando su presencia, todo con tal de estar cerca de Vitti y poder ponerle las garras encima cuanto antes.

«Jóvenes», pensó Vasil sonriendo para sus adentros, pero lanzó una mirada severa a su hermano quien inmediatamente interrumpió su paseo. Él, aunque sólo era cuatro años mayor, nunca había sido joven, no de esa manera despreocupada en que Taras lo era.

Ver a sus amigos morir y a su familia perderlo todo cuando sólo tenía cinco años lo había marcado, no solo físicamente.

Taras era muy pequeño, apenas un bebé, para recordar la guerra e incluso lo que vino después. No entendía lo duro que había sido para ellos, líderes desde que nacieron, ir a otro país, sin nada y con hambre, y agradecer la caridad de ser aceptados entre aquellos que instintivamente los consideraban enemigos.

Desde ese momento, para Vasil, la vida siempre había tenido un único objetivo: probar que era el justo heredero de su padre y su madre, un líder por derecho de nacimiento, así como por cualidades. Cada una de sus decisiones, por pequeñas que fueran, las había tomado calculando sus posibles implicaciones y el beneficio que aportarían, no para él, sino para el bienestar de los suyos. También la posibilidad de que esos errores terminaran perjudicándolos.

Por eso nunca había hecho nada con respecto a Vittoria.

Ahora estaba seguro.

Vin y Vitti estaban ya dentro del vehículo por lo que hizo un gesto con la cabeza a Taras. También era el momento de que ellos comenzaran a moverse.

CAPÍTULO 3

—Si no lo recuerdas, tu madre es humana —le dijo Vittoria a su hermano luego que dejaron atrás las calles de la ciudad y circulaban por una carretera secundaria rodeada de vegetación—, y tú también.

Había pensado en dejar el comentario en el aire y hacer la mayor parte del camino hasta el pueblo en silencio, pero nunca había sido buena en eso de quedarse callada, menos cuando de llevarle la contraria a su hermano se trataba.

No era que quisiera defender a Dux porque estuviese enamorada o algo parecido. Es más, Dux era lo de menos. Simplemente quería dejar claro que tenía el derecho de elegir el camino que fuese mejor para ella, sin importar las ideas preconcebidas que su hermano pudiera tener sobre eso.

—Yo no soy humano hermanita —le respondió con una mueca casi de asco—, ni tú tampoco, así que sería bueno que dejaras de pretender que lo eres. Puedes encerrarte en esa escuela, salir con el Señor Lacrosse y hasta volverte vegetariana, pero no puedes escapar de tu verdadera naturaleza.

—¡No soy vegetariana! —se quejó recordando la fase por la que había pasado un año atrás y que sólo le había durado un par de meses—. Además, hay gente que no vive en el pueblo, que tiene trabajos y familia fuera de la comunidad y esa es, precisamente, su contribución.

—Tú no eres cualquier gente. Eres una Fera.

—¡Papá fue a la universidad!

—Y cuando llegó su momento regresó para cumplir con sus obligaciones: se casó, tuvo hijos y vela por la familia. —Vin dejó de

mirar la carretera para concentrarse en el rostro de su hermana—. ¿Por qué insistes en esconderte entre los humanos?

—Porque no soy como ustedes —le respondió casi en susurro, concentrando la vista en sus zapatos.

—No vamos a comenzar otra ronda de autocompasión —dijo exasperado—, no te lo voy a permitir. Tú eres mi hermana, la hija de Silvio Fera y no eres menos que cualquier otro miembro de la familia. Tu esencia es la misma que la del resto de nosotros.

Vin estiró la mano hasta los botones en la consola del Hummer y bajó los vidrios delanteros dejando que el aire frío y todos sus aromas penetraran al interior.

Los ruidos del bosque que la rodeaba invadieron a Vittoria dándole la bienvenida y tuvo que contener el impulso de saltar del vehículo en movimiento y sentir bajo sus pies el ruido de las hojas húmedas mientras corría en medio de los árboles.

No obstante, había algo que no encajaba en esa fiesta de sus sentidos. Un olor llamó su atención y se movía en la espesura casi a la par del vehículo.

Los estaban siguiendo.

Trató de identificar el punto en el bosque desde donde los observaban y se dio cuenta de que eran dos, con aromas tan parecidos que podían tomarse por uno solo y ella los conocía.

—¿Quién está allá afuera? —preguntó solo para confirmar sus sospechas, aunque el vuelco desesperado de su estómago y su deseo irrefrenable de salir corriendo era suficiente respuesta.

Su hermano inmediatamente soltó una carcajada.

—El «equipo ucraniano» —anunció y mirándola con suficiencia agregó—: ¿Vas a insistir con eso de que no eres como el resto de

nosotros? No creo que el Señor Lacrosse pueda distinguir ni siquiera un puesto de perritos calientes estando a una cuadra de distancia.

Pero Dux y su crisis existencial desaparecieron de la mente de Vitti al darse cuenta que estaba regresando a casa custodiada. No había sido suficiente para su padre mandar a su hermano a buscarla, sus amigos más cercanos estaban actuando como guardaespaldas.

Si el «equipo ucraniano» hubiese ido únicamente para acompañarlos, estaría con ellos, sentado dentro del vehículo, contando historias, gastando bromas y comiendo patatas fritas de una bolsa. Esto era una protección táctica: Vin era su primer guardián y los dos que estaban afuera custodiaban el perímetro.

—¿Qué está pasando? —preguntó muy seria—. ¿Por qué necesitamos tantas escoltas?

—Paranoica —le soltó Vin tratando de sonar lo más seguro posible, pero él nunca había podido engañarla. Su hermano podía mentir muy bien pero cierto tufillo se desprendía de él cuando lo hacía—. ¿No pueden los muchachos acompañarme?

Ella podía discutir eso, soltarle todo un razonamiento, pero con Vin funcionaban mejor los hechos que las palabras. Vitti abrió la guantera con un movimiento tan rápido y sorpresivo que su hermano ni siquiera intentó detenerla.

Allí estaba la prueba que buscaba: dos Glock 25 cargadas esperaban cualquier contingencia.

—¿Y desde cuando, en una situación normal, necesitas más armas que tus propias manos? —le preguntó arqueando una ceja mientras balanceaba una de las Glock en sus manos, asegurándose que estuviese correctamente cargada.

De hecho, esas eran *sus* Glock, elaboradas en fibra de carbono para

que fuesen más ligeras. Siendo débil como era, su padre había insistido en que aprendiera a usarlas y, sin apelar a falsa modestia alguna, debía reconocer que era bastante buena con ellas: rápida y precisa, podía contar con sus dedos las veces que en su vida había errado un blanco.

—Desembucha hermanito —dijo sonriendo, sentía que ahora era ella quien tenía la sartén sujeta por el mango—, sé que está pasando algo. Papá me llamó personalmente, no para pedirme que fuera a casa en vacaciones, sino para ordenármelo.

—No exageres, el viejo sólo te extraña. Tú sabes cuánto te quiere.

—Tengo suficiente *esencia* familiar cómo para saber la diferencia entre una petición y una orden, aunque no sienta la misma necesidad del resto de obedecerlas.

—Si fuese algo realmente grave, papá hubiese mandado a Iván o a Olesya por ti.

—O tal vez es tan grave que ellos no estuvieron de acuerdo en dejar a papá y a mamá sin protección. A fin de cuentas, soy solo la segunda hija y para colmo mujer.

Ahora Vin se removía incómodamente en el asiento y pisaba el acelerador a fondo. Evidentemente quería llegar a casa rápidamente para no tener que soportar las preguntas incómodas de su hermana.

Vittoria supo, con toda la satisfacción que da tener la razón, que había dado en el clavo. Como bono extra, la incomodidad de su hermano le dio otro dato.

—Y a ti te ordenaron específicamente que no me dijeras nada. —Se acercó hasta Vin y le dio un beso en la mejilla para luego volver a recostarse en el asiento, pero manteniendo el arma en su regazo—. Aunque quieres no puedes. Sólo por eso te disculpo.

—¡Por Dios Vitti! —soltó Vin en medio de un bufido no exento de humor—. Más nunca quiero escucharte decir que no eres como el resto de la familia. Eres mejor que cualquiera de nosotros. Nadie acorralla una presa como tú.

CAPÍTULO 4

Scarlett caminó las dos cuadras que la separaban de su casa desde el punto donde Dux la había dejado. El plan había sido que él la llevaría hasta la estación de autobuses en Fort Collins, pero una vez que la tuvo dentro del coche, con sus bolsas de viaje en la parte de atrás, insistió en hacer el recorrido de hora y media a Denver.

No obstante, ella había sido firme en no dejar que la llevara hasta la puerta, aunque eso significara cargar sus pesadas bolsas de lona por todo el camino.

En la escuela todos sabían que era pobre y Dux no era del tipo que hacía distinciones por eso, pero a Scarlett le daba vergüenza que viera el sitio donde vivía y mucho más que por algún hecho fortuito terminara encontrándose con su madre o su hermano.

La casucha se alzó ante ella con su pequeño jardín lleno de cachivaches y plantas secas. La fachada era una masa apolillada que amenazaba con derrumbarse si alguien estornudaba muy fuerte y las ventanas que no estaban rotas, cubiertas por algún pedazo de papel periódico o bolsa de supermercado, estaban tan sucias que hasta pequeñas telarañas reposaban tranquilas en las esquinas.

«Saldré de aquí», se dijo a sí misma. «Tarde o temprano me iré y olvidaré».

Empujó la puerta que, para variar, estaba sin cerradura, y el olor a suciedad, cigarrillo y licor le dio la bienvenida. Escuchó el televisor encendido en la cocina y pensó que sería buena idea ir a saludar, salir de eso de una vez.

En medio de un desorden de platos sucios, migajas en el suelo y

bolsas de basura que nadie se había dignado a llevar hasta el contenedor al final de la calle, había un hombre Pielas sentado en ropa interior con un vaso de licor barato al frente. Levantó la vista en lo que vio entrar a Scarlett y sus pupilas se dilataron.

—Vaya que eres bonita —dijo asomando una sonrisa que a Scarlett no le gustó nada—. ¿Quién eres?

Scarlett dejó caer sus bolsas al suelo. Si tenía que salir corriendo no sería una buena idea hacerlo con todo ese peso extra.

—¿Dónde está Lucy? —preguntó tratando de que su voz sonara lo más natural posible—, ¿o Rhett?

Como si hubiese sido convocada por la mención de su nombre, su madre apareció en la cocina con una corta bata casi transparente de tanto uso. El escote se abría descuidado dejando ver un sujetador de material barato que quería semejar encaje, pero brillaba más de la cuenta.

—¿Scarlett? —preguntó con ojos vidriosos, tratando de convencerse de que no estaba teniendo una alucinación—. ¿Qué haces aquí?

—Vacaciones. —Scarlett trató de racionar las palabras. Decir más de la cuenta hubiese podido demostrar lo mucho que le dolía que su familia pensara tan poco en ella—. Te llamé la semana pasada.

—Cierto —le respondió la mujer, haciendo su mejor esfuerzo por enfocarse—, hasta hablé con la señora Martínez en el centro. Te conseguí un trabajo limpiando oficinas. Si hubiese recordado que llegarías tan pronto tal vez hubiese pedido que empezaras hoy, pero te daré el número para que la llames y te pongas a su servicio lo más pronto posible. Estamos escasos de dinero por aquí. Sabes que tu hermano no aporta mucho.

Claro que Rhett no aportaba mucho, de hecho, no aportaba nada. Sus negocios ilegales apenas le dejaban para sostener sus vicios.

Su madre se acercó al hombre que seguía mirando a Scarlett con algo más que curiosidad. En un gesto que, en otras circunstancias, hubiese resultado coqueto, le quitó el cigarrillo de los labios y le dio una aspirada, pero al darse cuenta de que no apartaba la mirada de la joven se vio obligada a hacer las presentaciones.

—Ella es mi hija Scarlett. Está becada en la universidad en Fort Collins —dijo con lo que parecía ser una nota de orgullo en el fondo de toda la neblina que surcaba su cerebro, pero no duró mucho—. Sería mejor para todos que estudiara aquí, algún curso rápido de peluquera o para ser secretaria, y ayudara a pagar las cuentas, pero que nadie diga que no hago sacrificios por mis hijos. Si quiere ser doctora, será doctora.

«¡Biología! ¡Estudio Biología!», pensó Scarlett iritada. No podía creer que en más de tres años su madre no se hubiera molestado en averiguar qué era lo que realmente estudiaba.

El hombre atrajo a Lucy hacia él y Scarlett creyó que era buen momento para escabullirse. Ya era suficiente escuchar las cosas que su madre hacía con los asiduos visitantes a su dormitorio para también tener que verlo en directo. Sin embargo, el hombre se limitó a susurrarle algo al oído y pudo escuchar la respuesta de su madre mientras emprendía la retirada.

—Ella no Manuel. El único propósito de que vaya a esa escuela es que consiga un marido rico que nos acomode a todos. Dios no la hizo tan bonita e inteligente sin un propósito y no seré yo quien la convierta en mercancía dañada. Aunque si te quedas cerca lo suficiente quizás su buena suerte te salpique un poco.

Scarlett cerró con seguro la puerta de su habitación una vez que estuvo dentro. No quería ni siquiera intentar adivinar lo que Manuel le había preguntado a su madre, aunque la respuesta de ella no abandonaba su mente.

«Un marido rico», era todo en lo que su madre podía pensar, siempre teniendo necesidad de un bastón masculino, sin considerar que existiera la posibilidad de lograrlo por su cuenta.

Scarlett no negaba que algunas veces su mente volaba. Un príncipe moderno que la rescatara era algo con lo que su imaginación se entretenía, pero, a diferencia de su madre, ella no esperaba que le diera dinero. Ella sólo quería que alguien la amase, lo demás sería sólo una consecuencia.

No obstante, esa fantasía con la que algunas veces se permitía evadirse, terminaba convirtiéndose en una pesadilla cuando la comparaba con su realidad. Su madre había acabado como estaba precisamente por esa búsqueda incansable de alguien que la amase como en una novela rosa. Su temperamento romántico quedaba demostrado incluso en los nombres que les había dado a sus hijos.

Scarlett no permitiría que le pasara eso. Ella no buscaría quién la amase. El príncipe azul, si es que existía, debería encontrarla por sus propios medios.

«Es sólo un mes y no estaré aquí la mayor parte del tiempo», comenzó a repetirse sacando de uno de los bolsos el Ipad que Vittoria le había regalado por su cumpleaños para así desconectarse de lo que la rodeaba.

CAPÍTULO 5

La residencia de los Fera había sido el proyecto de grado del joven Silvio cuando estudiaba arquitectura en la universidad y, una vez que se graduó, regresó a la hacienda familiar para hacerlo realidad. No obstante, se negó a demoler la casa de sus padres, a la que ahora llamaban «la casa vieja», y construyó la suya más cerca del bosque. La locación, además, favorecía el diseño.

Era una estructura de muchos niveles que se fundían con el ambiente externo en una especie de simbiosis. La casa se adentraba en la naturaleza y esta se metía en la casa sin permitir reconocer con exactitud cuándo se estaba dentro y cuándo fuera.

Las estancias comunes como la sala, la cocina y las oficinas tenían al menos dos de sus paredes hechas de cristal corredizo, que por lo general estaban abiertas. Todas las habitaciones tenían terrazas que terminaban enlazadas con los troncos de los árboles cercanos.

Vittoria y Vin entraron sin ningún tipo de ceremonia y por costumbre se dirigieron a la cocina. Era siempre la primera parada de todo el que llegaba.

—¡Niña, que bueno que ya estás aquí! —Rosetta, la mujer que se encargaba que todo funcionara en la casa desde que Vitti tenía uso de razón, dejó la estufa desatendida para abrazarla dándole sonoros besos en ambas mejillas y pasando repetidamente las manos por los brazos de la joven, como si intentara calentarla—. ¿Tienes hambre?

—Yo sí —respondió Vin examinando el contenido del refrigerador. Tras cerrar la puerta sin sacar nada, tomó a Rosetta en sus brazos y la cargó balanceándola por la cocina—. Aliméntame Rossi que aún estoy

creciendo.

—¡Vin, baja a Rossi, vas a romperle un hueso! —Su madre llamó al orden, parada en el umbral con su sombra personal a pocos centímetros de su espalda.

Anna Harlow-Fera parecía un hada de cuentos: pequeña, delgada, con un cabello muy rubio que le caía sobre la espalda y unos redondos ojos color miel que le daban un aspecto aún más inocente. Aún en la puerta de los cincuenta, conservaba esa belleza etérea por la que su marido había desafiado todas las tradiciones que se encontró en el camino.

A pesar de las apariencias, distaba mucho de ser una «esposa trofeo». Era una astuta mujer de negocios bajo cuya dirección los intereses de la familia se habían diversificado. De tener una exitosa compañía constructora, los Fera habían pasado a poseer participación en aerolíneas, casas de bolsas y un sin fin de otras empresas que rendían muy buenos dividendos, eso sin mencionar la modernidad que había insistido en traer a las granjas que rodeaban la propiedad, haciéndolas rentables.

En contraste con la etérea señora de la casa, su guardaespaldas, Olesya Putrov, era alta y atlética, de cabello negro y liso. Aunque su tez de porcelana podía dar erróneamente la impresión de fragilidad, sus fríos ojos grises te congelaban el alma. Era la mujer más implacable y temida del entorno de la familia y precisamente por eso era la encargada de la seguridad del miembro más débil.

—Vittoria, cariño, gracias a Dios que ya estás en casa —dijo su madre en medio de un suspiro entrando a la cocina. La abrazó con fuerza, como si tuviese años que no la veía, hasta que sintió el bulto de las dos Glock que Vitti había puesto en la parte posterior de la

cinturilla de sus pantalones cuando bajó del coche—. ¿Por qué estás armada? —Fijó la vista en Vin—. ¿Pasó algo en el camino?

—¿Qué podría haber pasado mamá? —atacó Vittoria tratando de acorralar a su madre para obtener alguna información. Sabía que Anna Fera, humana o no, no era una presa tan fácil como Vin, pero siempre podía esperar tener suerte.

—No lo sé, pero tienes mucho tiempo sin querer hacer las cosas que hacías antes ni pasar tiempo con quienes eran tus amigos. —El tono de su madre era indudablemente de reproche—. No me culpes si me sorprende que ahora quieras de vuelta los juguetes que no has tocado en el último año.

«Buena respuesta mami», pensó Vitti con una mezcla de decepción y admiración por las habilidades de su progenitora. «Cuando sea grande quiero ser como tú».

—Sabes que voy a enterarme tarde o temprano y todos ustedes quedarán muy mal por tratar de hacerme ver como paranoica —respondió molesta señalando con el dedo primero a Vin y después a su madre—. ¿Dónde está papá?

—Vin, ¿llamaste a tu padre para decirle que llegaron?

La pregunta sorprendió a Vin con la boca llena del jamón que Rossi había cortado para él, el cual engullía sin compasión recostado en la encimera de la cocina.

—Yo lo hice señora. Ya vienen en camino.

Un joven con vaqueros y sin camisa, a pesar del frío, entró por la puerta corrediza de la cocina seguido por otro de cuyo rostro no podía borrarse la sonrisa.

—¡Vasil! —exclamó Vittoria sin poder contenerse.

Vasil y Taras Putrov, también conocidos como «el equipo

ucraniano», hijos de Olesya e Iván, la mano derecha de su padre, eran, además de su hermano, lo que Vittoria más echaba de menos cuando estaba fuera.

Siguiendo un impulso que había estado presente desde que sintió su olor en la carretera, corrió y se echó en sus brazos olvidando que tenía que intentar sonsacar a alguien para que le dijera qué ocurría. Aunque, en honor a la verdad, si no había conseguido nada de Vin ni de su madre, intentarlo con Vasil iba a ser como chocar con una pared de concreto armado.

—Te extrañé —le susurró él al oído luego que la levantara del piso y le enterrara la nariz en el cuello haciéndole cosquillas— Comer helado yo solo no es divertido.

Vittoria quería decirle que ella también lo había extrañado, con o sin helado, pero hacía ya algún tiempo había decidido poner fin a esas situaciones humillantes en las que se metía cuando Vasil estaba cerca y que, normalmente, incluían quedársele mirando como un carnero degollado.

Vasil era tan enorme como Vin y con el mismo azul en los ojos, pero hasta allí llegaban las similitudes. Su cabello largo y rubio le caía hasta los hombros y se enrollaba en las puntas. En vez de tener la ferocidad que emanaba del mayor de los Fera, Vasil era todo calma y control. No obstante, ese atributo, lejos de tranquilizar, aterraba. Sólo podías desear no estar allí cuando la tormenta de hielo estallara.

Había sido su primer enamoramiento de adolescente, pero él nunca le había hecho mucho caso. Vasil nació serio y nunca tuvo tiempo para ese tipo de tonterías. Era del tipo de sujeto que sólo tenía novias estables por considerables periodos de tiempo y ninguna de ellas involucraba a la díscola hija del jefe de la familia cuyo único

propósito en la vida parecía ser huir de casa.

Además, Vittoria estaba segura de que una chica «defectuosa» como ella no entraba en los planes de Vasil, por mucho cariño que le tuviera. Con él todo tenía que ser perfecto y de acuerdo a las reglas y tradiciones.

Mientras Vin era el compañero de travesuras de Vittoria, Vasil era el que establecía los límites y la razón. Fue él quien le enseñó a conducir, a usar un arma, a orientarse en el bosque. Incluso fue él quien le compró su primera botella de tequila y la acompañó hasta que se la bebió completa, juzgando su reacción.

Fue la última lección que le dio antes que partiera a la universidad, aunque en ese entonces, ella hubiese preferido otras de tipo más personal.

Adorar a Vasil como a un Dios hermoso e inalcanzable fue lo único que Vittoria supo hacer desde que se dio cuenta que los niños y las niñas eran diferentes. En consecuencia, cada hombre que conocía, que manifestaba algún tipo de interés, debía pasar por la odiosa e injusta comparación de la que nunca salía bien parado.

En el otro extremo estaba el menor de los Putrov, Taras, quien parecía el típico muchacho de veintiún años, uno bien formado claro, pero sin esa aura de peligro de los dos mayores. Su cabello, era un poco más oscuro que el de Vasil y lo llevaba muy corto atrás y algo más largo adelante, pero compartía el mismo azul de los ojos que parecía predominar ahora en la estancia, como si los cuatro jóvenes fuesen el resultado de un experimento genético del Dr. Mengele.

Taras era la persona perfecta si querías divertirte sin dar muchas explicaciones. Era la forma en la que él llevaba su vida: completa y absolutamente despreocupada, lo que contrastaba con la seriedad de

Vasil y la necesidad de buscar problemas de Vin.

Vasil la apretó aún más fuerte y Vittoria fue extremadamente consciente de su propio cuerpo y de los lugares en los que se apretujaba con el de él. Las cicatrices de su cuerpo, que ella conocía tan bien, se encontraron con sus dedos, esos que inconscientemente las buscaban en la oscuridad en otras espaldas, en otras pieles.

Repentinamente comenzó a sentir mucho calor.

«Ya lo superaste, ya lo superaste», se repitió como un mantra, pero eso de tener al elusivo objeto de tu afecto infantil abrazándote y besándote el cuello no iba en concordancia con sus buenos propósitos.

—Guarda un poco de amor para mí —dijo Taras, salvador providencial, e inmediatamente Vasil la devolvió al piso—. Por cierto, me encanta tu cabello.

—Parece un varón —soltó Vin antes que Vittoria pudiera dar las gracias por el cumplido.

—Tiene una copa talla D. —Taras miró a Vin con una mueca confundida—. Nunca va a parecer un varón.

—Me voy a torturar mucho tiempo tratando de entender cómo sabes eso. —Vittoria lo abrazó y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Soy un hombre, sé de esas cosas.

—¿Un hombre o un vendedor de Victoria's Secret? —Vin movió las manos como una balanza—. El jurado todavía está deliberando.

—Cuéntame cómo te va en la universidad rodeada de los niños bien —le preguntó Taras a Vittoria pasando completamente del comentario de Vin.

—¿Niños bien? ¡Mira quién habla! —le respondió ella de buen humor a pesar del comentario sobre la talla de su ropa interior. Siempre podía contar con Taras para que rompiera cualquier tensión o

interceptara cualquier conflicto—. Estoy segura de que sólo unos pocos de mis compañeros de clases tienen un saldo en su cuenta de gastos como el tuyo.

—Ser un «niño bien» es una cuestión de actitud—respondió Taras encogiéndose de hombros—. Yo soy un chico malo con buenos recursos.

Por un momento pensó en Dux y en lo atinada que era la definición de Taras.

—Vitti sigue con el capitán del equipo de Lacrosse —anunció Vin con una sonrisa perversa, como leyendo sus pensamientos.

—¿El humano que vino hace un par de años? —preguntó Olesya quien en la encimera de la cocina rellenaba el plato de jamón con el que Vin había acabado.

—Mamá ¿te has dado cuenta de que vives con un montón de gente que desprecia tu especie? —Vittoria buscó los ojos a Anna quien preparaba la cafetera. Esta le sonrió con complicidad, pero no dijo nada —. Son todos unos hipócritas. Vin, tú sales con humanas.

—Es diferente —intervino Taras quien se había sentado en la encimera, muy cerca de donde Rossi continuaba preparando el almuerzo—, nosotros somos hombres.

—¡Por Dios! —les respondió Vitti poniendo los ojos en blanco—. Racistas, hipócritas y ahora chauvinistas.

—Es solamente selección natural —dijo Vin volviendo a atacar el plato con jamón—. Nosotros andamos con humanas porque son frágiles, delicadas y huelen bien, pero en tu caso, hermanita, no entiendo cómo puedes andar con alguien a quien puedas derribar de un empujón y causarle por lo menos una contusión. Las mujeres necesitan un hombre que pueda cuidar de ellas.

—Les presento al Señor Neandertal —dijo Vitti entre risas señalando teatralmente a su hermano.

—Pero no nos has dicho si de verdad es tu novio —le preguntó Olesya mirándola con picardía mientras acariciaba distraídamente el cabello de su hijo menor. Cuando sus frases tenían más de cinco palabras era difícil que no se notara su acento—. Hace algunos años ese tipo de interacción estaba prohibido y era severamente castigada.

—Ya no —intervino Anna—, al menos no en esta familia, por razones obvias.

—Es sólo un amigo —dijo Vittoria.

—Un amigo que te roza la pierna cuando se sienta a tu lado y que, de acuerdo con su olor, querría hacer algo más. —Vin hizo una mueca de asco.

—¿En serio Vin? ¿Lo vas a criticar por eso? —soltó Olesya—. Tú más que nadie deberías saber que las hormonas...

—Si quiere conservar sus extremidades, es mejor que mantenga sus hormonas lejos de Vitti —interrumpió Vasil, casi en susurro parado cerca de la puerta corrediza por la que había entrado.

Hubo gruñidos de protesta y algunas risas, pero Vittoria no prestaba toda la atención que normalmente hubiese merecido una conversación tan pública sobre su vida sentimental.

Pasando revista a los que la rodeaban se dio cuenta de el lugar que cada uno ocupaba en la enorme cocina.

Para cualquier otra persona eran ubicaciones casuales, pero Vasil estaba resguardando la entrada posterior. Era lo mismo que Olesya hacía cerca de la gran ventana, mientras cortaba jamón, y Vin cerca de la puerta mientras se lo comía. Era como si esperaran un asalto de algún tipo.

Estaba segura de que si, de la nada, decidía arrojar a cualquiera de ellos la taza de café que tenía al frente, reaccionarían más rápido que inmediatamente, capturando en el aire el pedazo de vajilla.

—Mi hermana NUNCA será lo suficientemente mayor para eso — continuó Vin—, y seguro que papá estará de acuerdo conmigo.

—¿De acuerdo con qué? —la voz de Silvio Fera trajo el silencio a la cocina.

Una ola de respeto y ceremonia inundó lo que había sido un ambiente aparentemente relajado. Taras saltó de la encimera para pararse derecho al lado de su madre, Vin y Olesya se enderezaron y hasta Rosetta dio la espalda a la estufa para recibir al recién llegado.

Si de algo no había duda era que el jefe de la familia sabía cómo hacer una entrada y no era que lo necesitara. Silvio era la versión madura de su hijo, los mismos rasgos y complexión, sólo que acompañada de un aura de «aquí se hace lo que yo digo» que su vástago no poseía.

Al escuchar la voz de su padre, Vitti tuvo el impulso primario, casi instintivo, de salir de la silla y bajar la cabeza como todos, a excepción de su madre, habían hecho. Pero había luchado mucho últimamente por ser normal, así que era buena controlando sus instintos por lo que, sin el mayor respeto por la ceremonia y sabiendo que a su padre le importaban muy poco, le ofreció su mejor sonrisa acompañada de un guiño.

—Hola papi, tenemos mucho de qué hablar.

Silvio hizo lo mejor que pudo por ocultar la sonrisa, pero el cambio en su mirada, de severa a dulce, lo delató.

Adoraba a su hija, aunque la relación nunca había sido fácil debido al temperamento belicoso de ambos y a la tendencia de Vittoria de

tomar las órdenes como un reto para hacer precisamente lo contrario.

—En efecto, mucho —le dijo caminando hacia ella poniéndose serio, como si de repente hubiese recordado que había algo en su hija menor que no lo complacía del todo—. Demasiadas fiestas, demasiadas discotecas y demasiado alcohol. Pensé que ibas a la universidad a estudiar.

—¿Cómo demonios...? —Vittoria se interrumpió en medio de la frase mientras la implicación tomaba forma—. ¿Me tienes vigilada? —Con furia se volteó a ver a Vin, Vasil y Taras—. ¿Quién fue?

—¿Me crees tonto, jovencita? —Silvio Fera recuperó la atención de su hija—. Cualquiera de ellos me ocultaría la mitad de la información para salvar tu trasero o, lo que es peor, se iría de fiesta contigo.

—O sea, lo admites. Tienes a alguien vigilándome.

—Es peligroso que andes por tu cuenta —declaró Silvio sin afirmar ni negar—. ¿Te has molestado en pensar que pasaría si en medio de algunas de esas fiestas llega la policía y alguien quiere hacerte un examen toxicológico? ¿O si hay un accidente y terminas en un hospital?

—Sólo intento mezclarme —le dijo encogiéndose de hombros, tratando de fingir estar en control hasta lograrlo—. Aparentar ser como todo el mundo.

—Tal vez te estás esforzando demasiado. —Silvio no hizo nada por esconder su tono sarcástico—. Sabes que pones en peligro a muchas personas con tus irresponsables acciones y es nuestro deber brindar seguridad a todos los que están bajo nuestra responsabilidad.

—No vamos a discutir eso otra vez —le respondió molesta. Ella quería una explicación de por qué la habían hecho regresar a casa con tanta premura, por qué todos se paraban en la cocina como un equipo

táctico, pero había terminado defendiéndose, como siempre, por no ser y actuar como se esperaba—. Estoy donde es conveniente para mí estar.

—Te conviene más estar con tu gente. Aquí podemos cuidarte.

—¡No quiero que me cuiden! —Aunque lo que realmente Vittoria quería era que no la vieran como algo tan frágil que necesitaba protección. Se iba a volver loca. Era un peligro para los humanos y muy débil para su propia raza ¿dónde la dejaba eso?—. Quiero una carrera, una vida. No quiero envejecer en este pueblo con el solo propósito de casarme, cocinar y tener hijos, como si no sirviera para nada más.

—Esas no son tus únicas opciones. Tienes una educación que podría ser de utilidad para...

—¿Tu empresa? ¿La familia? —Vittoria puso los ojos en blanco—. No quiero trabajar para ti.

—Pero sí quieres gastar mi dinero.

—Sólo le queda un semestre, Silvio —intervino Anna, como siempre tratando de conciliar las dos mitades de su vida que por lo general chocaban—. Hacerla renunciar ahora sólo significaría una pérdida de tiempo.

—Me esforzaré menos y me portaré bien, pero me quedo donde estoy —dijo Vittoria tratando de suprimir una risa amarga. Bajo ese ambiente traer a colación un post grado o sus intenciones de aplicar como interna en una compañía que no fuera de la familia quedaba totalmente descartado —. Ahora, si no es mucha molestia, ¿podrías explicarme por qué todos están parados aquí asumiendo posiciones como si esperaran un ataque terrorista de un momento a otro?

Un brillo complacido iluminó la vista del Silvio Fera por unos

segundos, pero luego volvió a asumir su expresión seria.

—Nada por lo que debas preocuparte.

Ella bufó.

—¿Cuándo dejarás de tratarme como una niña?

—Cuando dejes de actuar como una.

Vittoria sintió que la habían golpeado.

—Ten cuidado con lo que deseas —le respondió sintiendo la furia crecer dentro de ella—. Podríamos no tener la misma definición de lo que implica la frase «actuar como un adulto».

Mientras aún tenía su dignidad intacta y aprovechando la ventaja que daba propinar el último golpe, Vittoria salió de la cocina con la cara enfurruñada y su mejor aire de ofendida.

—Gusto en verte, Iván —musitó al pasar al lado de la mano derecha de su padre quien, al igual que éste, era la imagen madura de su hijo mayor salvo que mientras las cicatrices de Vasil estaban mayormente en su torso, la de Ivan le atravesaba la parte derecha del rostro desde la comisura de la boca hasta el nacimiento de la oreja.

—Es bueno tenerte en casa —le sonrió el hombre, casi como una disculpa, para luego alargar el brazo y, más rápido de lo que Vittoria pudo anticipar, le sacó de la cinturilla de los pantalones las dos Glock—. No necesitas esto aquí.

—¡Oye! Pensé que querían que estuviese segura —protestó viendo a Iván, aunque la queja era más para su padre. De él provenían todas las órdenes.

—Aquí lo estás —le dijo Iván encogiéndose de hombros.

Vittoria quería asesinarlo con la mirada, pero nadie, ni siquiera ella, podía ganar un juego de miraditas con Iván Putrov. El sujeto tenía la misma furia animal en sus ojos que Vasil, sólo que no se

molestaba en esconderla.

CAPÍTULO 6

Vittoria se enterró en su cama a pensar en los más fantásticos planes de escape luego que salió airadamente de la cocina. Incluso se negó a desempacar pues no estaba lista para admitir su derrota.

Sabía que su actitud era infantil, que se estaba comportando como la adolescente malcriada que la acusaban de ser; pero si su familia insistía en tratarla como una niña incapaz de entender o afrontar cualquier peligro, ella no tenía problemas en actuar en consecuencia.

A fin de cuentas, ese era el papel que interpretaba a diario, le venía fácil.

Pasar encerrada en su habitación todas las vacaciones, invirtiendo algo de dinero en algunas acciones que pintaban bien a fin de terminar de construir ese fondo que le permitiría hacer lo que le viniera en gana, se le antojaba una buena idea. Una «Resistencia Pacífica» al mejor estilo Ghandi aunque, debía admitir, con cierto trasfondo capitalista.

Mientras revisaba en el portátil su cuenta de inversión, al tiempo de conversaba en la red con ciertos corredores de confianza, que no trabajaban para su padre, una figura trepó hasta su terraza: Vasil.

El cuarto de Vittoria estaba en el primer nivel de la casa y su terraza se extendía sobre el bosque trasero, abrazada un gran roble. No tenía ninguna baranda y era lo suficientemente alta para que los muchachos saltaran hasta alcanzar el piso de madera y se impulsaran con las manos hasta estar arriba.

Parado frente a los paneles de vidrio que cerraban el paso hacia la habitación, Vasil tocó con los nudillos pidiendo permiso para abrir la

puerta corrediza que llegaba hasta el techo. Ella le guiñó un ojo, tratando de demostrarle que él no era el blanco de su mal humor, aunque le molestó que se hubiese puesto una camisa y no únicamente porque le arruinara la vista.

El cuerpo de Vasil estaba cubierto de cicatrices. Marcas de mordidas, garras y cuchillos surcaban su piel, algunas eran meras insinuaciones, pequeñas líneas algo más blancas que su piel, otras, las de su espalda, hablaban de tejido desgarrado que había cicatrizado con protuberancias.

Cuando aún era una adolescente ella lo había convencido de que no las escondiera, que sus marcas eran un testimonio de quién era, de su fortaleza y su poder. Ahora, cada vez que lo veía circular con poca ropa, sentía la misma satisfacción que le dio la primera vez que, junto a los demás, Vasil se quitó la ropa para nadar en el río. Era una placentera sensación de triunfo, de haber ayudado a un jovencito a aceptarse tal cual era. Cosa que, a pesar de sus mejores esfuerzos, no había logrado hacer por sí misma.

Aquello de «haz lo que digo, no lo que hago» le venía a las mil maravillas.

—Te traje un regalo —dijo Vasil entrando en la habitación, dejando la puerta corrediza abierta.

—¿Helado?

—Más tarde. Por ahora es algo que no encontrarás en el refrigerador.

—¿Un boleto a París y una ruta de escape? —le preguntó Vittoria cerrando el portátil y palmeando el espacio vacío a su lado.

—¿Ahora me llamas como a un perro? —Vasil se sentó a la orilla de la cama—. Te advierto que me reprobaron en la escuela de

obediencia.

Sin reprimir el impulso Vittoria le haló cariñosamente el cabello, quedándose con uno de los mechones entre los dedos por más tiempo del recomendado. Siempre olvidaba lo suave que era.

—¿Por qué siempre quieres huir? —le preguntó Vasil realmente curioso.

—No hay nada para mí aquí.

—Yo estoy aquí.

No supo que responder. Esas tres palabras podían significar tantas cosas y no quería mal interpretarlas. No deseaba volver estar en esa posición, esperando algo de él que nunca llegaba.

Cuando fue evidente que ella no iba a decir nada, Vasil sacó un cinturón de cuero del bolsillo trasero de sus pantalones.

—Toma... —dijo dándole el cinturón y, ante la mirada dudosa de Vitti por el inusual regalo, procedió a explicar—: Tienes que apretar aquí en la hebilla y luego halar.

Vitti lo hizo dándose cuenta que la hebilla no era más que la empuñadura de una daga de veinte centímetros que quedaba escondida dentro del cuero del cinturón.

—Mi padre tiene las Glock bajo custodia, podría darte alguna de las mías, pero pesan mucho. Además, un arma blanca es más fácil de ocultar.

—¡Me encanta! —y de verdad le encantaba. Prefería las Glock, pero lo ingenioso de este dispositivo la hacía sentir como una espía.

Quería abrazarlo, incluso su cuerpo amagó el movimiento, pero reprimió el impulso. Un abrazo por día era suficiente. No quería echarle más leña a un fuego fatuo que podía tentarla a ir a un lugar donde sus atenciones no serían bien recibidas.

—¿Quieres salir a dar un paseo y ver qué tan buena es tu puntería con esa daga?

—¿Estás seguro que se me permite salir?

—Deja el drama —dijo con una mueca—. Según recuerdo fuiste tú quien se encerró aquí. Además, estarás conmigo.

Vittoria lo siguió hasta la terraza, lo vio dar un salto simple y aterrizar acuclillado en la hierba.

—¿Vas a saltar tu sola o prefieres que te ataje?

Tuvo que morderse la lengua para no gritar exasperada. Esa era su terraza y había saltado de ella más veces de las que se molestaría en admitir. Así que por toda respuesta saltó descuidadamente y al igual que él aterrizó en la hierba. Luego simplemente lo miró, levantó las cejas y siguió hacia el bosque que lindaba con la parte posterior de la casa contoneándose presumida.

Ambos divagaron sin decir nada, compartiendo el gusto por el olor y los ruidos típicos de la naturaleza.

El invierno tenía su magia y ambos parecían estar atrapados en ella. El aire frío mezclado con el olor de las hojas mojadas que pisaban, los troncos hinchados por el agua, las ramas desnudas, parecían funcionar como un tranquilizante.

—¿Vas a ir con nosotros a la Fiesta de Invierno en el pueblo? —preguntó Vasil de repente y sin detenerse, caminando ligeramente por delante de Vitti.

—Siempre vamos juntos. Claro que luego tú y Vin desaparecen, dejándome morir de aburrimiento.

—Este año no. —Vasil detuvo su paseo y se volvió para encararla—. Incluso podemos bailar.

—Tú no sabes bailar. —Una risilla nerviosa le emergió por la

garganta.

Por toda respuesta Vasil extendió su mano.

—No hay música —protestó ella.

—Cierra los ojos —le dijo él haciendo lo que pedía cómo para alentarla—, y escucha. Es la mejor música del mundo.

Vitti alcanzó su mano y Vasil la atrajo hacia sí. Con los ojos cerrados pudo escuchar el susurro de las ramas movidas por el viento, el canto amortiguado de los pájaros, el ruido sordo de las hojas bajo sus pies. Todo parecía sonar al ritmo sincopado de su corazón acelerado y de los siempre estables latidos de Vasil que la balanceaba entre sus brazos.

—¿No vas a ir con Serena?

La pregunta rompió la magia.

Vasil se separó un poco interrumpiendo el baile. Era evidente que esa no era una interrogante que había anticipado.

—Ya no estamos juntos.

—¿Y eso por qué?

Vasil suspiró y se separó aún más, sentándose bajo un árbol. Tenía la espalda apoyada en el tronco y las piernas un poco encogidas. Era una posición cómoda, por lo que Vittoria intuía que la explicación distaba mucho de serlo.

—Yo no soy como Vin.

—Gracias al cielo. ¿Te imaginas el desastre?

Vasil sonrió antes de continuar:

—Tu hermano confía en que tarde o temprano, mejor si es tarde, conseguirá a la mujer adecuada para él, pero mientras tanto no le molesta pasar el tiempo con otras.

—Pero tú no estabas pasando el tiempo con Serena. Era algo serio,

tenían tiempo juntos. ¿Pasó algo?

—Ese fue precisamente el problema, no pasó nada. —Vasil se encogió de hombros—. Serena está bien, yo la quiero mucho, pero estoy buscando otra cosa, algo especial.

—¿Quién diría que eres un romántico? —Vitti se sentó a su lado posando una mano sobre la rodilla de Vasil—. Déjame decirte un secreto: Así como estos árboles, el amor no nace grande y fuerte, es algo que crece poco a poco y que necesita cuidados para que sea grandioso. Eso que te atraviesa de repente no es más que un rayo y al igual que éste, se desvanece una vez que su luz se apaga.

—¿Y yo soy el romántico? —Vasil rio por lo bajo—. Tampoco creo en el amor a primera vista, pero si tras dos años con Serena aún no había germinado nada, no creo que fuese a hacerlo más adelante. Yo voy en serio Vittoria, quiero lo que mis padres y los tuyos tienen.

—¡Tienes veinticinco años Vasil! —Por alguna razón sentía que debía bajarle los niveles a esa conversación. La estaba poniendo nerviosa—. Odio coincidir con mi hermano en cualquier asunto relacionado con el sexo opuesto, pero la mayoría de los jóvenes de tu edad no están pensando en esas cosas. Tal vez deberías relajarte un poco.

—Yo ya sé cuál es mi lugar en la vida y dónde está mi futuro. —Vasil tomó su mano enlazando sus dedos y mirándola fijamente—. Voy a ser para Vin lo que mi padre es para Silvio y estoy listo para cuando se decida que ya es la hora. Sólo me hace falta saber con quién voy a compartir esa vida.

—Eso no va a ser necesariamente así. Sabes que el ser el jefe de la familia no es algo hereditario. Bien podrías ser tú en lugar de Vin, tienes tantas o más cualidades que él. —Vittoria vio sus dedos

entrelazados y recordó que en ninguno de los escenarios que había construido a través de los años, Vasil la tomaba de la mano en el bosque para hablar de herencias, posiciones y rangos. Ella no quería tener ninguna participación en esas conversaciones, ni siquiera con Vasil—. Además, no creo que eso vaya a suceder pronto. Ustedes son aún muy jóvenes para ese tipo de responsabilidad y papá no parece inclinado a hacerse a un lado. La búsqueda de la pareja perfecta no es la última tarea que te queda por hacer y es probable que suceda más rápido si no estás por ahí asustando chicas con ese discurso.

—¿Te asusté a ti? —Vasil se acercó aún más.

—Tú siempre me asustas. —Vittoria se encogió de hombros como si no fuera mayor cosa, aunque estaba segura que el sonido desbocado de su corazón la delataba—. Aunque de buena manera.

—Creo entonces que el término adecuado es que te sorprendo.

—No. Nada con respecto a ti es inesperado. —Si no tomaba en cuenta, claro, las últimas horas—. Con Vin o con Taras existe siempre el peligro que algo estalle por el camino, que haya que salir corriendo con una docena de motoristas persiguiéndote con cadenas en las manos o que alguien termine en el hospital y haya que evacuarlo a las carreras antes que una incauta enfermera les quiera hacer un examen de sangre. A tu lado siempre sé que todo estará bien. Eres la persona más sólida que conozco, después de mi padre, y a diferencia de él, contigo estoy segura de que mi defecto no es tan importante.

—Tú no tienes ningún defecto.

—¿Alguna vez le ofreciste a Serena ayuda para saltar de una terraza? —le preguntó Vittoria un poco triste.

Vasil no respondió.

CAPÍTULO 7

Scarlett no pudo encontrar a la señora Martínez para que adelantara sus turnos en la empresa de limpieza de oficinas. No era que le apeteciese mucho pasar el día fregando pisos o aspirando alfombras, pero cualquier cosa era mejor que estar encerrada en esa casa con los amigos de su madre y la eventual presencia de su hermano.

Una vez que su mamá y su novio Manuel se fueron, Scarlett dedicó toda su atención a tratar de poner algo de orden en la cocina. Vacío la nevera de recipientes de comida para llevar, cuyo contenido parecía haberse convertido en materia orgánica digna de ser estudiada por el Centro Nacional de Enfermedades, limpió los platos y los guardó; sacó la basura y hasta lavó los pisos en lo que consideró como un entrenamiento previo para su nuevo empleo.

Estaba a punto de pasar a rendirle los honores al salón cuando su hermano apareció por la puerta trasera.

Rhett se veía aún peor que la última vez que Scarlett había estado en casa. Nunca se habían parecido mucho físicamente, pero ahora las diferencias iban más allá del color de cabello o la forma de la nariz. Las adicciones de Rhett ya habían tomado, hacía tiempo, buena parte de su salud mental, convirtiéndolo en una persona violenta y desapegada, y ahora carcomían su físico. Su cuerpo no era más que un saco de huesos, la piel sin brillo y llena de manchas, y los dientes arruinados y torcidos. Si alguien quería hacer un anuncio de “Dile NO a las drogas”, su hermano sería el modelo perfecto.

Atrás quedaron esos años en los que Rhett dormía con ella cuando

su madre tenía compañía, poniéndole música en un viejo reproductor de CD portátil para que los ruidos no le espantaran el sueño, o la sacaba en volandas por las mañanas, en muchas ocasiones aún en pijama, para llevarla a desayunar en una vieja cafetería, aunque tuviera dinero solo para unas tostadas para ella, a fin de que no tuviese que presenciar las despedidas de los novios de su progenitora.

De eso había pasado mucho tiempo, pero aún más de una década después, Scarlett lo extrañaba y se preguntaba en qué momento Rhett se había perdido en el camino sin que ella se diese cuenta para tomarlo de la mano y regresarlo al sendero correcto.

En cierta forma se sentía culpable. Era ella quien se había ido a la universidad, quien se quedaba con Vittoria evitando lo más posible ir a casa durante las vacaciones, quien había olvidado a su hermano dejándolo consumirse y ahora no sabía cómo traerlo de vuelta.

—No puedo negar que tienes talento sobre cuando aparecer, hermanita —dijo Rhett arrastrando las palabras. A pesar de lo débil de su voz, su cuerpo estaba inquieto, las manos entraban y salía de los bolsillos delanteros de sus pantalones buscando algo que hacer. Era obvio que la *hora legal* para colocarse se acercaba—. Esta noche tengo una fiesta, así que mejor dejás todo presentable para mis invitados.

—Muy elegante de tu parte llamarlo fiesta —respondió Scarlett con desdén dejando salir su frustración—, mejor es que la llames exhibición de muestras. No, eso también es muy elegante.

—¿Te crees mejor que todos nosotros verdad? —Una mirada de genuino odio relampagueó en los ojos de Rhett—. Con tu beca y tus vacaciones en la playa. ¿Dónde están tus amigos finos ahora, Scarlett? Ellos saben que no estás a su nivel y que nunca lo estarás, sólo eres una misión de caridad. Tal vez hables mejor y sepas cosas, pero en el

fondo eres la misma basura que el resto de nosotros y el mundo no te dejará olvidarlo.

Las palabras de Rhett quemaban como un latigazo, dejando el picor incluso una vez que el golpe había pasado. Tal vez porque muy dentro temía que fuesen ciertas. Siempre sería la hermana del drogadicto, la hija de un padre Pielas y de una madre mesera en un bar de mala muerte.

—Te equivocas. Yo voy a salir de aquí, voy a ser mejor que todo esto. —Scarlett trató de ocultar lo mejor que pudo sus dudas, más para autoconvencerse que para convencer a su hermano.

—No seré yo quien pinche tu globito de fantasía. —Una sonrisa cínica se le asomó por los labios—. Pero mientras tanto, alguien tiene que mantener este lugar, así que gánate el pan y ponte a limpiar.

—Si vas a fingir que eres tú el que mantiene este lugar, yo puedo pretender que ya está limpio. —Scarlett se cruzó de brazos mirándolo fijamente.

La mayor parte de su tiempo en casa evitaba la confrontación, pero ahora era todo lo que quería. La rabia por el hermano que había perdido, por una madre que nunca tuvo, por la vida que llevaba y por el futuro que parecía escurrirse entre sus dedos cada vez que intentaba alcanzarlo, se había transformado en una bola de fuego que estaba por estallar y deseaba dejarla salir para liberarse de la quemazón.

—Tus labios se mueven, pero no oigo nada. —Dándole la espalda con un gesto displicente, Rhett se marchó en dirección a su habitación—. Asegúrate de sacudir bien las mesas, no queremos que un polvo se mezcle con el otro.

Y esa fue la gota que derramó el vaso.

Como una tromba Scarlett fue tras su hermano, entró en la habitación sin apenas notar el olor rancio que salía de los platos sucios acumulados en la mesa de noche y en la cómoda, ni el par de botellas vacías que se encontraron con sus pies en el camino.

Rhett ya hurgaba en el fondo de su armario, buscando la bolsa con la mercancía que iba a poner a disposición de sus clientes nocturnos y, aprovechando que él la creía una niña inofensiva, cosa que siempre había sido, Scarlett le arrebató el alijo de las manos.

—¡Esto se acabó! —le dijo sosteniendo el paquete en alto—. Quiero a mi hermano de vuelta y si no lo puedo tener, al menos lo quiero vivo.

—Devuélveme eso ahora, Scarlett. —Los ojos de Rhett estaban concentrados en la bolsa, como si por pura fuerza de voluntad pudiera hacerla volar de nuevo a sus manos.

—Te está matando...nos está destruyendo a todos.

—La única que va a acabar muerta eres tú si no me devuelves ese paquete y estoy hablando en serio.

Scarlett empezó a temblar al notar que el tono amenazador de su hermano era real, pero darse por vencida, bajar la cabeza, era peor. Tendría que verse todos los días al espejo, como lo hacía ahora, preguntándose por qué nunca había hecho nada por la única persona en su familia que alguna vez la había amado lo suficiente para preocuparse.

Sin detenerse a pensar si sus acciones provenían de la rabia, el miedo, la culpa o el cariño, Scarlett corrió hacia el baño con la intención de echar por el inodoro el veneno que carcomía a su familia. Tal vez así reuniría el suficiente valor para hacer lo mismo con las botellas que su madre guardaba en los gabinetes de la cocina.

Pero no pudo llegar a tiempo.

Todo su cuerpo se vio estrellado contra los azulejos de la pared, su mejilla impactando primero contra la dura loza. Había menospreciado la fuerza de un adicto acorralado, tomando sólo en consideración el estado tembloroso en el que su hermano parecía estar.

Aún su mente no había terminado de procesar los ecos de dolor, que se extendían como una onda expansiva desde su mandíbula hasta el nacimiento de su cabello, cuando Rhett tomó su cola de caballo jalándola brutalmente hacia atrás. Scarlett no entendía cómo su cuello no se había desprendido, cómo después de tanto dolor seguía parada sobre sus pies.

No lo estuvo mucho tiempo más.

—Te lo advertí, demonios, pero no pudiste hacerme caso.

A pesar de que las palabras podían parecer consoladoras, había tal furia en ellas que Scarlett dejó de prestar atención al dolor para concentrarse completamente en el miedo.

Como si no fuese más que una muñeca de trapo, Rhett la arrojó al suelo, no sólo para quitarla de su camino sino para hacerle daño y una vez allí le asestó una patada en el costado izquierdo y luego otra.

Scarlett perdió la cuenta de cuantas patadas fueron. Intellectualmente, ser golpeada de esa manera tan salvaje mientras estaba en el piso, incapaz de defenderse, seguramente lo hubiese catalogado como humillante, pero en ese momento las consideraciones intelectuales estaban fuera de contexto. Lo único que sentía era dolor físico.

—Ahora compórtate como una buena chica y termina de limpiar.

Recogiendo el alijo del suelo Rhett salió de su campo visual y Scarlett se permitió llorar.

CAPÍTULO 8

«¿Qué es ese ruido?».

Muy en el fondo de su inconsciencia, Vittoria sabía de dónde provenía el sonido, pero estaba tan atrapada en un sueño particularmente bueno, cuyo protagonista era Vasil sin camisa, en el bosque, donde había besos y algunas cosas más, que se negaba a darse por enterada.

«Teléfono».

Era un teléfono, comprendió adentrándose unos milímetros más en la conciencia. Agarró lo primero que tenía cerca y pulsó unos botones al azar, pero el odioso timbre no cesaba y ahora la televisión estaba encendida.

Por fin dio con el aparato adecuado y en medio de la oscuridad de su habitación consiguió pasar los dedos por la pantalla en la dirección correcta.

—¿Sí? —La pregunta sonó clara en su cabeza, pero no estaba segura que fue inteligible para la persona al otro lado de la línea. No podía dar más, ese había sido su mejor esfuerzo.

—¿Te desperté?

La interrogante, hecha casi en susurro y opacada por un sonido de música amortiguada, terminó de sacar a Vitti de los terrenos de Morfeo.

Era Scarlett y estaba asustada.

—¿Scarlett estás bien?

—Sí, sólo quería saludarte.

—¿A la media noche? —Un extraño miedo comenzó a escocerle en

medio del pecho.

—Rhett tiene una fiesta. —Scarlett hizo un ruido que intentaba pasar por una risa, pero sonaba más a sollozo—. Creo que las cosas se están poniendo un poco salvajes allá afuera.

—Voy a buscarte.

Vittoria saltó de la cama oteando en medio de la penumbra a fin de ubicar sus pantalones.

—¡No! —Ahora era Scarlett quien sonaba inquieta—. No te llamé para eso...sólo quería hablar con alguien.

—No intentes razonar conmigo, sabes que no surte ningún efecto porque no soy una persona razonable. —Vittoria aprisionó el teléfono entre su hombro y su oreja mientras se ponía los vaqueros que había dejado descartados en el suelo—. Si me llamaste a esta hora es porque estás lo suficientemente asustada para que eso entre en conflicto con tu buena educación.

—Estoy en mi habitación, pero necesitaba algo con qué distraerme y no quería ponerme los cascos y escuchar música, tú sabes, por si alguien intenta entrar.

Las dotes de negociadora de Scarlett eran bien conocidas, al igual de su tendencia de querer mantener los detalles escabrosos de su vida lejos del conocimiento público. Sin embargo, tras tres años y medio compartiendo habitación en la escuela, Vittoria sabía que si Scarlett admitía que algo en su vida no estaba del todo bien era porque, en realidad, estaba mucho peor.

—Intenta ser invisible, voy para allá.

—Pero son más de dos horas de camino.

Vittoria se negó a seguir escuchando. La última frase de Scarlett era prácticamente una rendición.

Tras cortar la comunicación buscó una camisa y metió los pies en unas zapatillas negras, estilo bailarina, agradeciendo no tener que lidiar con los cordones de sus Converse, y salió al pasillo oscuro para buscar a su mejor cómplice.

—¡Vin! — Vittoria sacudió la cama de su hermano.

Sabía por experiencia que era mejor no ponerle una mano encima mientras dormía. Sus reflejos podían dejarte tumbada en el piso.

—¿Qué pasa? — Vin se sentó en la cama de golpe, completamente despierto.

—Vístete, tenemos que ir a Denver a buscar a Scarlett.

—¿Qué le pasó? ¿Está en problemas? — preguntó alarmado.

—Su hermano tiene una de sus fiestas y ella está aterrada. Algo muy malo está pasando.

Contrario a la discusión que ella había anticipado, Vin salió de la cama sin preguntar nada más y fue al clóset por algo de ropa de donde salió con los mismos vaqueros que había usado en la mañana, pero optó por una camisa con botones a rayas azules que dejó por fuera de sus pantalones luciendo casualmente chic. Para complementar el estilo, se pasó la mano un par de veces por los rizos marrones dándoles un aspecto de desorden premeditado.

—Si todo lo que me has contado de la familia de Scarlett es cierto, vamos a necesitar refuerzos —dijo Vin tomando el teléfono de su mesa de noche.

—¿Vasil?

—Vamos a ir a Denver en medio de la noche en una misión de rescate con la que papá va a estar en completo desacuerdo dadas las circunstancias actuales, que no estoy autorizado a decirte. Definitivamente Vasil no es nuestro hombre. — Vin rio por lo bajo —.

Cuando se trata de hacer algo que va contra las reglas, hay un mejor candidato. Ahora hermanita vas a salir por la terraza y me vas a esperar en la entrada de la finca. Si me agarran saliendo puedo inventar una excusa cualquiera. Es mejor que no se enteren que estás involucrada.

Eso sí que no fue sorpresa para Vitti. Desde niño Vin siempre estaba dispuesto a aceptar las culpas por las travesuras en las que ambos se metían. Sólo por eso, y justo al pasar a su lado, Vittoria le dio un sonoro beso en la mejilla y le alborotó aún más los cabellos.

La terraza de Vin estaba un poco más alta que la de ella, pero se las arregló para saltar y caer en el patio trasero como toda una profesional. Luego corrió a toda la velocidad que le daban sus piernas en dirección a la entrada de la finca, pero el Hummer la alcanzó justo antes que pudiera llegar a la casa vieja.

Una vez dentro del vehículo rodaron unos cuantos metros más hasta que una sombra pareció materializarse cerca de la pared de la que había sido en otra época la residencia principal. Vin no había terminado de frenar cuando la puerta trasera se abrió iluminando la sonrisa traviesa de Taras.

—Como te dije —señaló Vin con una sonrisa de suficiencia—, para esto necesitamos al hermano malo.

—Y yo soy el hermano malo —respondió Taras señalando su pecho con sus dos dedos índices por si quedaba alguna duda.

Vin pisó el acelerador y se pusieron nuevamente en movimiento.

Todo el estado de ánimo tipo travesura que se había apoderado de Vittoria al escapar de casa, o mientras corría por el camino de tierra, se había desvanecido. Ahora la aprehensión que sintió en el pecho cuando recordó el tono de angustia, no muy bien disimulado, de

Scarlett al teléfono, había regresado incluso más intensa.

Cuando tomaron la Interestatal 25, los kilómetros que los separaban de la ciudad parecían hacerse más largos a medida que los recorrían y su destino correr frente a ella.

Finalmente lograron llegar frente a la descascarada casita cuya fachada Vittoria conocía bien de tanto llevar y traer a Scarlett durante las vacaciones, aunque nunca había entrado. Su amiga se aseguraba de estar en la puerta cada vez que iba por ella y nunca la había invitado a pasar cuando la traía de regreso.

No obstante, la música que se escuchaba desde la calle y los ruidos exaltados que provenían del interior hacían que la vivienda ya no pareciese sólo pobre sino decadente.

Ahora que estaban ahí, Vittoria se dio cuenta de que no había preparado ningún plan así que se volvió hacia Vin buscando algún tipo de señal. Sin embargo, su hermano se limitó a subir las cejas y a encogerse de hombros.

—¡Por Dios! —exclamó Taras desde el asiento trasero—. Cuando me sacaron de mi cama me prometieron una fiesta donde tendría la posibilidad de causar problemas, así que vamos. Es hora de rescatar a la damisela en apuros.

El primero en saltar del vehículo fue Taras, como si necesitara reafirmar sus palabras con acciones. Vin y Vittoria lo siguieron y fue ella quien llamó a la puerta. Tras un par de minutos la madre de Scarlett les abrió, botella en mano y para variar, en esta oportunidad, no tenía ningún elemento masculino colgando de alguna de sus extremidades.

—Buenas noches, señora Lucy —saludó Vittoria con su tono más jovial, como si llamar a la puerta de esa casa pasadas las dos de la

madrugada fuese algo completamente habitual para ella.

—¡Vittoria que sorpresa! —exclamó la mujer sonriendo, echándose a un lado para invitarla a pasar. A ella tampoco le pareció fuera de lugar la visita, obviamente el alcohol estaba haciendo efecto desde hacía bastante rato—. ¿Quiénes son estos encantadores caballeros?

—Mi hermano Vincenzo y mi amigo Taras.

Vittoria hizo su mejor esfuerzo para mantener la sonrisa de niña bien educada a pesar de que el olor astringente del licor barato y el picor del humo del cigarrillo amenazaba con taladrarle las fosas nasales destruyéndole el lóbulo frontal.

—¿Qué los trae por aquí? —La mirada nebulosa de la mujer estaba fija en el pecho de Vin como si estuviese evaluándolo con algún propósito ulterior y sus labios se curvaron en la parodia mejor representada de una sonrisa seductora.

—Vinimos a ver a Scarlett.

—Cariño, creo que ya está en la cama y, bueno, no me gustaría despertarla. —La mujer apartó nerviosamente unos mechones de su cabello para ponerlos detrás de su oreja y miró inconscientemente hacia una puerta cerrada. Luego, con familiaridad, tomó a Vin por el antebrazo—. Pero si gustan pueden pasar, les puedo invitar a tomar algo. Tenemos una pequeña fiesta, nada como a lo que ustedes están acostumbrados, claro.

Vittoria aprovechó la distracción que su hermano generaba en la jefa de la casa para acercarse hasta la puerta cerrada y golpearla.

—Scarlett soy yo...por favor abre y sal un momento.

—Seguro que no te escucha, linda. —La voz de la mujer parecía más una súplica—. Duerme con los cascos puestos. Mejor pasamos a salón o si tienen que irse, yo le diré que vinieron a...

Lentamente la puerta se abrió y la visión de la persona que salió de la habitación dejó a Vittoria sin respiración.

Scarlett parecía aún más pequeña y frágil de lo normal; su piel de porcelana estaba hinchada y morada dándole un aspecto general de muñeca rota. Además, tenía el labio partido y caminaba inclinándose levemente hacia el lado izquierdo, como si enderezarse le doliera.

A su espalda, Vittoria sintió a Taras inspirar ruidosamente mientras que algo mucho más peligroso emanaba de Vin: una ira fría que amenazaba con desbordarse en cualquier segundo.

«Debimos traer a Vasil», pensó Vittoria recordando que él era el único que podía controlar a Vin cuando las cosas llegaban a niveles extremos.

—Tuvo una discusión con su hermano. —La madre de Scarlett hizo un gesto con las manos como para restarle importancia al hecho de que su hija parecía una berenjena—. Esos dos no pueden llevarse bien a pesar de mis esfuerzos.

Los ojos de Scarlett se clavaron en la descolorida alfombra. Vittoria la conocía lo suficiente para saber cuánto la avergonzaba mostrar su realidad.

—Señora Lucy —dijo Vin haciendo uso de su voz aterciopelada. Sólo aquellos que lo conocían bien tenían idea de cuánto le costaba no demandar saber el nombre del responsable y encargarse de él con sus propias manos—, mi familia acostumbra organizar varias actividades durante las vacaciones de invierno en el pueblo donde vivimos. Nos encantaría que Scarlett pudiese acompañarnos unas cuantas semanas. De hecho, la estábamos esperando. Mis padres le tienen gran cariño y habíamos dado por sentado que Vittoria la llevaría con ella al finalizar las clases. Confío en que no habrá ningún problema.

—Claro, por supuesto. —Como era de esperar la mujer cayó nuevamente bajo el hechizo. Vittoria nunca había estado tan agradecida por el talento de su hermano con las mujeres. No obstante, una chispa de entendimiento pareció atravesar el rostro de Lucy como si la realidad la estuviese llamando de larga distancia—. Pero ahora que recuerdo, ya le había conseguido un trabajo para la temporada y no podemos prescindir de ese dinero. Un año sin vacaciones no va a matarla.

—Curiosa elección de palabras —musitó Taras quien se había quedado cerca de la puerta.

—Si esa es su única objeción... —Vin le lanzó a la madre de Scarlett una sonrisa a medio camino entre el desprecio y la seducción mientras buscaba su billetera en el bolsillo trasero de sus pantalones. Contó el efectivo y le tendió unos cuantos billetes—. Esto cubre dos veces el salario mínimo de un mes.

Con los ojos dilatados por la sorpresa, pero sin dudar ni un segundo, Lucy tomó los billetes y Scarlett hundió aún más, si eso era posible, su vista en el suelo.

—Scarlett, cariño —le dijo su madre—, ve a preparar la maleta, aunque no creo que tengas nada adecuado para...

—Mi hermana no va a ningún lado.

Rhett escogió el peor momento para jugar al hermano protector.

Con los ojos vidriosos y un cigarrillo entre los labios, apeataba a sudor rancio mezclado con licor y otras sustancias. Vin fijó inmediatamente la mirada en el recién llegado, ladeando la cabeza ligeramente como quien estudia el objetivo.

—¡No puedo creerlo mamá! Los Fera aparecen y tú decides vender a tu hija a los matones de la mafia. —En un claro error de juicio, Rhett

le devolvió la mirada a Vin en un gesto de desafío—. A mí no me engañan. Yo sé lo que son debajo de su ropa cara y su familia perfecta y no quiero a mi hermana cerca de nada de eso.

Vin se movió rápido, tal vez demasiado, y en un pestañeo tenía a Rhett tomado por el cuello y prácticamente incrustado en una pared. Inmediatamente Vittoria puso a Scarlett tras sí. Aquello estaba por ponerse muy feo. Sabía que debía detener a su hermano, pero en ese punto no estaba segura si podía o si de hecho *quería* hacerlo.

—Tú no tienes ni idea de lo que soy y, créeme, si lo supieras tendrías pesadillas. —La sonrisa de Vin era feroz y el azul de sus ojos pareció intensificarse gracias a un extraño brillo. Su tono de voz se había vuelto repentinamente tan gutural como un gruñido—. Si vuelves tan solo a pensar en mi familia otra vez, volveré para darte la demostración completa y tengo la impresión que no tienes lo que hace falta para resistir durante todo el espectáculo.

Las palabras de Vin no eran, ni de cerca, tan amenazadoras como la energía que salía de él. Era como si un cartel invisible de “PELIGRO, RIESGO NUCLEAR” oscilara sobre la escena parpadeando en color rojo.

Lucy se había vuelto de piedra, con una gran «O» en su boca que no llegó a sonar y Scarlett estaba tan tensa detrás de Vittoria que hasta se había enderezado, olvidando, gracias al miedo, el dolor de la paliza.

Fue Taras quien lentamente se acercó hasta Vin poniéndole la mano en el hombro, pero no con brusquedad, Vin no podía ser controlado por la fuerza, sino más bien como un recordatorio de que había más gente allí.

—¿Vin? —La pregunta sonaba más como a una advertencia,

aunque en sus siguientes palabras volvió a ser el Taras de siempre—. Si le partes el cuello vamos a pasar la noche en la policía y sabes cómo odio eso.

Taras nunca dejó de tocar a Vin y éste, lentamente, soltó el cuello de Rhett quien cayó deslizándose por la pared hasta quedar desparramado en el piso.

—Lucy. —Con un asentimiento de cabeza y exhibiendo nuevamente la sonrisa que lo hacía famoso entre las damas, Vin se despidió de la dueña de la casa y con su andar de modelo de pasarela se dirigió a la puerta—. Scarlett agarra tu bolso, no necesitarás más nada.

Scarlett volvió a encogerse sobre sí misma retomando el aspecto de perrito asustado que siempre la embargaba cuando estaba cerca de él. Vittoria le apretó la mano tratando de tranquilizarla. Si su hermano la aterraba aun cuando trataba de ser encantador, ni hablar de cuando se volvía realmente temible.

—Gracias señora Lucy, prometo que se la devolveré sana y salva. —Vittoria sonrió como si lo que acababan de presenciar hubiese sido un paréntesis comercial en medio de la película del domingo.

Arrastrando a Scarlett consigo, salió detrás de Vin y Taras las siguió sin decir palabra, cerrando la puerta a sus espaldas.

Al llegar al vehículo Vin le estampó un puñetazo en la parte posterior, tan fuerte que la alarma se activó, luego siguió una patada al guardafangos aderezada con un grito de frustración.

—Vin, hermano. —Taras se paró muy cerca de él, su tono lleno de censura—. Ella no necesita esto ahora.

Con la cabeza Taras señaló a Scarlett quien se había quedado petrificada a pocos pasos del vehículo. Vin cerró los ojos, desactivó la

alarma y subió aferrándose al volante hasta que sus nudillos palidecieron.

—Voy a llevarte al hospital —dijo cuando todos estuvieron dentro.

—¡No! —Scarlett parecía haber encontrado nuevamente su voz.

—Puedes tener una fractura y quién sabe si una hemorragia interna. Necesitas que te vea un médico.

—¿Sabes lo que pasará cuando comiencen a hacer preguntas? — Ahora era Scarlett quien estaba casi gritando. El miedo que Vin le producía seguía allí por lo que, aunque estaba hablando con él, se dirigía a Vittoria

—Llevarán al infeliz de tu hermano a la cárcel por asalto y agresión.

A Vin no parecía importarle que Scarlett mirara a Vittoria cuando hablaba con él, de hecho, él tampoco la veía cuando le respondía. Su mirada permanecía al frente, hacia afuera. Enfrentarse de nuevo con el rostro golpeado de la muchacha seguramente lo haría regresar a la casa y terminar su conversación con el tal Rhett.

—Puedo perder lo poco que tengo. Mi beca, mi futuro, TODO.

—Esto no es tu culpa —repuso él todavía más molesto.

«Pero sí lo es. Lo dejé solo», pensó Scarlett batallando por enésima vez en el día contra las lágrimas.

—Yo voto por irnos a casa. —Taras sonrió y levantó la mano, apoyando su propia proposición—. Tu tío puede revisarla mañana.

—Taras tiene razón. —Vittoria dio unas palmadas en el brazo de su hermano sintiendo los músculos tensos que aún amenazaban con romper el volante—. Salgamos de aquí.

CAPÍTULO 9

Vittoria pasó la noche con Scarlett, arropadas ambas en la misma cama como lo hicieron el primer día de universidad, casi cuatro años atrás, cuando Scarlett estaba tan asustada por encontrarse entre extraños que la miraban con desdén que toda fibra protectora que Vitti tenía dentro se activó. Al igual que esa primera noche, esta vez no hubo palabras, sino las lágrimas silenciosas de una y la impotencia de la otra.

Vittoria fue la primera en despertar. El rostro de Scarlett lucía incluso peor que la noche anterior.

La menor de los Fera sabía que, al contrario de lo que ocurría con ella, las marcas de los moretones no se desvanecerían rápidamente; pero había esperado, erróneamente, que todo luciera mejor a la luz del día.

Se escurrió de la habitación hasta la cocina para evitar seguir viendo la cara hinchada de Scarlett y disminuir así el deseo de ir a darle una golpiza a Rhett ella misma.

La cocina de su casa siempre era un lugar donde todos los dramas parecían desaparecer y la vida discurría sin alteraciones y esa mañana no era la excepción. Su madre, Olesya y Rossi trajinaban entre montañas de carne molida dándole forma a decenas de hamburguesas que serían cocinadas en la tradicional fogata de invierno, el primer evento de la temporada. Normalmente, Rosetta hubiese podido encargarse del trabajo ella sola, pero Anna y Olesya se habían saltado el trabajo esa mañana, debido a toda la situación con Scarlett.

Cuando los hermanos regresaron a la casa, con Scarlett a cuestas,

sus progenitores los estaban esperando despiertos y se inició un largo debate sobre si llevarla al hospital, opción alentada por Anna y Vin, o atenderla en la casa, que era la que apoyaba el jefe de la familia.

Lo que nunca estuvo en discusión fue el hecho de que Scarlett pasaría el invierno con ellos.

—¡Buenos días a mi sobrina favorita! —La sonrisa contagiosa del hermano de su madre la recibió en medio del maremágnum que representaban las tres mujeres cocinando.

Al igual que su hermana, Felix Harlow era pequeño y rubio, y detrás de sus ojos marrones se encontraba el brillo de la inteligencia que lo había llevado a ser el Jefe de Cirugía en el hospital de Denver y profesor de la Universidad. A diferencia de los hombres que poblaban su vida, el tío de Vittoria no era una fuerza de la naturaleza, todo autoridad y peligro, sino un ejemplo de la normalidad que abundaba en el mundo real.

—Soy tu única sobrina —le respondió ella devolviéndole la sonrisa—. ¿Cómo está mi doctor favorito?

—Soy tu único doctor —ripostó el tío Felix con un guiño—. Ahora ven aquí y dame un abrazo, pero no muy fuerte, recuerda que sólo soy humano.

El tío Felix había permanecido ajeno a los asuntos de su familia política hasta que su hermana quedó embarazada por primera vez. Su embarazo fue tan difícil como el hijo que tuvo. Los médicos que siempre habían trabajado para la familia no sabían qué hacer y hubo que buscar refuerzos.

Cuando Felix se enteró de que lo que se gestaba dentro de su hermana no era el tipo de bebé normal que nace por millones cada día, no corrió a ocultar a Anna en algún país del tercer mundo donde

Silvio, que nunca le había caído bien, no pudiese hallarla. Por el contrario, se volvió el médico de guardia para cualquier asunto clínico mayor que afectara a su nueva familia política una vez que el viejo doctor Panebianco se retiró. Ahora servía de asesor a la joven que estaba encargada de la pequeña clínica del pueblo.

Había sido Felix quien, tras minuciosos estudios genéticos, anunció que Vittoria no era lo que se esperaba; quien enterró la historia clínica de Vin una vez que, por error, fue llevado a un hospital tras haber estrellado su Mustang contra la defensa de la autopista y quien salvó la vida de Silvio Fera tras ser abaleado y apuñalado por una familia rival.

—¿Cómo está tu amiga? —le preguntó Felix levantando las cejas.

—Se ve peor que ayer —contestó Vittoria con un suspiro, evitando decir que desde la noche anterior el mundo se había vuelto un lugar incomprensible, habitado por monstruos que hasta ese momento sólo pertenecían al mundo de fantasía de los noticiarios de televisión—. Creo que necesita ir a un hospital.

—Voy a verla ahora —dijo poniéndose de pie y agarrando el maletín que revelaba que su presencia en la casa no se trataba únicamente de una visita de cortesía—. Pero ten en cuenta que para nosotros los débiles las cosas tienden a ponerse muy feas justo antes de mejorar.

—Voy contigo en caso de que haya que llevarla hasta el pueblo por radiografías. —Anna abandonó la carne y se lavó las manos en el fregadero—. Es mejor que te quedes aquí Vittoria.

Ella amenazó con protestar, pero su tío la atajó antes que pudiese decir cualquier cosa.

—Si estás ahí, tal vez por vergüenza, no me diga todo lo que

necesito saber.

Las terribles implicaciones de esa frase dejaron a Vittoria apretando tanto la taza de café que tenía en la mano que el pobre pedazo de cerámica no aguantó la presión y se partió en dos.

Su tío, su madre y, como era de esperarse, Olesya, abandonaron la cocina, y para distraer su mente, y salvaguardar el resto de la vajilla, Vittoria se dedicó a armar hamburguesas junto con Rossi.

Una hora después la carne estaba lista, empaquetada y cuidadosamente refrigerada y el tío Felix reapareció para entregar un diagnóstico bastante optimista: No había fracturas ni signos de hemorragia interna y Scarlett sólo debía descansar y tomar analgésicos y antiinflamatorios por unos cuantos días

—¿Pero...? —Vittoria conocía demasiado bien a su tío para saber que, a pesar de lo favorable de las noticias, había algo que le preocupaba.

—En este tipo de casos la recuperación emocional es la que más cuesta. —Felix suspiró como buscando las palabras adecuadas—. No la presiones ni preguntes nada. Si no quiere salir del cuarto o hacer vida social, déjala. Ella aparecerá cuando esté lista.

—Quisiera poder hacer algo más...

—¿Cómo ir a darle una paliza al responsable?

—Me conoces demasiado.

—Ya Vin hizo suficiente. Estoy seguro que el hermano de Scarlett no le mandará un regalo en Navidad. Creo que mi violento sobrino ha hecho un nuevo enemigo de por vida —le dijo abrazándola.

—No creo que a Vin le importe.

—Yo tampoco, pero recuerda que las personas especiales, como tú y tu hermano, deberían utilizar sus talentos no para dañar sino para

hacer el bien, para ayudar a los que no son tan afortunados. Esa es la diferencia entre un superhéroe y un villano.

—¿Te imaginas a Vin en un traje elástico?

Felix estalló en una carcajada al tiempo que Anna y Olesya reaparecían en la cocina con sus ropas de ejecutivas.

—Tengo que ir a la oficina en Fort Collins a firmar unos papeles que no pueden esperar hasta mañana —le anunció su madre—. Me llevo a Rossi para que busque los medicamentos para Scarlett y compre algunas cosas que aún hacen falta para la fogata.

—¿Va a dejar a Vittoria sola, señora? —Aunque en la voz de Rosetta no había censura alguna y, de hecho, estaba en proceso de desanudar su delantal, la réplica no le cayó bien a Olesya para quien el cuestionamiento de una orden simple era una señal de insubordinación.

—Los muchachos ya están en camino y Taras no regresará a trabajar en la tarde, así que se quedará con ella y su amiga el tiempo que haga falta.

Entre el acento ruso y la mirada dura, la pobre Rossi escondió los ojos en los zapatos y rápidamente se despojó del delantal.

Tras darle una breve indicación sobre el almuerzo para los «muchachos» que «trabajaban mucho» y debían venir «hambrientos», Rosetta se despidió de Vittoria y todos se fueron, dejándola con el recuerdo de que antes de que todo el drama de Scarlett se desatara, ella había tenido algo más de lo que preocuparse, como por ejemplo el exceso de seguridad y cuidado, y esa insistencia en que nadie la dejara sola.

Mientras el agua para cocinar la pasta hervía y la salsa se calentaba, su mente divagó sobre múltiples posibilidades, pero no se

atreví a dar ninguna por cierta hasta que reuniera más evidencia, cosa que tendría que hacer poco a poco pues nadie parecía querer darle una respuesta directa.

—¡Así me gusta que me esperen en casa después de un día de trabajo: con la comida hecha y la mujer descalza y en pijama!

Taras y su constante buen humor la sorprendieron entrando sin aviso por una de las puertas de vidrio siempre abiertas, seguido por Vin, quien a todas luces venía teniendo un mal día, y el siempre impasible Vasil, los tres en ropas de trabajo: vaqueros, camisas de franela y botas.

Como Vin y Vasil habían declinado la oportunidad de ir a la Universidad, sus padres acordaron que debían aprender el negocio desde abajo, por lo que trabajaban como constructores en una de las compañías de los Fera. Taras también se veía forzado a «pagar su condena», como él mismo lo llamaba, mientras decidía qué haría con su vida.

—¿Cómo está Scarlett? —preguntó Vin abriendo el refrigerador para sacar una botella de agua.

Sonaba tan molesto que más bien parecía estar preguntando «¿quién osó rayar mi coche nuevo?» y, bueno, teniendo en cuenta el golpe que le había dado la noche anterior, a Vittoria no le extrañaba que el nombre de su amiga le trajese malos recuerdos.

—Sin ningún daño interno —le respondió poniendo la olla con la comida sobre la mesa y apartándose del camino antes de que Taras asaltara el contenido—. Sigue arriba y el tío Felix dice que no hay que presionarla.

—¿Comió? —insistió Vin al tiempo que llenaba su plato.

—Voy a llevarle algo más tarde, así que les agradezco que no se lo

coman todo.

Reconsiderando la cantidad, Vin devolvió un poco de raviolis a la olla y se encerró nuevamente en su mal humor.

—Ha estado así todo el día —le dijo Vasil a Vittoria en voz baja, acercándose con dos botellas de agua en la mano. Era el único que no se había acercado a la comida—. Debieron llamarme anoche.

—De acuerdo con Vin, para ese tipo de misión necesitábamos al hermano malo. —Vittoria se encogió de hombros.

—Yo soy el hermano malo. —Se acercó aún más como si le estuviera diciendo un secreto—. Tengo cicatrices que lo prueban.

—Tú no eres malo —alcanzó a decir ella dando un par de pasos hacia atrás.

«Increíblemente apuesto y sexy, te lo concedo», agregó para sí misma.

—Sí lo soy, pero eso es bueno para ti. Puedo mantenerte a salvo.

—¿A salvo de qué?

—Del mundo.

—Me gusta el mundo.

—Y nunca entenderé por qué. —Vasil negó con la cabeza y suspiró—. Vamos a comer.

Los dos caminaron hacia la mesa cuando Taras levantó la cara del plato, su mirada iluminándose como si acabara de descubrir la cura para el cáncer.

—¿Saben qué sería genial para el día de la fogata?

—Hola...

La genial idea de Taras quedó para el olvido. En el umbral de la cocina estaba Scarlett, aún con el pijama de de Vittoria, por lo menos dos tallas más grandes, lo que la hacía lucir aún más pequeña.

Los moretones de la cara estaban tan mal como Vitti los había dejado cuando salió de la cama.

—Hola —le respondió Vittoria mientras se repetía que debía lucir normal, que no debía parecer afectada en modo alguno por el lastimoso aspecto de su amiga, pero todo lo que consiguió fue una mueca tesa que trataba de emular, sin mucho éxito, a una sonrisa.

Tampoco ayudó a su actuación la ruidosa imprecación en ucraniano que Vasil soltó al ver a la muchacha.

Vittoria había olvidado que era el único que no la había visto y no solía reaccionar de buena manera ante una paliza de ese tipo.

—Siempre he dicho que la sincronización lo es todo. —Taras fue quien pudo mostrar una sonrisa genuinamente despreocupada—. Aparecer cuando aún queda comida es BRILLANTE, así que rojita agarra un plato y únete al sabor.

Taras jaló la silla a su lado y le dio unas palmaditas mirando a Scarlett con un puchero. La chica no pudo más que sonreír y se sentó.

—No tengo mucha hambre...

El ruido que la silla de Vin hizo cuando se paró de la mesa resumió todas las protestas que cualquiera pensó en expresar.

En tres movimientos tomó un plato de la mesa, sirvió lo que quedaba en la olla, le espolvoreó encima un poco de queso Pecorino y lo puso frente a Scarlett.

—Necesitas comer. —Su voz no tenía ni un atisbo de petición. Era una orden dada por un sujeto de mirada furiosa y, en su reacción usual ante él, Scarlett se encogió en la silla posando la mirada en el plato.

—¡Vin! —le gritó Vittoria.

—¿Qué? —explotó él en retorno y sin esperar respuesta giró sobre

sus talones y se encaminó hacia la puerta mascullando algo que sonaba como que ya era tarde.

Vasil bufó por lo bajo, le lanzó a Vittoria una mirada de disculpa y salió tras él.

—Contrario a lo que ocurre con el resto de la humanidad, las altas dosis de carbohidratos le producen a Vin cambios de humor —le explicó Taras a Scarlett como si se tratara de un hecho científico—. Y no me hagas detallar lo que le pasa cuando come chocolate, las entradas y salidas dramáticas van y vienen. IN TER MI NA BLES.

Tanto Scarlett como Vittoria estallaron en carcajadas que más tenían que ver con el stress represado que con el chiste de Taras.

—Ahora que tengo toda su atención señoritas —continuó él con una mirada traviesa—, ¿qué tan buenas son en *Guitar Hero*?

CAPÍTULO 10

El día de la fogata llegó y fueron necesarias todas las súplicas, bromas y amenazas vedadas de Taras para convencer a Scarlett de que debía ir a comerse al menos una de sus «mundialmente famosas» hamburguesas asadas bajo la luz de la luna. De acuerdo con el joven, ahí estaba el truco de su indescriptible sabor que ni el famoso chef Gordon Ramsay podría imitar.

También Vittoria, pasando por alto las advertencias del tío Felix, sacó el armamento pesado poniéndole a su amiga sus ojos de cachorrito abandonado, al tiempo que suspiraba diciendo «si tú no vas, yo tampoco iré y moriré de aburrimiento encerrada en estas cuatro paredes».

Finalmente, Scarlett claudicó. No quería ser maleducada.

Ataviada con unos vaqueros de la señora Fera, que se aproximaban más a su tamaño, y un jersey morado que a Vittoria le quedaba ajustado y a ella le llegaba justo encima de las caderas, Scarlett se consideró a sí misma lista para salir, al menos en lo que al atuendo se refería.

El estar de ánimo para una fiesta era una cosa completamente diferente.

Aunque había evitado deliberadamente enfrentarse con el espejo, rehusando usar maquillaje y dejando su cabello suelto, la puerta corrediza que daba al patio le tendió una trampa.

Estaba sola en la cocina, esperando que Vittoria regresara con algún tipo de abrigo, pues el frío estaba para morirse, cuando una figura familiar se reflejó frente a ella y no pudo resistir el impulso de

acercarse.

Así sin la nitidez de un espejo era más fácil.

Scarlett levantó la mano hacia su mejilla en un intento infantil por asegurarse que el rostro ligeramente amorfo en uno de sus lados que la saludaba desde el otro lado era realmente ella. Apretó su pómulo sin ninguna gentileza, tratando de conectarse a través del dolor con el reflejo amoratado que la miraba con horror.

—¿Te duele?

La voz grave de Vin la sobresaltó. La miraba con severidad apoyado en el marco de la puerta de la cocina.

—Sólo cuando lo toco. —Scarlett consiguió decir sin encararlo, mirando su silueta a través del cristal.

Había descubierto que si no lo veía directamente era más fácil hablarle.

—Pues entonces no te lo toques. —Vin hizo un movimiento de hastío con las manos y caminó hacia el refrigerador del cual sacó una botella de agua, bebiéndola de un sorbo. Luego suspiró, concentrando su vista en la ventana opuesta a la que Scarlett estaba parada—. Aún con ese moretón en la cara eres ...linda.

«Linda».

Scarlett soltó un bufido. Obviamente no era más que una palabra vacía.

Ella no era «linda», menos en esa casa que parecía el hogar de los modelos perdidos, donde todos eran altos, bronceados, atléticos y con facciones que parecían esculpidas por algún artista florentino.

Además, Vin lo había dicho sin mirarla y con un tono carente de seguridad, como si esa no fuese la palabra que estaba buscando, pero no se le ocurriese ninguna otra. Obviamente era un intento frívolo por

hacer sentir mejor a la amiguita de su hermana menor.

—¿Qué? —Vin volteó la cabeza encontrando su mirada en el reflejo del vidrio—. ¿No te gustan los cumplidos?

—No tienes que intentar hacerme sentir mejor —le respondió ella, sacando de donde no tenía la fuerza de voluntad para sostener su mirada. Él la intimidaba, siempre lo había hecho, y en las actuales circunstancias más que nunca. Era un hombre grande y fuerte, increíblemente atractivo y algo le decía que peligroso. Además, Vittoria hablaba siempre del temperamento de su hermano, de sus fiestas interminables, de sus coches destrozados y eso le resultaba insoportable. Tantas posibilidades y recursos desperdiciados no eran algo que alguien que había luchado por todo lo que tenía pudiese pasar por alto—. El cómo me veo es la menor de mis preocupaciones ahora.

—Y la mayor de las mías...

Vin se volvió y comenzó a caminar hacia Scarlett lentamente y sin quitarle la vista de encima, como si la estuviese cazando.

—¡Vin!

Vittoria entró en la cocina y lo rodeó hasta colocarse justo frente a él, con los brazos ligeramente separados del cuerpo, bloqueándole el acceso a Scarlett.

—Tengo hambre —dijo apretando las mandíbulas. Había algo dentro de él que le gritaba que apartara a su hermana de un empujón, que detrás de ella estaba lo que quería—. Se hace tarde, vámonos.

Giró sobre sus talones y salió de la cocina.

Acostumbrada a actuar como si lo que pasaba alrededor de su familia fuese normal, Vittoria puso su mejor sonrisa casual y se volteó tendiéndole a Scarlett la gabardina que aún llevaba en la mano y una

bufanda.

—Si no nos apuramos nos vamos a quedar sin hamburguesas.

Haciéndole a Scarlett un gesto con la cabeza para que la siguiera, abrió la puerta corrediza y salió.

Para llegar al claro donde se hacía la fogata, tenían que adentrarse primero en el bosque que rodeaba la parte posterior de la casa y caminar unos buenos diez minutos. A pesar de que era de noche, ni Vittoria ni Vin tuvieron ningún problema en encontrar el lugar. Habían crecido en esos bosques y orientarse en ellos era tan fácil como encontrar la cocina de su casa, aunque por beneficio de Scarlett mantuvieron un paso lento. No era un terreno fácil para quien no estuviese acostumbrado con todas esas raíces protuberantes y algunas ramas que colgaban demasiado bajas.

Vin iba adelante, marcando el camino a transitar, pero no volteó a verlas ni una sola vez ni intentó entablar ningún tipo de conversación. Vittoria podía sentir que aún estaba molesto y frustrado, y ella también. Adoraba a Vin más que a cualquier otra cosa en el mundo, pero esa necesidad de él de intimidar a todos a su alrededor había ya alcanzado el límite y Scarlett estaba fuera de ese límite.

La luz del claro era ya visible y Vin apuró el paso dejándolas atrás. Incluso Vittoria tuvo que refrenarse, el olor de los suyos era como un imán que la atraía, prometiéndole calor y seguridad.

Para Scarlett el espectáculo que tenía ante ella no debía parecer nada del otro mundo: Cerca de cuarenta jóvenes reunidos en un claro al calor de dos fogatas enormes. Había música, gente bailando, bebidas y una enorme y moderna parrillera en un costado donde Taras asaba carne para luego ponerla en los panes y apilar las hamburguesas en una bandeja que era llevada a una mesa donde

había algunos vegetales y salsas para que cada quien las aderezara a su gusto.

En lo que las chicas se adentraron en la fiesta, ya Vin había desaparecido para mezclarse con los suyos.

Con Scarlett tomada del brazo, Vittoria fue hacia Taras, caminando entre sus antiguos amigos y compañeros quienes la recibieron con sonrisas de aceptación, abrazos y algunos besos. Nadie hizo ningún comentario ni preguntó nada y eso la hizo sentir mejor. Era una declaración silenciosa de que todavía la aceptaban, de que era parte de ellos aun cuando hubiese decidido mantenerse lejos.

—¡Oye rojita! —Taras levantó la vista del asador en lo que las sintió acercarse, su cara adornada por una sonrisa que le subía hacia los ojos—. Trae tu trasero acá, ¡necesito ayuda! Tú también Vitti.

—Ni lo sueñes —le contestó Vittoria—. Yo preparé la carne, esa es toda la ayuda que pretendo ofrecer, más allá de mis habilidades como catadora.

—¿Tú sí ayudarás a este pobre cocinero en aprietos? —Taras miraba ahora a Scarlett haciendo un puchero exagerado y pestañeando como quien intenta contener las lágrimas—. Esta gente come más rápido de lo que yo cocino.

—Si me lo pides de esa forma. —Scarlett sonrió tímidamente pero indudablemente complacida.

—¡Genial! —Taras le tendió un delantal que hacía juego con el suyo.

El de él ponía «Soy Genial» y el de Scarlett sólo «Genial» con una flecha apuntando hacia la derecha, lugar por cierto donde Taras estaba parado.

—Yo me voy apartar de toda esta genialidad culinaria —dijo

Vittoria sonriendo—. Cuídala Taras, sabes cómo estas cosas ponen hacia el final.

—¿Te refieres a cuando todos estamos borrachos, tomamos a la bella forastera y nos la comemos a la parrilla? —Taras le guiñó un ojo—. Vete, abandóname, pero si te quedas sin comer no será culpa mía.

—Nadie se va a quedar sin comer.

Como una sombra, Vasil apareció por un costado con un plato desechable en la mano en el que reposaba una hamburguesa intacta. Sin mirarla mucho, Vittoria sabía que tenía tomates, lechuga y mayonesa, justo como a ella le gustaba.

«No, por favor. No aquí, no ahora, no así», pensó, adivinando lo que pasaría a continuación.

Vasil le ofreció el plato estirando el brazo, con la cabeza ladeada y los ojos bajos.

Las charlas a su alrededor cesaron y Vittoria sintió decenas de ojos taladrándole el cuello. Algunos pretendían hacerse los desentendidos, pero otros miraban abiertamente esperando su respuesta ante esa declaración pública.

¿Por qué las cosas no podían ser normales? ¿Por qué Vasil no podía invitarla a salir? ¿Tomarla de la mano en el cine mientras veían una película que ella escogería y que él, con seguridad, odiaría? ¿Salir a bailar y besarse mientras lo hacían?

Ella hubiese salido con él, le hubiese permitido tomarla de la mano y se hubiese molestado mucho si no la hubiese besado. Es más, estaba segura de que, con la menor señal de su parte, ella hubiese tomado la iniciativa. Pero Vasil no era normal y le gustaba recordarle a cada momento que ella tampoco lo era, que había reglas y tradiciones de las que ella había luchado por desligarse pero que él aún seguía al pie de

la letra.

Todas sus visiones rosas, e incluso aquellas no aptas para todo público, con Vasil como protagonista, estaban comenzando a desvanecerse para pintar en su lugar barrotes del más frío gris.

Más allá de su absurdo y nunca superado enamoramiento infantil, aunque se tratara de Vasil, ella no quería tradición, simplemente quería tener una relación normal con alguien que la aceptara tal cual era.

—Quien te ame te alimentará —recitó una mujer con tono sarcástico mientras se abría paso entre la gente que descuidadamente se había agolpado para ver más de cerca—. Vasil el proveedor, Vasil el caballero, en conclusión, Vasil el oportunista.

—Serena. —Los ojos de Vasil se movieron hacia la joven que estaba parada justo en el borde del círculo que se había hecho en torno a él y Vittoria. Había en su mirada una advertencia que ella decidió pasar por alto.

Vittoria tenía dos años que no veía a Serena más allá de los dos minutos previos a que escapara con Vasil de la Fiesta de Invierno. Nunca habían sido amigas ni compañeras de clases ya que la ex de Vasil era dos años mayor y formaba parte de las «chicas bonitas» del pueblo, aunque llamarla simplemente bonita, era quedarse corto.

No estaba segura si lo más atrayente de Serena era su piel color chocolate, que lucía tan aterciopelada como la superficie de un durazno; sus ojos en forma de almendra y justo del mismo color; su cabello caoba que caía brillante sobre uno de sus hombros o la figura curvilínea como un reloj de arena. De lo que sí tenía certeza era que la composición merecía estar en un comercial de televisión.

Vasil sabía cómo elegirlas.

—Es un gesto tan considerado de tu parte interesarte en Vittoria. Todos sabemos que nadie la elegiría, es una cuestión de selección natural. —Serena se encogió de hombros—. Nadie elige a los defectuosos.

Allí estaban las palabras que nadie decía, pero que seguramente todos pensaban. Lo que más dolía era que muy en el fondo Vittoria sabía que eran ciertas. Había pasado toda su vida torturándose por el hecho de ser diferente, pero jamás permitiría que los que estaban a su alrededor supieran cuánto la afectaba.

—No es tu culpa, así naciste, y debes estar agradecida de que tu padre sea un Fera —prosiguió Serena ahora mirando a Vittoria—. Si cualquier otra familia hubiese tenido un fenómeno como tú, se habría ido del pueblo por vergüenza.

Vitti sintió que su rabia inicial daba paso a algo mucho más profundo, una especie de ira que no estallaba, sino que se anidaba dentro de su pecho haciendo que su cerebro trabajara más claramente y sus sentidos se agudizaran.

Por eso no le gustaba ir a casa.

Fuera podía pretender que ella no era así, que la única cosa que podía hacerla rabiar era que la etiquetaran en una foto en Facebook donde no salía del todo bien o que los triángulos amorosos de las novelas no se decidieran como ella quería; pero aquí la violencia del entorno parecía alimentar la suya propia, como echar gasolina en una pequeña llama casi extinguida.

Al menos Vin, Vasil, Taras y todos los demás tenían una forma natural de trabajar con esa rabia; ella no tenía manera liberarla y por eso se represaba dentro, dando vueltas y retroalimentándose, buscando un resquicio inexistente por donde salir, hasta hacerse

incontrolable.

Nadie podía ayudarla, nadie era como ella.

—Ahora tenemos un problema. —Vittoria se sacudió las manos en los muslos antes de proseguir—. Puedes decir de mí todo lo que quieras, hablar tonterías de Vasil como toda una patética noviecita abandonada... —Unas risillas ahogadas provinieron de la multitud dándole ese extra de coraje que le hacía falta. Sonrió con suficiencia y caminó hacia Serena—. Pero lo que no te voy a permitir es que insultes a mi familia. Nunca olvides con quién estás hablando.

La mano izquierda de Vittoria se posó ligeramente en el hombro de Serena y sin previo aviso la apretó para mantenerla en posición. Cuando la ex de Vasil se dio cuenta de lo que estaba por venir ya era demasiado tarde, el puño de Vitti impactó sin piedad contra su estómago dejándola doblada.

Lo peor de todo era que se sentía bien, como respirar una bocanada de aire fresco tras estar atrapada en una caja mohosa por demasiado tiempo.

Vittoria era un monstruo, igual que el resto de su familia, y lo que lo hacía peor era que era un monstruo incompleto. Pero no había tiempo para quedarse merodeando en cuestiones morales o teóricas. Sabía que ese golpe era sólo el comienzo y su cuerpo estaba ansioso por el resto.

Soltó a Serena con un ligero empujón y dio dos pasos atrás preparándose.

—Veamos qué tan defectuosa soy —dijo con una sonrisa de desprecio.

Lo que nadie sabía era que tanto las palabras como la mueca valían igualmente para quienes la escuchaban como para ella misma.

Serena no se tomó mucho tiempo, aunque Vittoria le concedió necesario para recuperar el aliento. La agresividad podía ser mucha, pero Vin y Vasil le habían enseñado que el honor era todo, y ese código moral estaba dentro de ella en igual proporción que su deseo de hacer daño.

Cuando Serena estuvo lista se lanzó hacia ella. Otro error táctico. A pesar del puñetazo inicial, seguía creyendo que Vittoria era débil y optó por un ataque por la fuerza. Obviamente Vasil no la había entrenado, y si lo había hecho se había saltado la clase sobre estudiar al oponente y nunca dar nada por sentado.

Vittoria esperó hasta el último momento para esquivar la arremetida y en un movimiento seco levantó el brazo y dejó caer el codo con todo su peso en la parte posterior del cuello de Serena mandándola de cara al suelo.

Sin esperar, giró para mantener la vista en la presa. Como todos ellos, Serena tenía una excelente capacidad de recuperación y Vittoria no cometería el error de descuidarse.

—¿Más? —le preguntó mirándola desde arriba.

Ese sentimiento de ir ganando tan fácil se extendía por todo su cuerpo, pero no era de esa satisfacción que pone una sonrisa de suficiencia en los labios, sino más bien algo punzante que quería ser liberado. Tenía la absurda necesidad de gritar para darle salida.

En los pocos momentos de su vida en que se había sentido así, comprendía mucho más la capacidad innata de su hermano de meterse en problemas y admiraba mucho más a Vasil por estar siempre tan controlado.

Serena levantó la vista de la tierra y un brillo salvaje se instaló en sus ojos haciéndolos pasar de marrón oscuro a casi amarillo. Eso,

conjuntamente con el ruido casi animal que brotó de sus labios, le hizo entender a Vittoria que la pelea estaba por convertirse en una que no podía ganar. De todas formas, plantó los pies en el suelo esperando por lo que venía. Resistiría lo mejor que pudiera, defectuosa o no.

—¡En igualdad de condiciones Serena! —La voz de Vin se alzó con una autoridad que dejó a la multitud silenciosa con sólo la fuerza de sus palabras.

Vittoria no se había dado cuenta que Vin estaba allí, al borde del círculo que se había hecho en torno a la pelea, pero en ese momento no era su hermano, era la autoridad que algún día pretendía llegar a ser. Nadie tomaría sus palabras con un intento solapado por ayudarla, sino por lo que realmente eran: justicia.

«Familia y Honor», pensó Vittoria, y por familia no sólo se referían a la consanguínea, sino a todos los que estaban bajo su protección, y el honor comenzaba por un tratamiento justo para todos.

Serena hizo una mueca de derrota, pero no se atrevió a replicarle a Vin ni mucho menos a desobedecerlo. Inspiró profundamente con los ojos cerrados y cuando los abrió volvían a ser del mismo tono avellana que de costumbre.

Ágilmente se puso de pie, pero esta vez se tomó su tiempo. No era tonta para volver a lanzar un ataque por la fuerza. Por el contrario, comenzó a rodear a Vittoria moviéndose lentamente, buscando su punto débil. Un segundo demasiado tarde Vitti se dio cuenta por dónde vendría el ataque y no pudo hacer nada para esquivarlo.

La patada de Serena le dio de lleno en el costado. Sintió la fuerza del golpe reverberar por todo su cuerpo hasta que cayó al suelo y el dolor del impacto hizo el viaje de vuelta hasta el punto donde había salido.

Pero el dolor en vez de adormecerla encendió nuevamente la llama. Sin pensar, estiro bruscamente una de sus piernas impactando el tobillo de Serena quien cayó a su lado con un quejido. Vittoria saltó sobre ella, tomó su cara de entre las manos y la haló hacia sí, apretando el cráneo con toda la fuerza que pudo reunir. La sintió tratar de liberarse, moviéndose afanosamente bajo su agarre por lo que apretó los muslos al mismo tiempo que sus manos.

—¿Qué soy? —le preguntó Vittoria apretando sus manos todavía más.

Serena se debatió un poco más, pero en cada uno de sus movimientos Vitti podía sentir la desesperación de quien se sabe atrapado.

—¿Qué soy? —insistió levantando la voz y sin dejar de apretar.

—Alfa —le respondió Serena con un hilo de voz.

Vittoria la soltó violentamente.

—¿Suficiente? —preguntó y sus palabras escondían una súplica disfrazada con rabia. No quería ser así, no quería ser llamada de esa manera.

Serena relajó su cuerpo, estiró los brazos y echó la cabeza hacia atrás. Un hilo de sangre brotaba de su nariz y Vittoria tuvo que refrenar el impulso primario de rematar su trabajo.

Para alejarse de la tentación, se puso de pie y estiró la mano para ayudar a Serena a hacer lo mismo.

Aplausos, silbidos y gritos estallaron a su alrededor al momento en que la mano de Serena hizo contacto con la suya.

Vitti pasó revista a los rostros a su alrededor: Vin trataba de esconder su orgullo, Vasil la miraba con una intensidad que parecía querer derretirla y Taras sonreía de oreja a oreja.

Faltaba alguien.

—¿Dónde está Scarlett? —le preguntó a Taras pasando la vista alterativamente del muchacho a los alrededores.

Taras imitó su gesto, pero con una expresión confundida.

—¿Pequeña, pelirroja, con un moretón en la cara y el labio partido? —insistió Vittoria sin ocultar la exasperación en su voz.

—Estaba aquí. —El tono de Taras dejaba traslucir una preocupación que trataba de ocultar. No le gustaba estar preocupado, no era parte de su naturaleza.

—¿Cuándo?

—¿Qué pasa? —Vin llegó finalmente todavía exudando autoridad.

—Scarlett no está aquí.

—Tal vez regresó a la casa. —Taras seguía intentando sonar despreocupado, cosa en la que tenía menos éxito en cada segundo que pasaba.

—¿Y cómo crees que lo hizo? ¿Caminando en medio de la noche por el bosque? —La voz de Vitti aumentaba de volumen con cada palabra—. Tal vez siguió los letreros que dicen «la casa de Vittoria está por allá» que convenientemente pusimos a lo largo de todo el camino. ¡Te pedí que la cuidaras!

—Acabo de hablar con tu madre, Scarlett no ha regresado a la casa todavía —intervino Vasil guardando el teléfono móvil en el bolsillo trasero de sus pantalones.

Vittoria se permitió maravillarse por un par de segundos. Siempre Vasil era el confiable, el que sabía qué hacer. No perdía tiempo discutiendo, actuaba. Eso era un punto a su favor, aunque no olvidaba que tenían una discusión pendiente.

—Entonces vamos a buscarla, no puede estar lejos —dijo Vin y sin

esperar respuesta comenzó a caminar hacia el borde del claro

.

CAPÍTULO 11

El rastro era confuso. El olor de Scarlett estaba por todo el sendero, pero probablemente se trataba del que había dejado de camino a la fiesta.

Vittoria, Vin y Vasil caminaban lentamente tratando de identificar algún detalle que les indicara otro camino que la pelirroja hubiese podido tomar. A Taras lo habían dejado atrás en caso de que Scarlett regresara al claro, pero también era un castigo por su descuido.

—Sería más fácil hallarla si fuera uno de los nuestros —dijo Vin exasperado escrutando el suelo alrededor del camino, tratando de ver por dónde se había desviado Scarlett.

—Si fuese una de los nuestros no estaría perdida. —En el comentario de Vasil no había sarcasmo alguno, sólo la declaración de un hecho obvio, lo cual no evitó la mueca de Vin—. Necesitamos alejarnos del rastro inicial para poder ubicar su olor en uno nuevo.

—Tenemos que separarnos. —Vittoria no miraba a ninguno de sus compañeros sino al bosque oscuro con la esperanza de que Scarlett apareciera de la nada entre el follaje—. Cubriremos más terreno de esa forma.

—Hay otra forma de cubrir más terreno. —Vin soltó una sonrisa cómplice.

—¡No! —Vittoria repicó cortante, su amiga ya había tenido un día con suficientes rarezas en él, lo supiera o no.

—Sabes que sería más fácil encontrar el rastro de esa manera. —Vasil intentaba ser razonable.

—¿Y qué van a hacer cuando la encuentren con sus maravillosas

habilidades especiales? ¿Darle un susto de muerte? —Vitti sí quería sonar sarcástica—. ¿O me van a llamar para decirme dónde está? ¡Se me olvidaba! No pueden llevar sus teléfonos, tampoco hablar ni mucho menos enviar un mensaje. Vin va ir hacia el este, Vasil hacia el oeste y yo voy a seguir hacia adelante.

Sin esperar las discusiones que seguramente su plan generaría, Vittoria comenzó a caminar apartándose del sendero en lo que más se parecía a un camino. Si Scarlett se había confundido tratando de regresar a la casa, lo más probable era que no hubiese tomado una vía agreste sino algo que se pareciera de alguna forma a por donde habían venido.

No quería pensar en cómo se debía estar sintiendo su amiga. Para quien no estuviera acostumbrado el pequeño bosque que rodeaba la propiedad, caminar entre la naturaleza en la noche podría ser aterrador. Los sonidos que ella podía identificar serían para el inexperto una amenaza y el no tener certeza de dónde se estaba pisando debía agregar decibelios a su angustia.

Vittoria trató de oler el ambiente que la rodeaba. En invierno era más difícil, las esencias se mezclaban con el penetrante aroma de la humedad que parecía envolver todo lo demás, enmascarándolo. Eso era lo maravilloso del invierno, todo olía tan bien, a menos claro que estuvieses en medio de una operación de búsqueda.

—¡Scarlett! —Vittoria gritó a todo pulmón para luego acuclillarse en el piso.

Tenía que concentrarse.

Scarlett había sido su compañera de habitación por más de tres años, podía identificar su olor y aislarlo del entorno, tal y como había hecho con Vasil y Taras en el camino a casa.

Enterró los dedos en la tierra, cerró los ojos y aspiró. Tomando dentro de sí todos los olores que la rodeaban, trató de separarlos dejando fluir el instinto: hojas secas, madera y tierra mojada, el olor distintivo de las plumas de los pájaros que anidaban cerca, conejos, definitivamente había unas madrigueras en las cercanías, y ¿rosas?

—¡Agua de rosas! — Vittoria dijo en voz alta.

Así como ella le gustaba todo lo que oliese a lavanda, Scarlett era igual con el agua de rosas. Lamentablemente no era un perfume que se quedara en la piel mucho rato después de aplicado, pero el aroma, aunque vago, era suficiente para saber que ella había pasado por allí, más teniendo en cuenta que no había ningún rosal cerca.

Ahora que sabía cuál era el rastro que tenía que seguir, Vittoria se dedicó a no perderlo, pero mientras más caminaba, una advertencia golpeaba la puerta de su mente, aunque ella se negara a dejarla entrar. No podía distraerse con malas noticias.

Lamentablemente el ruido del arroyo que marcaba el lindero de la propiedad de los Fera parecía gritar el recordatorio que desde niña había sido grabado su mente más seriamente que «no metas los dedos en el enchufe» o «las píldoras no son caramelos». Sólo esperaba que Scarlett, aún sin saberlo, utilizara el sentido común y se mantuviese alejada de la orilla.

«¿Por qué se acercaría Scarlett al arroyo? Está mojado y hace frío», pensaba Vittoria dándose ánimo, pero por si acaso echó a correr. Lógica o no, hacia allí iba el rastro.

—¡Scarlett NO!

La pelirroja estaba parada en la rivera mirando alternativamente río abajo y río arriba como si tratara de decidir cuál dirección debía seguir. No obstante, todo razonamiento que pasaba por su mente

quedó eclipsado frente al alivio que relajó su rostro cuando escuchó su nombre y volteó para encontrarse con Vittoria.

—Me perdí —dijo con una expresión de disculpa.

—Lo supuse. —La sonrisa de alivio también estaba en el rostro de Vitti, aunque, si era posible, mucho más acentuada—. No es buena idea caminar de noche por un bosque que no conoces. Tenemos que irnos de este lugar.

—¡Estabas peleando por un hombre y no era ni siquiera una pelea de chicas! —El rostro de Scarlett se ensombreció—. Era, era...a puños y patadas, como en las películas, y nadie hacía nada. Tu hermano estaba allí, también Taras, y nadie hacía nada sino mirar muy entretenidos y vitorear. Todos parecían estarse divirtiendo. ¡Tú también!

Sin proponérselo la mano de Scarlett tocó ligeramente su mejilla donde la hinchazón y el moretón aún permanecían.

—No podía seguir ahí, no podía seguir viendo eso y pretender que estaba bien. ¡Eso no está bien! Tú, tú no eres así... —La voz de Scarlett alcanzó ese punto de queja que usan los niños pequeños cuando descubren que la vida no es justa y no pueden hacer nada al respecto.

«Si lo soy», quería decir Vittoria, pero la manera en que su mejor amiga la miraba toda confundida le hacía pensar que agregar «pero no me gusta» no era suficientemente bueno, más cuando en el fondo sabía que era una mentira.

Esa pelea se había sentido bien.

Vittoria suspiró.

—Lo siento. —De verdad lo sentía. Sentía haberse dejado llevar, sentía que Scarlett hubiese estado ahí, sentía recordarle la pesadilla que vivió en su casa hacía pocos días y, sobre todo, sentía no poder

dar una mejor explicación—. No estaba pensando mucho.

—Puedes pelear... —La afirmación de Scarlett tenía ahora más de sorprendida que de asustada.

—Crecí rodeada de chicos así que sí, puedo pelear. —Vittoria se encogió de hombros como si no fuese la mayor cosa—. Era aprender o dejar que Vin se comiera todas las galletas con chispas de chocolate.

—Nunca me lo dijiste.

—No voy por ahí compartiendo los hábitos poco caritativos de mi hermano cuando hay comida involucrada.

—No, me refiero a que eres una especie de ninja.

—No me gusta presumir.

—No está bien. La violencia nunca está bien —dijo Scarlett más para sí misma, luego suspiró y sonrió un poquito—. Aunque no puedo negar que de alguna forma me tranquiliza saber que eres capaz de patear traseros. Alguna de las dos debe saber hacerlo, sólo tengo que recordar no meterme con tu novio.

«Vasil no es mi novio», estuvo a punto de decir, pero un olor le pegó en la nariz, trayendo consigo viejas advertencias. Instintivamente su cuerpo se tensó y, si sus cuerdas vocales hubiesen sido adecuadas para eso, hubiese gruñido.

—Buenas noches, señoritas.

Un hombre parado al otro lado de la orilla las miraba con una sonrisa casi de burla. A pesar de su postura relajada, sus ojos pasaban de una a otra estudiándolas, al tiempo que sus fosas nasales se dilataban tratando de diferenciarlas.

Scarlett comenzó a dar lentos pasos hacia atrás, sin quitarle los ojos de encima.

Vittoria no podía estar segura si la mirada fija de su amiga era

instinto de preservación o si simplemente estaba maravillada ante aquel sujeto. Si se trataba de la última opción no podía culparla, ciertamente era perturbador.

A pesar del frío, sólo vestía unos pantalones sueltos anudados en la cintura y estaba descalzo, sus pies sumergidos en la corriente. La piel oscura hacía un endemoniado contraste con unos ojos verdes que parecían brillar en la oscuridad.

Vittoria consiguió tomar la mano de Scarlett y sin mayores delicadezas la movió hasta colocarla a su espalda.

—Ella no es de por aquí, se perdió —dijo Vittoria, mirando al extraño fijamente a los ojos.

Quería dejar bien claro que no le tenía miedo. Demostrar temor sólo aceleraría las cosas.

—Pero tú no estás perdida. —Esnifó teatralmente el aire a su alrededor y luego sonrió—. Tú sí eres de por aquí o, mejor dicho, de por allá. —Con la cabeza hizo un gesto vago hacia el claro donde la fiesta tenía lugar.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Dejarla andareguitar por el bosque de noche? —Vittoria hizo un gesto fastidiado.

—No tengo problema con ella caminando por aquí. —El hombre se encogió de hombros—. En cambio, tú, aquí, eso sí es una ofensa.

—Esto es terreno neutral. —Vittoria comenzó a caminar hacia atrás, empujando a Scarlett mientras el hombre atravesaba el arroyo sin ni siquiera contraer un músculo al estar en contacto con el agua helada—. ¿Sabes lo que significa neutral o debo regalarte un diccionario para Navidad?

—Sé lo que es neutral. —El hombre se detuvo en la orilla, justo en el punto donde Scarlett había estado—. Significa que tengo permiso

de divertirme y nadie tendrá derecho a cuestionarlo.

Se acuclilló, enterrando los dedos en la tierra húmeda de la rivera y sonrió ampliamente en un intento nada solapado por mostrar sus dientes. Sus ojos se volvieron de un verde más intenso, casi irreal, y brillaban como los de un gato en la noche.

—¡Scarlett corre!

Vittoria sabía que no podían ser más rápidas que él, pero le permitiría a Scarlett salvarse de esa. De todas formas, era en ella en quien el hombre estaba interesado. Sin embargo, Scarlett no se movió. Estaba absorta en lo que pasaba frente a sus ojos y Vitti también. Nunca había visto uno de ellos en carne y hueso.

El hombre saltó hacia ellas. No era un salto posible. Se impulsó con sus piernas y salió disparado, no hacia arriba sino hacia el frente, estirando en el aire todo su cuerpo.

En ese momento cambió.

Sus miembros primero se alargaron para luego contraerse hasta dejar de ser humanos y su piel dejó de ser piel para volverse pelaje, todo en segundos. Cuando sus patas tocaron el suelo una enorme pantera negra estaba frente a ellas y rugió, con ese ruido sordo que sólo los felinos de gran tamaño pueden hacer.

Scarlett echó a correr.

Vittoria alcanzó a hebilla de su cinturón y sacó a daga que Vasil le había regalado. Era tonto y lo sabía. Sin importar lo fuerte que fuera o lo bien que la hubiesen entrenado, no era posible luchar con una pantera de cien kilos con una daga de veinte centímetros. Bueno, posible era, aunque las probabilidades de éxito eran inexistentes, pero no podía hacer más nada.

Flexionó levemente las piernas para estabilizarse, extendió los

brazos a los lados manteniendo un agarre firme de la daga y comenzó a moverse lentamente buscando algún punto débil.

La pantera igualaba sus movimientos, pero no atacaba, esperaba algo. Vittoria sabía qué, pero no iba a darse por enterada.

Finalmente, el animal se cansó de esperar y presionó las cosas lanzándose hacia Vittoria. Ella había estado esperando que eso ocurriera eventualmente y lo esquivó, estirando la daga que sólo alcanzó arañar levemente la piel.

Era lo mejor que podía conseguir. El animal era puro músculo y necesitaría acercarse mucho para poder clavar la daga hasta que sólo la empuñadura quedara fuera y, aún de lograrlo, la pantera le arrancaría la cabeza antes de quedarse sin fuerzas. Sólo podía aspirar mantenerla ocupada.

—Déjalo ya, Wolfsbane. —Tanto Vittoria como la pantera volvieron la vista hacia la voz—. ¿No viste el color de sus ojos? ¿No adivinaste quién es? Obviamente no te va a dar lo que estás buscando.

Recargado casualmente en un árbol cercano había un hombre joven, no mucho mayor que Vin o Vasil. Era alto, pero no excesivamente fornido, y había cierta confianza presumida detrás de su postura despreocupada que lograba que todos los instintos de Vittoria le gritaran que tuviese cuidado.

Todo en él parecía dorado, su piel que apenas sobresalía debajo de suéter tejido de cuello alto, su cabello despeinado, incluso sus ojos que permanecían impasibles a pesar de la sonrisa pintada en su rostro. Tenía la belleza del sol o, mejor dicho, del fuego incontrolable que arrasa todo a su paso hasta sólo dejar cenizas.

Algo dentro de ella gritaba ENEMIGO y, a pesar de la antipatía instintiva, había algo más, una inquietud mucho más humana, que se

le instalaba en el medio del estómago y le secaba la garganta.

Era hermoso, era sexy, y lo plano de sus ojos, carentes de emoción alguna, le decía que era peligroso. Toda una trilogía ganadora.

—¿Wolfsbane? —Vittoria miró con incredulidad a la pantera, que había retrocedido y abandonado todo gesto agresivo, y luego al hombre—. ¿En serio? ¿Sus padres eran hippies o algo así?

—¿Pelear con una pantera con una daga? —El joven caminó hacia ella. Todo gesto de diversión borrado de su rostro—. ¿En serio? ¿Tus padres no te enseñaron nada?

—No le tengo miedo a nada que se entretenga con una bola de estambre y eso te incluye.

La pantera gruñó amenazando con lanzarse de nuevo hacia ella y todo lo demás fue un borrón: el sonido sordo del disparo, una mano que la empujó hacia abajo y el rugido salvaje que silenció todo a su alrededor dejándole los huesos helados por el miedo.

Algo seguía presionándola contra el suelo, pero ya no era una mano sino una pata enorme, pesada y con garras. Vittoria ladeó la cabeza y sus ojos no podían dar crédito a la imagen que su mente registraba: Un león la miraba desde arriba con sus inexpresivos ojos color ámbar y era tan hermoso, majestuoso y perfecto que tuvo que reprimir la tentación de moverse hasta una posición que le permitiera estirar la mano y enredarla en su melena dorada con negro.

Estaba maravillada, capturada en el momento, incapaz de sentir miedo, repulsión o si quiera antagonismo. Ni siquiera el aullido de los lobos pudo sacarla de su ensimismamiento. Sabía que venían como un hecho que su mente registraba, pero que posponía, permitiéndose por unos segundos más, disfrutar de aquel ejemplar maravilloso que la naturaleza ponía ante ella.

—Calen, te agradezco que le quites la pata de encima a mi hija.

Esa sí que era una voz que Vittoria no podía posponer, aunque quisiera. Al parecer surtía el mismo efecto en el animal que la mantenía contra el suelo que la liberó y retrocedió unos cuantos pasos.

Una vez que Vittoria se incorporó hasta estar de rodillas, pudo percatarse de que, aunque la única voz que había escuchado era la de su padre, había otros con él.

Tres lobos de ojos azules estaban de pie en perfecta formación mostrando los colmillos en gesto amenazante. El del centro estaba un poco más adelantado que los otros dos, era blanco y con una cicatriz que le cubría parte de la cara; a su derecha otro lobo blanco, un poco más pequeño, mantenía la mirada fija en ella y a su izquierda uno marrón y enorme parecía estar a punto de atacar.

En el medio de aquel espectáculo estaba su padre, vestido con vaqueros, un jersey de cuello alto y una bola de tela en sus manos. Por extraño que pareciera, lucía incluso más intimidante que los animales que lo rodeaban.

—¿Escuchaste los disparos? —Vittoria consiguió decir, recordando de momento lo que era más importante—. Hay alguien por ahí jugando al francotirador.

—No creo que estuviera jugando... —Wolfsbane consiguió mascullar.

Yacía a unos pocos metros de Vittoria, nuevamente en su forma humana. Su muslo chorreaba sangre donde la bala había impactado, aunque sus manos ocultaban la mayor parte en un intento por contener la hemorragia. El león caminaba frente a él, sin apartar la mirada de los lobos.

—¡Por Dios estás herido! —Consiguió decir Vittoria y comenzó a

recolectar los pedazos de tela que habían sido la ropa del fulano Calen y que ahora estaban a su alrededor—. Déjame ayudarte.

El lobo blanco más pequeño gruñó a sus espaldas y avanzó hasta pegarse más a ella, lo que hizo que en león se pusiera en guardia mostrando los dientes.

—¡Por el amor de Dios, Vasil! No va a hacerme nada. Está herido — Vittoria exclamó mirando exasperada al lobo y luego se volvió a ver a su padre con una mirada acusadora—. Se va a desangrar. Si quisieran hacerme daño, hace rato que lo habrían hecho. Es más, el león ese me protegió de los disparos.

—Vasil deja a Vittoria en paz y da una vuelta de reconocimiento a ver si encuentras de dónde provinieron esos disparos. Iván ve con él. —Silvio arrojó el pedazo de tela al león que lanzó una mirada de reojo al cuerpo herido de Wolfsbane—. Tenemos que hablar Calen. Nadie lo tocará. Tienes mi palabra.

Lentamente el león tomó entre sus fauces el pedazo de tela oscura y desapareció entre los árboles.

Prácticamente a gatas, Vittoria comenzó a acercarse a Wolfbane, pero el hombre trató de incorporarse y sus ojos volvieron a despedir ese extraño brillo irreal.

—No cambies idiota, te vas a desangrar con el esfuerzo. Además, estás desnudo y no quiero que te muevas y ver más de lo necesario. — Vittoria sostuvo en alto las dos manos que no tenían más que pedazos de tela—. ¿Vas a dejar que te toque?

—No es su elección Vittoria, ni tampoco la tuya —le recordó Silvio.

—¡Esto es ridículo! —protestó, odiando por enésima vez las severas leyes de obediencia y lealtad que circulaban entre los que eran como ella y que hacían que hasta tu vida dependiera de la orden de

otro. Todo siempre se trataba de disputas, sospechas y cadenas de mando; una especie de cuartel animal y ella no estaba dispuesta a ser un soldado—. Está herido y puedo ayudarlo.

—Puede hacerlo. —Calen salió detrás de un árbol vistiendo únicamente los pantalones de ejercicio negros que Silvio le había lanzado y, al igual que en su forma animal, se podía ver cada uno de los músculos contrayéndose bajo la piel en cada paso que daba. Se arrodilló cerca de Wolfsbane y miró a Vittoria con una expresión curiosa—. Si es que a la princesa no le molesta mancharse las manos con sangre de gato.

—Soy todo corazón —le dijo ella con una mueca de fastidio—. Un alma pura que se preocupa por los más débiles.

—Mis disculpas, madre Teresa. —Con fingida cortesía se puso en una mano en el pecho—. Es que con ese cuerpo y esa cara que tienes mis pensamientos no son precisamente impolutos.

Con un bufido, que pretendía falsamente sonar ofendido, Vittoria se puso de pie y caminó hasta el arroyo para mojar el trozo de tela que tenía en sus manos. Cuando regresó junto al herido, pudo constatar que la bala había atravesado la piel sin tocar el hueso dejando un claro orificio de salida, lo que, dentro de todo, era una buena noticia.

Limpió y vendó lo mejor que pudo la herida apretando la tela demasiado fuerte para intentar detener la hemorragia. Wolfsbane se crispó bajo su tacto.

—Eso fue por intentar asustarme, gato —Vittoria susurró en su oído—. Vas a necesitar sutura, así que busca un médico cuando llegues a tu territorio. Espero que te quede una fea cicatriz.

Se puso de pie e intentó sacudir el sucio de sus pantalones, pero sólo logro mancharlos con los restos de sangre que tenía en las manos.

—Me gustaría que alguna vez vendaras mis heridas —le susurró Calen mientras se ponía de pie—, y si estoy desnudo mientras lo haces no me importaría llevar una cicatriz de por vida.

—Vincenzo lleva a Vittoria a la casa. —La orden de su padre la salvó de tener que dar una respuesta, aunque no evitó los miles de escenarios que poblaron su mente como si de una película se tratara —. Tengo que hablar con Calen y luego lidiar con toda la situación de Scarlett.

¡Scarlett!

Vittoria se había olvidado completamente de su amiga y no tenía idea de cómo iba a explicarle que en los bosques cercanos a su casa había personas que se convertían en animales.

CAPÍTULO 12

Scarlett no estaba segura de cómo debía sentirse, además de terriblemente asustada.

En primera instancia intentó convencerse de que todo lo que había visto no era más que un sueño y que en cualquier momento sonaría la alarma del despertador y estaría acostada en la preciosa habitación que los Fera le habían dado, o lo que era peor, en la casa de su madre. No podía estar segura de cuándo se había quedado dormida.

No obstante, si estuviese soñando aceptaría las cosas a su alrededor y no pensaría continuamente que estaba dormida. Definitivamente estaba despierta, pero eso no necesariamente significaba que lo que vio fue real.

La explicación más plausible era que se había vuelto loca y ese argumento parecía estar apoyado en la forma cautelosa en la que Taras la veía desde el otro lado del salón y las miradas de lástima que recibía de cuando en cuando de la señora Fera.

No había en su familia ningún antecedente de Esquizofrenia, pero bien podía ser ella la primera. Aunque, por otra parte, creía recordar que los esquizofrénicos aceptaban como reales las cosas que veían y no se debatían, como lo estaba haciendo ella, sobre la veracidad de los hechos. Había visto aquella película con Russel Crowe, pero tendría que investigar un poco más sobre el tema.

También, claro, estaba la posibilidad de que todo fuera real.

Dando un sorbo al té caliente que le habían dado en lo que Taras la trajo de vuelta a la casa y estalló casi histérica a contar lo que había visto, Scarlett hizo un nuevo repaso a la situación: había visto a un

hombre convertirse en una PANTERA, no en un pájaro ni tampoco en un venadito, sino en un condenado animal que ni siquiera debía existir en esta parte del mundo fuera de un zoológico.

Cerró los ojos y se negó a dejar que la histeria consiguiera de nuevo lo mejor de ella. Vittoria no había parecido asustada ni sorprendida, incluso sus advertencias podían tomarse como si supiera lo que iba a ocurrir y ciertamente lo que vino después apoyaba esa teoría.

En su huida se había tropezado con Vasil y, en gritos incoherentes, le explicó lo que había visto. Él también pareció saber de lo que ella estaba hablando, a pesar de sus balbuceos. Sin mediar palabra le dio la espalda y comenzó a correr transformándose en un MALDITO LOBO BLANCO.

Honestamente, si a Vasil le hubiese crecido una armadura hecha de hojas en todo el cuerpo, se le hubiesen puesto puntiagudas las orejas y hubiese empuñado un arco con flechas doradas, eso habría sido más creíble. Él siempre le había parecido un distante y frío elfo guerrero, una especie de Legolás ruso, ucraniano o lo que fuera ¿pero un lobo?

Abrió los ojos y volvió a ver el salón donde estaba. Allí había jugado *Guitar Hero* con Taras, quien ahora atizaba el fuego de la chimenea, y visto comedias románticas con Vittoria, quien aún estaba desaparecida. Todo en ese salón era excesivamente normal, mundano. Los Fera eran una familia encantadora, cariñosa, no había momento en los que estuvieran juntos que no se abrazaran o se besaran.

La actitud de los que la rodeaban tampoco era algo que encajara en una novela de fantasía. Parecían estar preocupados, pero de una manera muy humana.

Esa mujer, Olesya, estaba parada cerca de la ventana mirando al exterior con ojos atentos y la señora Fera alternaba su atención entre la revista que tenía en sus manos, la puerta y ella, como temiendo que en cualquier momento fuese a comenzar de nuevo con su retahíla de cosas locas.

Tomó otro poco de té.

Una vez que Vasil había desaparecido en el bosque dejándola petrificada, una mano se había posado en su hombro: Taras. Detrás de él, el señor Fera y aquel hombre que siempre estaba con él y que parecía el villano de una película antigua de 007, miraban el lugar por donde Vasil se había ido sin mostrar ningún tipo de emoción en su rostro.

Debían ser geniales en una partida de póker.

—Tu hermano... —fue todo lo que Scarlett le pudo decir.

—Lo sé —le respondió Taras con una mirada cautelosa.

¿Lo sé? ¿Qué clase de respuesta era esa? Ese «lo sé» bien podía significar una admisión o ser el tipo de respuesta que se le da a una loca.

—¡Un hombre se transformó en pantera cerca del arroyo y Vittoria se quedó atrás!

Esperaba con eso conseguir algún tipo de respuesta, pero lo único que hubo fue un intercambio de miradas entre Taras y los adultos.

—Vamos, te llevo a la casa.

Taras la empujó por el hombro y ella estaba demasiado cansada, aturdida o embotada para protestar.

Había vuelto a contar todo en lo que llegaron y a esas alturas esperaba que alguien le dijese que estaba loca o que presentaba síntomas de stress post traumático, cualquier cosa, pero sólo la

envolvieron en una manta en el sofá y le dieron un té caliente. Nada de palabras. El silencio era tan denso que casi se hacía tangible.

—Ya vienen —anunció Olesya separándose finalmente de la ventana.

La señora Fera se puso de pie y volvió a lanzarle otras de sus miraditas de pena.

La puerta se abrió y Vittoria entró con la ropa cubierta de sangre y acompañada por un lobo marrón.

El animal era grande, más de lo que ella suponía que un lobo normal debía ser, aunque nunca había visto uno, y parecía tranquilo, más como un perro casero que como una criatura salvaje. Tal vez se debía a ese aire de inteligencia en sus ojos, como si supiera exactamente lo que estaba pasando.

Scarlett pasó la mirada por los rostros de Taras, Olesya y la señora Fera: ni una pizca de sobresalto. Luego vio a Vittoria quien tras lanzar una mirada significativa al animal se encogió de hombros e hizo una mueca de disculpa, como si estuviese avergonzada.

—¡Por Dios cuándo va a sonar el despertador! —gritó Scarlett escondiendo la cara entre las manos.

—Bienvenida a la ciudad de los lobos —dijo Taras teatralmente, recuperando su característico buen humor—, donde el despertador nunca suena.

—¡Taras! —la señora Fera lo regañó —. Esto es algo serio, seguro que Scarlett tiene muchas preguntas.

Eso era ponerlo en pequeña escala.

—¿Vasil es un hombre lobo? —preguntó.

A pesar de todo lo que había visto, la pregunta le sonó estúpida, casi le avergonzó decirla en voz alta, pero por algo tenía que

comenzar.

—El término políticamente correcto es «parahumano» —le explicó Vittoria viniendo a sentarse a su lado y tomándole las manos—. No hay nada sobrenatural o fantástico en ello. Es una condición genética que incluso puede estudiarse de forma científica. No tiene nada que ver con maldiciones, mordidas o magia. Son personas que tienen la capacidad de transformarse en un determinado animal y que cuando están en forma humana mantienen algunas de las características de su otra parte, como la fuerza, la visión nocturna, el olfato y hasta la resistencia a algunas enfermedades y el frío, producto de un metabolismo excesivamente acelerado. También comparten algunos rasgos sociológicos con su forma animal, como la lealtad y la necesidad de vivir en manadas.

Esa era una explicación que Scarlett podía procesar. Tenía algún tipo de base en el mundo científico que conocía y que estudiaba todos los días en la universidad. Tal vez si leyera los libros adecuados...

—Los hombres lobos son criaturas mitológicas, que cambian involuntariamente con la luna llena en medio de espasmos de dolor y se convierten en animales que comen gente, y según algunos mitos, corazones humanos. —Taras intervino tirándose al suelo retorciéndose, gimiendo y levantando las manos como si fueran garras en la típica imagen de los hombres lobos en una película de terror. Luego de un salto se paró y estaba frente a ella sonriendo—. Nosotros cambiamos cuando queremos, no duele y seguimos teniendo conciencia de todo lo que hacemos. Es guay. Por cierto, no comemos gente.

—¿Nosotros?

—Todos somos así aquí. —Taras tenía esa mirada de «¿no es

obvio?»—. Excepto, claro, la señora Efe quien es cien por ciento humana, pero buena gente.

—Gracias —replicó Anna en una mezcla de buen humor y sorpresa.

—Funcionamos como una manada. El señor Fera es el Alfa, el gran jefe, el mandamás, y mi papá es su Beta, lo que significa que es el segundo al mando, y luego estamos el resto, lobitos normales, comunes y corrientes.

—¿Tú también? —preguntó Scarlett a Vittoria, dejando de lado cualquier comentario que pudiera pasar por su mente sobre los «lobitos normales».

—Yo no...me transformo en nada. No puedo.

—Eres humana... —Por alguna razón Scarlett necesitaba confirmar eso.

A estas alturas no le importaba qué era Vittoria, esos sentimientos los procesaría luego, pero sentía que había algo ambiguo en su respuesta. Tenía muchos años conociéndola para saber que si no daba una respuesta directa era porque estaba escondiendo algo.

El silencio que se hizo en el salón le confirmó sus sospechas. Era como haber pulsado un botón gigante de «momento incómodo».

—Vittoria es un Parahumano, como todos los miembros de su familia paterna —intervino la señora Fera y en su voz había cierto tono de desafío, como si estuviese retando a alguien a que la contradijera—. Tiene las mismas cualidades que el resto en su forma humana sólo que, por la falta de un cromosoma, no puede cambiar. Tampoco tiene la necesidad de los otros de vivir en manada u obedecer al Alfa.

—Un fenómeno entre los fenómenos —dijo Vittoria con una mueca

y Scarlett tuvo la extraña necesidad de abrazarla.

Su amiga siempre había sido una fuerza de la naturaleza, perpetuamente de un buen humor que contagiaba. Una heredera malcriada con un corazón enorme. Nunca había tenido esa mirada triste y avergonzada en la cara. Le partía el alma ver así a la única persona que en los últimos años se había preocupado por ella.

Scarlett no podía regalarle un iPad para que se aislara de los ambientes hostiles o llevársela de vacaciones para que no se enfrentara a una familia completamente disfuncional. Tampoco podía actuar como una pared entre ella y un mundo presto a menospreciar a quienes tenían menos y mucho menos ir a rescatarla de un hermano que la golpeaba. Lo que sí podía hacer era demostrarle que le importaba muy poco que su familia tuviese la capacidad de transformarse en animales, como a Vittoria nunca pareció importarle que su madre fuese una alcohólica y su hermano un drogadicto.

No entendía claramente qué era lo que estaba pasando ni cómo se sentía al respecto, pero sí estaba segura que Vittoria seguía siendo Vittoria y eso era suficiente.

—Nadie llama a mi mejor amiga fenómeno —le dijo mirándola a la cara con su mejor expresión de advertencia—. Es la mejor persona que he conocido en mi vida. Lo era ayer y lo sigue siendo hoy.

Vittoria exhaló aliviada con una tímida sonrisa que no era típica en ella.

—Confiamos en tu discreción —interrumpió la señora Fera—. El mundo no es muy receptivo con las personas que son diferentes, sobre todo cuando son más fuertes.

—Y tienes como ejemplo al Profesor X y a Magneto —intervino Taras—. Pero si hablas, siempre podemos ir a cazarte cuando estés

dormida y hacerte desaparecer sin dejar rastro. —Le hizo un guiño y unos cuantos gritos de amonestación y hasta gruñidos llenaron la habitación hasta que una voz más potente los hizo callar a todos.

—Taras deja de decir estupideces.

Silvio Fera entró seguido de dos lobos blancos. No había gritado, ni siquiera alzado un poco la voz, pero Taras pareció encogerse sobre sí mismo.

Siguió caminando hasta sentarse sobre la mesa baja justo frente a Scarlett.

Ella nunca había tenido ninguna opinión ni buena ni mala sobre el señor Fera. Era simplemente el papá de su amiga al que, por cierto, había visto una sola vez antes de venir a su casa y, tanto antes como ahora, tenía el mismo aspecto: un hombre de negocios, muy serio, bien parecido para su edad, con cierta aura de poder que generaba un respeto automático, pero no miedo, como Vin, o cautela como Vasil.

Si lo pensaba con detenimiento, la foto de Silvio Fera debía salir como explicación en un diccionario al lado del término «Macho Alfa», aunque, bueno, nunca habría imaginado que la definición podría ser aplicada en una forma tan literal.

—Nadie va a hacerte daño —le dijo mirándola fijamente. Sus ojos azules no eran severos, tampoco suaves. Eran los de una persona que dice la verdad. Scarlett recordó una noticia que había leído en algún lado sobre que las personas con ojos marrones generaban más confianza que aquellas con ojos azules y le divirtió la idea de que nadie en ese estudio hubiese tomado en cuenta lo que había en los ojos de Silvio Fera en ese momento—. Anna te llevará a tu casa mañana por la mañana.

El lobo marrón gruñó tan fuerte que Scarlett sintió un temblor

incontrolable, que comenzó en la punta de los dedos de sus pies y se extendió por toda su columna.

—Vincenzo ve arriba a ponte algo de ropa, tú también Vasil. Calen Maher estará aquí en una hora —dijo Silvio Fera en ese tono calmado lleno de autoridad sin discusión.

—¿Vin? —preguntó Scarlett casi en susurro viendo de reojo al lobo marrón que pareció escucharla claramente pues volteó a verla.

Si los animales pudieran reír, esa sería la expresión en el rostro del lobo.

Dio un par de pasos hacia ella, pero Scarlett se encogió involuntariamente en el sofá y el lobo desistió.

—¿Por qué viene Calen? —La señora Fera parecía sorprendida, pero no de mala manera, y Scarlett aprovechó la ocasión para romper el contacto visual con aquel que la asustaba en forma humana y en forma animal la hacía querer salir corriendo.

—Luego Anna... —dijo Silvio incorporándose de la mesa.

—Luego no, papá —lo cortó Vittoria—. Había alguien disparando en el bosque, los gatos vienen aquí y mandas a Scarlett a su casa donde su hermano podría ponerla en coma a punta de golpes...

—¿Había alguien disparando en el bosque? —interrumpió nuevamente Anna Fera y ahora su voz sí sonaba ligeramente alterada—. ¿Un cazador furtivo o algo así?

—No lo sabemos. Me gustaría creer que es un hecho aislado, pero nadie viene a cazar en estos bosques desde hace tiempo. Para eso tienen que pasar por el pueblo o por territorio Pantera y alguien hubiese notado algo.

—¿Un hecho aislado de qué? —insistió Vittoria.

Silvio respiró fuerte y se quedó en silencio unos cuantos segundos.

—Ha habido algunas desapariciones —dijo finalmente mirando a su hija—. Miembros de la manada que viven fuera, sin ninguna otra relación entre sí más que el hecho de pertenecer a este pueblo, están perdidos. Por seguridad mandé a venir a todos mientras averiguábamos. El cazador del bosque podría ser parte de eso, y como Wolfsbane resultó herido, Calen considera que ahora también es su problema. En cuanto a Scarlett —suspiró volviéndose a ella—, no sólo por tu hermano sino por todo lo que está pasando, estarías más segura aquí, pero no quiero forzarte. Sé que no debes sentirte cómoda viviendo entre nosotros.

Si de algo estaba segura Scarlett era que no quería volver a su casa.

Incómoda siempre estaba ya fuera en la Universidad, en su casa o con Vittoria. Nunca parecía desterrar completamente esa sensación de no pertenecer. Por otra parte, las amenazas a las que debía enfrentarse con su hermano cerca parecían mucho más reales que todo ese mundo de fantasía en el que estaba metida, con personas que se convertían en animales y, según lo que pudo entender, alguien que iba tras ellos.

CAPÍTULO 13

Vincezo no sabía por qué había pensado que una ducha lo ayudaría a calmarse. En él, el animal estaba más cerca de la superficie que en cualquier otro Parahumano que hubiese conocido y la sensación del agua tibia rodando por su piel sólo lograba poner aún más en alerta todos sus sentidos.

Su primer cambio se produjo cuando apenas tenía dos años, mucho antes que cualquier otro lobo.

Normalmente el primer cambio sobrevenía a los cinco años, un poco antes si eras un alfa, pero nunca antes de los tres años. De más estaba decir que cuando su cambio ocurrió, su abuelo hizo una fiesta de tres días en el pueblo para que todos se enteraran de lo «poderoso» que había salido su nieto.

No obstante, todo ese poder conllevaba mucho más trabajo. Así como se le hacía fácil cambiar, le tomó más tiempo que al resto aprender a controlarse. Incluso ahora suponía una lucha constante mantener el animal dentro, lo sentía navegar bajo su piel como una picazón interminable. Por eso se metía en tantas peleas y tenía tantas mujeres, era una manera de mantener su agresividad a raya, aunque nunca era suficiente.

Su problema era que le gustaba demasiado la sensación del cambio. Dar rienda suelta a ese calor que recorría su piel era una liberación. Además, se sentía más cómodo en su forma animal que en la humana.

En estos momentos necesitaba de toda su fuerza de voluntad para mantenerse en dos patas con todo eso de las desapariciones, los

disparos en el bosque y las Panteras que vendrían a *su* territorio, a *su* casa, donde estaban los miembros más débiles de *su* familia y Scarlett...

Ella era tan pequeña, tan frágil, con esa piel de porcelana que se marcaba con tanta facilidad. Vin no dejaría que ninguno de esos gatos se acercara a ella. Ya había tenido suficiente con esa pantera atacándola y con ese desgraciado de Rhett que la había golpeado.

Sólo recordarlo hacía que el lobo rugiera dentro de él.

Eso era lo más curioso sobre Scarlett. Desde la primera vez que la vio hacía algunos años, y aún sin representar ninguna amenaza, activaba el lobo en él más que ninguna otra cosa.

Era una bendición que ella le tuviera tanto miedo y que, a todas luces, lo despreciara. Eso aseguraba que se mantuviera lejos, que no lo tocara. Por eso siempre intentaba intimidarla. Su lobo quería jugar con ella y el animal no sabía ser delicado.

Salió de la ducha tratando de alejar de su mente a Scarlett y su piel de porcelana, la forma en que su corazón se aceleraba cuando él estaba cerca y la manera en que la vena de su cuello latía. También debía desterrar de sus pensamientos su cara golpeada y su labio partido, esa visión le hacía querer destrozar cosas y eso no era lo que necesitaba en esos momentos.

Taras estaba en la cama jugando un videojuego, despreocupado como siempre; mientras Vasil desde la terraza miraba hacia el bosque, tenso como la cuerda de un violín. Las largas cicatrices que recorrían su espalda de derecha a izquierda, protuberantes y rojizas, le recordaron a Vin que para su amigo la presencia de las Panteras en la casa debía alzar en su mente los más violentos recuerdos.

A Vin no le gustaban los gatos, no confiaba en ellos. Había algo en

su olor que lo mantenía en alerta cada vez que estaban cerca. Eran animales salvajes, violentos, que se atacaban unos a otros por poder, eso sin mencionar que sus negocios eran ilegales: mujeres, drogas, apuestas. Pero desde que el anterior Alfa Pantera, Nicholas, murió, y Calen tomó el mando, no guardaba ninguna antipatía personal hacia ellos, salvo los que la tradición y la genética le inspiraban.

Para Vasil, en cambio, el asunto con las Panteras era algo más personal. Aunque las cicatrices en su cuerpo fueron hechas muchos años atrás por otros gatos, en un lugar muy lejano; nunca pudo olvidar que esa era la especie que destruyó a su familia y les quitó todo.

¿Quién podía culparlo? Vin no podía ni siquiera imaginar la desesperación y el dolor que significó para Vasil ser torturado frente a sus padres con la amenaza de que si cambiaba el castigo sería trasladado a sus progenitores encadenados.

Con cada error de concentración, Vasil sumó una herida más a su cuerpo. Luego, cuando ya no tenían donde marcarlo, tuvo que ver cómo los gatos desfiguraban a su padre. Vin nunca supo qué le habían hecho a Olesya, pero lo que hubiese sido Vasil también tuvo que presenciarlo. Después de días de tortura, Vasil sólo pudo controlar el cambio cuando el cuchillo estaba en el cuello del bebé que era Taras en ese entonces.

Sólo pensarlo le hacía a Vin querer cambiar.

Vasil y Taras eran su familia, sus hermanos desde que habían llegado a su vida hacía casi dos décadas, y cualquier daño, pasado o futuro, que les amenazara lo sentía como algo personal.

—Vasil, hombre, ¿quieres una camisa? —dijo antes de internarse en el clóset a buscar algo de ropa.

—No quiero hacer pedazos una de tus camisas si algo no sale bien en la reunión.

Cuando Vin salió del clóset completamente vestido, Vasil seguía viendo hacia afuera como si saber el momento exacto en el que Calen y su gente pisaran los terrenos adyacentes a la casa fuese a servir de algo.

—No creo que pase nada —dijo Taras mientras seguía disparando a la pantalla del televisor—. Silvio y papá saben lo que hacen. Además, ese Calen no es como Nicholas. Dicen que es bastante civilizado, para un gato.

—¿Civilizado? —Vasil gritó, abandonando su escrutinio del exterior para avanzar hacia su hermano—. Ellos no son como nosotros, no tienen honor, ni lealtad. Son salvajes. ¿Sabes cómo se llega a ser el Alfa de una manada de gatos? Se mata al Alfa anterior y se da un regalo a la manada, en forma de tierras, bienes o sangre. No pensé que se te olvidaría eso Taras, nuestras tierras, nuestra gente, nuestra sangre...

—Eso fue en Ucrania hace casi veinte años —Taras lo interrumpió dejando a un lado el control del video juego. El alfa en él era tan fuerte como el de Vasil y todos, incluido Vin, por lo general lo olvidaban debido a su manera tan despreocupada de comportarse, pero en momentos como éste era evidente que estaba a la altura de los otros dos—. Tal vez ahora las cosas son diferentes.

—No lo son, los gatos siempre serán gatos ¿Qué crees que le pasó a Nicholas? ¿Cómo crees que el civilizado Calen Maher llegó a ser Alfa los veintiún años?

—Lo que le pasó a Nicholas no es mi problema. —Mirando fijamente a su hermano Taras se puso de pie, quedando a sólo a

centímetros de Vasil—. A diferencia de su antiguo Alfa, Calen nunca nos ha atacado. Las cosas han estado calmadas estos últimos dos años.

—¿Y lo que pasó esta tarde con Vittoria? —Vasil levantó aún más la voz y sus ojos adquirieron un brillo iridiscente—. ¡Es la hija del Alfa, debería importarte!

—Vittoria es mi amiga, casi mi hermana, y como tal me importa. No tiene nada que ver con quién es su padre; pero tú perdiste completamente la cabeza. —Taras seguía mirando fijamente a su hermano, sin retroceder ni un centímetro ante la furia del otro, aunque sin evidenciar ninguna señal de cambio—. El gran Vasil Putrov, el señor calma, cambió frente a un humano. Perdiste tu precioso control, poniéndonos a todos en riesgo y le diste un susto de muerte a la pobre Scarlett. Tienes que dejar ir el pasado. No te hace bien a ti y lo que es más importante no le hace bien a la manada.

Vasil inspiró ruidosamente y agachó la cabeza. No era un gesto de derrota sino una anticipación de que las cosas estaban por salirse de control.

—¡Suficiente! —dijo Vin maravillado de no ser él, por una vez, el que estuviera a punto de dejarse llevar por el temperamento belicoso con el que todos, incluso Vasil, nacían—. Lo que no nos hace ningún bien pelear entre nosotros cuando pronto la casa estará llena de gatos.

Vasil retrocedió un par de pasos, sacudió la cabeza y sus ojos volvieron a tomar su color normal.

—Los espero abajo. —Taras caminó con tranquilidad hacia la puerta y sin siquiera voltear salió de la habitación.

—Siempre olvidamos que ya no es el niño que nos seguía a todos lados. —Sonriendo Vin le arrojó una camiseta a Vasil en lo que la puerta se cerró tras Taras—. El cachorro tiene su genio. ¿Quién lo

diría?

—Y mucha más cabeza fría que nosotros dos juntos. —Vasil sonrió de vuelta mientras se ponía la camiseta.

—Sacó lo mejor de los dos.

—¿Te das cuenta de lo extraño que sonó eso? —Vasil preguntó arqueando una ceja y los dos estallaron en una carcajada.

—¿Seguro vas a estar bien con los gatos aquí? —Vin puso una mano en el hombro de Vasil retomando su tono serio.

—¿Por qué no iba a estarlo? —Vasil se encogió de hombros liberándose.

Vin no sabía cómo abordarlo, las cosas sentimentales, las conversaciones, no eran lo de él y ciertamente no iba a confrontar a Vasil sobre sus demonios.

El pasado de los Putrov era algo que todos conocían, pero de lo que nadie hablaba. Un Alfa derrocado no recuperaba nunca el respeto perdido, mucho más cuando su caída había sido orquestada por gatos.

Nadie criticaría a Iván Putrov pues había claudicado para salvar a sus hijos y, una vez que su padre los recibió, nunca había intentado tomar el mando o demostrar cuán poderoso era; pero la autocensura era algo mucho peor que las críticas externas o incluso la lástima, y Vin sabía que, a pesar de que había soportado más de lo que cualquier niño hubiese podido, Vasil siempre se sentiría responsable.

CAPÍTULO 14

—¿Entonces eres diferente porque tu madre es humana?

Vittoria estaba sorprendida de lo bien que Scarlett parecía estar tomando la situación. Desde que su padre las había mandado a desaparecer ante la inminente visita de los gatos, ambas se habían refugiado en su habitación y una especie de trivía sobre Parahumanos había comenzado.

—No, aunque a mi abuelo paterno le gusta creer eso. —Vittoria tenía la puerta de la terraza abierta e intentaba tener un vistazo de la llegada de los visitantes, aunque la ubicación de su habitación, esa que le había facilitado tantas veces escaparse, le estaba siendo ahora incómoda—. La carga genética del Parahumano es siempre dominante. No hay muchos casos, pero en los que se conocen nunca un hijo de un humano con un lobo ha sido otra cosa que un lobo. Vin es prueba de ello. Mi caso es sólo una anomalía.

—¿Quieres decir que no hay otro como tú?

—No lo hagas sonar como algo bueno. «Anomalía» es la palabra clave...

Scarlett hizo un mohín que significaba que, aunque no estaba de acuerdo, lo dejaría pasar.

—¿Y hay más especies de Parahumanos o sólo lobos y gatos negros?

—Me cuidaría de llamarlos gatos en su cara a menos que quieras enfurecerlos, es despectivo. El término correcto es Pantera y no son sólo gatos negros. Se le llama Pantera a cualquier felino de gran tamaño que pueda rugir.

Y hablando de felinos de gran tamaño, Vittoria no podía apartar de su mente a uno en particular.

Siempre había sido advertida que debía mantenerse alejada de los gatos y esa fue una de las pocas órdenes que nunca desafió, hasta ahora.

Calen era todo sobre lo que le habían advertido: salvaje, presumido y peligroso, pero al mismo tiempo diametralmente opuesto a cómo se hubiese imaginado al enemigo natural de su familia. Normalmente cuando imaginaba gente mala, no venía envuelta en un paquete tan doradamente atractivo.

—¿Cómo se llega a ser el Alfa? —insistió Scarlett.

Vittoria regresó al interior de la habitación, pero dejó la puerta corrediza de la terraza abierta. Si no podía verlo cuando llegara, al menos podría olerlo.

—En el caso de los lobos, se nace con la Marca del Alfa.

Scarlett arqueó las cejas en un gesto interrogativo. Vittoria nunca había tenido que explicar todos esos detalles a nadie. Incluso no podía recordar que alguien se los hubiese explicado a ella. Era el tipo de información que adquirirías de alguna u otra forma cuando vivías entre lobos.

—Los ojos azules —explicó señalando los suyos.

—¿Deciden quién es el jefe por el color de sus ojos? —Scarlett parecía ofendida—. ¿No te parece un poco frívolo?

Vittoria rio de buena gana.

—El color azul en los ojos de un lobo no es una casualidad, es una marca externa de su poder. El lobo alfa es más grande, más fuerte, más agresivo, tiene un instinto de protección hacia los suyos muy arraigado y siempre nace con los ojos azules. Cuando el Alfa de una

manada se retira nombra a su sucesor entre los otros lobos alfa.

—Eso no suena muy democrático.

—Las comunidades que basan su liderazgo en la fuerza por lo general no lo son.

—Entonces tú eres una loba alfa.

—Sí, soy una loba alfa, técnicamente, pero no soy «El Alfa», ni estoy interesada en serlo y, aunque lo estuviera, hay mucha competencia por el puesto.

Lo que intencionalmente Vittoria obvió explicar era que nunca, que ella tuviera conocimiento, habían existido tantos lobos alfa en una manada. Ni si quiera todos los hijos de un mismo Alfa nacían con los ojos azules y, cuando lo hacían, se tomaba como una muestra del poder del jefe.

Por eso la acción de su padre de acoger a los Putrov había hecho que su abuelo se enfureciera incluso más que cuando su único hijo decidió casarse con una humana. «Te estás poniendo en desventaja», le dijo antes de abandonar la comunidad para retirarse a su casa de descanso en las Dolomitas, «Putrov es un alfa con dos hijos alfa. Tú sólo tienes uno».

Su abuelo era un hombre anticuado y no consideraba especial que Vittoria fuese una hembra alfa, por muy raro que eso fuera. Para su escala de valores, las hembras alfa sólo servían como una demostración de un linaje fuerte y como una manera de mantener la manada en la familia si no había un heredero varón.

Si su abuelo hubiese sido más viejo, Vittoria se habría atrevido a pensar que había sido corredactor de la Ley Sálica.

Sí, definitivamente, ella no era muy afectada a su familia paterna tal y como ellos no eran muy aficionados su nieta pequeña a quien

consideraban una vergüenza.

No pudo evitar sonreír al pensar lo que pensaría su abuelo de la presencia de las Panteras, no sólo en el territorio, sino dentro de la casa.

—Llegaron.

Vittoria hizo el anuncio más con ansiedad que con aprehensión, poniéndose de pie de un salto para tratar nuevamente de obtener, aunque fuera un vistazo, a través de la ventana.

—¿Cómo lo sabes? —Scarlett se paró detrás de ella en la terraza y escrutaba la oscuridad exterior tratando de dirigir la vista hacia donde Vitti miraba.

—Como son varios puedo olerlos desde aquí. —Vittoria contestó tocándose la nariz con el dedo. Pero no sólo era el olor, también todos los vellos de su nuca se levantaron como una especie de sistema de alerta—. Tengo que bajar.

—No, no, no, no, no. —Scarlett tomó a Vittoria del antebrazo—. Tú padre fue muy específico sobre que debíamos quedarnos aquí.

—No va a pasar nada.

—Te recuerdo, en caso que tengas problemas de memoria, que hoy tuvimos un encuentro cercano del peor tipo con un gato negro que quería comernos.

—Sólo quería asustarnos y no me vas a negar que fue todo un espectáculo.

—Y El Exorcista ganó yo no sé cuántos Oscar y aun así es aterradora.

—¿Crees que los gatos son aterradores, pero vives tranquila en una casa llena de gente que se transforma en lobos? Mi raza se siente profundamente ofendida.

—No intentes desviar la conversación. —Scarlett soltó el brazo de Vittoria y la miró sonriendo con indulgencia—. ¿Por qué quieres ir?

—¿Porque me dijeron que debía quedarme aquí? — Vittoria se encogió de hombros.

—Sí, definitivamente eso suena a algo que tú harías. —Scarlett se dejó caer en la cama derrotada—. La mayoría de las veces no te entiendo, te quiero, pero no te entiendo.

«Eso es porque no has visto a Calen», pensó y con un guiño salió de la habitación tratando de hacer el menor ruido posible mientras se deslizaba por los pasillos de su propia casa.

Sabía que la reunión tenía lugar en la oficina de su padre, pero no podía acercarse demasiado, eso delataría su presencia. Por más cordiales que pretendieran parecer, gatos y lobos encerrados en un cuarto levantaban las alertas instintivas. Incluso ella las estaba sintiendo.

Optó por la cocina. Si alguien abría la puerta de la oficina podía caminar descuidadamente por el pasillo, como si simplemente hubiese bajado por algo de comer, y echar un vistazo.

Tomó unas cuantas rebanadas de pan y las puso en la tostadora. Sacó del refrigerador el jamón y un tomate y comenzó a cortar finas rebanadas sobre una tabla de madera justo al lado de la tostadora.

Estaba temiendo que tuviese que preparar otro bocadillo para hacer más tiempo cuando la piel del cuello se le erizó casi al mismo tiempo que escuchó la voz que estaba esperando.

—Menos mal que te vuelvo a ver...

Vittoria volteó sólo la cabeza hasta quedar mirando por encima de su hombro tratando de parecer aburrida.

Calen estaba recostado en la entrada de la cocina con los brazos

cruzados sobre el pecho y las piernas entrelazadas descuidadamente a nivel de sus tobillos. Tenía esa sonrisa sin humor, nuevamente, pintada en el rostro. Y era exactamente como Vittoria lo recordaba: dorado y majestuoso como un león y con la misma aura de peligro.

—¿Y eso por qué? —Vittoria logró que su voz saliera del todo equilibrada, aunque con algo de esfuerzo.

Todo en su cuerpo, sus instintos, le decía que debía tener cuidado, que era el enemigo, pero aun así no podía refrenar la fascinación que le producía. Era como ser jalada en dos direcciones opuestas y ese estado era mejor que un Red Bull.

—Eres un mito. Todos crecimos escuchando historias sobre ti, pero nunca te había visto. Temí haberte soñado. —Calen descruzó los brazos y comenzó a caminar hacia ella, lentamente, como si cada paso fuese una declaración o una amenaza, tal vez ambas. Vittoria se volvió para encararlo, no podía evitarlo—. Una loba alfa que es más humana que animal...ya entiendo por qué Silvio te esconde.

«Soy yo la que me escondo», pensó Vittoria, pero no dijo nada.

Calen paró frente a ella, apoyó los brazos en la encimera y se inclinó.

Su aliento tibio le hizo cosquillas en la mejilla. Una parte de ella estaba tan fascinada que podía contar individualmente cada una de sus pestañas, pero la otra, inconscientemente, mantenía fuertemente apretado en su mano derecha el cuchillo con el que había estado cortando el tomate.

—Y además eres preciosa, orgullosa, valiente y un poquito irresponsable. Me gusta esa combinación en una mujer.

—¿Sabes todo eso después de verme dos minutos? —preguntó con su tono más desinteresado. Esperaba que la mirada embelesada no se

notara mucho y que él no averiguara que estaba tratando de descubrir cuánto había en sus ojos de amarillo, ámbar o negro—. ¿Además de gato eres psíquico?

—Bueno, intentaste pelear con una pantera adulta, armada solamente con una daga pequeña; eres orgullosa e irresponsable. — Calen levantó una de sus manos y comenzó a contar con los dedos—. Desafiaste a tu padre para curar a Wolfsbane, eres valiente. En cuanto a lo de preciosa, estoy seguro que debes tener un espejo en algún lado.

—Pensé que estabas aquí por lo de las desapariciones —dijo tratando de aparentar que él y sus cumplidos no la afectaban en lo más mínimo—, no para lanzar alabanzas a diestra y siniestra.

—Lo estoy, pero eso no evita que pueda distraerme cuando veo algo que me gusta. —Calen volvió a poner la mano sobre la encimera encerrándola nuevamente. Luego sus cejas se arquearon en una expresión sardónica—. No me digas que tienes miedo.

—¿Miedo? ¿De ti? —Vittoria bufó.

—¿Por qué entonces tu corazón está latiendo tan rápido?

—Porque si te encuentran aquí te van a matar y la casa va a apestar a sangre de gato por semanas. —Hizo una mueca con la boca—. Lo que me atemoriza no eres tú, es limpiar.

—Mentirosa. —La sonrisa de Calen era una que sólo podía ser catalogada como «chico malo y orgulloso de serlo»—. Sal conmigo.

—¿Qué? ¿A dónde?

Calen rio y su risa era una mezcla de diversión infantil, malevolencia y espontaneidad. No encajaba con ninguna risa que ella hubiese escuchado antes, ni podía identificarla con una emoción en particular y como toda cosa única era cautivante.

—A cualquier lado fuera de este pueblo.

—¿Quieres decir como en una cita? —Vittoria no podía creer lo que estaba escuchando. Era la proposición más fuera de lugar y a la vez más atractiva que le habían hecho en su vida.

—Apártate de ella ahora, gato, o voy a olvidar que eres un huésped en esta casa. —La voz de Vasil retumbó más como un gruñido que como algo humano.

Vittoria levantó la cabeza con brusquedad e intentó separarse de Calen, incrustándose prácticamente en el mostrador de la cocina, como si hubiese sido sorprendida en medio de algún acto ilícito.

No obstante, ni la amenaza verbal ni la física surtieron efecto alguno en su visitante, quien inclinó aún más su cuerpo hacia Vittoria, recuperando el terreno perdido, pero dejando la cabeza ladeada a fin de no quitar sus ojos de su oponente.

—¿Muy cerca para tú gusto cachorrito?

Vasil bajó la cabeza, más no la mirada, y hundió el pecho. Sólo pocas veces Vittoria lo había visto cambiar, pero sabía que eso era lo que estaba por ocurrir.

La casa estaba llena de lobos y gatos y si dos de ellos se enfrentaban, seguramente el conflicto escalaría hasta lo más parecido a una pelea de bar con elementos paranormales.

Por eso fue todo un alivio cuando su madre hizo acto de presencia en la cocina, haciendo sonar sus tacones sobre el piso de granito. No parecía estar ni siquiera medianamente sorprendida por la escena que allí tenía lugar: Vasil obviamente a punto de cambiar, Calen arrinconando a Vittoria contra la encimera mientras que ella sostenía un cuchillo en la mano derecha.

—Cal, cariño, ¡qué bueno verte por aquí!

«¿Cal?, ¿Cariño?» fue lo único en que pudo pensar Vittoria porque

su madre siguió como si nada, toda sonreída, y fue a pararse justo al lado de Vasil, como si la onda expansiva de su furia no pudiera tocarla en caso de que la explosión se desatara, y le colocó una mano en el hombro.

No lo miró, ni le dijo nada; pero el suave toque fue suficiente para alejarlo unos cuantos grados del punto de ebullición.

Sin embargo, lo más desconcertante para Vittoria no era la tranquilidad de su madre al aproximarse a una situación difícil, ni su habilidad de controlar a Vasil sin siquiera mirarlo, ni siquiera su trato casi familiar con «Cal, cariño», también conocido ancestralmente como el archienemigo, sino que el león se apartó de ella unos cuantos pasos.

Lo que no había conseguido Vasil con amenazas, Anna Fera lo lograba sin pedirlo. ¿Qué estaba pasando?

—Escuché lo que pasó en el bosque —siguió Anna con una cálida sonrisa—, y te agradezco profundamente que hayas protegido a Vitti de los disparos.

—No fue nada. —Calen miraba a Anna y parecía casi avergonzado—. Además, por lo que he visto no necesita que la protejan...tu hija es...audaz.

—Por decir lo menos. —Anna rio quedamente.

—¿Me estoy perdiendo de algo?

Silvio Fera hizo su entrada a la cocina seguido por toda la comitiva de ambos bandos. Obviamente la ausencia de Calen y Vasil de la reunión había sido demasiado larga.

Olesya fue a pararse al otro lado de Anna y lucía presta a atacar a la menor provocación; Vin, con una mirada confundida, se posicionó al lado de su hermana e Iván se quedó en el umbral de la cocina dominando la situación desde la retaguardia con las manos en la

espalda donde, Vitti estaba convencida, estaban sus SIG-Sauer 9mm listas, prestas y dispuestas para mandar al suelo a cualquiera que osara batir una pestaña en la dirección equivocada.

Los gatos no se quedaron atrás, tres de ellos, incluido el herido Wolfsbane que aún cojeaba un poco, hicieron una especie de triángulo en la parte posterior de Calen.

Había más tensión que frente a una tienda de electrónicos un día de *Black Friday* justo antes que abrieran las puertas.

—Se me estaba ocurriendo... —Anna se volvió a su marido como si estuviese en Disneylandia—, que como Calen y sus muchachos van a colaborar con nosotros, sería bueno invitarlos a la Fiesta de Invierno.

Los ojos de Olesya se abrieron como platos, pero fue Vasil el que emitió un gruñido de desaprobación.

—Piénsalo —insistió Anna dirigiéndose únicamente a su esposo, pero sin soltar el agarre del hombro de Vasil—, si van a estar entrando y saliendo de aquí lo mejor es dejar todo claro para que no haya malos entendidos, y no hay mejor manera que invitarlos a un evento público, pueden incluso traer a los niños.

—Aprecio la oferta Anna, pero creo que sería mucha tensión —el que habló fue Calen—. Ese tipo de cosas hay que hacerlas poco a poco.

—Estoy de acuerdo con lo de poco a poco —dijo Silvio mirando apreciativamente al gato—. Antes de que decidieras mudar la reunión a la cocina, hablamos sobre la necesidad de que los niños no jugaran solos en el bosque mientras esta situación se aclara, más ahora que están de vacaciones. Creo que nos convendría a ambos que todos los cachorros estuvieran en un mismo lugar, jugando juntos y resguardados, a partes iguales, por tu gente y la mía. Eso nos permitiría reducir el número de personas que se encarguen de la

seguridad de los niños y dedicarlos a otras tareas más productivas para la investigación. Podemos acordar una fecha y alternar los lugares: una semana pasarían las tardes aquí y la otra en territorio Pantera.

Calen pareció reflexionar un poco sobre la propuesta, pero ni siquiera se volvió a mirar a su comitiva para ver qué les parecía a ellos el ofrecimiento.

—Se los comunicaré a los padres. Ellos decidirán.

—Ellos deben hacer lo que tú digas. —Silvio sonrió en un gesto casi paternal y le tendió la mano—. Somos clanes, no democracias.

Tras un seco asentimiento, Calen estrechó la mano de Silvio y, luego, con un movimiento casi imperceptible con la cabeza, salió de la cocina seguido por sus hombres.

Cuando pasó a su lado, Vittoria pudo ver el fantasma de su sonrisa de muchacho malo en su boca y esa sonrisa parecía albergar al mismo tiempo una promesa y un reto.

CAPÍTULO 15

—¿Todos se volvieron locos?! —El grito de Vasil retumbó en las paredes de la cocina—. ¿Se les ha olvidado *qué* son esos sujetos? ¿Ahora vamos a pretender que son nuestros amigos? Darles permiso para entrar y salir de aquí como les plazca es un error. Ellos creerán que somos débiles, que los necesitamos. Es una decisión...estúpida.

—Vasil... —Anna apretó un poco más el agarre en el hombro del muchacho, pero Vasil se sacudió con fuerza y la hizo trastabillar.

—¡Vasil! —El tono de Olesya estaba cargado al mismo tiempo de amonestación y miedo.

—¡No! —Vasil se giró en redondo como quien busca ser entendido y no encuentra las palabras—. Ellos están detrás de todo lo que está pasando y están buscando infiltrarse para atacarnos desde adentro. Así es como operan, y ustedes son demasiado estúpidos para darse cuenta.

Iván se movió rápido, todo un espectáculo de fuerza que demostraba el animal que era y el Alfa que había sido.

Asió a Vasil por el cuello y lo estampó de un solo golpe en la mesa de la cocina manteniéndolo aprisionado con la fuerza de su mano, dejando claro que por muy fuerte y poderoso que fuera su hijo, era sólo un muchacho comparado con él.

Instintivamente tanto Vin como Vittoria saltaron hacia adelante para defenderlo, pero no pudieron avanzar: de la nada Olesya se había interpuesto en su camino.

—Basta. —La voz de Silvio fue como una ducha helada para todos ellos que los dejó congelados en el sitio donde estaban, sin atreverse a

avanzar o a retroceder—. Suéltalo Iván.

Iván relajó su agarre y se apartó, pero Vasil no se movió, su momento de rebeldía también había sido borrado por la orden de Silvio.

El Alfa avanzó hacia él lentamente. Su mirada y movimientos emanando autoridad.

—¿Estás cuestionando mi decisión, muchacho? —le preguntó mirándolo desde arriba.

—No, señor —respondió Vasil y aunque su mirada estaba baja, su voz no tenía ni una pizca de derrota— pero...

—No hay peros, malagradecido —lo interrumpió Iván—. Las decisiones del Alfa no se cuestionan ni se discuten, se acatan porque son lo mejor para la manada.

—¿Aunque estén equivocadas? —Vasil miró a su padre desafiante.

—¡El Alfa no se equivoca! —retumbó la voz de Iván.

—Vasil. —Silvio empleó su tono conciliador—. No hay evidencia de que las Panteras estén detrás de las desapariciones y el problema está llegando, literalmente, hasta nuestro patio trasero. Si ellos también están en alerta cubriremos más terreno y podremos detectar a cualquier intruso. Si hay alguien cazando Parahumanos, es tan peligroso para ellos como para nosotros.

—Usted no lo vio, señor —continuó Vasil incorporándose—. Él estaba aquí con Vitti, con toda esa arrogancia típica de los gatos Alfa, como si tuviera alguna cualidad para serlo, más allá de la capacidad de ser violento.

—¿Calen es el Alfa de las Panteras? —Vittoria no pudo contenerse. Sí daba órdenes y los otros parecían acatarlas sin cuestionar, pero pensó que solo estaba en un puesto alto en la cadena de mando, a fin

de cuentas, era tan solo un muchacho presumido. Así como no podía imaginarse a su hermano o a Vasil actuando como el jefe de una manada, tampoco podía imaginarse a Calen.

—Y como todos ellos es un asesino. —Ahora Vasil la miraba—. Mató a su padre para poder ser el Alfa y fue tan brutal que nadie ha sido capaz de desafiarlo en los últimos dos años. El respeto que le tiene su gente viene dado por el miedo. Ten eso en cuenta antes de estar tan cómoda en su presencia.

—Ah, ahora entiendo. —Silvio rio por lo bajo—. Vasil vete a tu casa, toma una ducha fría y pregúntate a ti mismo si te molestan las Panteras en general o solo Cal. Y ustedes dos —la mirada pasó alternativamente de Vittoria a Vin—, váyanse a dormir y nada de estar saliendo o entrando por las terrazas. Esta noche no hay escapadas, visitas o misiones de rescate.

Vasil salió por la puerta corrediza que daba directo al jardín sin mirar hacia atrás, mientras que Vitti y Vin siguieron su camino al interior de la casa.

No fue hasta cuando estuvieron cerca de la habitación de Vittoria, lejos de cualquier oído indiscreto, que ella se atrevió a hablar y cuando lo hizo la pregunta le salió casi en susurro.

—¿Calen es el hijo de Nicholas Maher? —preguntó Vittoria todavía incrédula.

No había prestado mucha atención cuando su padre lo mencionó. A fin de cuentas, eran clanes y siempre había primos o familiares que compartían el apellido.

—Sí, su único hijo. —Vin bufó—. Todo un acontecimiento, teniendo en cuenta cómo era el viejo Maher.

—¿Y fue él quien lo mató?

—No hay otra forma de ser el Alfa de los gatos. —Vin se detuvo en frente a la puerta del cuarto de Vittoria y le lanzó a su hermana una mirada significativa—. Nicholas era el Alfa, ahora está muerto y Calen es el jefe... haz tú las matemáticas.

—Pero Nicholas era un psicópata, un asesino a sangre fría, prácticamente invencible...

—De tal padre... —Vin sacudió la cabeza como si se amonestara por sus propias palabras—. Mira, no conozco bien a Calen. Lo único que sé, que no son habladurías y leyendas urbanas, es que trabajaba para su padre, pero nunca fue abiertamente hostil hacia nosotros. Desde que él asumió el mando, las cosas se han desarrollado con diplomacia. Le escribí a papá en ese momento y se han reunido un par de veces. Las cosas con las Panteras han estado tranquilas desde entonces, no cordiales, esos gatos aún me ponen en alerta, pero sin incidentes ¿me entiendes?

Vittoria asintió, aunque estaba muy lejos de entender nada.

CAPÍTULO 16

Alguien se estaba moviendo dentro de su habitación.

En un primer momento Vittoria pensó que se trataba de Scarlett, pero luego recordó que su amiga se había marchado a su propio cuarto hacía unas horas.

Segundos después un olor hizo que se le erizaran los vellos de la nuca y sin pensarlo mucho, pero actuando lentamente, tomó el cuchillo que guardaba bajo su almohada, fingiendo que aún dormía. Cuando su visitante se acercó al lecho no se permitió dudar: Lo tomó por el cuello, lo echó sobre la cama y lo inmovilizó con su cuerpo poniendo la punta de la daga sobre su yugular.

Una risa divertida, gutural y tremendamente sexy le generó otro tipo de escalofrío y, a pesar de la oscuridad, distinguió a su furtivo visitante.

—Me encanta la vista —dijo Calen sin inmutarse siquiera por el filo pegado en su cuello—. Tú arriba, muy sexy.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó tratando de concentrarse en las peligrosas implicaciones del hecho y olvidar, al mismo tiempo, que tenerlo debajo, ambos cuerpos alineados en una forma que representaba otro tipo de batalla, se sentía extrañamente bien.

—Nunca contestaste mi pregunta.

—¿Cuál pregunta?

—Si saldrías conmigo.

—¿Estás loco? —Sin saber por qué presionó la daga un poco más—. ¿Hay algo en tu cabeza que no funciona bien?

—Todo en mí funciona perfectamente y en un par de minutos, si sigues en esa posición y te vuelves a mover, te darás cuenta de a qué me refiero cuándo digo «todo».

Vittoria sintió que se ruborizaba y eso era algo que no le pasaba muy frecuentemente. Turbada, pero tratando de parecer indignada, se le quitó de encima y con rabia encendió la pequeña lámpara en su mesa de noche.

Calen pasó la vista por la habitación deteniéndose en la ropa amontonada en el suelo, los zapatos abandonados en cualquier lugar, los libros regados sobre el escritorio y, particularmente, en el sujetador que colgaba del respaldo de una silla.

—Vaya —dijo conteniendo la risa—, parece que fuiste criada por lobos.

—Muy original «Aslan».

—¿Quieres decir con eso que soy Dios?

—Si vas a venir con otra broma trillada sobre todas las mujeres que has llevado al cielo voy a...

—Me refiero a C. S. Lewis, Narnia, lo que Aslan significa —la interrumpió—, aunque no te voy a negar que he disfrutado de unos cuantos «oh Dios mío, no pares».

—Idiota.

—Y te gusta.

—¡Sí, claro! —le respondió Vittoria reprimiendo con todas sus fuerzas la necesidad de sonreír.

La imagen de Calen en su cama, con unos vaqueros negros que parecía que se los habían pintado encima, una camiseta del mismo color que se le había subido un poco más arriba del ombligo y todo ese desordenado cabello dorado, era la viva imagen de algo que

podría gustarle, y mucho.

—No me mientas. Te pongo nerviosa en el mejor sentido de la palabra. —Tomándose su tiempo se incorporó sobre sus brazos y la miró de lado detallando, sin ningún tipo de subterfugio, las piernas de Vittoria que quedaban en evidencia gracias a los pantalones cortos del pijama—. Tú también me pones nervioso.

—¿Cómo entraste aquí? —soltó ella tratando de cambiar de tema.

—Por la terraza. —Se encogió de hombros y sonrió—. No puedes negar que es romántico de mi parte, muy al estilo de Romeo y Julieta. ¿Cómo era que decía el prólogo? «Dos familias, iguales en rango...»

—No vayas a recitarme Shakespeare ahora. No te va.

—¿Qué dices Vittoria? —Su vista subió hasta su pecho cubierto únicamente por una camiseta fina de algodón y eso tuvo más efecto en ella que cualquier temperatura invernal. Aunque quería cruzar los brazos, no le dio esa satisfacción—. ¿Saldrás conmigo?

—¿Me quieres llevar al cine y luego a cenar? —le contestó ella como desestimando la idea, aunque una parte, una muy buena parte, la encontraba terriblemente atrayente—. ¿O el que cites a Shakespeare es un indicio de que vamos al teatro? ¿Tal vez a una biblioteca a leer sobre leones, brujas y roperos?

—Más bien a bailar y a beber tequila. —Esa sonrisa que decía mucho y nada volvió a aparecer en su boca—. Escuché que eres fiestera.

Vittoria estaba en proceso de poner los ojos en blanco, pero unos ruidos amortiguados en el pasillo la detuvieron.

Había alguien allí.

—Está bien —dijo finalmente más por un sentido de urgencia que por cualquier otra cosa. Si alguien lo encontraba, el león estaba muerto

y, aunque jamás lo reconocería ante nadie, su insistencia desbordada de confianza le resultaba atractiva—. Saldré contigo.

Calen sonrió más abiertamente, pero se quedó dónde estaba, es decir, medio sentado en la cama con el peso apoyado en sus antebrazos. Nada en su cuerpo daba evidencia que pensaba ir a alguna parte.

—¿Te vas a quedar a dormir? —le preguntó Vittoria exasperada y, aunque toda su intención era ser sarcástica, sólo la idea le produjo una comezón extraña e inundó su mente de pensamientos en los que piernas, brazos y labios se entrelazaban.

—Si me invitas... —Sonrió de lado y levantó las cejas un par de veces—. Aunque preferiría que saliéramos primero. Soy un sujeto tradicional, así que nada de probar la mercancía antes de tiempo. Me hace sentir barato. Así que ve a vestirme.

—¿Ahora? ¿En medio de la noche?

—No creerás que vamos a bailar y a beber tequila a las tres de la tarde ¿o sí?

—Estás loco. Si alguien te encuentra aquí, si alguien se entera...

Calen se sentó completamente en la cama y la miró serio.

—Correré el riesgo.

—¿Por qué?

—Me gustas y estoy seguro —se tocó la nariz—, de que yo te gusto.

—¿Así de simple?

—¿Por qué tendría que ser más complicado?

Vittoria tenía miles de opciones que podía ofrecerle y no todas tenían que ver con que pertenecieran a clanes rivales. También estaba el hecho de que sus relaciones con los hombres nunca habían sido

fáciles: los humanos la divertían, pero no la sorprendían y, bueno, también estaba Vasil con todo ese cortejo ritualista que nunca terminaba de concretarse y que, para ser honesta, a estas alturas, no estaba segura si era requerido.

—Sal conmigo y veremos qué pasa —insistió Calen—. Tal vez terminemos siendo buenos amigos.

—No quiero ser tu amiga.

—Puedo ser un gran amigo, al menos eso dicen por allí. Aunque si te soy honesto, debo admitir que es mucho más probable que terminemos en la cama. —Hizo un gesto displicente con la mano—. Si no vienes no lo vas a averiguar nunca.

—Eres insufrible.

—Y eso también te gusta.

CAPÍTULO 17

Si Scarlett había tenido antes algún tipo de reparo en moverse por la casa de los Fera sola, en la oscuridad de la noche; hacerlo ahora la llenaba de un miedo casi paralizante.

Intelectualmente había hecho las paces con algo que no entendía, archivándolo en el cajón que normalmente reservaba para esas cosas sobre las cuales le era imposible tomar una decisión por el momento. Pero ese temor irracional que se generaba en su lóbulo frontal al saber que allí vivían lobos, se incrementaba exponencialmente en lo que los rayos del sol desaparecían y no tenía a Vittoria a su lado.

No obstante, se estaba muriendo de sed y tenía que ir a la cocina por un vaso de agua o la resequedad en su boca sumaría un elemento más que no la dejaría pegar el ojo en toda la noche.

En lo que juntó el coraje necesario y abrió la puerta tuvo que contener el deseo de volverla a cerrar y echar la llave. Tal vez incluso mover aquella pesada cómoda para que sirviera de barricada.

Vin estaba allí, sentado en el suelo al otro lado del pasillo con la espalda pegada a la pared y la vista concentrada en lo que hasta hacía segundos era la puerta cerrada.

—¿Qué haces allí? —le preguntó evitando mirarlo, no sólo por la inquietud que normalmente le producía, sino porque únicamente vestía el pantalón del pijama y había demasiado de esa bronceada piel a la vista, mucho músculo moviéndose ligeramente debajo de la epidermis. No quería entretenerse ni siquiera con la posibilidad de verle la cara, de dedicar una miradita a esos ojos azules que parecían brillar irrealmente siempre que estaba cerca de ella.

—No podía dormir. Quería asegurarme que estabas a salvo —dijo poniéndose de pie y la mirada traidora de Scarlett cometió el error de pasar revista a la dureza de su estómago y al pequeño rastro de vello que desaparecía bajo la cinturilla del pijama. La piel de los brazos se le erizó—. ¿Qué estás haciendo levantada?

La pregunta le recordó a Scarlett el por qué abrió la puerta en primer lugar. Claro que ahora la sequedad en la garganta que la había impulsado a salir de la cama había sido sustituida por otra muy diferente.

—Tengo sed. Voy por agua. —Apartando la mirada comenzó a caminar por el pasillo hacia las escaleras con Vin pegado a sus talones. Scarlett se paró en seco antes de comenzar a descender—. ¿Me estás siguiendo?

—No quiero que me tengas miedo —dijo él con esa voz grave que parecía dar órdenes y acariciar, todo al mismo tiempo—. Yo nunca te haré daño ni permitiré que nadie te lo haga.

Scarlett se volvió y se obligó a apreciarlo en toda su magnitud en una especie de terapia de choque. Sus siguientes palabras la sorprendieron porque nunca había pensado en ellas.

—¿Es porque soy la mejor amiga de tu hermana? ¿Por eso nunca me harías daño?

—No.

—¿Por qué entonces?

Vin no respondió, solamente estaba allí parado, viéndola con esa mirada que la hacía desear salir corriendo y, al mismo tiempo, quedarse allí esperando lo que sucedería a continuación, porque sabía que algo sucedería si no se iba. Lo que le quedaba por descubrir era si sería algo malo, que incluiría sangre y miembros desprendidos, o algo

bueno con otras cosas en el menú en las que no se atrevía a pensar.

—No soy un monstruo —dijo Vin finalmente—. No daño a las personas ni por placer ni por instinto. Necesito que sepas eso.

—Está bien —le respondió cerrando los ojos y suspirando. Luego los abrió, se obligó a mirarlo a la cara e intentó sonreír. A fin de cuentas, Vin la había rescatado y defendido, y eso era algo que no le ocurría con mucha frecuencia. Le debía, al menos, el esfuerzo—. No te prometo que vaya a ser algo instantáneo. Me intimidabas antes y ahora mucho más. Todavía me estoy haciendo la idea, pero voy a tratar.

Vin sonrió y no era la sonrisa que Scarlett conocía, no era la que inspiraba miedo o amedrentaba, tampoco su marca registrada de playboy, sólo una bonita y esperanzadora sonrisa que le bajaba decibelios a la advertencia que siempre sonaba en su cabeza cada vez que lo tenía cerca.

—Me gusta esa sonrisa —dijo sin darse cuenta y así de involuntario fue el gesto de tocarlo, de poner la mano en su brazo.

Vin cerró los ojos e inspiró ruidosamente.

—Me estás tocando —dijo con voz atragantada y Scarlett intentó retirar la mano. Antes de que pudiera hacerlo, una de las de Vin se cerró sobre la suya—. No. Sigue.

Lentamente Vin retiró su mano y con cuidado, casi como el toque de las alas de una mariposa, Scarlet recorrió su brazo, deteniéndose en el contorno de su bíceps, luego pasó hasta su pecho.

Su piel era suave, con alguna pequeña cicatriz aquí y allá, como prueba de esa tendencia a meterse en problemas de la que Vittoria siempre le había hablado, pero estaba sostenida por una masa de músculo duro que hablaba de virilidad y fortaleza y, por sobre todas

las cosas, se sentía humano, tibio, vivo. Cuando la mano de Scarlett llegó a su estómago, nuevamente Vin la detuvo.

—Todavía tienes miedo —dijo.

—No —contestó, pero su tono estaba en contradicción con sus palabras, así como la manera en que su voz tartamudeó.

—No me mientas, nunca. —Vin abrió los ojos que ahora tenían un brillo iridiscente—. Puedo oler tu miedo, pero ahora también hay algo más y eso me gusta.

Se inclinó y con una suavidad que nadie habría creído posible en alguien como él, besó la mejilla de Scarlett donde estaba las marcas más evidentes de la golpiza que había recibido y luego el labio partido.

Ella no respondió el beso. Sólo se quedó allí maravillada con el hecho de que los labios de Vin pudieran acariciar tan suavemente e incluso la incipiente barba que había crecido durante la noche no raspaba, sino que era un estímulo sobre su piel.

—Tus ojos —dijo Scarlett cuando el beso terminó y pudo enfocar la vista en algo.

Los ojos azules de Vin eran casi neón, inhumanos. En su mente los labios que la habían tocado se transformaron en afilados dientes y sus hermosas facciones en las de un animal rabioso.

Por instinto intentó dar dos pasos atrás, pero a su espalda solo estaba la escalera.

Trastabilló a punto de perder el equilibrio y la mano de Vin la asió por la muñeca para evitar que cayera.

—No pasa nada —intentó tranquilizarla.

—¿Vas a...a...?

No se atrevía a decirlo, pero ahora que estaba firme sobre sus dos

pies intentó apartarse, sólo que él aún la tenía sujeta por la muñeca.

—No lo haré si no quieres.

—No quiero.

—Poco a poco Scarlett, poco a poco —dijo y le besó la palma de la mano antes de dejarla libre—. Ve a la cama. Yo te llevaré el agua.

CAPÍTULO 18

—¿Sabes que tener una motocicleta sólo afianza el estereotipo de hombre malote que todos tienen sobre ti?

Vittoria descendió de la motocicleta, agradeciendo por enésima vez esa noche no haber optado por una minifalda. También que, gracias a su cabello corto, al quitarse el casco todo permanecía en el lugar indicado.

Habían aparcado en un callejón al costado de lo que parecía ser un depósito abandonado, de no ser por la cantidad de gente parada en sus alrededores y el volumen de la música salía de él.

Gracias a sus actividades extracurriculares en la universidad, Vittoria se jactaba de conocer todo sitio de diversión en Fort Collins, pero evidentemente este lugar sin nombre se le había escapado.

—No es un estereotipo, soy malo. ¿Acaso no has escuchado las historias? —le preguntó Calen tomándola de la mano y encaminándose hacia la entrada del lugar—. Además, no soy asquerosamente rico como ustedes, así que nada de costosos Hummers para mí, tampoco SUV o convertibles.

—Primero, no hay nada de asqueroso en tener dinero —le dijo lanzándole una mirada condescendiente—, y segundo, una Ducatti no se compra con el cambio que llevas en el bolsillo, así que no te hagas el modesto.

—¿Experta en motocicletas?

—Y en coches, armas y zapatos caros. Las inversiones en el mercado de valores tampoco se me dan mal.

Calen detuvo su marcha hacia la entrada del local y la miró con la

misma expresión que usaba Scarlett cuando Vittoria le explicaba matemáticas financieras.

—¿Qué? —le preguntó ofendida soltando su mano—. ¿Pensaste en que era una belleza sin cerebro? —Bufó un poco—. Para tu información, sé cuánto cuesta una Ducatti, también que manejas los negocios del Clan Pantera que no son, ni nunca han sido, legales, y como tales dejan buenos dividendos porque no están sujetos a impuestos como los de otros que intentamos hacer una vida honesta. Así que no te hagas el pobre niño bueno conmigo.

—¿También eres buena en aplicar la superioridad moral?

—¿Superioridad moral?

—Yo trabajo. ¿Tú trabajas?

—Hago inversiones, legales. Te dije que se me dan bien.

—¿Y pagas tu universidad? ¿Tu comida?

Vittoria abrió la boca para decir algo, pero no le vino ninguna respuesta rápida a la mente.

—No uso el dinero del Clan para rodearme de lujos, cuando hay muchos de los míos en mala situación. Esa belleza —señaló hacia el lugar donde la motocicleta había quedado aparcada—, se tragó todo el dinero que guardé cuando era lo suficientemente ingenuo para creer que podía irme y dejar toda esta mierda a mis espaldas.

—¿Por qué cambiaste de idea?

—Resulta que escapar no es tan fácil y la vida tiene formas muy crueles de recordártelo.

De la nada, Vittoria recordó su secreta cuenta de inversión, sus apuestas en la Bolsa y sus planes de solicitar un puesto, contrario a los intereses de su familia, como interna en *Standard & Poor's*. Una pesadez nada placentera se le instaló en el estómago.

«¿Quién eres?», se preguntó mirando al gato parado frente a ella.

Calen Maher era una contradicción ambulante: presumido, pero al mismo tiempo respetuoso; algunas veces sus palabras eran picantes y otras hablaba de literatura. Era un gato, un salvaje, que se colaba en su habitación, conducía una Ducatti a toda velocidad y, según rumores no confirmados, también un parricida; pero se preocupaba por los suyos, aunque reconocía en voz alta que alguna vez quiso tener otra vida distinta a la del jefe de una manada y parecía frustrado por no haberlo conseguido.

Necesitaba, desesperadamente por demás, darle contexto a ese hombre para que, como siempre, en lo que la novedad pasara, dejara de interesarle tanto y, por sobre todas las cosas, no caer en la tentación de identificarse con él, de establecer algún tipo de conexión, de que le agradara en algo más que su apariencia.

Eso no la llevaría a ningún lado, nunca la había llevado a ningún lado. Por eso se había adaptado tan bien a su vida superficial.

—Vamos —dijo Calen tomando nuevamente su mano—. No nos amarguemos la noche.

«No le busques la quinta pata al gato. Sólo ráscate la comezón, como siempre», se dijo Vittoria y lo siguió.

Tal y como había anticipado con sólo echarle una ojeada desde el exterior, el lugar estaba a rebosar de personas, humanos y parahumanos, que bailaban al ritmo de la música *techno*. Las luces blancas, que iluminaban la multitud como en oleadas, le daban la sensación de haber entrado en una máquina del tiempo y aterrizado en una fiesta Rave de los años 90'.

Calen la llevó hasta la barra e hizo una señal al cantinero quien a los pocos minutos se acercó con dos vasos cortos que relleno de un

líquido transparente.

—¿Sin limón ni sal? —le preguntó ella levantando una ceja.

—No soy tan sofisticado, a fin de cuentas, soy solo un gato dedicado a negocios ilícitos.

—Un Alfa, según tengo entendido —presionó Vittoria tratando, contrario a sus mejores intenciones esbozadas mentalmente segundos antes, de averiguar algo más, de seguir descubriendo el contexto. Parecía no poder evitarlo.

Calen hizo una mueca.

—¿Por eso viniste? ¿Porque soy un Alfa? ¿A la pequeña princesa le gustan los hombres poderosos, fuertes y malos?

Vittoria bufó involuntariamente.

—En caso de que no lo hayas notado, vivo rodeada de alfas. —Ejercitando sus habilidades de universitaria que pasaba más tiempo disfrutando que estudiando, se bajó el trago de tequila y permitió que el ardor se extendiera por su cuerpo convirtiéndose, finalmente en un calorcillo agradable. Miró a su alrededor, a la gente que bailaba despreocupada, a esa vida simple que algunos daban por sentado y a la que ella había intentado pertenecer no lográndolo de todo—. Algunas veces sólo quisiera conocer a un intelectual que lea libros, use lentes, beba té y, por sobre todas las cosas, no de órdenes.

—Nunca pensé que me arrepentiría de tener una visión perfecta y no necesitar gafas. —Calen hizo otro gesto al cantinero quien rápidamente volvió a llenar los vasos—. ¿Qué dices Vittoria? ¿Te apetecen unas horas sin alfas, gatos o lobos? ¿Quieres pretender ser normal conmigo por un rato?

Vittoria tomó el vaso, hizo el tradicional gesto de brindis y vació el contenido.

—Amén.

Sin decir nada más, Calen la tomó de la mano y la llevó al centro de ese espacio abierto, pero lleno de gente, donde agarró sus caderas pegándola a su cuerpo antes de comenzar a moverse, y sabía cómo hacerlo.

Como el gato que era, todos sus movimientos tenían una cualidad felina que coqueteaban, llamaban, incitaban, pero nada más. Las manos de Calen la acariciaban, pero se detenían siempre a unos pocos centímetros de esa frontera imaginaria que delimitaba lo inapropiado de un simple baile; su pelvis se movía cerca, pero se mantenía alejada esos milímetros que eran necesarios para sentirlo completamente, y sus labios recorrían el sendero de su cuello sin tocarlo realmente; sólo dejando, como evidencia de su presencia, una estela de aliento tibio.

Era como estar a punto de ser besada, con toda la expectación que se tiene frente a un beso nuevo y Pielés, pero siempre faltaba ese pequeño recorrido que sellaba el trato.

A pesar de su extenso entrenamiento en fiestas, bares y coqueteos; Vittoria tenía la respiración agitada, el pulso disparado, eso sin mencionar el calor que subía en su cuerpo y que no era enteramente atribuible a la masa de gente sudorosa que los rodeaba o al tequila que había tomado.

Trató de separar la brecha, pegándose más, tocándolo más, pasando a la ofensiva; pero él siempre tomaba el control de ese juego que, con el paso de los minutos, dejó de ser gracioso para entrar en el terreno de la demencia clínica o la combustión espontánea.

Perdió la cuenta si fueron minutos u horas los que estuvieron allí, en la pista de baile, pretendiendo, pero no haciendo; rozando, pero no tocando. Por un momento creyó que era una eternidad de tortura

infernial hasta que él dejó de bailar, se separó de su cuerpo y le extendió la mano.

En ese momento estuvo segura que habían sido apenas unos pocos segundos.

—¿Ya te cansaste? —le preguntó sin moverse. Quería más del divino suplicio—. Yo creía que eras todo un fiestero.

—Solía serlo.

—¿Ahora eres un muchacho bueno? —presionó con una sonrisita.

—Definitivamente no, pero algunas veces, muy pocas, tengo buenas intenciones y estás haciendo que quiera mandarlas de vacaciones.

«Yo les compraré el boleto porque voy a terminar muerta si no te acercas», pensó, pero tomó su mano y permitió que la llevara nuevamente a la barra donde prescindiendo del tequila, ordenó dos cervezas.

Vittoria se acercó a él y se inclinó.

—No es tan fiero el león como lo pintan —le susurró al oído.

—Pensé que habíamos dejado la charla sobrenatural de lado —dijo sin inmutarse. Tomó un sorbo de una de las botellas que el cantinero puso ante ellos y luego la empujó hacia Vittoria haciendo un inconsciente gesto de aprobación—. ¿Dónde quedó eso de pretender ser normales?

—Estoy cansada de pretender.

—No nos queda más remedio. —Calen alzó los hombros y dio un trago a la otra cerveza que aún aguardaba sobre la barra—. No somos humanos y la gente como nosotros...

—Un momentico señor gato —lo interrumpió Vittoria levantando la palma en señal de alto—. No somos normales, pero sí humanos.

Nacemos como humanos y no importa en qué forma estemos cuando morimos, volvemos a ser humanos. No dejes que nadie te convenza de lo contrario. Lo peor que le puede pasar a la gente como nosotros es perder contacto con su humanidad. Nos volveríamos megalómanos, salvajes, crueles...

—Como mi padre —completó Calen muy serio antes de terminar de vaciar lo que le quedaba a la cerveza.

—La gente dice muchas cosas sobre tu padre...

—¿Que intentó asesinar al tuyo unas cuantas veces y que la última vez casi lo logra?

—Sí, está eso, y también... —Vittoria vaciló un segundo. No era tan fácil hacer la pregunta—, otras cosas.

—Vamos —dijo apartándose de la barra—, es tiempo que te devuelva.

—¿Qué me devuelvas? —le contestó indignada. Nunca nadie la había «devuelto» y, además, finalmente había llegado a la conversación sobre progenitores misteriosamente muertos—. ¿Cómo a una podadora de césped que te prestó el vecino?

—Más bien como un libro de la biblioteca pública.

La tomó de la mano y comenzó a caminar hacia la salida.

—¿Debería sentirme ofendida? —la pregunta era puramente retórica. Estaba ofendida.

—Me encantan los libros, por lo que devolverlos a la biblioteca siempre es un poco triste. —Por un momento volteó a verla y le guiñó un ojo—. También me gusta el té.

De regreso en el callejón, estaban en proceso de montar de nuevo en la motocicleta cuando tres hombres aparecieron. Se tambaleaban mientras se acercaban, pero eso no engañó ni a Vittoria ni a Calen que

podían oler que estaban bastante lejos de cualquier estado de borrachera, por lo que todo el trastabille no era más que una actuación.

—Mantente alerta —le dijo Calen por lo bajo mientras bajaba de la motocicleta y observaba al trío con aire aparentemente divertido.

—¡Feliz noche, hermosa parejita! —dijo uno de los hombres—. No nos hagan caso. Uno de mis amigos necesita vaciar su vejiga, es todo.

Continuaron acercándose y en lo que estuvieron a un paso de distancia, el que estaba en medio se incorporó y sacó un arma.

—Vamos a hacer esto rápido y sencillo —dijo sonriendo—. Nos dan el dinero que llevan, los teléfonos, relojes, joyas y nos vamos sin problemas. Pueden conservar la motocicleta. —Le lanzó una mirada de advertencia a Calen—. Nada de hacerse el héroe, no queremos humillarte frente a la dama

Calen se volvió a ver a Vittoria como preguntándole «¿Y ahora qué hacemos?».

—Podemos divertirnos un rato —respondió ella en voz alta, sonriendo, y Calen le sonrió de vuelta, lento, y le guiñó un ojo.

Cuando volteó simplemente estiró el brazo, arrebatando el arma del sujeto antes de que este pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Mucho menos pudo anticipar la patada en el estómago que lo lanzó un par de metros por los aires antes de aterrizar de espaldas.

—Estaba teniendo una de las mejores noches que puedo recordar en mucho tiempo —dijo Calen desarmando el arma que todavía tenía en sus manos y lanzando las piezas en direcciones opuestas—. Una chica hermosa aceptó salir conmigo, nos tomamos unos tragos, bailamos, discutimos, lo que lo hizo todavía mejor... —comenzó a

caminar hacia los hombres que instintivamente empezaron a retroceder—. La estaba llevando a casa donde esperaba recibir, cuando menos, un beso de buenas noches, y ustedes vienen a arruinarlo. —Los sujetos dejaron de retroceder y sacaron sendos cuchillos. Calen se detuvo y los miró levantando una ceja—. Debo decir que estoy muy molesto.

Dio dos pasos al frente y comenzó a encargarse de los dos hombres que quedaban en pie, evitando las dos filosas armas como si de un baile tribal se tratara. Sin embargo, Vittoria podía afirmar, sin temor a equivocarse, que estaba «jugando con su comida» porque, cuchillos aparte, Calen ni siquiera se estaba esforzando, sudando o, al menos, despeinándose.

—Cariño —lo llamó Vittoria con voz fastidiada y Calen volteó, evitando por instinto un golpe en su dirección—. Tenemos que irnos. No puedo llegar tan tarde.

—Dame unos minutos —dijo volviéndose hacia el par de maleantes que lucían ya un poco cansados—. La dama tiene prisa.

—Yo también.

Un brazo encerró a Vittoria desde atrás y la pelea cesó. Todos con la vista puesta en el primer asaltante que había sido derribado y que, aprovechando que Vittoria estaba demasiado concentrada en molestar a Calen, había logrado ponerse de pie, escabullirse y sorprenderla.

Ahora era ella la que tenía el filo de una navaja apuntando a su garganta.

Calen levantó las manos, pero todavía lucía en el rostro esa sonrisa, típica de quien tiene un secreto.

—No te preocupes, cariño —le dijo Vittoria—. Tengo todo bajo control.

—No lo dudo —le respondió metiéndose las manos en los bolsillos y permitiendo que sus dos contrincantes le pusieran los cuchillos a ambos lados del cuello, pero sin dar evidencia de preocuparse en lo más mínimo por ello.

—Señor maleante, por favor —dijo Vittoria usando su mejor tono de damisela en apuros en una comedia muy mala—. No me haga daño.

—No lo haré si me das todo lo que tienes. Creo que incluiré la motocicleta en la lista.

Vittoria giró el cuello un poco, lo suficiente para ver de reojo al hombre.

—No lo creo —le dijo sonriendo y antes de que el sujeto pudiese procesar sus palabras y el cambio en su tono, tomó la mano que sujetaba el cuchillo y en un solo movimiento seco la llevó hacia atrás hasta que escuchó el sonido de la articulación quebrarse y el grito de dolor. Se volvió y le asestó una patada que lo mandó nuevamente hasta el fondo del callejón.

—Y esta vez te sugiero que te quedes allí o te va a ir peor —dijo sin apartar la vista del hombre.

Una vez que estuvo segura que no volvería a levantarse para sorprenderla como todo buen villano de una película de horror, decidió darle una mano a Calen para terminar con todo el asunto de una buena vez; pero él ya estaba dando cuenta, con un certero puñetazo en la mandíbula, del oponente que quedaba en pie.

—¿No pudiste haber hecho eso antes? —preguntó.

—Demasiado fácil. —Se encogió de hombros y fue a la motocicleta.

—¿Estarán bien? —preguntó sintiéndose un poquito avergonzada. Nunca había atacado a un humano de esa manera.

—Los míos no necesitarán ir al hospital, que es más de lo que puedo decir del tuyo. —Con un gesto de cabeza señaló hacia el fondo del callejón.

—No está bien emplear la fuerza contra una dama —le respondió a modo de disculpa.

—Tú no eres una dama, eres una salvaje —sonrió—, y eso me encanta.

Sacó de su bolsillo su teléfono, pulsó un botón y dio unas cuantas órdenes.

—¿Y eso qué fue? —preguntó Vittoria confundida.

—No queremos dejarlos aquí en el callejón. —Calen se encogió de hombros—. Además de la muñeca rota, pueden tener una contusión o algo más grave. La policía y una ambulancia vienen en camino, así que es tiempo de irnos y devolverte. Tengo que reconocer que eres mi libro de acción preferido.

CAPÍTULO 19

El regreso, aunque a la misma velocidad, fue menos estimulante.

Cuando se escapaba, Vittoria sólo podía pensar en la adrenalina de estar haciendo algo prohibido. Ahora solo le quedaba la sensación de que la situación más real y divertida que había vivido en mucho tiempo se terminaba sin expectativa alguna de volverla a repetir.

«Así debió sentirse Cenicienta al momento en que sonaron las doce campanadas», pensó.

No obstante, y a diferencia de la popular heroína de los cuentos de hadas, con Calen no tuvo que fingir ser algo que no era. Simplemente fue Vittoria: fiestera, joven; divertida y seria; humana y loba. Sus dos realidades mezcladas finalmente en una sola. Además, por sobre todas las cosas, por primera vez desde que podía recordar, había estado metida en una situación potencialmente peligrosa sin que el elemento masculino a su lado sintiese la necesidad de protegerla, como si ella fuese una frágil damisela.

La motocicleta quedó aparcada a un kilómetro de la casa vieja y el resto del recorrido por la finca lo hicieron en silencio, entre las sombras, aún rodeados por esa aura juguetona de quien se escapa para divertirse.

Calen trepó primero a la terraza y no le ofreció ayuda para subir, lo que la hizo sonreír. Una vez arriba, fue él quien espío el interior de la habitación para asegurarse de que todo estaba en orden antes de dejarse caer cerca del tronco del viejo roble que se abrazaba al entarimado como única baranda.

—Parece que lo logramos —dijo con un guiño.

—Me divertí mucho. —Vittoria se dejó caer a su lado.

—Yo también. Ha pasado algún tiempo desde que...

—¿Te colaste en la habitación de una chica en medio de la noche para invitarla a salir? —completó ella con una sonrisa.

—Eso también. —Calen la miró y la sonrisa se le desvaneció—. Pero no podemos volverlo a hacer. No así, no a escondidas.

—¿Por qué no? —preguntó sintiendo que su estómago daba un par de volteretas en protesta.

—No me gusta esconderme.

—Hoy lo hiciste y ya admitiste que fue divertido.

—Sí, pero la experiencia me ha enseñado que es potencialmente peligroso hacerlo a largo plazo. —Miró hacia afuera, hacia el bosque, y una línea amarga se instaló en su boca por unos segundos—. Mira, es divertido actuar así de vez en cuando, pero soy un hombre, no un crío, y cuando me gusta una mujer quiero que todo el mundo lo sepa para que no haya malos entendidos.

—¿Quieres decir que te gusto? —le preguntó presumida tratando de traer las cosas nuevamente al terreno en el que se sentía cómoda.

—No lo suficiente para volverme un adolescente. Ni siquiera me gustó cuando lo fui.

—Disculpe usted señor Alfa Pantera, grandote y malote. —Vittoria levantó las manos—. No entiendo por qué todos por aquí desean envejecer prematuramente.

—Y yo no entiendo por qué insistes en comportarte como una heredera inmadura, cuando tienes más sustancia que la mayoría de las mujeres que conozco —le dijo él levantando una ceja—, cuando ser así no es lo que quieres.

—No sabes qué es lo que quiero.

—¿Lo sabes tú?

«Sí...no...algunas veces», pensó ella sintiendo que, por primera vez en mucho tiempo, estaba bajo los reflectores y maldiciendo que, además de todo, Calen también fuera un puto psicólogo.

—Es complicado. —Vittoria suspiró desviando la mirada. La oscuridad de bosque se había vuelto, de repente, muy emocionante.

—Pensé que estabas cansada de pretender.

—Cuando no encajas en ningún lado, la vida puede volverse un poco solitaria. —Vittoria se encogió de hombros. Luego se volvió a mirarlo y sonrió como quitándole importancia—. No me gusta estar sola. Soy un animal de manada.

—Tienes una.

—Y sus miembros no se cansan de hacerme ver, desde que puedo recordar, que no soy como el resto, que soy débil.

—Eres una alfa.

—Una que no puede cambiar.

Nicolás la miró, curioso.

—Para la mayoría de nosotros el cambio no es una bendición, es una habilidad que requiere ser controlada, dominada, que representa una lucha constante entre el hombre y el animal. Otros olvidan que la mayoría de sus habilidades también están presente en forma humana y utilizan el cambio como bastón, como una vía más fácil para ser más fuertes o más crueles. —Esta vez fue él quien volteó, concentrado en los ruidos de la noche—. La única ventaja que tiene mi otra forma son mandíbulas más grandes, dientes y garras más afilados, doscientos kilos de masa muscular que puede destruir todo a su paso, y eso solo sirve para hacer daño. —Cuando se volvió a verla tenía una intensidad en la mirada a la que era difícil decir que no—. Tú, Vittoria,

eres una versión del resto de nosotros genéticamente superior, con todas las fortalezas y ninguna de las debilidades. No dejes que nadie te diga lo contrario, mucho menos tú misma. Enorgullécete de estar siempre en control de tus pulgares opuestos.

Al escuchar sus palabras, Vitti sintió que crecía como diez centímetros y que su pecho se llenaba de aire, el suficiente tal vez para salir volando.

—Cuéntame de las desapariciones —preguntó desesperada por un cambio de tema. No se trataba de que no le agradaran sus palabras, sino que estaba a un paso de comenzar a venerar a un Alfa, casi de su misma edad, y para colmo de males, de otra manada, una que sistemáticamente había intentado matar a su padre.

—¿Qué quieres saber? —preguntó sin ningún tipo de subterfugios o excusas. Tampoco dándose por aludido por el cambio de tema.

—Algo, cualquier cosa. —Vittoria hizo un gesto exasperado con las manos—. Aquí no me dicen nada. Hasta ayer ni siquiera sabía que pasaba algo.

Calen suspiró y pareció dudar. Por un momento Vittoria temió haberse equivocado y que el gato desestimara sus pedidos de información como lo hicieron los otros hombres de su vida.

—Comenzaron hacer tres meses —dijo finalmente sin verla. Su mirada perdida en la noche oscura—. Al principio era uno por semana, luego aumentó a dos, pero conservando un patrón de tiempo preciso. Estas personas desaparecen de sus vidas sin dejar rastro ni pistas, sin señales de lucha o violencia. Hasta ahora hay veinte desaparecidos, todos lobos, todos vinculados con tú manada, aunque no viven aquí.

—¿Quiénes?

—No sé los nombres. —Calen la miró con tristeza—. Tampoco se han encontrado los cuerpos.

—Eso quiere decir que están vivos.

—Después de tres meses no lo creo, al menos no todos. —Los labios de Calen se tensaron en una línea fina y dura—. Al principio Silvio creyó que era una casualidad, pero el *modus operandi* sigue un patrón. Es como si se tratara de un asesino en serie cuyas víctimas son sólo parahumanos de esta manada. Por eso los hizo regresar a todos, pero después de lo que pasó en el bosque parece que los siguieron.

Calen seguía hablando, dando detalles, pero Vittoria ya no lo escuchaba. Mentalmente recordaba a todas esas personas, amigos, conocidos, que en algún momento de su vida habían formado parte de sus juegos, que la habían regañado por robar manzanas o curado sus rodillas raspadas y sus manos llenas de cortes por tratar de escalar un árbol demasiado alto. Ella conocía a todos los integrantes de la comunidad, vivieran o no en el pueblo, todos formaban parte de su vida, todos eran su familia y, ahora algunos de ellos probablemente estaban muertos.

La presión de unos labios sobre los suyos la trajo de vuelta, espantando esos pensamientos, haciéndolos borrosos y distantes como la superficie de un arroyo sobre la que se ha lanzado una piedra.

Calen la estaba besando, pero no se trataba de un beso húmedo y con intención, era más bien como una solidaria palmada en el hombro o una llamada de atención.

—¿Y eso por qué fue? —preguntó cuándo, más por sorpresa que por pudor, se retiró.

—Tu cara —dijo moviendo el dedo en círculos cerca del rostro de Vittoria—, parecía que necesitabas un beso.

—Conozco a estas personas, son mi familia. —Trató de explicarse y nuevamente una marea de rostros comenzó a inundar su mente.

—¡Oye! —Calen tomó la cara de Vittoria en una de sus manos mientras su pulgar acariciaba casi distraídamente su mejilla—. No me gusta esa expresión. Vamos a averiguar qué está pasando y el responsable lo pagará.

—¿Por qué te importa? No se trata de tu gente —le preguntó antes que esa caricia andariega de su pulgar le robara toda la concentración.

—Al igual que tú, soy todo corazón —le dijo con el rastro de una sonrisa socarrona apareciendo en su boca—. Ahora voy a besarte otra vez. Creo que no tuviste la oportunidad de apreciarlo antes en toda su magnitud porque estabas distraída y es una experiencia que deberías atesorar.

—Idiota —le respondió ella con una mueca, aunque por dentro temblaba de anticipación.

La mano de Calen dejó su cara para trasladarse a su nuca y con una ligera presión la acercó a su rostro.

—¿Estás lista? —le preguntó todavía sonriendo medio de lado. Su aliento tibio rozando sus labios como una caricia—. No vayas a desmallarte.

—No me desmallo por el simple beso de un gato.

—¿Quién dice que será simple?

Poniendo los ojos en blanco, Vittoria recorrió los milímetros que separaban sus bocas.

Fue un beso suave, dulce y, en cierta forma inocente. Calen no permitió nada más y aun así el corazón de Vittoria se aceleró y su cuerpo pareció encenderse en llamas.

Había sido besada antes, más veces de las que le gustaba admitir y,

por lo general, era placentero ya fuera un beso tímido, dulce o apasionado. Sin embargo, el beso de Calen era todos los anteriores y a la vez ninguno. La suavidad de sus labios, su delicada presión que evitaba invadir, hacía un enorme contraste con la mano grande que la mantenía bien agarrada por el cuello y cuyos dedos se movían en una especie de erótico masaje.

Estaba derretida y, al mismo tiempo, tensa como la cuerda de un arco; estaba siendo tranquilizada y al mismo tiempo incitada y por pura frustración quería gritar, pero lo que sentía subir por su garganta era un gemido. Cualquiera de las dos cosas le hubiese robado preciosos segundos del beso que parecía prolongarse, dividido en pequeños contactos que eran mucho más que la suma de sus partes.

Tratando de inclinar la balanza hacia uno de los lados, pasó los brazos por su cuello y se dejó caer, llevando a Calen consigo hasta que aterrizó sobre ella. Aprovechando su desconcierto profundizó el beso y separó levemente las piernas para acomodarlo en su vértice, sintiendo así todo lo que no había podido sentir mientras bailaban y había bastante que sentir, por cierto.

—Vittoria —dijo él y sonó más como un gruñido que como una palabra.

Poniendo las manos a ambos lados de su cuerpo Calen se incorporó y aunque su intención era separarse, el movimiento hizo que sus partes inferiores se pegaran aún más.

—Sólo quería ver si todo funcionaba correctamente, como dijiste.

—Con una sonrisa inocente Vittoria levantó un poco sus caderas.

—Funciona, créeme. —Se rio y su risa era un sonido gutural y sexy con cierto deje oscuro que lograba que Vittoria quisiera meterse debajo de su piel.

—Ya me di cuenta. —Vittoria se incorporó sobre sus codos en un intento de volverse a acercar y estar nuevamente en completo contacto con su cuerpo.

—Pero contrario a lo que tus ideas preconcebidas te hagan pensar, no soy esa clase de hombre.

—¿Qué clase de hombre? ¿Al que le gustan las mujeres?

—Sí me gustan, creo que en este punto es más que evidente.

—¿Cuál punto exactamente?

Calen bajó sus caderas entrando en completo y absoluto contacto con esa parte que lo extrañaba como si hubiese formado parte de ella toda su vida y, como si eso fuera poco, las movió un poco, como en una especie de anticipo de lo que podría ser el espectáculo completo.

—Ese punto. —Le guiñó un ojo y volvió a separarse—. Pero nunca apresuro las cosas con una mujer que tiene potencial de pasar en mi cama más de una noche...

—No estamos en una cama —insistió ella sin saber exactamente a dónde quería llegar. Sólo le divertía seguir intercambiando frases en una especie de competencia de ingenio y, tal vez, si tenía suerte, conseguir que volviera a besarla.

—Me gustas, Vittoria. —Nuevamente descendió sobre ella dando un ligero beso en su quijada para luego jugar un poco con el lóbulo de su oreja—. Por eso mismo no está en mis planes follarte hoy.

Involuntariamente Vittoria jadeó. Era como si alguien le hubiese dicho «no pienses en el elefante rosado» e inmediatamente toda su mente se cubrió de tiernos paquidermos.

—Tan lanzada para unas cosas y te sonrojas si digo en voz alta la palabra follar. —Calen mal disimuló una risa dándose por enterado que, de ahora en adelante, en la mente de Vittoria solo estaba Dumbo

—. Hoy no Vittoria, por ser quién eres, por ser quién soy; tienes que estar segura, tengo que estar seguro. Si vamos a hacer esto, lo haremos bien.

Y volvió a besarla de esa forma, dulce, pero al mismo tiempo demandante, dejando que sus cuerpos conectaran, a través de la ropa en todos los puntos precisos.

—Calen. —Una voz severa hizo que ambos voltearan bruscamente, Calen gruñendo en forma más animal que humana—. No puedo creer que en menos de veinticuatro horas tenga que volver a pedirte que le quites las patas de encima a mi hija.

—Mierda.

CAPÍTULO 20

Esa no era la forma en que Calen anticipó que Silvio Fera se enteraría que estaba interesado en su hija. Es más, ni siquiera le había dado tiempo en calcular qué tan interesado estaba. Cuando se metió en su cuarto solo se trató de curiosidad.

Le gustó desde el primer momento en que la vio en el bosque, pero en los dos últimos años le habían gustado unas cuantas mujeres, aunque ninguna lo suficiente para que olvidara a otra que constantemente acechaba sus pensamientos y poblaba sus pesadillas, vistiéndolas de rojo.

No obstante, Vittoria lo había tomado por sorpresa con cada palabra y cada gesto, demostrando que era mucho más que una mujer bonita, fuerte y arriesgada con la cual revolcarse una noche alcanzando esos breves momentos de paz que el sexo le daba.

No estaba seguro de qué era exactamente lo que quería de ella, pues había tantas Vittorias como ideas en su mente. Quería poseer a la sexy Vittoria, penetrarla con su sexo y recorrerla con su boca haciéndola gritar su nombre; pero también deseaba cuidar de aquella que se preocupaba, besar con reverencia a la que sentía compasión por otros, salir a bailar sin preocupaciones con la que era fiestera e inmadura, tener guerras de palabras con esa que parecía saber siempre qué responder y asegurarle a la que dudaba de sí misma que no tenía que avergonzarse por ser como era.

Con ella volvía a sentirse como ese joven despreocupado y lleno de sueños cuyas esperanzas quedaron destrozadas en un charco de sangre y, al mismo tiempo, deseaba ser el Alfa más fuerte para que se

apoyara en él y no buscara nada más en otro lado.

Sin embargo, ahora no había tiempo para definir si era algo trascendente o un momento diferente que eventualmente se esfumaría como tantos otros. Por eso se había contenido, por eso le había pedido más tiempo, necesitaba que su animal no lo gobernara para adentrarse en el terreno más complicado del hombre.

Solo que ahora Silvio Fera estaba allí y ese hombre era una de las pocas personas que admiraba y respetaba en partes iguales. El único que lo había ayudado a navegar en ese mundo que durante toda su vida quiso abandonar y a entender que ser un Alfa era algo más que ser el más fuerte o el más violento.

Esa era otra de las razones por las que él y Vittoria aún estaban vestidos. Ella era la hija de un amigo y a la hija de un amigo no se la follaba en el suelo hasta dejarla adolorida, sin importar lo bien que la pasara. Eso sí que tenía él, ninguna mujer dejaba su cama insatisfecha porque era parte del trato: ellas le permitían entrar en su cuerpo y él les garantizaba una buena experiencia.

Todo un placentero intercambio de fluidos en el que las dos partes involucradas estaban conscientes de que ningún lazo emocional perdurable se formaría.

Él no estaba listo para tener un lazo emocional, probablemente más nunca lo estuviera. Algo en su interior se había roto varias veces aquella noche y no estaba seguro de poder, o incluso querer, recomponerlo.

Lentamente se incorporó y una vez que estuvo de pie tomó la mano de Vittoria para ayudarla a hacer lo propio. Más por instinto que por una acción consciente, se quedó parado un poco más adelante, escondiendo el cuerpo de la muchacha con el suyo en una

especie de barrera. Tampoco soltó su mano.

Le gustaba la forma en que lo hacía sentir. Como si nuevamente hubiese encontrado algo que le pertenecía, algo que defender y esta vez no fallaría.

Tal vez debería comprar una mascota para desterrar todas esas necesidades de una buena vez.

Silvio Fera seguía parado en esa frontera que separaba la habitación de la terraza, recargado levemente en el marco que sostenía la puerta de vidrio y con los brazos cruzados sobre el pecho. Esa actitud despreocupada no engañaba a nadie.

Calen estaba al tanto de que, a pesar de su civilizada fachada, el Alfa de los lobos era el tipo de hombre que podía arrancarte los brazos, ya fuera en forma humana o animal, antes de que pudieras darte cuenta. Exactamente igual que él.

La única razón por la que Nicholas Maher casi había derrotado a Silvio Fera, era que el lobo no era un psicópata que mataba por placer como lo había sido su padre. Los Fera no arriesgaban a su gente en guerras estúpidas y siempre preferían ponerse al frente ante cualquier situación de peligro.

—Buenas noches, Silvio. —Calen sonrió como si estuviesen en medio de un día de campo e hizo una leve inclinación de cabeza—. Debo aclarar que en esta oportunidad no son mis patas sino mis manos.

—¿Y eso se supone que debe tranquilizarme? —preguntó el lobo con una sonrisa sin humor.

—Sólo espero que no te alarme. —Se encogió de hombros—. A fin de cuentas, no era una aproximación hostil.

—Ven conmigo —dijo descruzando los brazos y regresando al

interior de la habitación.

—¿Afuera o a...? —preguntó aún sin soltar la mano de Vittoria, aún escudándola con su cuerpo a pesar de que el único en relativo peligro era él.

—A mi oficina.

—Menos mal, de verdad me gusta esta ropa. —Sonriendo todavía, Calen se volvió a ver a Vittoria y le dio un beso en la mejilla antes de soltar su mano—. Nos vemos mañana, si quieres...

—Sí quiero —se apresuró a decir—, pero... —y lanzó una mirada al lugar por donde Silvio había desaparecido.

Se veía tan angustiada, no por ella, sino por él, lo que era tierno y a la vez tonto. Obviamente no tenía ni idea de lo que era capaz de hacer, de lo que había hecho y de lo que, eventualmente, repetiría de verse en la necesidad. Así que le dio otro beso suave en los labios.

—No hay peros. Nos vemos en unas horas cuando venga a traer los niños. Podemos contarlo como una segunda cita.

—¡Calen! —escuchó la voz de Silvio exasperada que lo llamaba desde el interior de la habitación y lo siguió.

Durante todo el trayecto hizo lo mejor que pudo para preparar algún tipo de estrategia que no involucrara violencia. Quería volver a ver a Vittoria, de eso no tenía duda. Necesitaba seguir explorando esa mezcla de inocencia con fuerza, de atrevimiento con mesura, que había logrado que por unas horas olvidara quién era y lo que la gente esperaba de él. Malograr a Silvio no generaría sino una guerra abierta y no era un buen momento para dividir fuerzas.

—Siéntate —le ordenó Silvio en lo que entraron al despacho y el cuerpo de Calen se tensó. Nunca había sido bueno en eso de recibir órdenes.

—No eres mi Alfa y prefiero permanecer de pie. —De forma desafiante se recostó en una de las paredes y esta vez fue su turno de cruzar los brazos sobre el pecho —. Di lo que tengas que decir.

—Te respeto y te aprecio. Espero que lo sepas. —Silvio se tomó su tiempo para sentarse en la mullida silla ejecutiva al otro lado del escritorio. Sus palabras quedando en el aire como una advertencia y su rostro sin reflejar ninguna emoción—. Como sé que eres un hombre razonable, tengo que pedirte que te mantengas alejado de mi hija.

—Porque soy un gato. —Calen levantó las cejas en señal de asombro—. Nunca te creí un racista Sil...

—Porque eres un asesino —lo interrumpió Silvio.

Calen sintió que lo habían golpeado tan fuerte que todo el aire abandonó sus pulmones. Sabía que todos pensaban eso de él y, en cierta forma, era bueno. Nadie se metía con su posición, su gente o sus tierras. Incluso él mismo se llamaba así frente al espejo todas las mañanas, pero escucharlo en voz alta como si no fuera un atributo deseable, en boca, además, de uno de los pocos hombres que respetaba, traía el peso del dolor físico.

—Todos lo somos —dijo aparentando que no lo afectaba, que había hecho las paces con su naturaleza y su pasado. Así había logrado llegar a ser quien era, apagando todo por dentro—. Estoy seguro que tus manos no están limpias.

—Yo no maté a mi padre.

Sin darse cuenta, Calen comenzó a caminar hacia Silvio con los brazos en los costados y las manos formando puños. Salía de él una especie de ira fría y sin remordimiento que, a pesar de su juventud, era capaz de mantener una manada de gente tan mala con él unida y trabajando por un mismo objetivo.

Apoyó las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia Silvio.

—Tal vez porque tu padre no violó y asesinó a tu mujer embarazada. —Calen prácticamente escupió las palabras.

—No voy a pretender que me gustaba Nicholas, tengo suficientes cicatrices en el cuerpo que prueban lo contrario —le contestó Silvio sin inmutarse, viéndolo directamente a los ojos. Le hablaba como siempre lo había hecho, como iguales, aunque ahora había en su tono ese dejo de afecto paternal que los mayores, de cualquier especie, usan con los jóvenes prometedores—. Tampoco voy a intentar siquiera adivinar lo que se siente, pues de solo pensarlo quiero matarlo yo mismo otra vez, pero tú eres un hombre con un pasado y mi hija es todavía una niña...

—Es una mujer y yo nunca le haría daño —respondió ofendido—. Tú me conoces Silvio.

—Eres temperamental y tienes mucha rabia dentro dispuesta a saltar ante la menor provocación. Algunas veces creo que es el combustible que te hace salir de la cama todas las mañanas.

—¿Qué pasa con Vasil Putrov?

—¿Qué pasa con él? —Silvio parecía extrañamente confundido por el cambio de tema.

—No quieres que yo esté cerca de tu hija porque soy un violento asesino, pero si recuerdo bien, la cuenta de Vasil es más larga que la mía. ¿Sabes cómo lo llaman mis hombres? «La muerte blanca».

—Era un niño...

—Exactamente. He matado Silvio, incluso asesinó a mi padre con mis propias manos, pero lo hice siendo un hombre y, como tal, capaz de procesar las implicaciones de mis actos y, muy a mi pesar, aún siento remordimiento. Vasil, por otra parte, no había cumplido seis años cuando asesinó a sangre fría a más de tres guardianes Pantera

para liberar a su familia. ¿Has pensando en qué le hace eso a la psique de un niño? ¿Un niño que además fue brutalmente torturado?

—Vasil Putrov es el lobo más controlado que conozco.

—¡Exacto! Su comportamiento va en contra de lo que somos. Para mí, el muchacho es una bomba a punto de estallar y toda la violencia que dices que llevo dentro sale a la superficie cuando lo imagino cerca de Vittoria.

Bruscamente Silvio se puso de pie.

—No tienes ningún derecho...

—Tengo el derecho que ella quiera darme, no tú.

—Ni siquiera la conoces.

—Era lo que estaba intentando hacer cuando nos interrumpiste.

Silvio gruñó de forma peligrosa y sus ojos comenzaron a ponerse iridiscentes.

—Cal, ¿qué haces aquí a estas horas?

Sonriente, como siempre, Anna Fera, hizo entrada al despacho de su marido. Esta vez no había ningunos tacones, tampoco trajes de oficina. Sus pies descalzos asomaban por su pijama de pantalón.

Se paró justo al lado del visitante, se empinó en la punta de los pies y le dio un beso en la mejilla.

Calen nunca conoció a su madre. Ya estaba muerta la primera vez que se le ocurrió preguntar por ella y esa fue toda la información que recibió. Luego su padre no permitió ninguna figura materna a su alrededor, nada que pudiese ablandar el carácter de su hijo.

La noche que Nicholas había emboscado a Silvio dejándolo malherido, fue Calen quien lo trajo de vuelta y conoció a Anna. Ella no lo culpó, tampoco se puso histérica. Manejó las cosas de forma eficiente y, a pesar de que tenía suficiente en su plato, se preocupó

porque alguien le diera al muchacho algo de comida y una taza de café. Luego, cuando ya Silvio estaba fuera de peligro, lo buscó para agradecerle.

Siempre se habían llevado bien. Incluso Anna lo había ayudado a investigar opciones de trabajo, más allá de ser un matón a sueldo, que le permitieran mantenerse fuera de la manada; también le llevó unos folletos de unos programas que brindaban apoyo a jóvenes que deseaban ir a la universidad y trabajar al mismo tiempo, y cuando Laura se quedó embarazada, le ofreció un préstamo para que pudieran irse y hacer su familia en otro lado.

No hubo tiempo.

Cuando todo se fue a la mierda, Anna se encargó de los funerales de Laura, de asegurarse que Calen comiera y no cayera en el abismo de la depresión y finalmente, cuando ella y Silvio le recordaron que toda acción traía consigo una responsabilidad, lo ayudó a organizar el portafolio de negocios de su padre dándole pistas de cómo convertirlo en algo legal y reinvertir en la gente que, sin planearlo, ahora era su responsabilidad.

Anna y Silvio, a pesar de tener que hacerlo de forma solapada, al menos hasta que la posición de Calen estuviera afianzada dentro de los suyos, se habían convertido en su único apoyo.

Ahora, él quería follarse a su hija.

«Eres todo un caballero», se dijo.

—Sólo estábamos afinando unos detalles que quedaron pendientes de la reunión —dijo Calen—. ¿Nos hablamos mañana para terminar de establecer los horarios para los niños?

El lobo lo miró unos segundos. Después asintió y se sentó nuevamente.

—Buenas noches Anna. —Calen le sonrió—. Ya conozco la salida.

Cuando Calen abandonó el despacho, Anna se sentó sobre el escritorio de su marido viéndolo con curiosidad.

—¿Me vas a decir tú la verdad?

—Calen estaba en la habitación de Vittoria. —Silvio relajó los músculos y volvió a sentarse.

—¿De eso se trató la llamada que recibiste?

—Sí. Cassutti vio desde su casa a Calen entrando en el pueblo en su moto, con alguien.

—Siempre he dicho que por aquí no hay privacidad.

—La manada nos cuida, así como nosotros cuidamos de ellos. Recuerda que el lobo es la fuerza de la manada...

—Y la manada es la fuerza del lobo —completó ella poniendo los ojos en blanco—. Me aprendí el poema de Kiplin antes de que nos casáramos.

Silvio sonrió.

—Imagino que Calen no estaba atacando a Vittoria —prosiguió Anna—, porque de ser así no estuviera vivo, así que asumo que los encontraste en la cama.

—¡Por Dios mujer! —Silvio saltó de la silla—. Nada de camas. Se estaban besando en la terraza.

—Eso es muy romántico, teniendo en cuenta como son todos por aquí. —Silvio la vio como si acabaran de salirle colmillos y Anna se puso los dedos en la boca tratando de ocultar la sonrisa—. No puedo decir que la culpe. Calen es tan...

Un gruñido de su esposo la interrumpió.

—Tan parecido a cierto muchacho que conocí en la universidad, decidido a meterse en mis pantalones. —Anna se bajó del escritorio y

empujó a Silvio hasta que volvió a sentarse en la silla. Luego subió a su regazo—. Tenía esa aura de muchacho malo, siempre provocando, siempre en problemas.

—Pero no tenía las manos manchadas de sangre.

—Sí las tenía, al menos más tiempo de lo que las tenía limpias.

—No es lo mismo.

—No, no lo es. Calen formó parte del escuadrón de su padre porque no le quedaba más remedio, porque era lo único que conocía, pero se encargó de ti cuando te hirieron. Tú, por otra parte, si la memoria no me falla, te metiste en un circuito de peleas callejeras clandestinas sólo porque te divertía, querías impresionarme y le hacía bien a tu ego. Rompías narices, mandíbulas y dejaste a más de uno caminando raro por el resto de su vida sin ningún motivo.

—No me refiero a eso —la interrumpió algo avergonzado—. Él asesinó...

—A Nicholas Maher —completó ella—, luego de que ese desgraciado acabara con su familia de la manera más horrible, por el sólo hecho de que el muchacho quería marcharse. —Cariñosamente le dio un beso en el medio del pecho—. Calen es un buen hombre al que le han pasado cosas horribles y, aun así, sigue preocupándose por la gente, sea suya o no. Además, tú conoces a tu hija. Si le prohíbes que lo vea, seguramente se mudará a territorio Pantera nada más que para llevarnos la contraria.

—Por eso se lo pedí a él.

—¿Y pensaste que daría resultado? —La risa de Anna retumbó como decenas de campanillas—. Es un Alfa, no solo por derecho de sangre sino por personalidad, lo que se traduce en que no recibe órdenes de nadie, exactamente como Vittoria. Déjalo estar Silvio,

probablemente se cansen uno del otro más rápido del tiempo que tenemos hablándolo.

—Eso no va a caer bien por aquí. No a Vin, no a Vasil.

—Pues ese es su problema.

—Fácil decirlo.

—¿Qué clase de Alfa serías si no puedes controlar a ese par de cabezas calientes cuando no tienen la razón?

—El mismo Alfa que no puede controlar a su propia hija.

—Vittoria no puede ser controlada, no por órdenes. Se parece demasiado a ti.

—¿A mí?

—Sí, a ti. ¿O es que acaso se te olvida lo que pasó cuando tu padre trato de ordenarte que dejaras de frecuentar a esa humana con la que salías en la universidad?

Una sonrisa lenta se hizo presente en los labios de Silvio.

—Por eso me casé contigo. —Tiernamente le dio un beso a su esposa en los labios—. Tú siempre lo pones todo en perspectiva.

—Yo pensé que lo habías hecho por mi físico. —Riéndose bajito lo abrazó más fuerte.

—Esa es la razón por la que un hombre se fija en una mujer, pero no por la que desea conservarla para siempre.

CAPÍTULO 21

Vittoria despertó la mañana siguiente con el mismo desasosiego que le había impedido conciliar el sueño rápidamente la noche anterior.

Después de que Calen desapareciera con su padre, por un buen rato estuvo pegada a la puerta de su habitación esperando escuchar sonidos de lucha, mesas quebrándose, al menos gritos o rugidos. Cuando eso no ocurrió, esperó sentada en la cama la aparición de su padre con el consecuente regaño.

Estaba preparada para toda una escena y estuvo ensayando respuestas del tipo «haré lo que me dé la gana», pero no ocurrió nada; ni visitas, ni regaños. Lo único que llegó a su habitación unas cuantas horas después, cuando sus ojos se habían rendido al sueño, fueron los rayos del sol y ya estaba harta de aguardar la sentencia.

Mejor era ir a buscarla y salir de eso de una buena vez.

Como nadie quiere morir en ropa de dormir, porque eso sería poco favorecedor, Vittoria se vistió, peinó y hasta se puso un poco de maquillaje.

Con la frente muy alta bajó la escalera y fue a la cocina que era el único lugar donde parecía haber algún tipo de ruido.

— ¿Se te pegaron las sábanas? —le preguntó Scarlett toda sonrisas, con un tazón enorme de cereal frente a ella.

Por un momento pensó que su pequeño interludio, por una única vez en esa casa de viejas chismosas con oídos muy sensibles, había quedado en secreto; hasta que se encontró con la mirada de Taras.

El menor de los Putrov estaba sentado sobre la encimera de la

cocina, también con un plato enorme de cereal en una mano y una cuchara en la otra. Su sonrisa sarcástica parecía decir a gritos «sé lo que hiciste».

De pie frente a la puerta corrediza que daba al patio trasero estaba Vin, quien se limitó a mirarla de arriba abajo para luego negar con la cabeza.

—Estás muy callada esta mañana —le dijo Taras sonriendo de lado—. ¿Acaso el gato te comió la lengua? Sabemos a ciencia cierta que se la metiste en la boca.

Por reflejo y antes que pudiera frenar sus propias acciones, Vittoria tomó una taza que estaba sobre la mesa y se la arrojó con violencia.

Taras simplemente la atajó con una sola mano, justo al frente de su cara.

—¿De mal humor? —Hizo una mueca mientras dejaba la taza sobre la encimera—. ¿Quién lo diría? Como que el león no es en rey de la selva después de todo.

—Cállate.

—¿Es qué estabas pensando? —Vin la amonestó.

«En que Calen está como un tren, en que es divertido, no me ayuda a saltar de ninguna terraza y le importa poco que yo sea la hija de Silvio Fera», pensó, pero no lo dijo.

—¿Me perdí de algo? —preguntó Scarlett mirando al trío alternativamente.

—Tu amiguita aquí presente —explicó Vin señalando a Vittoria—, estaba de lo más cómoda en su habitación anoche con Calen Maher, quien es, nada más y nada menos, que un gato, el líder de un clan rival y un sujeto muy violento, eso sin mencionar que es un asesino.

—¿La pantera? —preguntó Scarlett un poco horrorizada.

—El jefe de la pantera y te imaginarás qué clase de hombre hace falta para darle órdenes a Wolfsbane —completó Vin.

—Suficiente, Vin. —Vittoria le dio la espalda a su hermano y fue hasta la cafetera—. No te metas en mi vida.

—No sabes quién es Calen —insistió Vin—. Lo conociste ayer ¡Por todos los cielos! y sin tomar en consideración ninguna advertencia, lo dejaste entrar a esta casa...

—Fue papá quien lo invitó —dijo mientras se servía el café y se tomaba su tiempo en ponerle azúcar y revolverlo.

—Por negocios, no por placer —explicó Taras en tono jocos—. ¿Quién diría que llevarías la hospitalidad hasta esos límites?

—¡Scarlett estaba durmiendo en la habitación contigua! —gritó Vin—. Nos pusiste a todos en riesgo. ¿Por qué? ¿Por un rato de diversión con un tipo malote? ¿Qué demonios te pasa?

—Dime algo hermanito. —Vittoria se volvió y miró a Vin ladeando la cabeza—. ¿Toda esta exhibición es porque metí en mi cuarto a un hombre de dudosa reputación o porque ese hombre no era un lobo? —Vittoria se rio sin ningún tipo de humor ante la falta de respuesta de su hermano—. Para tu tranquilidad espiritual puedo decirte que no es la primera vez que meto a un hombre en mi habitación y ninguna de las veces anteriores ha sido un lobo.

—No es natural —dijo Vin quien, en cualquier momento, iba a reventar sus propias muelas de tanto rechinarlas—. Lobos y gatos pueden comportarse civilizadamente unos con otros, pero algo más es imposible.

—No llegué tan lejos. —Vittoria se encogió de hombros—. Sin embargo, por mi evaluación inicial te puedo decir que es anatómicamente posible porque ambos somos per-so-nas. —Marcó

cada sílaba con las manos como si estuviese dirigiendo una orquesta —. No soy un animal.

—Ojalá lo fueras. Los animales saben su lugar, cómo comportarse, quién es amigo y quién enemigo; tú solo eres inmadura, rebelde, irresponsable...

—¿Mi lugar? —le respondió entre dientes. Una ira extraña se estaba acumulando en su estómago, nublándole la mente.

—¡Hay reglas y vas a seguirlas!

—No. —Vittoria miró a su hermano a los ojos y dejó la rabia fluir —. No estoy sujeta a ninguna regla arcaica que me considera un animal salvaje sin discernimiento ni capacidad de elección. — Comenzó a caminar hacia él—. No bajo la cabeza ante nadie, no sigo tus órdenes Vincezo Fera —lo empujó—, porque no eres nadie para ordenarme nada. —Volvió a empujarlo—. Eres mi hermano, no mi Alfa. Papá es mi papá, no mi Alfa. —Vittoria se irguió—. No tengo Alfa porque soy un ser humano y, como tal, puedo salir con quien quiera, besar a quien quiera, y no te voy a obedecer simplemente porque me lo digas. Yo...

—Vitti... —La voz de Scarlett sonó alarmada—. Tus ojos...

Vittoria pestañeó como quien sale de un trance. No se había dado cuenta que su visión se había vuelto, literalmente, roja. Lo que era aún más escalofriante era que su hermano se dejó arrinconar y bajó la cabeza, mientras Taras saltó de la encimera y adoptando la misma posición que Vin.

—¡Santa porquería! —dijo Vittoria mirando el espectáculo a su alrededor.

—Tus ojos estaban brillando —dijo Scarlett aterrada—, como los de Vin.

—Claro que nuestra princesa no tiene Alfa —dijo Taras masajeándose el cuello—. Tenía tiempo que no sentía un regaño penetrar mi lóbulo frontal de esa manera. Casi salgo a buscar a Calen y te lo traigo con un enorme lazo rojo en la cabeza.

—Si eres tan humana, hermanita —intervino Vin mirándola resentido—, comienza a preocuparte por los sentimientos de los demás. ¿No te has preguntado cómo se siente Vasil?

—¿Vasil? —Vittoria miró a Taras buscando una explicación.

—Escuchó la historia como el resto de nosotros. —Taras hizo una mueca—. No está nada contento con tu exploración anatómica de las especies vecinas. Ni siquiera quiso entrar esta mañana, dijo que el olor lo ponía enfermo.

—¿Dónde está?

—Afuera. Como castigo a su ataque rebelde de anoche fue asignado como enlace para vigilar a los pequeños gatitos que vendrán hoy a jugar.

—Nunca pensé que papá sería tan duro con él.

—No lo fue. —Vin hizo una mueca—. La orden vino de Iván.

Vittoria comenzó a caminar hacia la puerta. Debía buscarlo, hablar con él. La cuestión era que no tenía idea de qué demonios decirle.

«Lo siento» no iba a servir porque no lo sentía en absoluto.

Con Calen había sido la primera vez que un elemento masculino a su alcance no tuvo que pasar por la odiosa comparación. No buscó las cicatrices de Vasil en la piel de Calen, tampoco su olor. No se preguntó si besaría igual ni extrañó el largo cabello, preguntándose por enésima vez si le haría cosquillas.

«¿Cómo le dices a alguien con un odio grabado en la piel: él me hace olvidar que alguna vez fuiste tú lo único que quería?», se

preguntó mientras caminaba hacia la puerta y no encontró la respuesta.

Salió al patio todavía sin tener claro qué iba a decirle. Con Vin era fácil, con Taras más todavía, pero Vasil era alguien que vivía según un libro de reglas que él mismo había inventado y no le gustaba quebrantar hasta el más tácito dictamen. Ser amiga de una Pantera era el primer «nunca, jamás» de su lista.

Caminó siguiendo el rítmico sonido de madera rompiéndose. Cada golpe se sentía como una especie de grito seco.

Lo encontró en el bosque detrás de la casa. Había hecho un pequeño claro y los troncos yacían como cadáveres después de una batalla. Algunos ya habían sido limpiados, convirtiéndose en pulidas barras de madera y en algunas partes del claro estructuras todavía precarias tomaban forma.

Era como un ecológico parque infantil en proceso de construcción.

En el medio de ese maravilloso caos que representa algo hermoso a medio hacer, estaba Vasil. Su mirada enfocada en la labor. Sin embargo, alguien que lo conociera bien podía adivinar su estado de ánimo por el ceño fruncido, no en concentración sino en rabia, al igual que la línea fina que hacía su boca y la forma en que masticaba sus propias muelas.

—Vasil.

Levantó la vista y la miró con expresión hostil.

—Vete. No quiero hablarte.

—Entonces tenemos un problema porque necesito que hables conmigo.

—Ahora no.

—Sí, ahora. De lo contrario pasarás días molesto y amargado,

evitándome, y odio que estemos así. Siempre creí que podíamos hablar de cualquier cosa.

—¿Cómo pudiste?

La miró haciendo una mueca al tiempo que negaba con la cabeza.

—Vasil —dijo su nombre como un suspiro tratando de encontrar una forma de explicarse—, sé que no te gustan las Panteras...

—Siempre he tratado de entenderte, siempre. —Frustrado dejó caer el hacha que estaba sosteniendo—. Cuando decidiste ir a ese instituto en Fort Collins en vez de estudiar aquí, te justifiqué diciendo que eras inteligente y necesitabas una mejor educación. Luego quisiste ir a la universidad y dije «quiere ser como su madre», y cuando comenzaste con esa vida de heredera loca dije «es joven, necesita divertirse»; pero ya has llegado demasiado lejos con esa tontería de desafiar todas las reglas que te encuentras en el camino. Es hora de que madures, de que entiendas que tienes responsabilidades con tu familia, con tu manada, conmigo.

—¿Contigo?

—Sí, conmigo. No te hagas la inocente. —La mirada de Vasil era tan intensa que parecía que estaba punto de ir a la guerra—. Siempre supe, y tú también, que debíamos estar juntos, que era lo correcto. Seré el Beta de Vin cuando llegue el momento y tú estarás a mi lado y, tal vez, alguno de nuestros hijos llegará a ser el Alfa de los Fera algún día. Nuestros linajes mezclados haciendo de este clan el más fuerte que haya existido.

—¿Qué? ¿Hijos? ¿En Plural? ¿Tuyos y míos?

—Pero esta tontería con Calen Maher, con el señor Lacrosse y con todos los demás, se acaba ahora —prosiguió sin escucharla—. Terminarás la universidad, te incorporarás en los negocios de la

familia y ya pedí a tu padre mi pedazo de tierra. Comenzaré a trabajar en la casa el año entrante y cuando esté lista nos casaremos.

—Un momento. —Vittoria estiró las manos frente a ella en la señal universal de alto, porque necesitaba que el mundo dejara de girar y se detuviera. Tal vez así la cabeza dejara de darle vueltas, las náuseas desaparecerían y, finalmente, podría formar una oración coherente—. Siento que me perdí parte vital de mi propia vida. ¿Desde cuándo tú y yo vamos a casarnos?

—Lo he sabido desde que éramos niños. —Vasil la miró como si Vittoria tuviese problemas de entendimiento—. Desde la primera vez que viste mis cicatrices y dijiste que eran hermosas, desde el día que las tocaste y dijiste que eran como el tronco de un árbol, rugosas, únicas...

—Y con su propia historia —completó Vittoria recordando aquel día.

—Tú también lo has sabido siempre, así que no intentes parecer impresionada.

—Nunca dijiste nada. ¿Por qué justo ahora?

Vasil bufó.

—Era un extranjero, un refugiado, el hijo de un Alfa acogido por otra manada como una obra de caridad. No era nadie para poner mis afectos en la hija del jefe. Debía ganarme mi lugar y ahora, finalmente, lo he hecho.

—Siempre tuviste tu lugar aquí.

—No era suficiente, no sé si todavía lo es, pero ahora —dio un par de pasos hacia ella—, con tu comportamiento, has forzado el momento. Mi mujer no va a andar por ahí haciendo locuras, poniendo la reputación esta manada en evidencia. Tengo una responsabilidad

con los Fera.

—¿De qué rayos hablas?

—Cuidaré de ti, no te faltará nada. Este lugar ha sido mi hogar, es el tuyo, ahora lo haremos nuestro, sólo tienes que aceptar...

—Espera.

Vittoria comenzó a masajearse la cabeza porque esta mañana era la ocurrencia más extraña de toda su vida, lo que era mucho decir.

Vasil fue por muchos años todo lo que deseó. Debería estar feliz. Es más, lo estaba. Había una pequeña mariposa, una sola, aleteando desbocada en su pecho, pero la sensación no se extendía tomando posesión de su cuerpo entero porque su mente seguía trabajando, mostrándole imágenes contrapuestas de distintos futuros posibles.

En un lado estaba ella trabajando medio día analizando presupuestos en la oficina de su padre, cuidando niños pequeños que parecían multiplicarse, cocinando, horneando galletas y organizando las celebraciones del pueblo. Luego se veía a sí misma viviendo en Nueva York, haciendo análisis de riesgos para *Standard & Poor's* o trabajando el mercado de valores. Eran dos existencias opuestas, una llena de todo el ambiente bucólico que tanto resentía y la otra urbana. En una estaba Vasil y en la otra no.

—Yo no quiero esta vida —dijo antes de darse cuenta—, al menos no por ahora —enmendó—. Quiero ver el mundo, valerme por mí misma, ser un individuo, no parte de una manada.

—Te amo.

Esas dos palabras estuvieron a punto de hacerla caer de rodillas. Dolían justo en el medio del pecho, como si alguien la atravesara con un cuchillo caliente. Nunca imaginó que escuchar esas palabras de Vasil no la llenaría de alegría y, contrario a lo que ocurría en todas sus

fantasías, no se sentía correcto decirlas de vuelta.

—Entonces ven conmigo —dijo esperanzada, buscando una salida a su falta de respuesta—. Cuando termine la universidad, podemos ir a Nueva York, juntos, construir una relación, ver cómo nos va...

—¿Y qué haría yo allá? —le preguntó con una sonrisa amarga—. ¿Reparar techos y cañerías? ¿Conseguir un trabajo en la construcción mientras tú te conviertes en una poderosa ejecutiva? ¿En qué clase de hombre me convertiría? ¿En un mantenido? ¿En un poca cosa? Mi vida está aquí Vittoria, lo que soy es esta tierra, esta manada. No tengo nada que buscar allá afuera y créeme, tú tampoco.

—Tal vez, pero debo probar, intentarlo. No quiero conformarme.

—Soy un Alfa por derecho de nacimiento, soy uno de los lobos más fuertes de esta manada, respetado. Estar conmigo no sería conformarse.

—Lo sé —dijo lamentando el hecho de haberlo ofendido y sin ser capaz de aclararle que lo que para él era importante: el rango, el derecho de nacimiento, el privilegio de estar con él allí, para ella no tenía el mismo peso. Quería ser amada y amar al hombre, no al lobo —, pero no puedes venir ahora a lanzarme de la nada este discurso en el que hablas de casas, matrimonio e hijos, donde me pides que abandone todos mis planes y sueños por algo que podría no funcionar.

—¿Por qué no habría de funcionar?

—¡Porque no estamos en el siglo pasado! —gritó frustrada—. Porque no puedes pedirme que me case contigo si nunca hemos tenido una relación ¡Por todos los cielos, ni siquiera nos hemos besado jamás!

—¿Es todo lo que tomará? —Vasil comenzó a caminar hacia ella—.

¿Un beso?

—Claro que no. —Aunque quiso que sonara a protesta, la voz le salió como la de una niña asustada y se odió en ese momento.

Vasil seguía acercándose y aunque una parte de ella le gritaba que corriera, otra hervía en anticipación.

«Nadie dijo que los sentimientos fueran algo fácil de entender», se dijo mientras Vasil llegaba frente a ella, le tomaba la cara entre las manos y estampaba su boca contra la de ella.

Por muchos años soñó con ese momento, lo imaginó de las mil maneras posibles, pero ninguna de sus fantasías, esas en las que siempre el piso se movía y la gravedad dejaba de existir cuando él la besaba, tenía nada que ver con lo que estaba recibiendo: sentía que se asfixiaba.

La boca de Vasil sobre la suya nunca tuvo ninguna cualidad tentativa, dulce o amable. Era una exigencia que se hacía con la vigorosidad de alguien que trata de demostrar su punto a la fuerza y con la desesperación de quien trata asirse a un pedazo de madera cuando está a la deriva en el mar. Era una extraña forma de súplica hecha por alguien que había jurado hacía muchos años nunca más estar de rodillas.

«¿Quién es este hombre?», se preguntó añorando a aquel amigo ecuaníme y paciente con el que había crecido.

Definitivamente era una mala señal que pudiera pensar y sostener conversaciones consigo misma cuando el protagonista de todas sus fantasías, finalmente, se había puesto al día con el programa y estaba actuando como siempre deseó que lo hiciera.

Trató de empujarlo suavemente, pero era como tratar de mover un camión con una pluma de avestruz y, cada vez que lo intentaba sin

éxito, una sensación parecida a la claustrofobia la invadía.

—Para —pudo decir, pero él no pareció escucharla.

Extrañamente, Vittoria podía sentir que no había en él intención alguna de ser un imbécil, sólo estaba consumido por una pasión que ella siempre creyó era su territorio. Por eso detenerlo en serio se le hacía tan difícil. No quería herirlo, pero tampoco quería asfixiarse, y si le permitía continuar, de seguridad, iba a necesitar una ducha con lejía.

—¡No! —Y esta vez sí lo empujó con suficiente fuerza, y la violencia que utilizó para sacárselo de encima se quedó revoloteando en su cuerpo y encontró salida en la mano que le atravesó la cara de una cachetada.

—Vitti —le dijo dolido con la mano en la mejilla—. ¿Esto es por él? ¿Por Calen? Tú misma lo dijiste, el amor no es un rayo que te golpea de repente.

—Pero tampoco puedes plantar un roble en la maceta de tu habitación. Nunca crecería por mucho que lo intentes, y finalmente se debilitaría y moriría.

Le dio la espalda y se fue porque en ese instante quería seguir golpeando cosas y personas. Estaba molesta, sí, también frustrada y, por sobre todas las cosas, tenía unas ganas enormes de ponerse a llorar con ese llanto horrible que involucraba sollozos y ojos hinchados.

Sentía que el corazón se le rompía en mil pedazos de a poquito y no era Vasil el que lo había roto, tampoco se trataba de un daño auto infligido; simplemente se había estrellado contra la realidad y las diferencias, y allí era cuando se había hecho añicos.

Él no la llamó, tampoco intentó seguirla. Sólo el canto de los

pájaros, ajenos a la triste muerte de una fantasía, la acompañaron.

Vittoria solo quería llegar a su casa, esconderse bajo un montón de mantas con una cubeta de helado más grande que su cabeza, tratando de descifrar en qué momento la vida se había vuelto un examen de respuestas múltiples en el que ninguna era la correcta.

Aunque nunca lo había experimentado, imaginó que esa horrible sensación era la que todas las canciones románticas y tristes trataban de describir fallando, por cierto, miserablemente.

«Solo yo puedo experimentar una ruptura traumática de una relación que nunca existió», se dijo y una risa nerviosa se escapó de sus labios sin que se diera cuenta y con la amargura de esa risa vinieron las lágrimas.

Sí, definitivamente, necesitaba llegar a casa y esconderse porque eso de llorar en público no iba con el color de sus zapatos, y si se tendía bajo un tronco a llorar nunca recuperaría el respeto por sí misma.

Finalmente emergió del follaje por ese caminito que estaba apenas allí y que llevaba directamente a la puerta de la cocina. Solo que había alguien esperándola en la mesa del jardín, esa que usaban para desayunar cuando el día era hermoso: Calen.

«No necesito esto ahora», se dijo y decidida a ignorarlo pasó por a su lado sin dedicarle ni una miradita. No obstante, el gato no estaba dispuesto a que le dieran el esquinazo así que se puso de pie y la siguió.

Justo cuando estaba a punto de entrar, la tomó por el brazo y sin ningún tipo de advertencia enterró la nariz en su cuello. Cuando levantó el rostro sus pupilas estaban amarillas y sus ojos parecían dos gemas: duras y frías.

—Voy a matarlo.

CAPÍTULO 22

Calen le dio la espalda a Vittoria y comenzó a caminar hacia el bosque.

—¡Detente gatito! —le gritó dejando fluir su frustración con el mundo entero—. No te metas donde nadie te ha llamado. Recuerda lo que dicen de la curiosidad y los de tu especie.

Calen se detuvo y la miró sobre el hombro.

—Dime dónde está Vasil Putrov.

—¿Para qué? ¿Para que puedas ir a «matarlo»? —le respondió ella marcando las comillas con las manos y luego bufó—. Estoy harta de todos ustedes con su actitud de alfas y su exceso de testosterona.

—Somos alfas. —Calen reemprendió su marcha.

—¿Adivina qué? Yo también —gritó Vittoria y, por primera vez en toda su vida, dijo las palabras con orgullo—. No necesito que me protejas, no soy una frágil damisela en apuros, además este no es tu territorio.

Calen se volteó bruscamente encarando a Vittoria. Sus ojos echaban fuego y su cuerpo estaba más tenso que la cuerda de un violín.

—Ese desgraciado te tocó.

—¿Y? —Vittoria se encogió de hombros—. No me vengas ahora con una estupidez del tipo «eres mía» o cualquier babosería posesiva por el estilo. Tú y yo salimos y nos besamos, no hay nada más.

—Escúchame bien. —La mirada de Calen no se desvió ni un minuto—. Si hubieses salido de ese bosque oliendo a Vasil Putrov por todos lados, pero feliz, yo estaría saludándote desde lejos y haciendo

una retirada discreta porque no me meto con las mujeres de otros machos; pero vienes furiosa y llorando, y esa combinación cuando hueles a hombre no es buena.

—Calen...

—Lamento si esto hiere tus sentimientos o tiene algún efecto negativo en tu ego, pero no se trata de ti. Cualquiera mujer que me cruce en la que huelo esa combinación, así sea una desconocida, me provoca un deseo furioso e irrefrenable de acabar con la vida de todos los hombres abusadores sobre el planeta.

—No se trata de eso. —Vittoria suspiró cansada—. En serio.

—¿Entonces por qué estás llorando y furiosa? Apuesto que si te beso ahora encontraría su sabor en tu lengua.

—¿Alguna vez tus fantasías y sueños más arraigados se estrellaron contra la realidad? —Vittoria sintió que la decepción le ganaba terreno a la ira y con ese cambio las lágrimas amenazaban con regresar—. ¿Alguna vez los viste volverse añicos sin que pudieras hacer nada?

Calen cerró los ojos y cuando los abrió ya no había rastro alguno de animal en él.

A Vittoria le pareció que se veía un poco triste.

—¿Quieres salir de aquí? —le preguntó intentando una media sonrisa que no fue tan efectiva como las que había exhibido el día anterior.

—Por favor —respondió ella sintiendo que le levantaban un peso de encima. Realmente necesitaba salir de allí.

Calen estiró la mano en su dirección y Vittoria la tomó sin pensarlo mucho.

—¿A dónde me llevaras hoy? —preguntó tratando de recuperar el ánimo—. ¿Conoces algún bar que trabaje en horario de desayuno?

— ¿Alguna vez has estado en territorio Pantera?
Guiñándole un ojo la condujo al interior del bosque.

CAPÍTULO 23

—Scarlett vámonos.

Aunque Scarlett se había cuidado de posar sus ojos directamente en Vin durante toda la mañana, el imperativo la hizo brincar en su asiento y encontrarse con su mirada.

—¿A dónde? —preguntó con algo que se parecía al miedo, pero que no lo era, no totalmente.

Ese momento en la escalera, ese roce de labios, esa mano andariega tocando los contornos de su piel, había cambiado algo en la forma en la que se sentía cuando Vin estaba con ella, otro tipo de ansiedad que no podía identificar.

Esa mañana cuando Vin hizo su aparición en la cocina, Scarlett dejó de respirar, sintiendo su cuerpo en una especie de sintonía, alineado por decirlo de alguna forma, hacia la presencia del hombre que siempre la hacía sentir tan incómoda. Solo cuando él dijo «buenos días», alargando el saludo el tiempo suficiente para pasar su mano delicadamente de un hombro a otro hasta deslizarse por su brazo en la más ligera de las caricias, Scarlett pudo volver a respirar.

Eso no estaba bien. Su ingesta de oxígeno no podía estar supeditada a las acciones de Vincezo Fera.

—Tengo que llevar unos documentos a Fort Collins y se me ocurrió que podrías querer pasar por tu casa a buscar algo de ropa — dijo con expresión normal, relajada, como si fuera una ocurrencia cotidiana que los dos salieran a dar una vuelta.

—Denver está a casi dos horas de Fort Collins —le recordó en caso de que hubiese olvidado dónde vivía.

—Me siento con ganas de dar un paseo. Es un día bonito.

—¿No sería mejor que esperáramos a Vittoria? —le preguntó volviendo toda su atención hacia el patio trasero donde había visto a su amiga desaparecer en el bosque con aquel sujeto que emanaba, a partes iguales, masculinidad y peligro, y que suponía era el fulano Calen del que todos habían amanecido hablando.

Scarlett había visto a Vittoria, en el paso de los años, desaparecer con la más variada muestra de muchachos disponibles en la universidad: atletas, imbéciles, buenos chicos, nerds; pero ninguno le llegaba de cerca a este Calen, simplemente porque, a pesar de que se veía joven, como ellos, había algo en su mirada, en su actitud, que dejaba claro que jugaba en una liga superior incluso a la de Vin.

No podía evitar estar un poquito preocupada por más que supiera de primera mano que su amiga podía cuidar bien de sí misma.

Claro que estaba aún más preocupada con el prospecto de pasar el día con Vin, a solas. Aunque había superado algunas cosas, todavía había algo en él, mejor dicho, mucho en él, que la ponía nerviosa.

—Probablemente estará jugando al gato y al ratón con Calen por bastante rato —le respondió Vin con un gesto de hastío—. Será mejor no esperarla.

—¿No te molesta?

—¿Ir a Fort Collins solo contigo, sin mi hermanita? —Vin le sonrió—. No me molesta ni un poquito.

El estómago de Scarlett dio un par de vueltas. No estaba segura si se trataba de ansiedad o preocupación.

—Estoy hablando de dejarla irse con Calen —dijo, esforzándose por sonar pragmática—. Después de la exhibición de esta mañana pensé que quedaba claro que no era tu persona favorita.

—No lo es.

—¿Y vas a dejar que pasee por el bosque con tu hermana?

—Fue una orden directa del Alfa. —Vin apretó la boca mientras que echaba una miradita involuntaria por donde su hermana y el jefe del clan rival habían desaparecido.

—O sea, de tu padre.

—No es lo mismo.

—¿Te importaría elaborar?

—Es largo de explicar, o mejor dicho, complicado. —Vin se encogió de hombros y luego exhibió esa sonrisa que fascinaba y aterraba, a partes iguales, a Scarlett—. Pero es un largo camino hasta Fort Collins y mucho más hasta Denver, así que tengo todo ese tiempo para intentarlo.

—No lo sé, Vin —dijo, dándose cuenta un poco tarde que el sonido de su nombre deslizándose por su lengua era extrañamente placentero.

—Vas a pasar tres semanas aquí y no puedes estar todo ese tiempo con la ropa de mi mamá. Hueles a ella y eso —Vin se tocó la sien—, me va a mandar a terapia por años.

—¿Por qué?

—También puedo explicártelo por el camino. —Le guiñó un ojo—. Por favor, en unas horas mi patio trasero estará lleno de gatos y no quiero estar aquí cuando eso ocurra.

—Si entendí bien serán niños.

—Y sus escoltas. No puedo sentarme a beber cervezas tranquilamente con Wolfsbane. Seguramente hará un comentario fuera de lugar y ninguna orden podrá evitar que quiera partirle la cara.

—Son como los Montesco y los Capuleto.

—Somos perros y gatos. —Se encogió de hombros—. Casi literalmente.

—¿No tienes que estar aquí cuando vengan por razones de seguridad o algo así?

—Vasil y Taras son los encargados. Ni papá ni Iván estarán, así esperan quitarle la presión a todo el asunto. Yo puedo hacer lo que quiera y prefiero ir a Fort Collins, contigo, tal vez almorzar algo por allí... —Hizo una mueca graciosa, una imitación exagerada de una súplica—. Por favor.

Y aunque sabía que no era correcto, que no eran, ni de cerca, amigos; que probablemente se sentiría incómoda en tantas horas encerrada en un coche con él; recordó también que le había prometido, allí en la penumbra de la escalera, que lo intentaría.

No estaba segura de qué exactamente era lo que tenía que intentar, pero sí de que pasar tiempo con él, aprender a no estar tan incómoda en su presencia, fuera por la causa que fuera, era el inicio adecuado.

—Vale.

CAPÍTULO 24

Cualquier cosa que Vittoria esperó encontrar territorio Pantera no tenía nada que ver con lo que halló una vez que ella y Calen pasaron el arroyo y dejaron atrás el bosque que los separaba.

Dada la forma en la que escuchó hablar del clan rival durante toda su vida, de lo que se decía sobre sus negocios, de su forma de gobernar; Vittoria creyó que se encontraría con un escenario post apocalíptico, casi que salido de uno de esos libros distópicos que leía Scarlett donde todo era oscuro y destruido.

Mientras su pueblo era un paraíso bucólico; con sus fachadas pintadas, su parque, sus pequeños negocios que bordeaban la calle principal dándole cierto aire de serie de televisión, eso sin mencionar su mercadillo de vegetales que se instalaba en las aceras los fines de semana y que atraía a más de un comprador desde Denver debido a lo colorido de los tomates y al tamaño de las berenjenas; en su mente, el territorio Pantera debía ser lo opuesto: el equivalente a una película policial rodada en los bajos fondos.

Nada más alejado de la realidad.

La calle principal, a la que se incorporaron después de salir del bosque, era ordenada y limpia, con árboles colocados a una separación casi matemáticas en las aceras. Los comercios que estaba abiertos parecían recién pintados, con anuncios en sus vidrieras de los más diversos colores. También había algunas viviendas en esa calle, aparentemente nuevas o tal vez recientemente remodeladas, con patios con grama al frente y cercas blancas.

Todo le resultaba extrañamente familiar.

—Estas son viviendas Fera —dijo dándose cuenta del porqué del *deja vu*, tras examinar con ojo crítico el techo de dos aguas y la disposición de las ventanas—. Son de la compañía de mi padre.

Miró a Calen perpleja y este solo sonrió.

—El diseño es de las Empresas Fera, la ejecución es local. —Le guiñó un ojo—. No podía traer lobos a trabajar aquí. El daño hubiese sido mayor que el beneficio.

—¿Cómo ocurrió esto? —preguntó todavía confundida.

—Cuando me convertí en Alfa no tenía idea de qué hacer por mi gente, sólo sabía que no quería que las cosas continuaran como estaban.

—¿Y cómo estaban?

—Casi como Nueva Orleans tras el huracán Katrina o como un pueblo fantasma. El clan no invertía en el pueblo, los pequeños negocios estaban casi en quiebra, por lo que los impuestos locales tampoco ayudaban para las cuestiones básicas.

A medida que avanzaban por la calle, los transeúntes saludaban a Calen con respeto y afecto. Algunos planteaban un pequeño problema, otros respondían sobre el estado de salud de un familiar o la apertura de una nueva tienda. Aunque echaban un ojo disimulado a Vittoria, nadie fue abiertamente hostil.

—Tu padre me ofreció su ayuda y sus consejos —continuó cuando siguieron el avanzando—. El primero y más importante fue darle una mejor calidad de vida a la gente que dependía de mí. Tu madre me ayudó con los números.

—¿Cómo lo financias? —preguntó Vittoria cada vez más curiosa.

—Para las mejoras en infraestructura, el clan da el grueso del financiamiento inicial en calidad de préstamo a bajos intereses.

Supervisamos el proceso y damos el trabajo a la mano de obra local calificada, generando empleo. El plan de pagos es ajustado de acuerdo a la situación de cada familia.

— ¿El clan? ¿Te refieres a un fondo comunal o algo así?

—No, mi padre nunca implementó algo que retribuyera los pagos que la comunidad le hacía. El dinero inicial proviene del Alfa.

—O sea, de ti.

—El dinero no es mío —dijo haciendo una mueca de disgusto con la boca—, es del clan.

—No sé si estás al tanto, pero el comunismo está pasado de moda.

— ¿En serio? ¡Demonios! —Calen golpeó su palma con el puño—. Eso me pasa por no haber ido a la universidad. —Luego sonrió ampliamente, casi al punto de soltar una carcajada—. El Clan Pantera, al igual que ocurre con Empresas Fera, se convirtió en una Corporación con intereses diversos, nada más capitalista que eso. —Le guiñó un ojo—. Ponemos parte del capital para las remodelaciones, sí, y el préstamo nos da una ganancia moderada, pero lo más importante es que nos ayuda a descontar impuestos bajo el concepto de donaciones de la comunidad y a blanquear un capital que era sucio en origen. Todo forma parte del proceso de legalización en el que estamos inmersos. No es algo rápido sino gradual, pero de esta forma le mostramos a nuestra gente que, aunque algunos pocos ahora ganen menos, el manejar negocios legales nos beneficia a todos.

— ¿A qué llamas legales exactamente?

—No vendemos drogas, no manejamos apuestas ilegales ni ningún tipo de prostitución, tampoco vendemos armas. Esos negocios los tercerizamos cobrando comisiones para hacer los contactos entre nuestros proveedores y nuevos compradores que se encargarán de la

comercialización de la mercancía. Por ahora solo supervisamos el cambio de manos.

—No es exactamente estar limpio, tampoco moralmente correcto.

—Nadie deja los negocios ilegales de un solo golpe, más cuando se ha sido el líder por tantos años. Es prácticamente imposible simplemente retirarse, al menos si quieres salir vivo. Como te dije, es un proceso que debe manejarse con delicadeza y que toma tiempo. Calculo que en unos cinco años ya estaremos completamente legales.

—Llegaron al final de la calle donde había un parque con una glorieta. Calen subió la escalera e invitó a Vittoria a sentarse en uno de los pequeños bancos de madera que había dentro de la estructura octagonal—. En cuanto a la moralidad, no obligo a nadie a gastar el dinero de la educación de sus hijos en un juego de póker o el de la comida de mañana en una dosis, ni siquiera proporciono el producto. A estas alturas, solo conozco a los involucrados y me aseguro que cumplan su parte de lo acordado y cobro mi comisión.

Calen se sentó al lado de Vittoria con un aire de ficticia comodidad, cuidadosamente reclinado en el banco con las piernas estiradas y los brazos extendidos sobre la estructura que los rodeaba, como un rey cómodo y un poco aburrido. No obstante, mientras su postura era artificialmente relajada, como una especie de pose; su rostro era serio, el más serio que ella le hubiese visto.

—Mientras ese proceso de traspaso sigue su curso —continuó Calen explicando todo con la facilidad de un experto—, estamos ampliando nuestra base en la industria del entretenimiento. Tenemos bares, discotecas, restaurantes, incluso un par de sitios de apuestas en Internet con todos los requisitos de impuestos necesarios.

Vittoria miró a su alrededor e hizo un cálculo mental.

—¿Has hecho todo esto en dos años? ¿La corporación? ¿El cambio de actividades? ¿La remodelación del pueblo? ¡Es de locos!

—No tenía nada mejor que hacer —le respondió con una sonrisa y se encogió de hombros—. Para serte honesto, todavía queda mucho trabajo por delante. Empezamos por la remodelación de escuela comunitaria —y señaló hacia un edificio de ladrillos que se podía ver a lo lejos—, y luego la clínica local —le indicó otra edificación, más pequeña, que estaba un poco más allá del parque—, posteriormente nos ocupamos de la calle principal —y con ambas manos señaló lo que tenían al frente—, porque es la parte comercial más importante y lo primero que ve la gente cuando llega, lo que aumenta de forma automática el valor del resto de las propiedades en el mercado inmobiliario y llama a ese nuevo turismo que le encanta llenar pueblitos pequeños los fines de semana, dejando buenas ganancias a los restaurantes, cafés, tiendas de artesanía. No obstante, más al interior del pueblo todavía hay mucho que arreglar, mucho que cambiar. Estamos en eso. Probablemente nos tome más tiempo que limpiar el dinero y hacer la nueva corporación sostenible.

—De todas formas, es un plan de negocios brillante —le dijo Vittoria con admiración repasando con la vista las mejoras que Calen había señalado—. Un modelo de sostenibilidad, diversificado, con independencia legal y responsabilidad social a corto plazo.

—Suenas como un libro de texto. —Calen se rio un poco—. Yo no tengo idea de nada. Solo hice lo que me dijeron.

—No te quites méritos, ni quieras hacerte pasar por tonto. — Vittoria lo miraba completa y absolutamente impresionada. Si antes había pensado que ese hombre era contradictorio, esta nueva faceta en la que hablaba con la seguridad de un hombre de negocios avezado, la

dejaba con la boca abierta. Lo hacía, si era posible, mucho más interesante, más cuando era alguien tan joven—. Sabes bien lo que haces y es maravilloso: renunciaste a un capital, tú capital, que podría haber sido empleado en negocios especulativos de rápidos dividendos...

—No se trata de dinero —la interrumpió—, se trata de la gente, mi gente. Generar rápidos dividendos hubiese entorpecido lo más importante: el cambio de mentalidad, la formación. Estas personas son mi responsabilidad, una que nunca quise pero que he aprendido a disfrutar.

Vittoria miró nuevamente a su alrededor, pero ya no para ver las mejoras tangibles. Vio a los niños jugando en el parque, a los que hacían compras, tomaban un café o simplemente paseaban, la vida discurriendo para esas personas tan parecidas a ella pero que durante la mayor parte de su vida creyó tan diferentes.

—¿Y esa gente por la que hiciste todo esto cómo ha tomado el cambio? Tú mismo dijiste que ahora hay quienes ganan menos.

—La mayoría está de acuerdo, feliz incluso. Antes la opción era trabajar para mi padre, traficando o como matón armado, que era lo que yo hacía, o arreglártelas por tu cuenta, pagando tributos al clan solo por el hecho de vivir aquí, por estar bajo la protección de «el gran león irlandés». —Otra vez la mueca en la boca—. Ahora si quieren seguir trabajando para nosotros, les buscamos una posición de acuerdo a sus capacidades o les ofrecemos formación en caso de no tenerla; si desean abrir un negocio o comercio aquí en el pueblo, también les ayudamos. Hay quienes están interesados en la agricultura y estamos evaluando esa posibilidad, estudiando la tierra disponible, los costos.

—¿Y si solo quieren ser cómo eran?

—Tranquilamente se pueden ir. Esto no es la Rusia comunista. — Le guiñó un ojo—. No son muchos, de todas formas. Ser violento, herir a las personas como forma de ganarte la vida, vivir de negocios ilegales que pueden mandarte a prisión o algo peor, no es algo que todos quieran hacer voluntariamente si hay otra alternativa, y si hay alguien así, está mejor fuera. Sin embargo, son más los que han regresado que los que han decidido marcharse.

—¿Regresado?

—Durante la época de mi padre, muchas familias se fueron o, al menos, hicieron el esfuerzo de sacar a sus hijos para que estudiaran en la universidad, aprendieran un oficio y tuvieran un futuro alejados de la violencia y la sangre, porque aquí esas eran las únicas oportunidades disponibles. Ahora muchos han regresado porque siempre, para nosotros, por nuestro temperamento y particularidades, es mejor, casi necesario, vivir entre los nuestros. Les ofrecí seguridad y prosperidad a cambio de trabajo honesto, por lo que ahora tengo un personal muy calificado en la Corporación Pantera que me ayuda a entender cómo se hacen las cosas de forma correcta.

—Nunca creí que los gatos tuvieran un instinto de manada como el nuestro —dijo Vittoria antes de darse cuenta que sus palabras podían ser, además de prejuiciosas, ofensivas—. Lo lamento, no quise...

—Está bien. —Calen hizo un gesto displicente con la mano—. El león es el único gran felino que necesita una manada, por eso es siempre el líder, porque entiende lo importante de estar resguardado por sus similares. Puede usar su instinto, su talento, para ayudar a construir esa seguridad o para reinar a través del miedo y la fuerza,

como hizo mi padre.

Vittoria no dejó de notar que nuevamente la mueca involuntaria de Calen al mencionar a Nicholas, el hombre que, según los rumores, él había asesinado para quedarse con todo su dinero y poder.

Mientras más lo conocía, menos tenían sentido esas afirmaciones. Calen había dejado claro que el dinero no le importaba, y cuando hablaba del poder de ser un Alfa no lo hacía como si lo disfrutara, sino más bien como si fuese una carga que implicaba mucho trabajo y que llevaba solo en beneficio de otros.

Necesitaba saber, entender, pero no había una forma delicada de preguntar, así que lo mejor era hacerlo de una vez, como arrancar una bandita.

—Calen... —Él la miró curioso, tal vez por la cualidad tentativa que tenía su voz al decir su nombre—. ¿Mataste a tu padre para convertirte en Alfa? —Las palabras sonaron mucho más duras de lo que Vittoria había anticipado—. La gente habla, se dicen cosas —dijo tratando de suavizarlas—. Guerras de poder, regalos a la manada en forma de tierra y sangre.

El rostro de Calen se volvió de piedra. Toda chispa en su mirada apagada de golpe, como si hubiese habido un corte de electricidad.

—No —dijo prácticamente sin mover un músculo en su rostro—, no maté a mi padre para convertirme en Alfa.

Vittoria sintió que los pulmones se le llenaron de aire y pudo volver a respirar.

La sensación no duró mucho.

—Maté a mi padre —continuó sin dejar de mirarla, pero con mucho de esa nada en su expresión—, y la ley del clan me convirtió en Alfa. Es la manera Pantera de hacer las cosas.

Luego desvió la vista, suspiró como quien trata de encontrar su zona zen y miró a su alrededor, ya no con el propósito de unos minutos antes, disfrutando la vida en construcción que tenía al frente, sino más bien un poco perdido, como si el hombre que hasta hacía poco hablaba de préstamos a bajo interés y legalizaciones, se hubiese esfumado en un pestañeo, dejando en su lugar un joven como ella, un poco confundido sobre cómo había llegado hasta allí.

—No quería esto, nunca tuve la intención de ser un líder —dijo en voz baja—. Yo solo quería irme y dejar esta vida atrás.

—¿Fue un accidente, entonces? —preguntó Vittoria con un poco de miedo de la respuesta que podía obtener.

—No fue premeditado, no, pero definitivamente no fue un accidente. —Ese fuego ambarino en la mirada de Calen, ese que hacía que a Vittoria se le erizaran los vellos del cuello, aunque no lo viera directamente, pues era algo que se sentía en el ambiente, estaba allí nuevamente—. Y lo volvería hacer. Algunas noches vuelvo a matarlo en sueños, pero siempre después, nunca antes, nunca a tiempo para salvarlos...

—¿Salvar a quién?

—Mi mujer, mi hijo...

¿Mujer? ¿Hijo? Vittoria se quedó sin nada más que preguntar, con la mente momentáneamente en blanco, cargando información e intentando procesarla.

—No sabía... —Fue el único magistral comentario que pudo articular.

—Conocí a Laura mientras cobraba apuestas en una fiesta universitaria en Fort Collins. La vi sentada en un rincón, tímida, incómoda con todo el ruido, con la gente, y sentí que el mundo había

cambiado su inclinación. Me enamoré como un imbécil, allí, en ese mismo instante, y quien crea que el amor a primera vista no existe, que venga y me lo diga en mi cara.

Y así como apareció, la sensación de peligro es esfumó. La mirada de Calen seguía enfocada hacia lo lejos, pero era evidente que no estaba puesta en lo que estaba al alcance de su vista sino en un recuerdo, un momento pasado que lo hacía sonreír y todavía tenía la facultad de hacer que sus ojos brillaran.

—Ella era tan dulce, suave, inocente en muchos aspectos, y yo vivía una vida de violencia y sangre. Aunque sabía que no era correcto, que ella merecía más, estaba hambriento por algo de suavidad, de ternura. Comenzamos a salir y bueno... —Se encogió de hombros—. Supongo que en algún momento también se enamoró de mí, sabrá Dios por qué.

Había cierta cualidad inocente, vulnerable, en la forma en la que hablaba de esa parte de su vida que hacía que Vittoria quisiera abrazarlo.

—Eres un hombre encantador, Calen, impresionante incluso. — Vittoria trató de poner todas sus emociones en esas palabras para que se diera cuenta que no eran un discurso vacío—. Claro que se enamoró de ti.

—No era mucho en ese entonces, créeme. —Se volvió a verla, finalmente, y le sonrió de forma triste, casi como una disculpa—. Laura sabía que andaba en negocios ilegales y quería que los dejara, que dejáramos Colorado para empezar en otro lado. —Desvió nuevamente la mirada—. Yo no sabía hacer otra cosa más que lo que hacía para mi padre, no sabía cómo ganarme la vida más que siendo violento, pero estaba dispuesto a hacerlo; solo necesitaba un poco de

tiempo para guardar algo de dinero y hacer un plan. Estábamos en eso, haciendo planes como dos tontos inocentes, creyendo que nadie en el clan sabía de mis asuntos privados, cuando ella se quedó embarazada y ya no importó nada más, ni de qué iba a vivir, ni a dónde iría, solo de una cosa estaba seguro: mi hijo no crecería cómo lo hice yo. Él debía tener amor, dulzura; nada de aprender a sobrevivir una pelea a los ocho años, nada de aprender a usar un arma a los diez; sus opciones no serían nunca golpear o ser golpeado.

—¿Qué pasó? —preguntó Vittoria con un hilo de voz. Sabía que la historia no tenía un final feliz.

—La noche antes de irnos llegué a su departamento a ayudarla a empacar y mi padre estaba allí, sentado, sonriendo, fumando un cigarrillo... y a sus pies el cuerpo desnudo, violado y sin vida de mi esposa embarazada en medio de un charco de sangre. —La respiración de Calen comenzó a hacerse trabajosa, sus ojos comenzaron a brillar y sus caninos se alargaron un poco—. Comenzó a decir cosas sobre que yo no iba a ir a ningún lado, que era su heredero y su preciosa sangre nunca debía mezclarse con la de los humanos, que no quería nietos débiles o mestizos... —Se quedó en silencio un rato, apretando la baranda que los rodeaba con tanta fuerza que de seguro dejaría una marca—. Luego echó la colilla sobre cuerpo de mi Laura, la mujer más dulce sobre el planeta, quien aún después de dejar de respirar tenía las manos protegiendo su estómago. —Inspiró ruidosamente y cerró los ojos—. Ni siquiera cambié, tampoco le di tiempo a que él lo hiciera. Maté al gran león con mis propias manos y disfruté viendo como la vida lo abandonaba. — Calen abrió los ojos y volteó a ver a Vittoria, poco a poco, con un movimiento más felino que humano. Si ella hubiese sido otra clase de

chica seguramente se habría apartado—. Mi padre fue un hombre terrible y me entrenó desde que tuve memoria para que fuera como él. Al final obtuvo de mí lo que cultivó.

—No eres como él —soltó Vittoria antes de darse cuenta, antes de ponderar si tenía bases para esa afirmación más allá de su instinto, y guardando el horror de la historia de Calen en ese lugar de la mente donde se colocan los hechos que no podemos conciliar con la realidad, donde viven las pesadillas, con la tonta esperanza de que tarde o temprano se vuelvan menos espantosos—. Te importa la gente, tu gente.

Calen bufó y negó con la cabeza.

—Me hubiera ido esa misma noche si hubiese sido capaz de formar un pensamiento coherente y el cuerpo me hubiese respondido —dijo y sus facciones volvían a ser humanas—. Wolfsbane me trajo de regreso esa madrugada mientras un equipo se ocupaba de los cuerpos y la policía. Cuando llegué aquí, en cada puerta y en cada ventana había una vela encendida en señal de duelo por Laura y mi hijo, y la gente me esperó en la calle para arrodillarse a mi paso. —Una mueca de asco se hizo presente en su boca—. ¿Sabes qué? ¡No me importó una mierda! Mi vida había acabado, solo quería encerrarme en mi casa y beber hasta que dejara de doler.

—Pero eventualmente te levantaste...

—No por voluntad propia. Pasé semanas encerrado, bebiendo, durmiendo, sobreviviendo con el dolor, regodeándome en él incluso. Me gustaba que doliera hasta respirar, sentía que era parte de mi castigo por llevar tanta tragedia a la puerta de una mujer inocente, hasta que Wolfsbane fue a buscar a tu padre.

—¿A mi papá? ¿Por qué a él?

—No sabía a quién más acudir. Buscar a alguien de aquí hubiese hecho tambalear la poca estabilidad que le quedaba al clan. Wolfsbane sabía que la noche que mi padre emboscó a Silvio, fui yo el que lo sacó de la carretera y lo llevó a su territorio. Allí conocí a tu madre y continuamos en contacto. Ella me estaba ayudando a evaluar mis opciones para irme.

—No tenía idea de que eran tan cercanos.

—Nadie sabía. Eso, bajo el régimen de mi padre, hubiese sido traición, así que mi cercanía con los lobos era algo que mantenía oculto. —Lentamente Calen retiró las manos de la baranda y comenzó a relajarse—. Silvio y Anna vinieron bajo la excusa de una visita oficial, que se acostumbra cuando hay un nuevo Alfa. Recuerdo que Iván me tiró en la ducha mientras tu madre ponía en orden de la casa y hacía sopa y Silvio me daba una mezcla de una sesión de terapia con regaño. No sé cuántas horas habló de responsabilidades y oportunidades, de gente que me apoyaba, de familia, de amor. Habló de ti —por primera vez en mucho rato volvió a sonreír sin asco o tristeza—, de tu hermano, de tu abuelo...

—¿El que me odia o el que me ama? —preguntó ella contagiándose un poco con esa pequeña sonrisa.

—Del que es incapaz de ver lo maravillosa que eres.

—Esa es una forma linda de decirlo.

—No recuerdo las palabras ni el discurso exacto de tu padre, pero sí el fondo del mensaje: la posibilidad de un mundo seguro para los que somos diferentes. Recuerdo esa sensación de no estar solo, la fuerza que solo se consigue en el apoyo de quien ha estado en unos zapatos parecidos a los tuyos. Decidí ponerme de pie, aceptar su ayuda, y cuando empecé a construir el nuevo territorio Pantera

finalmente entendí que la manada es la que te da la fuerza para seguir.

—El lobo es la fuerza de la manada y la manada es la fuerza del lobo... —recitó Vittoria las líneas que había oído casi como mensaje ideológico desde que era una niña.

—La filosofía de Kiplin ha probado no ser exclusiva para los lobos —dijo él sonriéndole todavía un poquito más.

Y aunque, por un momento, el tono de la conversación se había vuelto un poco más ligero; Vittoria no podía olvidar la historia anterior, esa que, a pesar de seguir encerrada en ese lugar en su mente esperando tiempo para ser procesada, aun dejaba escapar sus rayos de horror y tristeza.

Una esposa, un hijo; muerte y sangre, y una venganza que cobraba una vida por otra y, aun así, no daba satisfacción. Definitivamente un escenario mucho más terrible que cualquier otro que su fértil imaginación pudiera haber convocado.

—No sé qué decirte —dijo ella, el esbozo de sonrisa escapándosele de los labios, secuestrado por las imágenes en su mente.

—¿Sobre Kiplin?

—No, sobre lo que te ocurrió. Cualquier cosa que diga suena vacía.

—Preguntaste si era un asesino y te respondí con la verdad. Lo soy y no estoy arrepentido. Si quieres irte y no volverme a ver, lo entiendo. Puedo acompañarte de vuelta o, si mi presencia te repugna, buscar a alguien que te escolte —dijo, nuevamente con rostro inexpresivo y ojos muertos, pero Vittoria había visto tantas emociones pasar por su cara que ahora entendía que había muchas máscaras que Calen utilizaba para protegerse, como las que ella usaba todos los días, como la que usaban todos los que han sido heridos.

—Me ofende que siempre quieras devolverme —dijo ella haciendo

un mohín, entrando en ese juego de máscaras que a ambos se les daba tan bien—, y durante toda mi vida solo he encontrado una cosa que me repugna y son las coles de Bruselas.

Y la sonrisa regresó, escapándose de los confines de sus labios hasta hacer un sonido.

—Eres un poco loca ¿lo sabes, verdad?

—Y a ti te gusta —le respondió ella con expresión presumida.

—No tienes ni la menor idea —le dijo todavía sonriendo—, pero ahora debemos ponernos serios.

—¿Por qué?

—Disculpe, Alfa —la voz de Wolfsbane hizo saltar a Vittoria y eso le dio un poquito de coraje.

No era la primera vez que alguien la sorprendía estando en compañía de Calen. Aparentemente el león le robaba sus instintos y, más que nada, su concentración. No se suponía que debía sentirse tan cómoda con él, tan segura.

—¿Sí? —preguntó Calen apenas volteando.

Nuevamente la máscara estaba en su lugar: la sonrisa honesta, casi descuidada, había desaparecido y solo quedaba en su lugar esa expresión un poquito peligrosa que algunas veces exhibía.

—Quería saber si ya había decidido quiénes irán con nosotros hoy a territorio Lobo.

—¿Y los modales Wolfsbane? —Calen se estiró nuevamente sobre el banco de madera, con esa postura relajada que en realidad no lo era—. Tenemos compañía.

—Señorita Fera —saludó Wolfsbane inclinando levemente la cabeza.

—Hola —le saludó Vittoria sonriendo, tal vez demasiado—. ¿Qué

tal la pierna?

—Ya sanó. Gracias por su ayuda —dijo la pantera dejando claro que la eficiencia en el uso de las palabras era lo suyo.

—Siempre soy así de amable con los que intentan matarme. —Le guiñó un ojo—. ¿Quedó alguna cicatriz?

—Siempre quedan cicatrices.

Calen suspiró ruidosamente, con una especie de hastío sarcástico.

—No hay nada peor, amigo mío, que una pantera existencial —dijo mientras ponía los ojos en blanco—. No sé cuántas veces tengo que decírtelo: tienes que ser poderoso, hermoso, peligroso, felino; nunca y bajo ninguna circunstancia, deprimentemente críptico.

—Aparentemente me he saltado muchas clases en la escuela de liderazgo. —Aunque la oración fue dicha en el mismo tono serio que parecía la marca de fábrica de Wolfsbane, Vittoria pudo ver una chispa divertida en sus ojos—. Sin embargo, aun necesito saber a quién llevaremos hoy con nosotros.

—Yo no iré con los niños —anunció Calen.

—Puedo preguntar por qué —insistió la pantera mirando solo por un par de segundos a Vittoria.

—El Alfa Silvio me avisó que no estaría presente, tampoco su Beta, para restarle tensión a la reunión. Los niños comerán allá y jugarán con la menor cantidad de lobos adultos presentes. Solo estarán los hermanos Putrov y probablemente algún miembro mayor y respetado. Siéntete libre de nombrar a alguien que vaya en tu lugar si consideras la asignación por debajo de tus responsabilidades.

—Si Vasil Putrov estará allí, yo también —dijo Wolfsbane apretando los dientes.

Y al escuchar su nombre Vittoria sintió una ola de vergüenza.

¿Cuándo había dejado de pensar en Vasil? ¿En lo que había pasado?

La historia de Calen, su trabajo, su sufrimiento, había reducido su drama, que hacía menos de una hora se sentía como el fin del mundo civilizado, convirtiéndolo en mucho menos que un pensamiento.

—Lleva tres refuerzos contigo, los dejo a tu elección —continuó Calen—. Solo trata de seleccionar a los menos belicosos, nadie que vaya a saltar ante una mirada fea o una pelea infantil. Adultos con cabeza fría y poco armamento, Wolfsbane, no jóvenes que quieran probar algo.

—¿Está seguro, Alfa? Sabe que «La muerte blanca...»

Calen levantó una ceja y miró a Wolfsbane de arriba abajo, silenciándolo solo con la fuerza de esa mirada.

—No sé qué te hizo pensar que se trataba de una sugerencia.

Y aunque las palabras fueron dichas sin levantar la voz y ella no era un gato, Vittoria sintió en el medio de su estómago la autoridad intrínseca del Alfa, la misma que sentía cuando su padre daba una orden que ella, por lo general, optaba por desobedecer.

—Sí, Alfa —dijo Wolfsbane bajando la cabeza y sin decir más nada se retiró.

Calen se volvió a ver a Vittoria y ella le hizo una exagerada reverencia con la cabeza, incluyendo para más efecto un movimiento de manos, mientras decía con los labios «Alfa».

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó Calen negando con la cabeza, pero con una sonrisita en los labios.

—Tengo hambre, no desayuné —le respondió ella mientras se encogía de hombros—. Lo digo solo por si te sirve de inspiración.

—Entonces déjame invitarte el mejor almuerzo en todo el territorio Pantera.

— ¿Sin coles de Bruselas?

— Creo que nunca he visto una de cerca por estos lados.

— Me gusta este sitio.

CAPÍTULO 25

El viaje con Vin hasta Denver fue toda una sorpresa.

Calentita en el Hummer, con algo de Maroon Five sonando, sin la presión de hacer conversación, pero hablando sin ni siquiera darse cuenta. Algunas veces Vin compartía una historia sobre un lugar por el que pasaban, algo relacionado con su infancia, sus amigos, su familia. Como aquella vez que encontraron a una madre, con dos niños en el asiento trasero, accidentada en medio de la noche y, junto a Vasil y Taras, empujó el vehículo hasta la estación de servicio más cercana para luego regresar caminando por la interestatal hasta el lugar donde habían dejado su coche. También le señaló el mejor lugar para desayunar si regresabas casi amaneciendo de una discoteca en Denver, y le contó de la primera vez que su padre lo levantó casi de madrugada para enseñarle a conducir justo en esa vía.

Sí, definitivamente era ese tipo de momentos en el que lo estás pasando tranquilamente fantástico, cuando esperabas era algo incómodo, y ni siquiera tienes tiempo de notarlo y asombrarte.

Scarlett sólo cayó en cuenta de ese hecho afortunado cuando estaban llegando a su casa y supo que su paréntesis de la vida real estaba por terminar. La pesadez en el estómago, la consciencia de quién estaba con ella en el coche y el por qué, la tomaron por asalto. Instintivamente se llevó la mano a la mejilla todavía hinchada y, al darse cuenta que su acompañante estaba pendiente de cada uno de sus movimientos, la dejó caer.

Vin trató de pelear con ella cuando le anunció que prefería entrar sola, pero finalmente la dejó ganar la discusión solo porque ella se lo

pidió por favor y con las lágrimas a punto de aparecer en sus ojos. No quería a Vin en su casa, no lo quería en esa vida de la que ni ella deseaba ser parte, pero de la que no podía despegarse.

Scarlett caminó el pequeño y descuidado patio delantero, anticipando todos los posibles escenarios que pudiera encontrar en lo que abriera la puerta.

Ninguno se hizo realidad.

La casa estaba aparentemente desierta y, lo que era mucho más extraño, en orden, con ese olor a desinfectante de limón que la cultura moderna relaciona con el aroma a limpio. No había platos sucios ni bolsas de basura acumuladas en la cocina, los pisos estaban barridos y ninguna botella de alcohol o cenicero lleno reposaban olvidados en alguna superficie gracias a la desidia.

Con temor de haber entrado a una realidad paralela o, lo que era mucho peor, a que en los pocos días de su ausencia su familia se hubiese mudado olvidándose de ella, entró a su habitación.

Todo estaba exactamente como lo había dejado, incluso los bolsos de ropa que había traído de la universidad estaban en el mismo lugar.

No queriendo abusar de su buena suerte, Scarlett tomó un bolso de viaje, uno que guardaba con celo en el fondo de su armario. Fue un regalo de Vittoria para sus primeras vacaciones juntas y era de diseñador, por lo que debía permanecer oculto. Había aprendido por las malas que cualquier cosa de valor que pudiese poseer y no vigilar, terminaba en las manos del dúo dinámico para ser vendido al mejor postor.

Sacó algunas cosas de las que había traído de la universidad y las metió en el bolso. Con miedo revisó la gaveta donde había dejado su Ipad y un sobre con algunos ahorros, y ambos estaban allí,

imperturbables. Echó ambos en su bolso de mano, pues dejarlos en la casa habría sido tentar al destino. Luego buscó su pequeña caja de maquillaje y su agua de rosas de la cual, sin saber bien por qué, se roció un poco antes de guardarla.

Antes de salir algo parecido a la culpa la golpeó. No estaba bien escabullirse en su propia casa como una ladrona y salir corriendo, aunque ni su madre ni Rhett se hubieran tomado la molestia de llamarla para saber de ella en los días que había estado ausente.

Suspirando tomó una hoja de papel de su escritorio y dejó una nota para su madre pegada en la puerta de su habitación, avisándole que había estado en la casa buscando unas cosas y que todo iba bien en sus vacaciones.

Miró la nota, ese pedazo de papel colgando de una tachuela de la puerta cerrada mientras una voz en su cabeza la repetía que era una tonta, una sentimental, que a esas personas que compartían parte de su ADN no podría importarles menos dónde estaba y qué era de su vida. Pero también había otra voz que le recordaba que los había dejado atrás, que disfrutaba de muchas cosas que los suyos no habían visto sino en televisión, que tal vez, si hubiese estado más pendiente de ellos las cosas no se hubiesen descarrilado tanto.

Con remordimiento sacó un billete de cincuenta dólares y lo puso con la nota.

Se dio la vuelta y salió apurada, huyendo de la sensación de ser una rehén de sus propios sentimientos, de su deseo de tener una familia, un grupo de personas que la vieran como parte de un ecosistema de vida y no un insumo del cual obtener algo. No disminuyó la velocidad cuando la puerta de entrada se cerró tras ella, tampoco cuando empezó a bajar los escalones. Estaba tan concentrada

en alejarse, en poner distancia con sus sentimientos, que no vio la sombra que se atravesó en su camino y que se convirtió en masa sólida al momento en que rebotó en ella. Un par de brazos la sostuvieron, evitando el duro encuentro de su trasero con la tierra seca del jardín.

A pesar de lo accidentado del encuentro, no hubo alarma en ella, pues aun antes de levantar la vista, su cuerpo supo que los brazos que la sostenían eran los de Vin.

—Pensé que esperarías en el coche —dijo ella cuando finalmente levantó la vista.

—Estabas tardando mucho —dijo él aun sujetándola por los brazos y dando un paso al frente, hacia ella, estabilizándola al acercarla a su centro de gravedad.

—No estuve dentro más de diez minutos.

—Mucho.

Scarlett sabía que debía separarse, dar un par de pasos atrás que indicaran que ya estaba lo suficientemente estable sobre sus dos pies, por lo que era momento de que la soltara y así, ambos, podrían continuar con la agenda del día. Sin embargo, a sus piernas no parecía llegarles el mensaje, tampoco era capaz de dejar de mirarlo, casi con fascinación, como si fuese la primera vez que lo viera.

Una parte de su mente sabía que debía moverse, seguir huyendo, apartar a Vin de allí pues en cualquier momento su madre podría llegar o, lo que era peor, Rhett, ya que ninguno tenía un trabajo que se circunscribiera a un horario normal. También sabía que las cosas podrían ponerse muy incómodas si cualquiera de los dos se encontraba con su acompañante, aunque por razones completamente diferentes. Sin embargo, su cuerpo parecía no tener ninguna prisa, esa

sensación de estar escapando de algo borrada de golpe.

«¿Desde cuándo te tranquiliza estar tan cerca de Vincezo Fera?», la reprendió su subconsciente y ni siquiera eso hizo efecto, al menos no inmediato.

—Deberíamos irnos —dijo Scarlett finalmente, pero no hizo ningún amago de movimiento.

—Sí, deberíamos.

Y tras una pausa, Vin se inclinó un poco y con delicadeza movió su mano del antebrazo de Scarlett hasta más arriba de su hombro, casi hasta llegar a su cuello. Por un momento ella dejó de respirar, hasta que Vin tomó el asa del bolso de viaje, descargándola del peso.

—Hueles demasiado bien para tu propia seguridad —le dijo Vin casi en susurro antes de incorporarse y colgar el bolso en su hombro.

—¿Y a qué huelo? —preguntó Scarlett en el mismo tono bajo. No era un comentario insinuante o coqueto, sino tímido, preocupado.

—A ti...sin miedo.

Vin le dio la espalda y comenzó a caminar hacia el coche.

El trayecto hacia Fort Collins fue menos relajado y entrar al edificio de Empresas Fera más que un poco abrumador para Scarlett.

Sabía que era una empresa exitosa, que los Fera tenían dinero; pero nunca esperó un vestíbulo grande y estéril de esos que solo pertenecen a las grandes corporaciones.

Vin la tomó de la mano apenas traspasaron la puerta, no de la forma en la que se guía a una niña pequeña, sino con los dedos entrelazados, y siguió hacia los ascensores saludando con la mano libre al agente de seguridad que controlaba la entrada.

—No sabía que era tan grande —dijo Scarlett mirando a su alrededor.

—No somos dueños de todo el edificio —le explicó Vin en lo que entraron al ascensor junto a otras personas—. Lo construimos nosotros, lo vendimos, y solo nos quedamos con tres pisos.

«Aun así, no es un pequeño negocio familiar», pensó Scarlett.

—¡Hola Vin! —saludó alegremente una chica en lo que salieron en el décimo piso. Estaba detrás de la recepción, justo delante del discreto logo de Empresas Fera, que era, obviamente, la silueta de la cabeza de un lobo con el nombre de la familia debajo.

—¡Hola Alma! —saludó Vin y sin soltar la mano de Scarlett se acercó y le dio un beso a la chica en la mejilla—. ¿Recuerdas a Scarlett?

—Sí, la vi con Taras en la fogata de invierno.

—Hola —saludó Scarlett tímidamente, tratando de ocultar el hecho que no recordaba para nada haber visto alguna vez a la chica y, al mismo tiempo, haciendo lo mejor posible para no quedársele viendo en un vano intento por descubrir si había alguna señal que la delatara como «uno de ellos».

—¿Está mi mamá por aquí? —preguntó Vin mirando a su alrededor.

—Arriba con los abogados, discutiendo unos contratos. Tu padre está con el arquitecto de la nueva obra. —Hizo un gesto con la mano hacia una de las oficinas con paredes de vidrio donde el señor Fera examinaba algo en una mesa de dibujo—. Pidió que pasaras a verlo en cuanto llegaras.

—Vale. ¿Le haces llegar esto a mi mamá? —Le entregó una carpeta que llevaba en la mano libre—. Creo que lo está esperando.

—Seguro.

Después de entregar los documentos, se volvió hacia Scarlett.

—¿Te molestaría esperarme un rato? —Señaló una de las mullidas

sillas de la recepción—. No me tomará mucho.

—Seguro. Toma el tiempo que necesites.

Scarlett trató de ir hacia la silla, pero se dio cuenta que Vin todavía la tenía tomada de la mano. Sin embargo, esa no fue su mayor sorpresa, sino el hecho de que en el breve tiempo desde que entraron, el contacto había dejado de ser algo ajeno.

Vin se llevó la mano a los labios y le dio un beso muy breve, casi imperceptible, antes de dejarla ir y todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo no solo despertaron, sino que sufrieron algo parecido a un ataque epiléptico.

—No tardo —le dijo mientras soltaba su mano como si fuera lo normal para ellos, una especie de ocurrencia diaria—. Piensa qué quieres almorzar.

Adormecida ante el tumulto de reacciones de su cuerpo ante ese beso, que no la dejó terminar el pensamiento sobre lo natural que se sentía que Vin la llevase de la mano, Scarlett caminó casi sonámbula hasta el sillón y se sentó de forma mecánica.

Vin era dado a coqueteos interminables, al menos eso decía Vittoria, y, ciertamente tenía el aspecto necesario para ello. Además, la noche anterior, también había aprendido que esa enorme masa de músculos que era el hermano mayor de su mejor amiga, era capaz de gestos delicados, tiernos, suaves. Igualmente, no había dejado de notar que los Fera, y los que estaban en su entorno, eran personas táctiles: siempre se abrazaban, besaban, acariciaban, algo completamente foráneo al entorno en el que ella había crecido.

¿Conclusión? El beso, la mano y todo lo demás era la forma normal de Vin, la manera en que su familia se comportaba.

«No significa nada», se dijo y cuando su mente trató de ripostar la

calló con otro «No. Nada».

Sin embargo, no era el delicado beso en la mano lo que la tenía en un estado muy parecido a una apoplejía, era su reacción ante él. Le gustó la forma en que ese mero roce la hizo sentir, así como le había gustado el contacto con su piel desnuda la noche anterior, como le gustó cuando la sujetó al salir de su casa.

¿En qué momento había dejado de sentir aprehensión en su presencia? ¿En qué momento su instinto había dejado de gritarle que corriera, olvidando que debajo de su hermosa fachada había algo peligroso que todavía no entendía totalmente? ¿En qué momento el miedo había sido sustituido con ese algo parecido a una corriente eléctrica que despertaba algo que estaba bajo su piel haciéndola sentir viva?

Esto estaba mal.

Ni siquiera le gustaba Vin. Bueno, podía apreciarlo de una forma estética, pero los hombres grandotes y un poco violentos no eran lo de ella; mucho menos los herederos malcriados que tiraban a diestra y siniestra el dinero que otros habían ganado.

«Contrólate, Scarlett. No eres como tu madre, no pierdes la cabeza por el primer sujeto con más de una tarjeta de crédito que aparece», se regañó a sí misma.

—¿Qué puedo traerte mientras esperas? —La chica detrás de la recepción había abandonado su puesto y estaba parada frente a ella con una sonrisa amigable—. ¿Café? ¿Té? ¿Chocolate caliente?

—Estoy bien, gracias —respondió Scarlett intentando una sonrisa, esperando que el sonrojo que sentía se había instalado en su rostro fuese solo eso, una sensación, y no una marca externa que demostrara los extraños pensamientos que tenían lugar en su cabeza.

—Creo que no entendiste mi pregunta —dijo Alma, todavía sonriendo—. No te pregunté si querías algo, solo te estoy dando las opciones para que elijas.

—Pero...

—Sin peros, órdenes de Vin. —Con el pulgar señaló la pared de vidrio que separaba la recepción de las oficinas.

Y allí estaba Vin con su padre y un hombre que Scarlett nunca había visto, presumiblemente el arquitecto, todos inclinados sobre una mesa, analizando lo que parecían ser planos.

Como si sintiera su mirada, Vin levantó la cabeza, la miró y le guiñó un ojo.

—Lo que te sea más sencillo —le dijo a Alma, esperando, sin saber muy bien por qué, que nadie se hubiese dado cuenta del gesto.

—Ahora vuelvo.

La chica desapareció por un pasillo y, aunque Scarlett batalló en contra de sus traidores ojos, finalmente perdió y nuevamente echó un ojo al interior de la oficina: Los tres hombres seguían enfrascados en su discusión y Vin tenía un lápiz en la mano y hacía anotaciones o dibujos sobre el plano.

Definitivamente era el tipo de sujeto que podía para el tráfico en una calle muy concurrida. Era enorme, bien parecido y exudaba confianza, poder. Pero no era eso lo que buscaban sus ojos. Lo que mantenía pegado sus ojos al cristal que los separaba era que allí, en medio de la discusión, Vin no parecía el joven arrogante y pagado de sí mismo que siempre creyó que era; tampoco ese héroe violento, poderoso y un poco salvaje en el que se había transformado para ella en los últimos días. Simplemente parecía un profesional competente, seguro, serio, llevando adelante una reunión, o mejor dicho,

comandándola. Ya no se trataba de una simple demostración del poder de su cuerpo.

Silvio Fera estaba unos pasos atrás de su hijo viendo su intercambio con el otro hombre y, aunque tenía los brazos cruzados sobre el pecho, no era para nada una actitud defensiva, las pequeñas arruguitas alrededor de sus ojos lo delataban.

Aguzó su oído, curiosa, tratando de entender de qué hablaban: diseños, costos, algo sobre más espacio con menos materiales. Vin volvió a inclinarse sobre el plano, trazó otras líneas y tomó una calculadora, multiplicando materiales por metro cuadrado antes y después, hablando con terminología que ella desconocía.

—Aquí tienes. —Alma estaba nuevamente frente a ella con un tazón con el logo de la compañía en una mano y un plato en otra.

Al tomarlos, Scarlett notó el olor del chocolate caliente y vio las pequeñas medialunas en el plato.

—Gracias.

—Cuando se enfrasan allí con el arquitecto de una obra —Alma señaló con la cabeza la oficina—, puede pasar un buen rato.

—No sabía que Vin trabajaba aquí en las oficinas.

—Prefiere estar afuera en las obras, tumbando paredes, cargando bloques, utilizando un taladro o una sierra, llenándose de cemento como un obrero cualquiera. —Alma arrugó la nariz—. Pero cuando hay una obra, el Alfa...perdón, el señor Fera, siempre lo hace venir para que revise los planos. Dice que Vin tiene la mente de un arquitecto encerrada en el cuerpo de un constructor y esa es la combinación perfecta. Nunca se han ido de aquí unos planos sin que antes él haya garabateado algo en ellos, con lo que favorece el diseño y ahorra un montón de dinero.

Alma regresó a su puesto y sin descuidar la escena Scarlett llevó el chocolate a sus labios. Vin levantó la vista, sonrió y dejando los planos sobre la mesa, se acercó hasta la puerta.

—Puede que me tome algo más de tiempo —dijo asomando solo la cabeza.

—No te preocupes. Alma me trajo medialunas. —Señaló el plato que había dejado en la pequeña mesa a su costado.

—Muchas gracias, Alma —dijo volteando hacia la chica y regalándole una de esas sonrisas a las que las personas con los cromosomas adecuados no podían resistirse.

Siguiendo el orden natural de la genética, Alma sonrió complacida.

—Tómate tu tiempo —le dijo Scarlett sorbiendo su chocolate.

«Tal vez así pueda desenmarañar todo esto que me pasa».

CAPÍTULO 26

Cuando Calen dijo que le invitaría a Vittoria el mejor almuerzo en territorio Pantera, lo último que ella pensó fue que terminaría en la casa del Alfa del clan.

Calen vivía en una de las casas remodeladas de la calle principal, una pequeña, sin distinciones, en medio de otras dos igual de anónimas. Dentro, todo estaba ordenado, limpio; los muebles relativamente nuevos, pero sencillos. El diseño rústico de las Empresas Fera estaba presente en cada detalle: materiales que favorecían la madera, grandes ventanas, mucha luz, espacios abiertos...

Sin embargo, lo que más le impresionó fueron los libreros de madera sin curar que se extendían por la pared más grande del salón, de techo a piso.

Intrigada se acercó a inspeccionar los títulos. Había de todo: desde Harry Potter hasta Jean Paul Sartre, clásicos de Tolstoi y novelas juveniles, Dan Brown y Stephen King.

—Te dije que me gustaba leer —dijo Calen a sus espaldas.

—Creo que más que un gusto, es una compulsión. —Para demostrar su punto señaló con ambas manos, como si tratara de abarcar el ancho de los libreros—. ¿Quién diría que eres un acumulador?

—Mi padre nunca creyó en el poder de la educación, mucho menos en la lectura como forma de recrearse. A Laura le gustaba leer, así que un día tomé una novela policial en su casa y quedé enganchado; probé otros géneros y todas esas historias resumidas en

palabras...Terminé sacándome un carnet de la biblioteca. —Negó con la cabeza—. Luego comencé a armar mi propia colección con mis favoritos.

— ¿Los has leído todos? —preguntó perpleja, mirando nuevamente la extensión de la biblioteca tratando de hacer un cálculo.

—Debes pensar que soy especie de nerd. —Puso cara de tragedia—. ¿Qué será ahora de mi imagen de asesino?

—Pienso que eres una sorpresa andante —dijo Vittoria sonriendo, tratando de ocultar con el gesto frívolo y despreocupado lo profundamente sorprendida que terminaba cada vez que pasaba un rato en su compañía y, más que nada, lo mucho que le gustaba que él la sorprendiera—, y eso no es malo, para nada. Solo falta que me digas que cocinas.

—Siento decepcionarte, pero no. —Hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera—. La mamá de Wolfsbane viene un par de veces a la semana a limpiar y me deja la comida hecha para varios días. Es la mejor cocinera que he conocido.

Vittoria lo siguió hasta la cocina que, al igual que el resto de la casa, no era un espacio separado del resto. Parecía nueva y estaba en perfecto orden.

— ¿De verdad se llama Wolfsbane?

—No. Es solo un apodo.

— ¿Y cuál es su nombre?

—A ver, a ver, ¿qué tenemos por aquí? —dijo Calen abriendo el refrigerador, haciendo todo un espectáculo del mero hecho de inspeccionar los diversos contenedores de plástico, con etiquetas, que estaban colocados en orden en el segundo tramo, en un intento nada solapado por evitar responder—. Estofado de cordero con vegetales,

filetes de pollo con papas al vapor, lasaña... ¿Qué le apetece a la princesa?

—Tomaré el pollo.

—Y yo ofenderé a tus ancestros italianos comiéndome una lasaña irlandesa en tu presencia.

—No es ofensa. —Vittoria se encogió de hombros—. Tengo un compañero en la universidad que le pone mayonesa a los linguinis y nunca he dicho nada al respecto.

—Muy tolerante de su parte —dijo sacando del refrigerador los dos contenedores para ponerlos en el horno de microondas.

—A la gente le gusta lo que le gusta.

—Y no importa lo que los demás piensen... —le dijo el bajito, con una mirada que la dejó clavada en el sitio.

—Exacto —dijo sin saber si sonreír de vuelta, el momento extendiéndose, llenándola de una sensación burbujeante—. Entonces —continuó pues si no salía de ese instante iba a volverse de gelatina —, ¿soy la primera, a parte de mis padres, que visita el territorio Pantera?

—¿No sabes nada del reto? —la miró confundido.

—¿Cuál reto?

—Eres la loba más anti clan que he conocido —dijo riéndose bajito mientras buscaba platos en los gabinetes.

—Soy rara.

—Única —dijo exhibiendo otra vez esa mirada que podría significar tanto, pero ante la cual se negaba a claudicar.

Le gustaban los halagos y recibía bastantes por parte del sexo puesto, pero los de Calen parecían tener un significado especial, oculto. Definitivamente no el tipo de cumplido ensayado y genérico al

que estaba acostumbrada.

—¿De qué se trata ese reto? —dijo prácticamente arrebatándole los platos de las manos. Necesitaba hacer otra cosa que quedársele viendo y atribuyéndole cualidades especiales a sus palabras.

—Desde la época de tu abuelo, los adolescentes hacían excursiones en la noche al otro territorio y traían algo. Era una especie de rito de adultez. —Abrió nuevamente el refrigerador—. ¿Vino? ¿Cerveza? ¿Agua?

—Cerveza está bien —respondió mientras colocaba los platos sobre la mesa.

Calen sacó dos botellas y le ofreció una.

—¿Tú participaste alguna vez en el reto?

—Mi padre lo prohibió, nada de confraternizar con el enemigo. —Distraídamente miró por la ventana—. Hizo construir unas torres de vigía a la entrada del pueblo y a todos nos tocaba guardia una noche en caso de que los lobos quisieran perpetuar la tradición. La orden era matar al primer movimiento. —Volvió a verla y sonrió—. Claro que mis amigos y yo extrañábamos la diversión, así que cuando alguno de nosotros estaba de guardia dejaba una luz encendida en la torre y eso significaba que era noche de juego. Tu hermano fue uno de los primeros.

—Suena como algo que Vin haría.

—Wolfsbane estaba de guardia. Tu hermano entró sin ser visto, tomó un letrero de la calle y cuando estaba dejando su marca a los pies de la torre, Wolfsbane sintió su olor y comenzó la persecución. —Calen dio un trago a su cerveza—. Vin logró cruzar el arroyo y salir del territorio neutral antes de poder ser capturado y desde ese entonces Wolfsbane siente que tiene un asunto pendiente con él.

—¿Qué hay de Taras?

—Nunca participó. Creo que el chico es más relajado de lo que ustedes creen. Su hermano, por otra parte...

—¿Vasil? —Allí estaba otra vez esa sensación de culpa, una especie de remordimiento que esperaba que en algún momento dejar de sentir con solo escuchar su nombre.

—Nunca entendió que era un juego. —Calen movió un poco la cabeza en forma negativa. Era a todas luces un gesto inconsciente—. Entró una noche y llegó hasta la casa de mi padre mientras dormía, llevándose su taza de café favorita. Nunca nadie había llegado tan lejos, nunca nadie pasó sin ser detectado. No supimos nada, ni siquiera cuando se cortó su propia mano para dejar una huella de sangre a los pies de la escalera de la torre a manera de advertencia. A la mañana siguiente, cuando mi padre se dio cuenta de lo que había pasado, hubo severas consecuencias para el vigía.

—¿Quién estaba de guardia?

—Yo.

—¿Qué te hizo tu padre? —preguntó con una sensación parecida al miedo en el estómago.

—Eso no importa. —Terminó de su cerveza de un largo trago y la dejó sobre la encimera—. Suspendimos el juego después de eso y una madrugada me colé hasta el dormitorio de Vasil Putrov, tomé la taza y dejé una marca de sangre sobre su mesa de noche. No le agrado mucho desde ese día.

—No lo tomes personal. Vasil tiene problemas con las Panteras desde su infancia —intentó disculparlo Vittoria. Al menos eso no había cambiado, Vasil siempre tendría su apoyo incondicional, su comprensión. Defender su comportamiento era tan instintivo como

defender a su propio hermano.

—Lo sé, pero lo que le pasó a los Putrov no tuvo nada que ver con nosotros y él está atorado en ese pasado, tanto que transformó un juego entre vecinos, una posibilidad de suavizar la enemistad, en un riesgo para mi vida y la de mis amigos.

—Lo lamento.

—No tiene nada que ver contigo, pero no quiero más conflictos por culpa de Putrov, su odio nos pone en peligro a todos. Así que necesito saber qué pasa entre ustedes dos, qué sucedió en el bosque antes de que te encontrara hoy.

—Eso no es de tu incumbencia —respondió a la defensiva.

—Ya no participo en juegos de adolescentes. Si estás aquí, si sales conmigo solo para molestarlo; si ustedes dos están juntos...

—No lo estamos, no podría, no ahora —saltó ella, más rápido de lo que pudo haber anticipado y, no por primera vez ese día, trató de poner sus sentimientos en palabras. Le tomó unos minutos y unas cuantas respiraciones profundas—. Vasil es ese amigo de la infancia que creció contigo y lo viste pasar de ser un niño roto a un hombre extraordinario, tanto que llegaste a admirarlo, a idealizarlo, a convertirlo en la barra con la que medías a todos los demás. Él es parte de mi vida, mi mejor amigo, mi familia. Lo amo, pero no estoy enamorada de él. —Miró a Calen un poco perdida, no estando segura de si se estaba explicando bien. Transmitir un mensaje con unos sentimientos tan difíciles de desenmarañar era complicado, más cuando los había creído tan firmes la mayor parte de su vida y en un momento se habían esfumado, haciéndola sentir mucho más superficial de lo que era su fachada usual—. Es más como lo que sientes por ese personaje secundario de una novela, ese que te gustaría

que fuera tu hermano, pero no el principal de tu vida.

Vittoria tomó una gran bocanada de aire y algo se reacomodó en su pecho. Sintió que, por primera vez en mucho tiempo, estaba diciendo la verdad sobre Vasil y ella, encontrando la lógica en sus sentimientos, el nicho donde su amigo de la infancia calzaba de forma perfecta.

—¿Y él lo sabe? —preguntó Calen.

—Me tomó mucho tiempo, un beso y un discurso inapropiado para darme cuenta. Espero que para él sea menos traumático entender que sus sentimientos son más obligación o un deber ser, que verdadero amor.

—Me importan poco los sentimientos de Vasil Putrov. Lo que quiero saber es si tú estás segura de los tuyos, porque puedo dar fe de que mis sentimientos por ti no son una obligación y definitivamente tampoco el deber ser, pero no voy a comenzar una guerra si estás jugando alguna especie de juego.

—¿Un juego?

—Tal vez la princesa necesita un poco de atención.

La alarma del horno sonó, extendiéndose por el lugar, casi como la señal de una bomba a punto de detonar.

—Eso es un poco ofensivo —dijo sintiendo como su belicosidad innata se alzaba como la espuma de una cerveza bien servida.

Calen negó con la cabeza, molesto, suspiró y se pasó la mano por el cabello.

—Lo lamento, no fue mi intención.

—Creo que es momento de que me vaya.

Vittoria se dio la vuelta porque necesitaba salir de allí antes de que su temperamento le jugara una mala pasada. La conversación con

Calen la había elevado hasta el cielo para después, con solo una frase, dejarla caer hasta estrellarse en el suelo y el golpe dolió, más de lo que imaginó.

«Soy el puto Icaro», pensó recordando con amargura que la primera vez que lo vio había pensado en que era como el sol.

—No te vayas Vitti.

No supo si fue la súplica en su voz, o tal vez el diminutivo, lo que la hizo detenerse.

—Eso salió mal —le dijo él y cuando volteó, Vittoria encontró nuevamente la vulnerabilidad en su rostro y nada mejor que eso para bajarle el fuego a su rabia—. Hace mucho tiempo que no tengo este tipo de sentimientos por nadie y la última vez no salió nada bien. Me gustas, mucho, muchísimo. Tanto que puedo comenzar una guerra con Vasil Putrov, con tu hermano, incluso con tu padre, si me das la más mínima esperanza.

—Ahora estás siendo dramático —dijo ella sonriendo un poco, sus palabras sustituyendo gran parte de su ira por una ternura que subía por su cuerpo hasta transformarse en sonrisa.

—No siento mucho normalmente, lo evito como la plaga, pero cuando me permito hacerlo es fuerte, visceral, definitivo, y me asusta. Fui criado para evitar, bajo cualquier circunstancia, estar en una posición vulnerable, y es exactamente la posición en la que me estoy poniendo contigo.

—Calen...

—Hablas de él, alguien dice su nombre, y tu rostro, incluso tu postura, cambia. Te consumes en una especie de nostalgia.

—¡Porque no puedo darle lo que quiere de mí y eso me hace sentir terrible! —gritó desesperada. Necesitaba que alguien la entendiera—.

Lo conozco de toda la vida y a ti hace un par de días y aun así...

— ¿Aun así?

— Me fascinas como ningún hombre que haya conocido antes.

— ¿Estás segura? —preguntó y su expresión era del niño que era algunas veces, el que, con toda seguridad, nunca había podido ser.

— Estoy segura —le respondió y la voz le tembló un poco, no por las palabras que acababa de pronunciar, ya su corazón estaba tranquilo ante el concepto, sino por la puerta que con ellas estaba dejando abierta.

Calen sonrió como si le hubiera hecho el más precioso regalo.

— ¿Y voy a tener que ser comparado con ese parangón de perfección que es para ti Vasil Putrov? —dijo todavía sonriendo, aunque ahora con una pizca cínica.

— Eso sería como comparar a un jugador de lacrosse con uno de béisbol. Son ligas completamente diferentes.

— ¿Y cuál sería yo?

— Béisbol.

— ¿En serio? ¿Por qué?

— Porque desde unos días para acá lo único que tengo ganas de hacer es recorrer todas las bases.

Vittoria Fera nunca había sido tímida y siempre se preci6 de ser directa. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, sintió que su audacia era también una máscara y que debajo de ella estaba comenzando a arder un sonrojo, porque quien estaba frente a ella no era un chico de la universidad o un vacacionista divertido en una playa de Miami. No, Calen Maher, era un hombre, un líder, alguien marcado por la tragedia y con las manos ensangrentadas que, a pesar de ello, no se había quedado guardando luto por su pasado, por los

errores cometidos y lo que había perdido en el camino, sino que los había usado como combustible para reinventarse.

Estaba fascinada por él, por su historia y, sobre todo, porque por primera vez en su vida no iba a entrar en el juego con la superioridad del que no tiene nada que perder, del que ve los buenos ratos siempre como ganancia porque nada definitivo está apostado en la mesa.

Daba un poco de miedo estar en esa posición, pero nunca había huido ante el miedo. Eso no estaba en su naturaleza.

—¿Estás al tanto de que las temporadas de beisbol son muy largas? —le preguntó él acercándose poco a poco—. Se juega todos los días y el resultado no se ve en una semana, sino en la estadística al final de muchos meses de trabajo.

«¿Ahora eres comentarista de la MLB?», se preguntó Vittoria sintiendo que había dejado de comprender de lo que estaban hablando, el símil que ella había lanzado sin pensarlo mucho, sobrepasándola.

—Estoy aquí por toda la temporada, no para un solo juego —continuó dando otro paso al frente, metiéndose en su espacio—. No quiero ser un agente libre, quiero un contrato multianual.

—Mi equipo siempre se ha caracterizado por la alta rotación —le dijo ella comprendiendo finalmente de lo que estaban hablando.

—Eso te pasa por rodearte de novatos —le dijo, tocando levemente su mejilla con el dedo.

—Me aburro fácilmente —le respondió, inconscientemente inclinándose hacia ese contacto.

—Evitarlo será mi trabajo —dijo deslizando sus dedos hacia el cuello de Vittoria, allí donde latía su pulso—, y puedo comenzar inmediatamente.

Terminó de recorrer el espacio que los separaba y posó sus labios sobre los de ella.

CAPÍTULO 27

Le gustaba y no estaba seguro de qué tan bueno podría ser eso a largo plazo, pero la realidad era que ni siquiera le importaba.

Pensó que podía resistirse un poco más, que la fuerza de voluntad que había puesto en práctica la noche anterior no lo abandonaría, que la racionalización de sus sentimientos era una buena táctica, una que le había servido por años, más teniendo en cuenta que ya había besado a Vittoria una vez sin perder el juicio.

Sin embargo, en lo que sus labios se tocaron, todo su discurso, la seguridad que demandaba de ella, los riesgos que había que considerar, se evaporaron, probablemente a causa del ardor que sintió en su propio pecho, un fuego que podía incendiar los bosques que los separaban.

Tenerla aquí, en su territorio, en su espacio, sin interrupciones que él no pudiese comandar, había probado ser la gota que hizo que su estrategia a largo plazo se derramara.

Lo volvía loco que fuera un poco malcriada e irresponsable; le robaba el aliento cuando lo entrevistaba sobre sus finanzas y planes de inversión, como una periodista de Bloomberg, le hacía doler el pecho cuando descubría un poco de esa vulnerabilidad que estaba allí y ella batallaba por ocultar, se sentía capaz de volar cada vez que la veía sonreír y le quemaba el cuerpo cada vez que la tenía cerca.

Vittoria Fera le robaba la razón, la calma y el entendimiento. La quería a su lado, encima, debajo; quería recorrer su piel con sus manos, con su boca, pero no solo eso. También quería contarle todo su horrible pasado y conversar sobre el futuro; deseaba consolarla en sus

momentos más oscuros y proveerla de los más felices.

Estaba básicamente jodido.

Ese siempre había sido su defecto, uno que su padre trató de desterrar a fuerza de golpes y castigos: su capacidad de sentir tanto, tan rápido. «El gran león irlandés» consideraba cualquier pasión una gran debilidad; cualquier sentimiento profundo hacia otro, un riesgo.

Sin embargo, no hubo forma de apagar esa llama en su hijo. Un par de veces en el transcurso de su vida había quedado demostrado que cuando Calen se enamoraba, lo hacía de forma vertiginosa, fuerte, feroz; como un adolescente, como un loco, y perseguía a la presa de su deseo con la misma intensidad que su contraparte animal cuando estaba hambriento.

Y así, hambrientos, eran sus besos.

Volvía una y otra vez a esa boca suave y húmeda, ganando intensidad en cada encuentro, penetrándola con su lengua, mordiéndola un poco. Sus manos también la recorrían porque no podía ni quería contenerse. Tocarla era más importante que respirar.

Había sido un tonto, uno que trata de engañarse a sí mismo, al pensar que nunca más volvería a sentirse de esa manera. De hecho, esa primera vez que la vio parada en el bosque, tratando de defenderse de una pantera adulta con una daga, lo supo. Sintió como algo dentro de él cambiaba de posición haciéndole espacio a un nuevo sentimiento que tenía la suficiente intensidad para arrasarlos a todos.

Al menos, Vittoria no era frágil y delicada. Era como él, y la prueba era que su cuerpo estaba recibiendo el mismo tratamiento por parte de ella. Ambos atrapados en una especie de frenesí, como si el mundo terminara mañana y no hubiera más tiempo para estar juntos.

Calen cargó a Vittoria, quien inmediatamente le rodeo la cintura

con sus piernas, y marchó hacia la habitación. Ahora que había admitido sus sentimientos, el último hilo del que pendía su contención se había roto y no había manera de volverlos a atar. Quería hacerle a Vittoria mil cosas, siempre y cuando ella siguiera respondiendo de la misma manera y su cuerpo se tomara una pausa al menos para respirar.

Subió los diez escalones hasta el segundo nivel, sin dejar de besarla, y allí estaban en ese espacio abierto que era su habitación. Nunca pensó en ese par de paredes con ventanas como algo más que un sitio donde dormir, pero ahora se le antojaba un destino, uno definitivo, con significado.

Avanzó hasta que la dejó sobre la cama, de rodillas, y se separó un poco: era momento de deshacerse de la ropa.

Vittoria fue más rápida y antes de que pudiera acometer el tedioso trabajo, ella estaba tirando de su camisa, sacándola por su cabeza sin molestarse con los botones, tampoco con dónde aterrizó la prenda. Luego simplemente se sentó sobre sus piernas y recorrió su pecho desnudo con la vista.

Había tanto deseo en la forma en que Vittoria lo detallaba, obviamente complacida con lo que tenía al frente; en la forma en que mojaba sus labios, que si antes ya estaba prácticamente listo, esa mirada lo puso tan duro que hubiese sido capaz de clavar un clavo en la pared utilizando solo su polla sin sentir ningún dolor.

Le gustaba que lo viera de esa forma, le gustaba complacerla, darle algo que encontrara digno de posar sus ojos con tan obvio deleite.

—Desvístete —le dijo y si su flujo de sangre hubiese estado normal, es decir, distribuido por su cuerpo y no concentrado debajo de su cinturón, probablemente se hubiese sorprendido por el hecho de

que estaba emitiendo una orden, una orden de Alfa sin apenas darse cuenta. Su voz sonó grave, fuerte, prácticamente un rugido.

Sus órdenes no afectaban a Vittoria, pero obviamente le agradaban pues subió una ceja y sonrió de lado, para luego incorporarse sobre sus rodillas y hacer toda una tortura del simple hecho de deshacerse de su suéter primero, luego un zapato, después otro... Cuando metió los dedos en la cinturilla del pantalón de ejercicio, Calen estaba salivando ante la visión del sujetador de encaje y de toda esa piel maravillosa y suave, como la de un durazno, que parecía cubrirla.

Los de su clase no eran personas pudorosas. No podían. La transformación era mejor sin ropa y, la mayoría de las veces, la fuerza del cambio, esa energía que salía desde dentro rompiendo el cascarón de su carcasa humana para permitir a la otra salir, era tan fuerte que dejaba cualquier vestimenta hecha girones. Por eso, el parahumano se acostumbraba desde niño a la desnudez. Se cazaba en manada, se patrullaba en manada y, muchas veces, se jugaba en manada y al regresar a su forma humana estaban todos desnudos. Sabía de primera mano cómo sus compañeras de pueblo, y algunas lobas vecinas, se veían sin ropa y prácticamente ya no lo notaba.

Sin embargo, Vittoria, en su cama, con solo mostrar la curva de sus senos bajo el sujetador, el hueso de su cadera mientras lo tentaba bajando levemente la cinturilla de sus pantalones e incluso ¡Dios lo ayudara! la visión de sus pies descalzos, lo ponía en un estado mucho peor que presenciar un espectáculo de desnudistas con Dita Von Teese a la cabeza.

—O te apuras, o te lo rompo encima —gruñó.

—¿Y qué pasa con tú ropa? —Vittoria señaló sus vaqueros con la cabeza y Calen entendió finalmente el porqué de la presión

desmedida, casi al punto del dolor, en su entrepierna.

Vittoria gateó sobre la cama hasta llegar a él, como si en ese punto necesitara o incluso soportara más estímulo, y le dio un beso húmedo en medio del pecho.

—¿Quieres que te los rompa encima? —le devolvió la pregunta, pasando el dedo por debajo de su ombligo.

Si la dejaba a ella hacerlo, las cosas se saldrían de control, para él, y todavía le quedaba un poco de sentido común para darse cuenta que lo último que necesitaba era hacer un espectáculo de sí mismo esta primera vez. Así que, con más apuro que destreza, Calen tuvo que lidiar con los cordones de sus botas primero, sus medias, el cinturón, para después desprenderse de un solo bajón tanto de sus vaqueros favoritos como de su ropa interior.

«La ropa es un fastidio, bien lo sabe la otra parte de mi ADN», pensó y dio una patada a esa pila de cosas inútiles con las que normalmente cubría su cuerpo.

Cuando finalmente puso nuevamente la vista en el premio, Vittoria lo esperaba arrodillada sobre la cama solo cubierta por ese sujetador de encajes que, a partir de ese momento, quedaría grabado para siempre en su cerebro, y unas minúsculas bragas a juego.

—Se me hace la boca agua —dijo dando dos pasos hacia la cama—. Eres jodidamente hermosa.

—Y tú, eres jodidamente enorme —ripostó ella con una sonrisa sardónica nuevamente gateando sobre el colchón hacia él y por si quedaba alguna duda a lo que se estaba refiriendo, lanzó una mirada significativa a esa parte que él deseaba enterrar en ella lo más pronto posible.

—Seré delicado —dijo apoyando una rodilla sobre la cama y

dudando que pudiera serlo.

—Yo también.

Y sin darle el más mínimo indicador de lo que pasaría a continuación, Vittoria tomó su erección entre las manos y se la llevó a la boca.

—Joder —dijo en medio de algo entre un suspiro y una maldición.

Por unos segundos, se dejó perder en la sensación que parecía viajar desde su parte más sensible hasta la base de su columna vertebral con cada tirón de su boca, cada apretón de su mano, y en la imagen de esa mujer arrebatadora, chupándolo de esa manera abandonada, sin apartar los ojos de su rostro. Luego ambos estímulos al mismo tiempo fueron demasiado.

Tuvo que cerrar los ojos, apretarlos fuerte, y subir la cabeza, para poder respirar, durar unos segundos más bajo ese asalto que lograba que los músculos de su estómago, sus glúteos y sus cuádriceps se contrajeran alternativamente, como instrumentos de percusión bien ensayados durante una sinfonía, y encantados para que tuvieran vida propia.

—Vas a matarme antes de que pueda tocarte —dijo, o al menos lo intentó. No estaba seguro de haber pronunciado las palabras en orden, ni siquiera de que los sonidos que emitió tuvieran las letras en la secuencia correcta.

Pero, a pesar de sus palabras, sus protestas mentales y la falta de control de las reacciones de su propio cuerpo, quería más. Poseerla se había convertido en una necesidad visceral, primaria, instintiva.

Sin darse cuenta, sus manos acariciaron el cabello de Vittoria, ese en la parte superior de su cabeza que caía como cortina sobre uno de sus ojos. Aunque no se atreviese a verla, bajo el riesgo de explotar en

el segundo que lo hiciera, necesitaba tocarla.

Luego ella hizo algo macabramente delicioso con su lengua y sus dientes, y sus testículos subieron tanto que creyó que todo iba a acabar en ese instante.

—Suficiente, por ahora —dijo sacando una fuerza de voluntad que no sabía que tenía para apartarla. Su cuerpo protestó al ser separado de esa caverna húmeda y tibia que era su boca, de la succión que se sentía al mismo tiempo como la muerte y la vida, pero su mente sabía que había una mejor recompensa y la obtendría pronto.

La tomó por los hombros y la volteó. Acariciando sus costados, descendió por su cintura hasta que llegó al elástico de sus bragas bajándolas de golpe. No necesitaba quitárselas, no completamente. Debido a la urgencia de su cuerpo, solo requería sacarlas del medio.

Luego enterró la mano en su sexo solo para confirmar que estaba tan lista como él, y ella, tan obediente y receptiva, arqueó su espalda levantando su trasero. Era una invitación que no iba a desperdiciar y no estaba en él dejar a una dama tan bien dispuesta esperando.

La tomó por las caderas, mientras llenaba de besos la parte superior de su espalda, sus hombros, su cuello. La inclinó un poco más hacia adelante y, aunque odiaba dejar de tocarla, con una mano se puso en posición para, en un solo empujón, llegar hasta dónde quería llegar.

Vittoria gritó, él también lo hizo. La arremetida fue tan fuerte que ella cayó hacia adelante, su torso en la cama, su trasero levantado.

Instintivamente, Calen la tomó con ambas manos por las caderas y rotó su pelvis contra la de ella, moviéndose como si todavía quisiera y pudiera llegar más adentro, tratando de hacer un espacio que ya no existía. La llenaba toda y ella lo apretaba de una forma deliciosa.

Se mantuvo así, con ese movimiento circular, el mayor tiempo que esa necesidad de moverse en la forma ancestral se lo permitió. Ella comenzó a ronronear, como una gata a la que están rascando entre las orejas, y con una satisfacción que le llenaba el pecho, Calen comenzó a moverse, ahora sí, como Dios y la naturaleza habían establecido.

En algún momento desde que la había conocido, este acontecimiento, ellos dos en una cama, se había repetido en su mente en los más variopintos escenarios y las más variadas posiciones. Sin embargo, siempre, él comandaba las acciones con una lenta y tortuosa seducción que la obligaba prácticamente a suplicar.

¡Iluso!

Estaba completamente fuera de control, deleitándose en el sonido de sus pieles chocando, en el olor a sexo y sudor que los rodeaba, en los gemidos de ella y en su propia respiración agitada, en la visión del trasero que se levantaba e iba a su encuentro y en la polla que desaparecía por momentos y emergía brillante con la humedad.

Inesperadamente se dio cuenta que su visión ya no era normal, todo estaba cubierto de un tinte ámbar. Su instinto, el animal, lo estaba dominando.

Inclinándose, tomó a Vittoria de los hombros y la hizo incorporarse un poco, lo suficiente para que su espalda estuviese contra su pecho. Quiso tomar sus senos en las manos, pero el sujetador de encaje, ese que antes le había parecido tan atractivo, estaba ahora en el camino por lo que, sin detenerse a pensarlo, lo rasgó, liberando así esos bultos deliciosos que cayeron en sus palmas, llenos, con las puntas rígidas, y se concentró en atormentarlas imaginando que después de sus rudas atenciones estarían más que rosadas, todo mientras sus caderas seguían pistoneando como si no

hubiese mañana, como si no tuviesen otro propósito en la vida.

Era un bruto, un salvaje, un gato en la peor connotación que sus adversarios le daban a esa palabra, y probablemente algo de culpa se hubiese filtrado a sus acciones, disminuyéndolas, refrenándolas, si ella no hubiese estado disfrutándolo. Lo sentía en la forma en que lo apretaba, en la manera en la que se movía contra su cuerpo, en sus gemidos de placer, en los gritos por los que los vecinos, con seguridad, lo verían sonriendo cuando se los encontrara.

—Sí, por favor, justo así —dijo ella y su voz era una súplica mezclada con exhalación, y eso fue prácticamente el fin del juego.

La mordió.

No fue consciente del pensamiento formándose en su mente, de su cerebro dando la orden para la acción. Simplemente su boca, sus dientes, estaban allí entre el cuello en el hombro, manteniéndola exactamente en el lugar donde la quería.

Vittoria gritó, no de dolor sino de placer, y se corrió.

La fuerza de su orgasmo, apretando a Calen, jalándolo, demandado que él también terminara, era demasiado para resistir.

Dejó de morderla y la apretó con sus brazos, pues su último empujón fue demasiado fuerte, incluso los de después, esas sacudidas bruscas e irreflexivas que sus caderas seguían produciendo, eran lo bastante poderosas para moverla, separarla de él, y eso era lo último que quería.

No supo con exactitud cuánto tiempo duró su orgasmo, no era como si estuviese viendo el reloj, pero le pareció que tomó horas.

Finalmente no quedaba más en él, ni siquiera fuerza o equilibrio para mantenerlos a ambos de rodillas sobre la cama. Delicadamente la bajó hasta el colchón antes de dejarse caer a su lado y aunque en su

cuerpo todavía zumbaba con el resonar del potente clímax, una advertencia en su mente le hizo notar que Vittoria estaba extrañamente callada.

«¿Le hice daño?», se preguntó mientras que el horror de sus posibles acciones, de haber leído las señales de forma equivocada debido a la niebla que tomó posesión de su mente, llenaba su cuerpo de un frío que amenazaba con tragárselo.

Volteó a verla alarmado, esperando encontrar lágrimas, miedo, repulsión en el rostro de la mujer que yacía a su lado. Al sentir su movimiento, ella también movió la cabeza y le regaló la más enorme y satisfecha sonrisa que el mundo había visto.

—Guao —fue todo lo que Vittoria dijo antes de contagiar a sus labios para que la imitaran.

Sonriendo también, Calen la tomó entre sus brazos y la colocó sobre su pecho, decidido a nunca dejarla ir.

CAPÍTULO 28

Vittoria no podía creer lo que Calen había hecho con su cuerpo, la forma en que, todavía ahora, tintineaba en algunas partes y los dedos de sus pies se curvaban al recordarlo. Había sido intenso, brutal, pero en la mejor acepción del término. Había sido como se suponía que debía ser, perfecto.

Desde Dux, había entendido que sus orgasmos eran su responsabilidad, trabajaba por ellos. Era una mujer que sabía lo que quería y no esperaba que nadie se lo proporcionara. ¡Faltaba más!

Con Calen, sin embargo, no había hecho nada, no había perseguido, con la intensidad de un explorador, ese momento mágico en el que todo se apagaba. No había hecho falta. Él se lo había dado todo, puesto al alcance de sus manos sin siquiera pedirlo, y lo que obtuvo no fue silencio, sino unos malditos fuegos artificiales que estallaron ante sus ojos cegándola y, al mismo tiempo, llenándolo todo de los más deliciosos colores.

No obstante, lo más impresionante era que el abrazo posterior, ese estar encerrada contra su cuerpo, descansando en su pecho, no se sentía como una prisión, no le daba esa conocida sensación de claustrofobia. Estaba cómoda donde estaba, contenta, relajada, y el silencio que había entre ellos era el de la satisfacción, de la conexión; no el de la incomodidad de dos personas que no saben cómo seguir adelante con sus vidas sin que el otro sienta que el momento compartido no fue más que el necesario uso de un cuerpo para un goce que, aunque consensuado, fue enteramente personal.

—Creo que el almuerzo debe haberse enfriado —dijo Calen en

tono de comentario casual mientras le acariciaba distraídamente el brazo—. ¿Todavía tienes hambre?

—Sí —respondió Vittoria enterrando un poco más la cara en su pecho.

Calen suspiró en hizo amago de moverse. Inmediatamente Vittoria entrelazó más sus piernas y apretó el brazo que reposaba tranquilamente sobre su pecho, convirtiéndolo en una banda de acero.

—Pensé que tenías hambre —dijo Calen claramente aguantando una risita complacida, pero volvió a relajarse, todo esfuerzo por moverse, detenido.

—Soy una chica. Si hago dieta en beneficio de mi figura, más fácil es hacerla solo para quedarme donde estoy.

—No ceo que hayas hecho dieta un solo día de tu vida —dijo Calen, la diversión coloreando su tono—, pero no me quejo. Yo también quiero quedarme exactamente donde estoy.

Vittoria volvió a enterrar la cara en su pecho al mismo tiempo que Calen besaba el tope de su cabeza. Sin embargo, el movimiento trajo un ardor en su cuello. Poco a poco lo que fueron solo sensaciones se estaban volviendo recuerdos bastante vívidos.

Subió la cara y lo miró con la mejor expresión de reproche que pudo convocar, que no era mucha, por cierto.

—No puedo creer que me mordieras.

Una lenta sonrisa presumida tomó posesión del rostro de Calen, sus ojos brillando.

—Te gustó.

Vittoria abrió la boca para negarlo, defenderse; hasta que se dio cuenta que no serviría de nada. Él podía fácilmente desmontar su mentira.

—¡De todas formas! —Fue la única protesta que se le ocurrió—. Me gusta el chocolate, pero no puedes darme toneladas diarias pues caería en un coma diabético.

Lentamente, Calen la hizo girar la cabeza y, en lo que vio la marca, el brillo jactancioso en sus ojos tomó dimensiones épicas.

—No fue profundo. Sanará en unos pocos días sin necesidad de llevarte al hospital

Vittoria intentó nuevamente mirarlo indignada.

—Y rompiste mi sujetador —lo acusó.

—Te compro otro.

—¿Y ustedes los gatos no practican el sexo seguro? —insistió—. No puedo creer que...

—No eres fértil en este momento, puedo olerlo.

—Soy una especie diferente.

Con su solo movimiento, Calen le dio la vuelta a la situación, tumbando a Vittoria de espaldas y colocándose encima.

—No lo eres. Ambos somos humanos.

Y la besó, más suave sí, pero con una cualidad sensual ineludible. Era un beso diseñado para incitar. La boca de Vittoria respondió en el mismo tono y sus piernas se separaron, haciéndole espacio.

—Nunca había tenido sexo sin protección —dijo ella entre un beso y otro, anonadada de que, por primera vez en su vida, llegó a estar tan fuera de todo raciocinio que se le olvidó pedirlo—, y no entiendo cómo no estoy entrando en pánico.

—Porque sabes que nunca haría nada que pudiera perjudicarse, porque confías en mí. —La besó otra vez, un poco más profundo, más prolongado—. No te hace débil dejar que alguien tome las riendas por un momento, o perder la cabeza, si es con la persona adecuada.

—¿Y tú eres la persona adecuada? —preguntó y aunque quería sonar un poco incrédula, sarcástica incluso, justo en ese momento sintió a Calen listo, otra vez, reposando allí en el vértice de sus piernas, lo que le dio un tono poco convincente a su voz. Fue más un jadeo sorprendido.

—Sabes que lo soy —dijo sonriendo ante su reacción—. Tu cuerpo, tu instinto, lo saben.

La penetró lentamente haciendo un sonido de satisfacción que pareció salir desde el fondo de su garganta.

—Sé lo que estás haciendo —le dijo ella al tiempo que levantaba las caderas y apretaba su trasero, en un vano intento por intentar dejar atrás ese paso perezoso que evidentemente él quería perpetuar y a ella la estaba enloqueciendo.

—Ciertamente eso espero. —Suavemente le mordió los labios, incrementando un poco el ritmo—. Si esto pasa desapercibido —y nuevamente frotó en círculos su pelvis contra la de ella—, afectaría mi autoestima.

Vittoria se dejó llevar por las pequeñas sacudidas de placer que él le estaba dando, su mente nublándose por esa deliciosa sensación mezclada con frustración de estar recibiendo algo muy bueno en cantidades insuficientes. Sin embargo, necesitaba decírselo, dejarle saber que no era una idiota, que su estrategia no había pasado desapercibida. No era necesaria, no la incomodaba, pero su orgullo no le permitía hacerse la desentendida.

—Me estás marcando —le dijo sonriendo—, con tu boca —y esta vez fue ella la que lo mordió, aunque levemente, en el hombro—, con tu olor dentro de mí.

—¿Te molesta?

Trató de despegarse unos segundos de lo que sucedía entre sus cuerpos para formar una respuesta coherente. No fue fácil y eso le dio la respuesta. Estaba quejándose, poniendo peros, solo por la fuerza del hábito, no porque realmente hubiese algo que la incomodara.

—No. —Se mordió los labios para ahogar un suspiro—. Estamos juntos. — Tenía que terminar esta conversación, aunque él hiciera todo lo posible por distraerla—. Sin embargo, me preocupa.

—¿Por?

—No sé si vas a querer hacer pipí a mi alrededor cuando estemos en público.

Calen estalló en una carcajada.

—¿Lluvia dorada? No me gustan esas cosas —dijo plantándole un beso húmedo en el cuello, justo donde la había mordido—. Lo que sí quiero es lamerte en todas partes, para llevar tu sabor en mi boca.

—¿En todas partes?

—En unas más que otras. —Empujó más fuerte para demostrar su punto—. Y que lleves el mío en tu boca, en tu garganta.

—Calen...

—Y si esta no fuera nuestra primera vez —tomó una de sus piernas por detrás de la rodilla, haciéndose más espacio, comenzando con ese ritmo que Vittoria trató de incitar y que ahora estaba probando ser más de lo que podía soportar—, te pediría que me dejes terminar sobre tu estómago, tus ojos en mí mientras te doy el mejor espectáculo de tu vida, para que también lleves mi esencia en tu piel y mi recuerdo en tu mente.

Vittoria jadeó incitada, en partes iguales, por lo que estaba haciendo y también diciendo. Calen sonrió otra vez complacido, presumido, y a ella no le molestaba.

«¿Qué me está pasando?», se preguntó.

—¿Te gusta la idea? —insistió él, succionando el lóbulo de su oreja.

—Suenas como una mala porno —le respondió tratando de controlar sus suspiros, luchando hasta el último segundo por no demostrar que estaba tan metida en su juego como él quería, que eran dos piezas perdidas de un rompecabezas que, aunque de distintos colores, encajaban a la perfección.

—Pues hagamos una buena entonces. —Giró sus cuerpos hasta que Vittoria quedó encima—. Es tu turno de moverte, princesa. Toma lo que llevas rato pidiendo.

Vittoria tomó el control que tanto deseaba y comenzó a ondular sus caderas de una forma casi frenética. Necesitaba más de esa sensación de vacío en el fondo de su estómago, de calor en la base de su espina, que crecía con cada segundo. Necesitaba más de él, de Calen. Quería todo lo que él pudiera ofrecerle, allí sobre la cama, ese momento, y también fuera, mañana y al día siguiente.

Se apoyó en sus hombros para tener mejor asidero, pero no cerró los ojos. No quería perderse en sus propias sensaciones, quería compartirlas con él.

Calen llevó un dedo a su boca y Vittoria lo succionó sin dejar de mirarlo, insinuándole lo que vendría a continuación si continuaban en esa habitación el resto del día.

—Acércate niña traviesa. Probemos otra vez el sabor de esa lengua que sabes usar tan bien.

Retiró el dedo de su boca y ella se inclinó, cambiando el ángulo, sus huesos pélvicos encontrándose, lo que generó un grito desesperado por parte de ambos.

Fue él quien alcanzó su boca e hizo danzar sus lenguas con la

misma melodía, al tiempo que le colocaba las manos a ambos lados de las caderas para ayudarla a incrementar el ritmo, la fricción, ajustando el paso a lo que él también necesitaba.

—Ahora veamos si eres una niña buena o una muy, muy mala.

Deslizó las manos por sus caderas hacia atrás y su dedo, ese que había estado en su boca, jugueteó con su otra entrada, una que a ella nunca le había interesado utilizar.

Un suspiro sorprendido escapó de su boca. El ritmo, la sincronía perdida por un momento.

—¿No? —preguntó él, presionando delicadamente.

Vittoria jadeó involuntariamente. La sensación era extraña, pero no terrible. La resistencia estaba más en su mente, en la sorpresa; porque a su cuerpo no le desagradaba, en lo absoluto. Es más, se estaba inclinando, sin su permiso, hacia esa nueva invasión, recobrando el ritmo perdido con mayor intensidad.

—Calen... —suplicó, en medio de un suspiro.

—¿Paro? —insistió él, y sin embargo, presionó un poco más.

Su cuerpo fue el encargado de contestar con un orgasmo que apareció con la sorpresa e intensidad de un tsunami, devastándolo todo y él la siguió segundos después, con la misma violencia e intensidad.

—Parece que te gustó —dijo él en lo que ambos pudieron recuperar la capacidad de articular una frase coherente—. Quizás puedas hacérmelo a mí alguna vez.

Vittoria levantó la cabeza de su pecho, mirándolo con una pizca de sonrisa.

—Eres un perverso.

—Y te gusta.

No podía negarlo. Le gustaba que fuese un hombre de negocios comprometido y también un gato presumido; dulce y considerado algunas veces, pero no a los extremos de tratarla como una muñeca de cristal. Equilibrado para unas cosas y explosivo para otras; y sí, también le gustaban las cosas que hacía y decía cuando estaban juntos en la forma más primaria posible.

—Todavía tengo hambre.

—Sí, yo también —dijo Calen plantándole un beso suave en los labios.

En esta oportunidad Vittoria no lo interrumpió cuando comenzó a incorporarse y disfrutó enormemente de la vista cuando tuvo una visión completa de su parte posterior al salir de la cama y recoger del suelo los vaqueros olvidados.

—No creo que pueda moverme —dijo ella estirándose sobre la cama con una sonrisa en la boca—. Mis rodillas se sienten de gelatina.

—Te subiré algo —dijo mientras privaba a Vittoria de la vista de su redondeado trasero que desaparecía bajo la tela de esos vaqueros que usaba y que parecía que alguien le había pintado encima.

Un teléfono sonó, un solo tono. Calen sacó el aparato del bolsillo de los pantalones que se acababa de poner y su rostro cambió.

—Vístete. Hay una emergencia.

CAPÍTULO 29

Fue solo un mensaje del propio Silvio Fera diciendo «Ven rápido» lo que sacó a Calen y a Vitti de la cama, borrado de golpe el sopor cómodo de dos personas desnudas, una vez que las urgencias de la piel fueron saciadas, simplemente a gusto uno con el otro.

Calen estaba nervioso, preocupado. Varios niños de la manada estaban en territorio lobo y una emergencia en ese caso, una que requería su presencia inmediata, podía significar cualquier cosa. A pesar de que nunca perdió la compostura, Vittoria podía notar su intranquilidad en la intensidad de su mirada, en la línea dura de su boca, en la forzada calma con la que intentó llamar a Wolfsbane sin obtener respuesta, que se incrementó un poco cada vez que probaba los números de los otros gatos que formaban parte de la comitiva, obteniendo el mismo resultado.

Vittoria había vivido lo suficiente con Vin, y con muchos otros lobos con dificultades para controlar sus impulsos, para saber que en ese instante el león estaba a un momento de estallar, de romper algo, cambiar contra su voluntad y dejar salir su frustración con un rugido.

Hablaron poco, buscando la ropa descartada lo más rápido posible, vistiéndose; la preocupación aumentando por minutos, como el agua en una bañera cuyo grifo no quedó bien cerrado.

A pesar del estado de ánimo de Calen, fue toda una batalla convencerlo de que se adelantara, que la dejara atrás, que obtuviera esas respuestas lo más pronto posible.

Normalmente Vittoria era capaz de correr a la misma velocidad que él a través del bosque, que era la manera más rápida de llegar al

territorio vecino; pero sin sujetador y con su copa D libre bajo el suéter, la cuestión se iba a poner difícil.

De todas formas, el león no partió hasta que la dejó acompañada por la persona encargada de escoltarla de vuelta a casa. Debido a la tensión generalizada, Vittoria refrenó todo impulso de discutir sobre la necesidad de un acompañante.

Breac O’Rodagh Maher, «mi primo» como lo presentó Calen, era un hombre joven al que nadie tomaría como un guardián y si su olfato no lo hubiera confirmado, a simple vista no le hubiese parecido un gato en lo más mínimo. Era tan pomposo e indescifrable como su nombre.

Alto, delgado, con facciones finas y bien definidas, unos labios gruesos y toda la apariencia de pertenecer más a una sala de reuniones que a la vida de una manada. Incluso iba vestido como si alguien lo hubiese interrumpido durante el almuerzo en algún club mientras saboreaba un escocés de malta como aperitivo y conversaba sobre la venta de unas acciones que generarían millones: pantalones beige ligeramente ajustados y sin una arruga, un suéter de casimira azul oscuro bajo el cual sobresalía el cuello de su camisa de un tono mucho más claro con solo un par de botones sueltos, además de unos mocasines de piel.

Vittoria lo vio lanzar un par de miradas a la mordida de su cuello cada vez que el terco suéter que llevaba le daba por ejecutar una rutina de los años 80’ y se caía sobre uno sus hombros. Sin embargo, el misterioso Breac no dijo nada, ni siquiera emitió algún tipo de expresión no verbal reflejada en algún movimiento de su rostro o labios.

La escoltó hasta su impresionante Range Rover Velar, le abrió la

puerta y se sentó frente al volante recorriendo el no tan corto camino que separaba a ambos pueblos, cuando de ir en coche se trataba, sin decir una palabra.

Vittoria no sabía si ese silencio le gustaba o la exasperaba. Algo estaba sucediendo, algo que tenía que arreglarse frente a frente, y no se sentía de ánimo para sumergirse en algún tipo de charla trivial con un Pielés. No obstante, esa charla trivial, tal vez, le hubiese servido como distracción para no llenarse la cabeza con los más locos escenarios que podían estar detrás del mensaje de su padre.

Cuando finalmente llegaron a territorio lobo, a pesar de que la calle principal tenía el bullicio usual de los días de mercado, con los coches de los turistas aparcados en cualquier lugar disponible, los cafés llenos y una cantidad de caras que no conocía deambulando por la calle con bolsas de las más diversas compras, podía sentir una especie de energía nerviosa en los locales.

Vio a Flora, encargada desde que podía recordar del puesto de tomates, estirar el cuello para escrutar el interior del vehículo donde ella iba con su silencioso acompañante, como si estuviese llevando un registro visual de todos los extraños. Otros caminaban por la calle apurados, viendo en todas direcciones, hablando por teléfono. El panorama le generaba una angustia que subía por su estómago dejando un ardor incómodo.

La calle principal y su bullicio perturbado quedó atrás y no necesitó decirle a su escolta el camino a tomar. Breac parecía saber a dónde iba, dando los giros necesarios para dejar atrás la zona residencial, el grueso de las granjas, hasta llegar cerca del bosque donde su familia residía desde siempre, como primera barrera de defensa ante cualquier cosa que pudiera venir a atacarlos.

Estar cerca de su casa no disminuyó la sensación de desasosiego en Vittoria, por el contrario, la incrementó. Coches, ambulancias, y una cantidad de gente entrando, saliendo y rodeando la propiedad, hizo que prácticamente se lanzara del vehículo antes de Breac lo detuviera por completo.

No entró directamente a la casa, sabía que sería una pérdida de tiempo, sino que rodeó la propiedad para llegar de forma más directa al patio trasero, ese donde esta mañana había encontrado a Calen después de su pelea con Vasil. Parecía que habían pasado años y no unas pocas horas.

Allí el espectáculo era igual de angustiante y a la vez confuso: más gente entrando y saliendo de la casa con pasos apurados, pero con un evidente propósito; niños abrazados por sus madres como si temieran algo, lágrimas e incluso miedo en algunos rostros. En la mesa de madera que algunas veces usaban para desayunar estaba Scarlett, leyendo lo que parecía ser una historia llena de emociones a una decena de cachorros gatos. Extrañamente, su amiga estaba custodiada por Gino, el esposo de Rosetta, quien exhibía un enorme vendaje en su cabeza, y tres de los mejores elementos de seguridad de su padre.

«¿Qué está pasando aquí?», se preguntó por enésima vez.

Comenzó a caminar hacia Scarlett, pero el olor la hizo voltear antes de darse cuenta. De ese caminito medio escondido que llevaba al claro, emergieron en ese momento su padre, Calen, Vin e Iván. Los dos primeros iban un poco adelantados, sosteniendo una conversación en tono bajo mientras su hermano y el padre de Vasil los seguían con expresiones severas con cierto tinte de desespero.

Sin pensarlo corrigió su rumbo. El primero en verla fue Calen, levantando la vista casi al mismo tiempo en que ella había notado su

presencia.

—¿Qué está pasando? —preguntó incluso antes de llegar a ellos.

Su padre tomó aire, lo soltó y repitió la operación con la obvia intención de emitir algún tipo de explicación. No tuvo tiempo.

—¿Qué carajo...? —la imprecación de Vin los hizo voltear a todos sacando sus armas.

Sin embargo, el rostro de su hermano, cargado de ira, estaba concentrado, no directamente ella, sino en parte de la mordida que sobresalía por el cuello de su suéter que, empecinadamente, se resistía a mantenerse en su lugar.

—Voy a matarte —dijo Vin mirando directamente a Calen y sin ningún tipo de anticipación cambió. Ya no había Vin, tampoco amenazas verbales, solo un lobo oscuro mostrando los colmillos mientras se le acercaba con ese brillo casi iridiscente en sus ojos azules.

Nadie tuvo tiempo de reaccionar pues en cuestión de segundos un rugido los congeló a todos. El primo silencioso estaba frente a su Alfa con una expresión completamente animal dibujada en su clásico e impasible rostro humano.

—¡Basta!

La orden fue tan fuerte y definitiva que a Vittoria le tomó unos segundos darse cuenta de que no provenía de su padre. Taras estaba en el borde del camino, apoyado en su madre. Una pierna de sus vaqueros estaba cortada y la piel cubierta con un grueso vendaje que aún se teñía de rojo fresco.

—Se llevaron a Vasil —dijo mirando directamente a Vittoria, desesperado—. Se llevaron a mi hermano.

—¿Quién? —preguntó antes de volverse hacia su padre,

contagiándose de la desesperación de Taras—. ¿Qué está pasando?

—Cerca de dos docenas de hombres con máscaras y armas de largo alcance emergieron del bosque mientras los niños jugaban. — Fue Calen quien habló—. Atacaron primero a los custodios, hiriéndoles con la intención de matarlos. Luego fueron por los niños, con dardos que asumimos contienen algún tipo de tranquilizante.

—Nunca le dispararon a Vasil, no con armas de fuego —intervino Taras—. Él estaba en el borde del claro y nunca dejó de hacerles frente. Lo llenaron de esos dardos y aun así seguía luchando...

—Los niños se dispersaron. Los de ustedes ayudando a los nuestros a buscar refugio —continuó Calen—. Lograron llevarse a cinco. Tres Panteras y dos lobos, además de a Vasil.

—¿Quiénes son estas personas? ¿Qué es lo que quieren? — preguntó Vittoria, aunque sospechaba que todos se estaban haciendo la misma pregunta.

—No lo sabemos.

—¿Cómo está nuestra gente? —preguntó Breac dirigiéndose a Calen.

Después de su explosión inicial, volvía a ser el sujeto serio de antes. Su preocupación estaba allí, de cierta forma evidente, pero controlada bajo esa fachada de Director Ejecutivo que está ansioso por conocer la realidad para comenzar a tomar decisiones.

—Wolfsbane tiene un brazo inmovilizado por un disparo que le atravesó el hombro destruyendo completamente la articulación, Radha ha perdido mucha sangre por un disparo en el estómago, Evoy una contusión y Nessa una herida en la cabeza que por poco fue fatal. Todos fueron trasladados a la clínica de aquí.

—¿Quieres que vaya? ¿Organizamos el traslado a nuestro

territorio?

—No, no es conveniente moverlos por ahora. Ya mandé a buscar a los familiares, además de ayuda médica e insumos. Quédate conmigo.

—¿Cómo pasó esto? —le preguntó Vittoria a su padre llena de la rabia que da la impotencia, el horror de saberse la presa—. ¿Cómo pudieron llegar hasta aquí?

—Es alguien que sabe nuestra rutina y nuestras defensas —dijo Iván. Cualquiera que no lo conociera podría emitir un juicio absurdo sobre la practicidad con la que hablaba de un hecho en el que uno de sus hijos había sido secuestrado y el otro estaba a unos pasos con la pierna inmovilizada, pero Vittoria podía notar la desesperación en sus ojos—. Sabían dónde estarían los niños, la hora, la cantidad de personas custodiándolos y la ruta exacta del bosque para llegar a donde necesitaban llegar.

—¿Alguna pista? ¿Indicio? ¿Alguien tiene que haber visto algo!

—Es día de mercado. —Su padre se pasó las manos por el rostro y en ese momento Vittoria sintió por primera vez el peso bajo el cual vivía, ese que significaba ser el responsable de la vida y la seguridad de aquellos que lo seguían—. Hay mucha gente extraña en el pueblo.

—¡De todas formas! —insistió. Su voz ya no era simplemente alta. Estaba chillando—. Cinco niños, un hombre de uno noventa y dos docenas de hombre armados no salen de aquí en un convertible.

El teléfono de Iván sonó y el lobo se apartó un poco para contestar la llamada.

—Un poco menos de dos docenas —le dijo Calen bajito como si no pudiese evitarlo, pero no quisiese airear sus pensamientos a todo el que quisiese escucharlos—. Vasil mató a tres antes de caer.

—Me alegro —dijo ella desafiante al sentir cierto dejo de censura

en su tono.

—Hubiese preferido que dejara a alguien vivo para interrogar.

—Serena los siguió por el bosque cuando huían hasta que se desmayó por la pérdida de sangre —le explicó su padre, evitando que le contestara a Calen de la manera más visceral posible—. Estamos peinando la zona tratando de encontrar la ruta de salida para comenzar a investigar a partir de allí.

—¿Cómo está Serena? —preguntó con un poco de remordimiento.

—Sufrió tres disparos y perdió mucha sangre. Queríamos trasladarla a Fort Collins, pero aún no podemos contactar a tu tío para que asegure su presencia en el hospital y sea él el único que la atienda en terapia intensiva, o al menos para que venga aquí y nos ayude. Hay muchos pacientes que necesitan cirugía antes que sus cuerpos comiencen a sanar en la forma en la que están.

—Tengo una amiga cirujana —ofreció Breac—. Puede operar en situaciones difíciles y ha tratado parahumanos antes. Sé de primera mano que puede ser discreta. Puedo llamarla.

Silvio miró primero a Calen y solo cuando este asintió, aceptó la ayuda ofrecida.

—Alfa. —Iván regresó con el teléfono todavía en la mano—. Encontraron a uno de los asaltantes herido en el bosque, parece obra de Serena. Aparentemente sus compañeros lo dejaron atrás. Lo están trayendo ahora.

—Que no lo traigan, no lo quiero cerca de la casa ni del pueblo. Envíen a algún personal médico que quede por aquí haciendo evaluaciones para que atienda sus heridas. No queremos perderlo antes de que hable. Cuando lo establezca, que me avisen.

—Sí Alfa. —Iván asintió—. Hay tres vehículos grandes que

pasaron por el pueblo sin detenerse y siguieron en dirección a las granjas. Uno era un camión pequeño de suministros para la clínica y los otros dos, camionetas oscuras de la misma marca y modelo. Parecían ir juntas.

—Pregunta a los dueños de las granjas si recibieron alguna visita de vehículos con esa descripción y revisa las cámaras de tráfico en la avenida principal del pueblo a ver si salieron por allí y cuándo.

—Sí Alfa. —Iván marcó un número en su teléfono y nuevamente se apartó del grupo para hablar.

—Alfa. —Olesya habló por primera vez, todavía sosteniendo a Taras—. Si va a interrogar a ese hombre quiero ir con usted.

—De ninguna manera.

—¡Pero se trata de mi hijo!

—Y exactamente por eso debes mantenerte al margen. Encárgate de que tu otro hijo llegue al hospital.

—No lo necesito, prefiero... —comenzó a protestar Taras, pero Silvio silenció sus palabras con tan solo una mirada.

Luego volvió a enfocarse en Olesya y su tono llevaba la orden del Alfa

—Asegúrate que Anna localice al bueno para nada de su hermano para que traiga su trasero aquí y, además, confirme lo de la posible entrega de los suministros.

—Sí, Alfa. —Apretando la boca, Olesya reposicionó a Taras sobre su hombro y se dirigió hacia la casa.

—Parece que este interrogatorio quedará en nuestras manos —dijo Silvio mirando a Calen.

—Uno de mis muchos talentos, del que no estoy particularmente orgulloso —respondió Calen con una mueca—, pero algunas veces

hay que hacer lo que hay que hacer.

—¿Me necesitarás? —preguntó Breac con una expresión que decía que estaba dispuesto a todo, a pesar de que por su aspecto era difícil imaginar que alguna vez en su vida se hubiese ensuciado las manos.

—No. Pronto vendrán a recoger a los niños. Quiero que estés allí supervisando la entrega. —Calen miró a Vittoria—. ¿Nos darías una mano con eso? Esta es tu casa, pero además llevas mi olor contigo. —Vin gruñó nuevamente y Calen lo miró levantando una ceja—. Supéralo ya. Hay cosas más importantes. —Nuevamente se volvió a ver a Vittoria—. Tu presencia durante la entrega ayudará a limar cualquier aspereza.

—Seguro, cuenta con eso.

—Una vez que eso esté resuelto —dijo volviéndose nuevamente a Breac—, ve con Iván a seguir la pista de esos vehículos. Necesitamos respuestas. Utiliza nuestros contactos en la policía y en el Departamento de Tránsito para saber algo más de estas personas en caso de que sus movimientos resulten, aunque sea levemente, sospechosos. Te llamaré cuando tengamos la identificación de ese que dejaron atrás para ver qué podemos averiguar sobre él.

—Todo arreglado, entonces —dijo Silvio—. Le avisaré a Iván que trabajará en equipo con Breac, y tu Vin, vienes con nosotros en esa forma. Así podrás mostrar los colmillos todas las veces que puedas y sacarlo de tu sistema. Todos a trabajar. Hay niños que encontrar.

Vittoria le hizo un gesto a Breac para que la siguiera, pero Calen la tomó de la mano impidiendo momentáneamente su retirada.

—Mantente alerta. Asume que ningún lugar es seguro.

—Tú también.

Calen asintió y la atrajo hacia sí para darle un, no tan breve y no

tan casto, beso de despedida.

—Los vamos a encontrar —susurró contra su boca—, y los que hicieron esto van a pagar.

—¡Calen! —lo llamó Silvio exasperado.

Calen besó la mano de Vittoria antes de darse la vuelta y ella pudo escuchar un «ya hablaremos de esto» dicho en voz baja por su padre.

CAPÍTULO 30

Vittoria perdió la noción del tiempo. Después de garantizar la entrega de los niños a los representantes adecuados, fue hasta la clínica a esperar a la cirujana amiga de Breac, hizo las presentaciones, visitó a algunos pacientes, y se llevó algunos pedidos de ropa y comida para los familiares y todos los que estaban ayudando para convertir la pequeña clínica en lo más parecido a un hospital de campaña. Le tomó varios viajes distribuir todo, llevar personas de un lado a otro, pero agradecía el estar ocupada.

Cada vez que su mente se quedaba sin ninguna ocupación solo podía pensar en los cinco pequeños, secuestrados, llevados a quién sabría dónde y sufriendo tratos que no se atrevía ni a imaginar. También pensaba en Vasil, esa constante en su vida que por muchos años la hizo sentir segura, que ya llevaba en la piel y en los recuerdos la tragedia de un cautiverio y que ahora, sin que nadie supiera la razón, volvía a ser el blanco. No podía dejar de repetir en su mente la última conversación que tuvieron, lo mal que se separaron, y sentía el sabor de las lágrimas en su garganta al pensar que ese sería el último recuerdo entre ambos; que, tal vez, nunca sería capaz de explicarle que habían crecido en diferentes direcciones y que eso no implicaba que lo quisiera menos. Simplemente lo quería diferente.

¡No!

No podía dejarse arrastrar por esos pensamientos.

Llegó nuevamente a su casa, bajó del coche de su madre, que se había llevado para hacer los encargos, y atravesó el salón que parecía una especie de centro de comando: personas hablando por teléfono,

varias computadoras portátiles en la mesa del comedor donde se revisaban los más diversos datos; eso sin mencionar los hombres, lobos y panteras, armados hasta los dientes, custodiando las entradas y los alrededores. Su madre estaba en el centro de todo, revisando cada parte del proceso, con Olesya a su lado. No había rastro de su padre o Calen, tampoco de Vin, Iván o Breac.

Pero además del panorama de guerra, estaba la otra cara: la de aquellos que esperaban noticias de sus hijos sentados en los sofás y sillas disponibles, con desesperación y rabia saliendo a partes iguales de cada poro, todo bañado con ese sabor desagradable de la incertidumbre.

Scarlett salió de la cocina con una enorme bandeja y fue repartiendo bebidas, palabras de consuelo y alguna que otra sonrisa tímida a cada persona a su paso. Vittoria se acercó y la ayudó hasta que no hubo más bebidas ni palabras de consuelo que entregar y ambas regresaron a ese territorio neutro e imperturbable que seguía siendo la cocina.

Se sentaron frente a frente. Cada una sintiendo la necesidad de romper el silencio, pero sin encontrar las palabras necesarias.

—¿Dónde estabas cuando ocurrió todo? —preguntó Vittoria primero, sintiendo una oleada terrible de remordimiento.

Ella había traído a Scarlett a su casa para cuidarla, para que estuviese segura; y ahora su amiga estaba atrapada en medio del terror, escapando por pura casualidad de un ataque que, aleatoriamente, pudo tenerla como blanco. Mientras, ella había salido de la casa, furiosa y sin pensar mucho, dejando a su mejor amiga atrás.

«Soy la irresponsable que mi padre dice que soy», se dijo

mentalmente.

—Vin me llevó a buscar algo de ropa a mi casa.

—Había olvidado que estaba en los planes —dijo Vittoria sin atreverse a ver a Scarlett directamente.

—¿Y tú?

—Con Calen —dijo bajito—, en territorio Pantera.

Con sus palabras volvió a revivir en su mente lo que había pasado entre ellos, pero no con satisfacción pues, al mismo tiempo en que pensaba en lo ocurrido, imágenes contrapuestas le recordaban que mientras estaba en la cama con Calen, aquí, en el patio trasero de su casa, niños estaban siendo secuestrados; miembros de su familia, amigos, brutalmente atacados y Vasil...

Vittoria se levantó y comenzó a intentar poner un poco de orden en la cocina.

—¿Me vas a contar qué está pasando con él? —preguntó su amiga acercándose y comenzando a secar las tazas que Vittoria lavaba—. Está buenorro y todo, pero da como un poco de miedo.

—No es importante. No ahora.

—Vitti, mírame. —Para garantizar su atención, Scarlett cerró el grifo del agua—. Estaba con Vin cuando recibimos la llamada de tu padre y pensé que íbamos a morir en la carretera por la forma como empezó a conducir. No paraba de repetir que debía haber estado aquí, que había sido un idiota al irse.

—Conozco el sentimiento.

—Te digo a ti lo mismo que le dije a él: No puedes tomar responsabilidad por las acciones de otros. Esos hombres que vinieron aquí, esos desalmados asesinos son los culpables, no tú, tampoco Vin o tu padre.

—Pero...

—No hay peros. Puedes repasar el día en tu mente una y otra vez, pensar en lo que podrías haber hecho de forma diferente para evitar el estado actual de las cosas, pero eso no cambiaría el resultado, no realmente, porque no eres responsable de las acciones de otros. —Scarlett sonrió un poco triste—. Créeme he estado en esa situación muchas veces, todavía hay días en que lo estoy. —Suspiró y negó con la cabeza, como quien quiere espantar un recuerdo—. Si tú o Vin hubiesen estado aquí lo más probable es que ahora estuvieran en una cama de hospital como Taras o peor.

—Pero Vasil... —Vittoria no pudo contenerse más. La voz se le quebró y comenzó a llorar—. Me pidió que me casara con él y yo creía que lo amaba hasta ese momento, pero no era así, y se lo dije, y nos separamos peleados y me fui con Calen y ahora no sé si lo volveré a ver, si podrá perdonarme.

Scarlett no pareció abrumada en lo más mínimo por el descargo de información sin sentido. Solamente la abrazó y la dejó llorar. Solo cuando los sollozos parecieron disminuir, tomó su cara entre las manos e hizo que Vittoria la mirara.

—No conozco a Vasil muy bien, pero es el más aterrador de todos ustedes. Se lo llevaron vivo por alguna razón y si hay alguien capaz de dar pelea a esos hijos de puta es él. —Luego señaló con la cabeza hacia el salón—. Todas esas personas que están allí esperando saber de sus hijos, tienen un único consuelo: que Vasil está con ellos.

—Pero qué tal si...

—No, no, no. —Scarlett negó con la cabeza, como quien amonesta cariñosamente a un niño pequeño—. Si hay varias opciones posibles ¿por qué torturarse con la peor? No desesperemos, aferrémonos al

mejor escenario posible hasta que la realidad nos demuestre lo contrario. Vasil volverá a esta casa y ustedes dos podrán aclarar todo.

Vittoria asintió como quien toma una resolución, respiró profundo y se secó las lágrimas.

—Ahora háblame de Calen. Dios sabe que necesitamos algo para distraernos en estos momentos. —Scarlett le guiñó un ojo—. ¿Es tan malo como parece?

—Peor —le respondió Vittoria y aun queriendo no pudo evitar que se le colara una sonrisa en los labios.

—¡Qué bien! Sabemos que los buenos chicos te aburren rápido.

Vin entró en la cocina poco tiempo después, ya en forma humana y completamente vestido. Extrañamente olía a jabón antibacterial, pero no había indicios de que se hubiese duchado. Tampoco se veía completamente estable en sus dos pies, aunque hacía su mejor esfuerzo por ocultarlo. Incluso Vittoria creyó notar que sus manos temblaban un poco.

Sin embargo, todo lo raro que parecía rodear la apariencia y actitud de su hermano quedó sepultado bajo un hecho mucho más extraño: Fue directamente hacia Scarlett y la tomó entre sus brazos apretándola como si buscara consuelo y ofreciera protección, todo en un solo gesto.

El abrazo de Vin a su mejor amiga era íntimo de una forma tierna e inocente, a tal grado que Vittoria se sintió un poco incómoda al contemplarlo.

—¿Papá y Calen ya volvieron? —preguntó finalmente recordando que había asuntos más urgentes que el extraño comportamiento de su hermano.

—En cualquier momento —respondió Vin y aunque giró el cuerpo

hacia ella no encontró su mirada.

—¿Qué pasó en el bosque?

—Informarán cuando lleguen —dijo finalmente pasando revista a la cocina—. Iván y Breac también traen noticias. Mejor esperamos en el salón con los otros.

Vin tomó a Scarlett de la mano y salió de la cocina con Vittoria tras ellos.

Unos minutos después llegaron los demás y los ojos de Vittoria automáticamente fueron a Calen. Un extraño frío le recorrió el cuerpo al reconocer la expresión: la máscara fría y distante, esa a la que no parecía moverse un músculo del rostro y en la que la calidez, la humanidad, parecía un concepto ajeno, estaba a su máxima expresión.

Se acercó un poco y notó el mismo olor a jabón que despedía Vin. Estudió sus manos y estaban excesivamente limpias, como quien se las ha restregado e incluso escarbado bajo las uñas.

Obviamente él notó la mirada clínica con la que ella lo inspeccionaba, pero no la rehuyó. Salvó el espacio que los separaba y delicadamente entrelazó su dedo meñique con el de ella en un intento, no necesario, por dejarle saber que debajo de la máscara seguía siendo él y ese pequeño toque, que podría parecer insignificante, le ayudaba a recordarlo.

—¿Alguna novedad? —preguntó Silvio a las personas congregadas frente a las computadoras portátiles—. ¿Los heridos?

—Todos los niños fueron evaluados aquí y enviados a sus casas sin mayores complicaciones. La cirujana que nos trajo Breac llegó justo a tiempo. Serena fue operada, Wolfsbane también, ambos están estables —enumeró Vittoria—. Radha no requirió operación, pues no tenía fragmentos internos ni órganos que reparar, pero la mantienen con

Wolfbane y Serena en un área improvisada de Cuidados Intensivos que crearon esta tarde. Evory, Nessa y Gino, están completamente fuera de peligro, pero prefirieron dejarlos toda la noche en observación. Todo el mundo está trabajando, todos los que pueden están donando sangre, y se llevó comida y bebidas para el personal, los familiares y los pacientes. —Miró a Calen—. Los insumos extras llegaron justo a tiempo.

—¿Taras? —insistió Silvio.

—Lo tienen sedado —anunció Olesya—. No quería quedarse en la clínica y las doctoras temían que su pierna no sanaría correctamente si insistía en usarla antes de tiempo.

—¿Algo más?

—Pude comunicarme con Felix —informó Anna—. Está en Washington en una conferencia. Me lo dijo hace unos días, pero lo había olvidado. Me confirmó que no había ningún despacho de suministros para la clínica. Revisamos las cámaras de tráfico y los tres vehículos abandonaron el pueblo al mismo tiempo.

—Vinieron en ellos. El hombre que dejaron atrás nos lo dijo. Llegaron hasta más arriba de las granjas, estacionaron los coches, y cruzaron el bosque a pie —explicó Silvio.

—Lo que coincide —intervino Calen—, con el rastro que dejaron al escapar.

—¿El hombre dijo algo más? —preguntó Anna—. ¿Sabe quién está detrás de todo esto?

—No son profesionales y no saben mucho —dijo Silvio—. Un hombre, al que solo conoce como Butch, reclutó a unos cuantos matones en Denver y los equipó con armas de alto calibre y los dardos ya preparados. No les dijo qué exactamente era lo que iban a

encontrar, por eso la retirada no fue tan limpia como la entrada. La instrucción era tomar a los niños más pequeños y... —miró a su esposa brevemente y luego a Vittoria.

—¿Y qué? —preguntó Vitti.

—Y a una mujer de cabello color chocolate —respondió Calen—, con los ojos más azules que hubieran visto.

Por unos segundos se quedó buscando en su mente quién podría encajar con la descripción antes que la realidad la golpeará dejándola casi sin aliento.

—No —dijo Vittoria negando con la cabeza, sintiendo un miedo que no había sentido nunca en el fondo de su estómago que se mezclaba con esa culpabilidad que había logrado mantener a raya tras su conversación con Scarlett.

—Al no encontrarte, se llevaron a Vasil —prosiguió Calen y ya no la tenía sujeta por el dedo meñique. Tomó toda su mano, entrelazando sus dedos—. Aparentemente insistieron mucho en el color de los ojos y pensaron que él serviría para mantener contento al que los contrató.

—Pero Taras estaba allí también —dijo Vittoria defendiéndose sin saber por qué. Tal vez como una forma de descartar que todo lo ocurrido a los niños, a Vasil, fuese culpa suya.

—Taras estaba en forma de lobo cuando llegaron.

—Tenemos algo sobre los vehículos —dijo Iván incorporándose a la reunión con Breac siguiéndole los pasos—. La camioneta de suministros médicos fue robada hace un par de noches cerca del *Saint Joseph Hospital* en Denver, ese rastro termina allí. Sin embargo, las dos SUV fueron alquiladas ayer en *Alamo Rent a Car* por un tal Brian O'Reilly.

—Nuestros técnicos en la Corporación Pantera —continuó Breac—,

podieron recuperar parte del prontuario policial de O'Reilly. Dos veces en prisión por delitos de robo, asalto y, aunque estuvo presuntamente involucrado en algunos secuestros, de esos cargos salió limpio por falta de evidencias suficientes. Mis fuentes me indican que O'Reilly es un intermediario que consigue personal en los bajos fondos para trabajos particulares de grandes organizaciones criminales. La tarjeta de crédito con la que alquiló los coches es una Payoneer prepagada que adquirió hace poco más tres meses y en la cual recibió una nada despreciable suma de dinero.

—¿Quién transfirió los fondos? —preguntó Anna.

—El dinero provino de una cuenta en las Islas Camán acreditada a una compañía llamada... —Break revisó su teléfono—, *Beauty Tech*. Sin embargo, esta compañía no tiene ningún tipo de registro fiscal, oficinas, o dirección. Básicamente es una empresa fantasma.

—¿Tenemos algo concreto sobre este O'Reilly? —preguntó Silvio—. ¿Dirección? ¿Contactos? ¿Asociados?

—Tenemos algo potencialmente mejor —continuó Breac—. Hace tres meses, O'Reilly rentó un antiguo depósito abandonado en las afueras de Denver, lo que coincide sospechosamente con el inicio del ciclo de desapariciones. Tengo la dirección y envié a dos trabajadores independientes a echar un vistazo al lugar. —Breac volvió a mirar el teléfono.

—¿Independientes? —preguntó Calen levantando una ceja.

—Fiona y Cairbre —le respondió Breac.

—Ah. —Calen se volvió hacia Silvio—. Son humanos y sin ningún tipo de conocimientos sobre nuestras particularidades y, sin embargo, confío totalmente en ellos. Hacen el trabajo que se les pide, sin preguntar nada más.

—¿Mercenarios? —preguntó Iván ligeramente incómodo.

—Más bien una mezcla de caza recompensas, detectives y hackers con excelentes habilidades histriónicas. —Breac se encogió de hombros—. Sé que no es lo ideal mezclar civiles en una situación así, pero mandar a alguien de aquí a Denver nos habría hecho perder al menos dos horas y en estas situaciones es mejor investigar el rastro mientras todavía está caliente. La orden fue ir a ver el depósito, comprobar si O'Reilly o alguien más está allí y bajo ningún concepto intervenir o involucrarse.

—¿En cuánto tiempo estimas que tendremos algún resultado? —preguntó Calen.

—Es difícil decir. Dependerá de la estrategia de aproximación que utilicen y de lo lejos que estuvieran del lugar cuando los llamé. —Breac hizo una mueca con la boca—. En todo caso, no tener noticias rápidas es bueno, significa que el lugar no está vacío y que hay algo que investigar.

—Necesitaremos armas en caso de una extracción —dijo Calen pensativo.

—Tenemos armas —dijo Silvio—, suficientes para tu gente y la mía.

Calen sonrió como el gato que se comió al ratón y quiere que todo el mundo lo sepa.

—Tú tienes armas y yo solía comerciar con ellas, en cantidades que no puedes ni comenzar a imaginar. Adivina qué es mejor. —Le guiño un ojo—. Mandaré a traer lo adecuado para un asalto nocturno. Gas pimienta, rifles de largo alcance con mira láser —miró a Breac que tomaba notas en su teléfono—, con silenciador, no queremos causar un alboroto, y unas cuantas gafas de visión nocturna.

—¿De qué inventario lo nuevo? —preguntó Breac, todavía con la vista en el teléfono.

—Del mío personal.

—¿Cuál de ellos?

Calen sonrió y lo miró de lado.

—Las cajas que están en mi garaje. Unos cuantos Kevlar también, por favor.

Breac asintió como si estuviera haciendo la lista de compras para la comida del fin de semana y siguió escribiendo en el teléfono.

Calen volvió la vista a la reunión y todos lo miraban con expresiones que iban desde el asombro hasta un temeroso respeto.

—¿Qué? —dijo abriendo las manos a sus costados—. Ya todos ustedes pensaban lo peor de mí, solo estoy confirmando sus sospechas. No soy un tímido angelito.

—¿Alguien quiere tomar algo? —intervino Scarlett rompiendo el incómodo momento—. ¿Café? ¿Té? ¿Algo un poco más fuerte?

Breac levantó la vista del teléfono y la miró ladeando la cabeza.

—Tal vez algo muy dulce —dijo sonriendo lentamente.

Vin gruñó y puso a Scarlett detrás de su cuerpo. Breac ni se inmutó, se inclinó un poco hacia su lado izquierdo para no perder el contacto visual con la chica.

—Dime preciosa, ¿te gustan más los perros o los gatos?

Vin dio dos pasos hacia adelante mostrando los dientes, pero el conato de confrontación quedó opacado cuando el teléfono de Breac volvió a sonar.

—Te doy un tiempo para pensarlo —dijo Breac a Scarlett exhibiendo la primera sonrisa que Vittoria le había visto. Luego puso el teléfono en su oreja—. Fiona, cariño, dame buenas noticias.

Todos en el salón estaban pendientes de sus palabras, tratando de descifrar la información que estaba recibiendo, pero salvo unos cuantos «bien», «entiendo» y un final «mándame el enlace», no hubo nada más con lo que construir una potencial respuesta.

—O'Reilly está en el depósito —dijo finalmente cuando terminó la llamada—, con confirmación visual, al igual que la camioneta robada. Hay otras personas también, pero la cantidad es indeterminada. Instalaron una cámara de transmisión directa cerca de la única salida por lo que necesito un portátil para monitorear cualquier movimiento.

—¿Sabes cómo obtuvieron la información? —preguntó Calen.

—Ni idea. —Breac hizo un gesto displicente con la boca—. Conociéndolos pudo ser desde un dron equipado para detectar señales de calor, hasta Fiona haciéndose pasar por una universitaria con el coche accidentado y en urgente necesidad de un teléfono. El hecho es que O'Reilly está allí y no está solo.

—Es momento entonces de hacerle una visita de cortesía —dijo Silvio con una sonrisa sin humor.

—Las armas estarán aquí en unos minutos —anunció Calen—. ¿Cuántas personas llevaremos?

—Un equipo grande. No sabemos lo que encontraremos detrás de esas puertas —respondió Silvio—. Tú, yo y siete de cada manada.

—Alfa. —Olesya se abrió paso entre los reunidos hasta estar al frente de Silvio.

—Claro que irás —le respondió el Alfa antes que la pregunta dejara la boca de Olesya—. Necesito a los mejores y eso te incluye. También Iván y Vin.

—Y yo —dijo Vittoria.

—De ninguna manera —respondió su padre sin mirarla.

—¿Por qué no? —preguntó plantándole cara—. Soy de las mejores aquí con un arma y esas personas me están buscando a mí. Eso puede ser una ventaja.

—Dije que no y es definitivo.

Silvio le dio la espalda para empezar a formar los equipos.

Vittoria lanzó una mirada significativa a Calen, pero este solo se encogió de hombros. Antes de hacer una escena, que era lo que sucedería si se quedaba allí y que, incluso en su estado de indignación, rabia e impotencia, entendía que no aportaría nada, dio la espalda y se fue.

CAPÍTULO 31

Scarlett secó y guardó las tazas y los vasos, luego limpió con un paño húmedo todas las encimeras de la cocina. Miró a su alrededor y decidió que mejor preparaba la cafetera nuevamente, solo para tenerla lista en caso de necesidad, y buscaba en la despensa cuántas bolsitas de té de tilo quedaban. Todo parecía indicar que sería una noche larga.

Lo peor era la espera, la incertidumbre, el no poder ofrecer nada más que café o té a esos padres, amigos, familiares. También hacía el intento de dar unas cuantas palabras esperanzadoras y algún apretón, aunque sabía que no servían de mucho. El único beneficiario de esos gestos era ella misma. La hacían sentir menos inútil, menos perdida.

Ahora estaba inmersa en un submundo que no entendía completamente, uno donde sus amigos y sus familias eran una especie de comando armado que planificaba incursiones, interrogaba rehenes y guardaba en su casa armas de largo alcance. Lo de convertirse en animales había pasado a un segundo plano.

Necesitaba aferrarse desesperadamente a algo normal, a algo conocido, y ocuparse de la cocina mientras Rossi estaba en el hospital acompañando a su esposo, era lo único que tenía a mano.

«¿Dónde dijo Rossi que estaban las reservas de Coca-Cola?», se preguntó mirando a su alrededor hasta que su mirada se encontró con el cuerpo de Vin, recostado en la entrada.

Vestía todo de negro, con una camiseta de mangas largas ajustadas y botas militares. Parecía un héroe de acción, uno que no le quitaba los ojos de encima.

—No tienes por qué hacer todo esto —le dijo Vin con esa voz que la hacía temblar, aunque, no sabía con exactitud cuándo, el temblor había dejado de ser de miedo.

—¿Hacer qué?

—La cocina, el café...todo eso.

—Quiero hacerlo —intentó sonreír—. Me mantiene ocupada. No soy de mucha utilidad allí afuera.

—Sí eres de utilidad...para mí, siempre.

Scarlett recordó esa forma desesperada en la que Vin la había abrazado cuando regresó del bosque y la manera en que parecía querer tenerla tomada de la mano en cada oportunidad posible.

No quería poner a trabajar su mente en las posibles implicaciones ocultas de esos gestos, ni vincularlos, de alguna forma, con lo que acababa de decir. Tampoco podía admitir, ni siquiera para sí misma, que le gustaban. Eso la pondría en esa posición incómoda, muy frecuente a lo largo de su vida, de desear lo que no podía tener. Así que simplemente se quedó allí, callada, mirándolo.

—No iremos pronto —dijo Vin rompiendo el silencio y dando un par de pasos hacia ella. Se detuvo y miró a su alrededor, como buscando algo para, finalmente, volver a posar la vista en Scarlett.

—¿Necesitas algo? —preguntó Scarlett y se sintió como una estúpida. ¿Qué se suponía que podía ofrecerle en su propia casa? ¿Un sándwich para el camino? ¿Un café para llevar?

—A decir verdad...

Vin terminó de sortear el espacio que los separaba, la tomó entre sus brazos y la besó.

Aunque sorprendidos en principio, ni el abrazo ni el beso fueron fuertes, apasionados o demandantes. Vin siempre la trataba como si

fuera una muñeca de cristal que podía romperse, con delicadeza, con ternura y, aun así, ese suave roce de labios la hizo sentir tantas cosas que estuvo a punto de quebrarse en dos y echarse a llorar.

Respondió el beso con la misma delicadeza con la que fue dado. Era la primera vez que lo besaba de vuelta y no comprendía en ese momento cómo no lo había hecho antes, pues de alguna forma, que no podía explicar con exactitud, era la definición perfecta de lo que un beso se suponía que debía ser.

Vin separó sus labios, pero la mantuvo abrazada, sus frentes juntas.

—¿Y eso por qué fue? —preguntó Scarlett cuando pudo recuperar el aliento. Era la pregunta más segura que podía hacer sin ponerse en evidencia.

—No estoy seguro —le respondió Vin sin moverse ni un centímetro—, pero he estado pensando en ello por días. Estar cerca de ti me calma, me hace sentir...cosas.

—¿Cosas?

—No soy bueno en esto —Vin suspiró y comenzó a alejarse.

Scarlett no se lo permitió. Lo tomó de las manos para impedir su retirada, se puso de puntitas y lo besó.

Vin pareció sorprendido, pero solo unos segundos. Luego la sujetó por la cintura y profundizó el beso. Scarlett estaba segura de que un momento a otro sus piernas iban a dejar de serle útiles para esa fundamental tarea que implicaba permanecer de pie.

—No sé lo que es esto —le dijo Vin todavía muy cerca de su boca—, pero me gustaría que lo descubriéramos. Juntos. Poco a poco. ¿Vale?

—Vale.

Un ligero carraspeo hizo que Scarlett brincara hacia atrás, separándose lo más posible de Vin.

Silvio Fera estaba de pie en la entrada de la cocina y al ver a su hijo solo levantó una ceja en un claro gesto interrogativo.

—Estamos listos para irnos —anunció el Alfa—. Busquemos a Calen y a tu hermana.

Vin asintió, pero todavía le tomó unos segundos separarse de Scarlett.

—Estamos muy agradecidos por todo lo que has hecho — prosiguió Silvio Fera mirando a la pelirroja y fue ella quien, ante tanta atención, terminó de salir de los brazos de Vin—. Tu trabajo con los niños y con los padres...

—Ni lo mencione. —Scarlett hizo un gesto con la mano y le sonrió, lo que le ganó una sonrisa de vuelta que, estaba segura, el jefe de la familia no brindaba con facilidad a aquellos que no eran parte de su entorno.

Silvio le hizo un gesto con la cabeza a su hijo indicándole que era momento de salir de allí y los dejó solos.

Antes de seguir a su padre, Vin tomó una de las manos de Scarlett entre las suyas y la besó.

—Cuídate mucho, Vin.

—Tenlo por seguro. Debo regresar a casa en condiciones de tener una larga conversación con una pelirroja que me hace sonreír de solo pensar en ella.

CAPÍTULO 32

—Estás siendo inmadura y malcriada, y lo sabes.

Calen salió al balcón, que se extendía desde una pequeña sala de estar familiar en el primer nivel, vestido como un soldado a punto de ir a la guerra: pantalones tácticos, chaleco antibalas, y dos 9mm, cada una atada a un muslo diferente.

Por más de media hora, Vittoria se había recluso en ese balcón y atestiguado, casi hasta el más mínimo detalle, el movimiento previo a la incursión: las armas de Calen llegar en unos baúles de aspecto militar, la rotación de las personas, los coches, incluido el Hummer de Vin, que fueron traídos al frente de la casa, y una cantidad de conocidos y extraños colocándose chalecos antibalas y colgando rifles de asalto en sus espaldas.

—La Vittoria inmadura y malcriada tiene su encanto —prosiguió Calen acercándose—, me gusta mucho, de hecho. Es adorable, pero no siempre, no en todas las ocasiones. Eres demasiado inteligente para ello.

Vitti tenía toda la intención de ignorar a Calen, pero eso le daría más municiones para llamarla inmadura y malcriada. Tampoco ayudaría mucho a su caso el expresar en voz alta el «no es justo» que se repetía en su mente una y otra vez como un disco rayado y que ya, hasta para ella misma, estaba comenzando a sonar como la queja de una adolescente inconforme.

—Pudiste haberme respaldado allí afuera —dijo tratando, y fallando miserablemente, no sonar resentida.

Calen le dio un beso en el tope de la cabeza y se quedó allí,

respirando su olor por un rato.

—Eres parte de su manada, no de la mía —dijo sentándose en el suelo al lado de la silla que Vittoria ocupaba.

—No soy parte de ninguna manada —respondió sin mirarlo, negándose a dar ni un paso atrás en su indignación.

—Eres parte de su familia, si lo prefieres así, no de la mía. —La miró de reojo y sonrió un poco—. Si fueras mi familia, mi esposa, por ejemplo, te habría apoyado.

Ahora sí Vittoria lo miró levantando las cejas.

—¿Estás proponiendo algo? ¿Justo en estas circunstancias?

—No —respondió Calen despreocupado e hizo una mueca con la boca—. Te dije que hay que jugar la temporada completa para ganar esta Serie Mundial —y con una floritura señaló su pecho con ambas manos.

Vittoria tuvo que contenerse para no reír. La situación en la que estaban no admitía risas ni su estado de ánimo tampoco.

—Puedo manejar este tipo de operativo —dijo ella saliendo de la silla y acercándose a la baranda—. Sé que puedo. Aunque no seamos una especie de ejército como ustedes, las amenazas de tu padre hicieron que se nos entrenara en el uso de armas y combate cuerpo a cuerpo desde que éramos pequeños.

—Te vi atacar a una pantera con un cuchillito y partirle el brazo a un matón ¿recuerdas? Sé que puedes, al menos en lo que se refiere a tu capacidad de lucha en caso de presentarse un conflicto. —Calen se puso de pie y fue hasta ella lentamente y sin quitarle la vista de encima, como si la estuviese acechando con algún propósito ulterior—. Debo decir que hay pocas cosas más sexys que esa. Solo porque soy un gato domesticado me contuve de hacerte muchas cosas allí en

ese callejón. Sin embargo...

—¿Qué?

Calen se inclinó y le dio un beso en la marca del cuello que ya había comenzado a cicatrizar.

—Estoy de acuerdo con tu padre.

—Claro que lo estás —le respondió ella en medio de un bufido y comenzó a darle la espalda.

—Y si te permitieras pensar más allá de lo que quieres en este momento, de tu mente nublada por una rabia alimentada por tus propios complejos, también te darías cuenta de que es lo correcto.

—¿Complejos? ¿Me estás llamando acomplejada? —Vittoria se giró en redondo y lo enfrentó poniendo incluso los brazos en jarras—. Nunca será correcto dejar a alguien atrás, considerarla débil, solo porque es mujer; impedirle participar, a pesar de sus más que evidentes talentos, simplemente por ser la hija del jefe. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Mi padre no confía en mí.

—Espere un momento señorita. No se vuelva Gloria Marie Steinem conmigo. —Calen levantó las manos en un gesto de defensa—. Olesya va, también otras mujeres de ambas manadas, así que no tiene nada que ver con tu género. Vin va, sin importar de quién es hijo, y yo confiaría mi vida a tus habilidades y tu padre también.

—Seguro. —Vittoria puso los ojos en blanco—. Todos confían en una loba que no puede cambiar.

—¿Por qué crees que me molesto en llevar un chaleco antibalas? —preguntó Calen señalando la prenda—. ¿Por qué crees que todos se están poniendo uno en estos momentos? ¿Para despedazarlos al momento de cambiar? No, Vittoria. Lo llevamos porque cambiar es un recurso desesperado. Ya te lo dije antes, en dos pies tenemos más

fuerza que un humano normal, más olfato, más vista, más instinto. Cambiar solo nos quita la capacidad de usar nuestras dos manos, los pulgares opuestos que nos dio la evolución, y solo es una opción cuando te ves sobrepasado, cuando la fuerza animal es tu única opción.

La mente de Vittoria trabajaba a mil por hora buscando una manera de refutar a Calen, algún tipo de argumento lógico, pero no daba con ninguno que no hubiese sido desmontado por él.

—La razón por la que no vas —prosiguió Calen tomando ventaja de su silencio—, no tiene nada que ver con todas esas muletas que has usado durante mucho tiempo para no ver la verdadera razón por la cual no encajas: no eres parte de la manada, no te sientes como tal, y por eso no sigues órdenes de nadie. Aunque toda esa independencia es encantadora, no va bien con un operativo de este tipo.

Vittoria sintió que la habían golpeado, incluso dio un par de pasos atrás casi como reflejo.

—Vitti... —Calen se acercó, su expresión suavizándose un poco.

—Tú sí que no endulzas las cosas —le dijo ella, recurriendo a un poco de sarcasmo para no tener que quedarse callada o, apelando a una de sus tácticas usuales, salir de allí haciéndose la ofendida. No quería hacerlo. Las palabras de Calen eran duras, pero algo dentro de su mente, o tal vez de su corazón, le decía que era el tipo de verdad que necesitaba escuchar—. Cualquiera pensaría que en este momento de nuestra relación todo debería ser flores y solidaridad automática.

Calen se rio un poquito.

—Siempre te diré la verdad sobre mí, sobre nosotros, sobre ti misma; solo así podrás estar segura de que cuando te digo que me encantas, que me traes loco, estoy siendo completamente honesto.

—Es una buena filosofía —dijo ella con una mueca.

—Me encantas, me traes loco... —le susurró inclinándose un poco hacia ella.

—Creo que podría acostumbrarme a tu honestidad sin límites —le dijo ella sonriendo un poquito.

—Y si de ser honesto se trata, debo reconocer que hay otra razón por la que yo, personalmente, no te quiero allí. —Calen miró hacia afuera, hacia el bosque, y apretó los dientes. Cuando volvió a encontrarse con su mirada, esa furia que parecía transformar su rostro en algo más animal que humano volvía a estar allí—. Hoy tuve que escuchar a ese hombre, a ese matón de poca monta, contar cómo habían entrado aquí buscándote. Si el interrogatorio no había sido bonito hasta ese momento, se volvió peor. Por unos minutos perdí la cordura y la razón, me volví el animal que he estado tratando de dejar atrás. Tu padre y Vin tuvieron que frenarme para que no lo matara.

Calen dio dos pasos más hacia ella. Estaba tan cerca que su aliento tibio le rozaba el rostro y podía ver en primer plano esos ojos que no se veían completamente humanos. Sin embargo, Vittoria no cedió terreno, no se retiró. Se quedó donde estaba demostrándole que no la asustaba, que sabía bien quién era y lo aceptaba.

—No entra en mi filosofía darle a mi enemigo más de lo que ya tiene para usar en mí contra —dijo Calen—, no les voy a dar a esos hijos de puta la oportunidad de que nos quiten algo más, no les voy a servir en bandeja lo que están buscando. Si te quieren, van a tener que pasar por encima de un montón de gente bien preparada, y si lo logran, se enfrentarán a una loba Alfa. —Sonrió un poco de una forma que a cualquier mortal le hubiera helado los huesos, al menos un poquito—. No lo van a tener fácil, no se lo vamos a hacer fácil. Ya nos

han quitado demasiado.

—Esto es enorme, Calen —dijo ella y cerró los ojos brevemente, un pestañeo demasiado largo—. Operaciones paramilitares, compañías fantasmas, crimen organizado. No sabemos qué quieren, no sabemos por qué. Estoy preocupada, por las manadas, por los niños, por Vasil.

—Lo sé, pero nosotros, de cierta forma, somos todo eso y mucho más. Ellos creen que nos conocen, que saben lo que somos, nos creen domesticados, pero no tienen ni idea. Estamos en capacidad de combatir fuego con fuego, y es momento de dejar de ser empresarios responsables y ponernos la piel que nos dio la naturaleza.

—Yo no tengo otra piel.

—Menos mal que me gusta la que tienes.

La besó de forma lenta, dulce, como si tuvieran todo el tiempo del mundo y como si cada toque de sus labios, cada paso de su lengua, cada caricia sobre su cuerpo quisiera transmitir un mensaje específico y al mismo tiempo dejar una marca, un recuerdo.

—Sabes que te estás haciendo viejo cuando caminas por tu propia casa y lo único que haces es interrumpir a tus hijos.

La voz de Silvio Fera los hizo saltar.

Verlo parado en la puerta del balcón, con su chaleco antibalas y su uniforme táctico, hizo que Vittoria sintiera que el corazón se le iba a los pies.

Nunca había visto a su padre vestido de esa forma, listo para una batalla como si fuera un soldado. Es más, ni siquiera eran muchas las veces que había visto a su padre en forma de lobo y nunca en una situación violenta. Cuando eran niños, jugaba con ellos en su otra forma; y ahora lo hacía también con otros pequeños de la manada. Igualmente, usaba su otra piel para cuestiones oficiales, patrullas en

los bosques y operaciones de búsqueda. Nunca que ella hubiese visto para pelear, para un conflicto.

Más atrás estaba Vin, su loco y volátil hermano, siempre en problemas, siempre en algún predicamento exhibiendo su temperamento, pero nunca así con un rifle de mira telescópica al hombro.

Verlos a ambos de esa forma la llenó, todavía más, de algo que se parecía mucho al miedo, pero no lo era totalmente; más bien una especie de ansiedad que la golpeaba desde adentro en unas oleadas tan fuertes y continuas que más bien parecía un sentimiento constante. La única acción que su mente pudo conjurar para aplacar esas olas indetenibles, fue correr para abrazar a su padre, enterrarse en su pecho como cuando era una niña pequeña y le parecía el hombre más grande, fuerte y sabio del mundo.

—¡Oye! —Silvio la separó de su cuerpo tomándola por los brazos y mirándola con un poco de preocupación, pero, más que nada, con amor—. Todo va a estar bien.

Vittoria le creyó, así sin necesidad de más explicaciones, casi como una verdad de fe. No porque era el Alfa, cuyas órdenes había combatido durante toda su vida, sino porque era su padre y nunca le había dado ni una razón para dudar.

—Nos estamos llevando a los mejores —le dijo su padre, muy serio—. Los que quedan, y están entrenados para labores de seguridad, estarán repartidos entre el pueblo, el hospital y esta casa, mezclados con voluntarios. Tú eres la única Alfa Fera que queda en nuestro territorio. En caso de emergencia, de que haya que tomar alguna decisión, eres tú a la que acudirán, eres tú a la que obedecerán. No hace falta que lo anuncie ni que ellos lo acepten. Es así. Saben quién

eres y de lo que eres capaz, y yo también.

Vittoria asintió con fuerza, como un valiente soldado al que le dan la asignación de su vida.

—También eres la última defensa de tu madre. —Su padre sacó de los bolsillos tácticos de sus pantalones las dos Glock 25 de fibra de carbono que le había arrebatado cuando llegó a casa, y se las devolvió —. Ella dice que no necesita protección, pero yo necesito que la tenga.

Vittoria tomó las armas, sus manos amoldándose a la empuñadura como si fuesen un par de viejos guantes, y las escondió en la cinturilla de sus pantalones.

—Y tú, cuidas a Vin —dijo mirando a su hermano sobre el hombro de Silvio.

—No necesito que me cuiden —respondió Vin, arrugando la cara.

—Eres mi hermano mayor. —Vittoria salió de los brazos de su padre y fue a pararse frente a Vin—. Tengo el derecho y el deber de asegurar, por cualquier medio posible, que regreses a mi vida tal y como estás. No puedo perder a mi mejor cómplice.

«Como he perdido a Vasil», pensó, pero no lo dijo en voz alta, solo abrazó a Vin, fuerte.

—Regresa en una pieza, cabezota —le susurró.

—Cuida a Scarlett por mí —le dijo él en ese mismo tono y aunque a Vitti le sonó extraña la petición, pues Scarlett no era responsabilidad de Vin sino de ella, estaba demasiado ocupada evitando pronunciar ese «traigan a todos de vuelta» que se repetía en su mente, para darle la debida consideración.

—Calen —dijo Silvio perdiendo en su voz ese dejo de ternura que tuvo cuando habló con su hija, para tomar toda la autoridad y seguridad del Alfa casi legendario que era —, estamos listos.

CAPÍTULO 33

Lo primero que los sentidos de Vasil registraron al momento en que retomó la consciencia, fue el olor: estaba rodeado de gatos. Incluso antes de abrir los ojos, su cuerpo estaba tenso, listo para atacar o defenderse.

Poco a poco levantó los párpados preparado para cualquier cosa y lo primero que vio fueron dos pequeños ojos verdes que lo miraban desde su pecho con una mezcla de preocupación y triunfo. Era un niño pequeño, no más de cuatro o cinco años, acostado sobre él.

—Te dije que daría resultado —dijo el pequeño y Vasil sintió otros cuerpos pequeños y tibios removerse a sus costados.

Tuvo que refrenar el instinto, ese erizamiento en el cuello que le gritaba que estaba rodeado por el enemigo, para no saltar, tumbando al pequeño y magullando los cuerpos que los rodeaban.

Miró un poco a su alrededor, sin moverse mucho, tratando de evaluar su situación real antes de tomar alguna decisión apresurada. Había más, pequeños gatos y lobos, tendidos a los lados de su pecho, en sus piernas.

«Los niños. Son los niños que estaban jugando y se llevaron», pensó recordando más detalles de la escena: el equipo tipo comando que había emergido del bosque, los disparos, la rabia que se había apoderado de él y luego la desesperación al sentir como con cada dardo su fuerza disminuía y la respuesta de sus músculos tomaba demasiado tiempo, hasta que dejó de llegar.

—Reconoce que fue una buena idea —insistió el pequeño mirando hacia la izquierda y Vasil se dio cuenta de que no hablaba con él.

Allí donde la mirada del pequeño se dirigía había una chica, una gata por su olor, y mayor que todos los que en este instante lo rodeaban, pero todavía una niña, no más de once años tal vez. Estaba sentada en el suelo con la espalda pegada a la pared y las piernas recogidas.

—Pensaron que sería buena idea mantenerte caliente —le dijo la chica con una mueca, ahora sí dirigiéndose a él.

—No te despertabas y hace frío aquí —le dijo el pequeño mirándolo con orgullo—. Fue mi idea. ¿A que sí estás calentito?

—Gracias —dijo Vasil y se dio cuenta que tenía la boca pastosa, la saliva gruesa. Su cuerpo le gritaba que necesitaba agua más que cualquier otra cosa, más que alejarse de ese olor que traía tan malos recuerdos.

«Son solo niños», se repitió en su mente una y otra vez, tratando de convencerse, de frenar la reacción instintiva de su cuerpo.

Quería moverse, saber dónde estaba y entender la situación, pero seguía teniendo los pequeños cuerpos encima.

—Ya pueden quitarse —dijo la chica—. Déjenlo sentar que ese suelo no es muy cómodo.

Los pequeños se retiraron de su cuerpo, pero no se fueron muy lejos. Formaron un compacto grupito muy cerca del lugar donde yacía Vasil, mirándolo. Eran cuatro, dos gatos y dos lobos. Algunos tenían los ojos rojos, otros parecían terriblemente asustados, pero todos estaban sobre sus dos patas y en su propia piel.

Vasil pudo finalmente incorporarse. Aunque con la protesta de alguno de sus músculos y articulaciones, logró sentarse. Por ahora no se atrevía a hacer nada más.

—¿Dónde estamos? —preguntó inspeccionando el lugar estéril que

lo rodeaba.

Era un cuadrado de no más de seis metros, con paredes blancas y brillantes, un techo bajo también pintado de blanco y sin lámparas visibles. La claridad del lugar, obviamente artificial pues no tenía ventanas, parecía provenir directamente de las paredes. No había ningún tipo de mobiliario, salvo un pequeño inodoro de acero inoxidable en un rincón.

Lucía exactamente como una prisión, una un poco futurista eso sí.

—¿Cómo nos metieron aquí? —insistió pasando revista nuevamente al lugar por si había olvidado algún detalle, aunque no había mucho que ver.

—Estábamos dormidos como tú. No sabemos —dijo la chica, pero miró significativamente en dirección hacia el más pequeño del grupo, ese que había estado acostado en su pecho.

El pequeño estaba recostado en una de las paredes y deslizaba las manos desde el centro de su cuerpo hacia un costado, mientras sus compañeros hacían un semicírculo a su alrededor, como escondiéndolo.

—Hay una cámara aquí arriba —continuó la chica señalando una de las esquinas superiores y Vasil notó el minúsculo dispositivo.

Al seguir la trayectoria del lente notó que apuntaba hacia donde el pequeño quedaba oculto por el semi círculo.

—No sabemos si tiene sonido, si pueden escucharnos.

«Así que esa pared donde está mi amiguito es la puerta y se abre deslizándose hacia un costado», pensó Vasil tras poner todas las piezas en su lugar. «Estos chicos son lo suficientemente inteligentes para no revelar en voz alta lo que saben, en caso de que los estén escuchando».

—¿Sabemos quién es esta gente? ¿Qué quieren?

—Nadie ha venido desde que despertamos —dijo la chica.

—¿Alguien está herido?

—No, solo sedientos —dijo uno de los lobitos. Jonathan era su nombre. Vasil lo conocía bien, al igual que a su familia. Tenía siete años, su padre se llamaba igual y su madre, Tanya. Eran dueños de la única posada del pueblo. La pequeña Teresa de cinco años estaba allí también, tomada de la mano de su hermano.

—Traten de no pensar mucho en eso. Les dará más sed —dijo antes de darse cuenta que había sonado más brusco de lo que había anticipado.

—Me llamo Alby. —El pequeño gatito que había estado sobre él se separó del grupo y se acercó estirando la mano. Vasil tuvo que refrenar la sonrisa que, involuntariamente, le producía el más pequeñito del grupo, con su cabello rojo, su rostro lleno de pecas y la falta de un diente, comportándose como un adulto muy serio.

—Vasil —se presentó estrechándole la mano.

—Lo sé. Eres «la muerte blanca» —dijo con los ojos brillantes y Vasil reconoció el apodo con el que era conocido entre los gatos, aunque por primera vez el título no fue dicho con desprecio o miedo.

—Alby es lo más parecido que tendrás a un *grupie* —dijo la chica.

—¡Brita! —protestó el pequeño Alby y luego volvió a encarar a Vasil todavía un poco sonrojado—. Dejaron ropa. —Señaló su propio atuendo: un pantalón de ejercicio gris y una sudadera del mismo color. Todos los niños vestían algo similar—. Hay una de tu talla si quieres cambiarte. Tienes sangre en la camisa.

—Gracias —dijo Vasil y se inclinó hacia el pequeño Alby. Aún sentado en el suelo era mucho más grande que él—. ¿Cómo supiste

dónde estaba la puerta? —le preguntó en susurro.

—Soy pequeño y me dieron con un solo dardo —le explicó también susurrando—. Me estaba despertando cuando nos traían.

—¿Qué más viste?

—Estamos en medio de un pasillo con más puertas, pero no sé si estamos en un sótano o en un nivel superior. Para abrir esta habitación usaron una tarjeta magnética.

—Buen trabajo, Alby.

El pequeño se estiró con orgullo.

Vasil se puso de pie y, al estar sobre sus dos piernas, un leve mareo lo atacó haciéndolo trastabillar un poco. Inmediatamente, los niños estaban a su alrededor, sujetándole las rodillas.

—Estoy bien.

—Eso que nos pusieron da mareo al despertar —explicó Alby con un tono demasiado condescendiente para un niño tan pequeño—. Muchos vomitaron.

—Yo no lo haré.

—Está bien si lo haces.

Vasil volvió a enderezarse y caminó hacia el bulto de ropa. Había pantalones de ejercicio y sudaderas de varias tallas. No estaba particularmente interesado en un nuevo atuendo, ni le importaba su camisa manchada de sangre, tampoco las salpicaduras en sus pantalones, solo quería inspeccionar para confirmar sus sospechas: los que los habían atacado sabían lo suficiente sobre ellos para prever que los pequeños cambiarían al sentirse amenazados y sus ropas quedarían destruidas, y cuando se calmaran y volvieran a su forma humana, estarían desnudos. Es más, habían dejado suficiente ropa de repuesto como para intuir más cambios.

De lo que Vasil no estaba seguro era de si se trataba de consideración o de la falta de entendimiento profundo de lo que eran y cómo se comportaban. Cuando un parahumano era niño y sus cambios incontrollables, estaba acostumbrado a andar y ver a otros desnudos. Tampoco eran muy susceptibles a los cambios de temperatura debido a sus metabolismos acelerados. Aunque el calor era apreciado por reconfortante, las bajas temperaturas no los afectaban como a los humanos.

Es decir, sus captores sabían qué eran, de eso no quedaba duda; pero no eran como ellos, no los comprendían totalmente.

«Humanos, probablemente», se dijo tratando de descifrar al enemigo.

Un brusco ruido lo hizo volverse de golpe listo para atacar. La chica, Brita, se puso de pie de un salto y gruñó, los pequeños se agacharon, cubriendo sus cabezas, y Alby cambió, transformándose en un pequeño tigre.

El ruido provenía de una de las paredes, justo la que quedaba al lado de la puerta escondida. En ella se abrió un pequeño espacio en la parte inferior, una trampilla, y alguien, o algo, deslizó unas bolsas plásticas, llenas de un líquido transparente, antes de cerrar la rendija nuevamente.

—¡Agua! —dijo el pequeño Jonathan estirando la mano en dirección de las bolsas.

—¡Detente! —rugió Vasil haciendo que el pequeño se parara en seco—. No sabemos si le pusieron algo, ni siquiera si es agua. No es seguro beberla.

—Pero tengo sed —protestó el otro gatito del cual Vasil no sabía aun el nombre.

—Yo la probaré —dijo Vasil—. Esperamos un rato y si no sucede nada...

—Eres muy grande —protestó Alby de nuevo en forma humana y completamente desnudo, lo que lo hacía lucir, si era posible, todavía más niño—. Si tiene cualquier cosa, tomará más tiempo en hacer efecto. Yo la probaré.

—No —saltó Brita adelantándose un par de pasos.

—Soy el más pequeño y el más delgado.

Sin esperar permiso de nadie y con una determinación y madurez inaudita para un niño, fue hasta las bolsas, desgarró una con los dientes y dio un sorbo.

—Sabe normal, a agua mineral —dijo y dio otro sorbo. Luego le tendió la bolsa a Vasil y fue a buscar algo de ropa en el bulto de la esquina mientras el lobo lo miraba perplejo.

—Alby es especial. Aprendió a leer sin que nadie le enseñara —le explicó Brita acercándose—. Su padre es de la vieja escuela y tener un hijo especial no lo hacía feliz, lo trataba muy mal. El nuevo Alfa lo expulsó de la manada la última vez que le puso la mano encima, envió a Alby a vivir con mi familia y lo mando examinar en Denver. Parece que es un genio, o algo así, como un adulto atrapado en el cuerpo de un niño. Por eso fue a jugar a tu territorio, los psicólogos dicen que es bueno para él compartir con otros niños y en nuestra manada, bueno, a pesar de los cambios del Alfa Calen, se le da más valor a la fuerza física que a la inteligencia y los otros cachorros no lo tratan muy bien. Te admira por eso: El cachorro que puede defenderse, que salvó a su familia.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Alby ya de regreso y vestido, mirándolos a ambos muy serio.

—Te estudiamos de cerca esperando que caigas envenenado en el piso —le dijo Brita con una mueca.

—No ocurrirá. Una dosis que sirviera para ti o para Vasil ya debería haberme afectado.

—¡Qué bueno! —exclamó Brita sarcástica—. Me muero de sed.

A pesar de su tono, fue hasta las bolsas de agua y repartió sorbos muy medidos, primero entre los más pequeños, dándoles lo suficiente para calmar la sed, pero no tanto como les hubiese gustado. Luego tomó ella un poco.

Vasil dio cuenta del contenido de la bolsa que había abierto Alby y guardó el empaque vacío en uno de sus bolsillos.

—¿Y ahora? —le preguntó Alby a Vasil mirándolo muy serio.

—Ahora esperamos una oportunidad —le respondió y regresó a sentarse a ese lugar cerca de la puerta donde había despertado—. Nos defendemos si es necesario y nos mantenemos juntos.

Alby asintió con la cabeza y se subió en su regazo. Los otros niños hicieron lo mismo, menos Brita quien se sentó a su lado, con la vista fija en la puerta escondida.

Vasil cerró los ojos y nuevamente el olor le recordó el pasado. Se vio a sí mismo, no mucho mayor que los niños que lo rodeaban, encerrado en una jaula que colgaba de un árbol, torturado, roto por mucho tiempo más del que tardaron sus heridas en sanar. Tal vez una parte de él nunca sanó.

«No, no a estos niños», pensó abriendo los ojos, detallando cada rostro, cada peca, escuchando los latidos de sus corazones, oliendo su miedo.

Nadie tenía que pasar por lo que él había pasado. No si podía evitarlo.

CAPÍTULO 34

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó Vittoria con la mirada fija en la pantalla donde Breac veía en tiempo real lo que sucedía fuera del almacén donde estaba Brian O'Reilly.

La residencia de los Fera se había quedado extrañamente silenciosa, la actividad de las horas anteriores cesado casi completamente. Los padres de los niños seguían allí, sentados en un rincón, esperando, y el personal de seguridad que quedaba estaba afuera controlando las entradas a la finca.

—Solo media hora. No puedes desesperarte —le respondió Breac con paciencia. Calen había preferido dejarlo para que controlara la señal del video y mantuviera contacto con sus informantes. Era obvio que, aunque apreciado por su Alfa, estar con un arma en la mano no era su mejor talento—. Sabes el tiempo que toma llegar a Denver.

—¿Las personas que enviaste de avanzada, tus contratistas externos, siguen allí? —insistió.

—Sí, están cerca pero no a la vista. Avisarán si hay algún cambio que no veamos desde este ángulo, pero le di órdenes de no intervenir.

Vittoria suspiró y miró a su alrededor. Su madre estaba en una esquina con el teléfono en la oreja hablando por enésima vez ese día con el tío Felix quien, aparentemente, quería compensar su ausencia pidiendo un reporte detallado de la situación cada diez minutos. Scarlett dormitaba en un sillón cercano.

La entrada a la casa de uno de los granjeros que se había ofrecido como voluntario de seguridad, Luciano se llamaba, hizo que el cuerpo de Vittoria se activara como si le hubiesen inyectado una dosis de

adrenalina.

Se puso de pie de golpe y fue al encuentro del hombre quien, mirando de un lado a otro, dejaba claro que buscaba a alguien.

—¿Pasa algo? —le preguntó saliendo a su encuentro, pero tratando de mantener una expresión tranquila.

—Llamaron de la alcabala que pusimos en el pueblo, esa que controla el tránsito de los coches que quieren pasar hacia los caminos que dan a las granjas y al bosque. —Volvió a ver a su alrededor, deteniendo su mirada brevemente en el cuerpo dormido de Scarlett—. Detuvieron un vehículo que venía hacia acá. El conductor dice que se llama Rhett Ford y que viene a buscar a su hermana que es una invitada aquí.

El primer impulso de Vittoria fue ordenar que le negaran el acceso y lo escoltaran fuera del pueblo de la forma menos amable posible. No necesitaba más caos del que ya tenía entre manos y Rhett Ford era un caos ambulante. Sin embargo, su mente racional, esa parte que no estaba dominada por instinto e impulsos, recordó que en la situación actual no era buena idea crear un alboroto y llamar demasiado la atención. Quién podía saber qué bullicio crearía Rhett si le impedía ver a Scarlett y qué clase de refuerzos traería consigo.

—Voy a hablar con Scarlett. —Vittoria señaló el sillón donde Scarlett estaba tumbada.

Luciano asintió y en lo que Vittoria tomó rumbo hacia el sillón Scarlett abrió los ojos.

—¿Pasó algo? —preguntó la pelirroja ligeramente alarmada y un poco confundida.

—Rhett está aquí.

—¿Rhett? ¿Aquí? —De forma involuntaria miró a su alrededor.

—En el pueblo —aclaró Vittoria—. Lo detuvieron en la alcabala. Dice que necesita hablar contigo. Si no quieres verlo puedo impedir que pase...

—No, no —dijo Scarlett poniéndose de pie, todavía un poco confundida—. Es mucho lo que está pasando aquí para crear una escena. —Hurgó en el bolsillo trasero de sus pantalones y sacó su teléfono—. Deja llamarlo.

La conversación fue breve y bastante parca por parte de Scarlett, aunque Vittoria podía escuchar la voz desesperada de Rhett hablando casi a trompicones.

—Algo le pasa —le dijo Scarlett preocupada en lo que terminó la llamada—. Está desesperado por algo, frenético, pero no me quiso adelantar nada por teléfono.

—Luciano —llamó Vittoria—, déjenlo pasar, pero cuando llegue aquí que lleve el coche a la parte de atrás de la casa. Lo recibiremos allá. No queremos que vea todo esto.

El hombre asintió y salió.

Todo el intercambio no pasó desapercibido a los ojos de Breac quien abandonó su puesto frente a la pantalla para acercarse a Vittoria y Scarlett.

—¿Todo bien? —preguntó mirando alternativamente a las chicas.

—Sí, no te preocupes. —Scarlett intentó sonreír—. Se trata solo de mi hermano, que en eso de ser inoportuno las tiene todas consigo. —Se volvió hacia Vittoria—. Si lo vamos a recibir fuera, mejor busco un abrigo.

—Ser inoportuno es el menor de los problemas de Rhett —dijo Vittoria por lo bajo mientras Scarlett se alejaba.

—¿Necesitas que las acompañe? —preguntó Breac también

mirando hacia el lugar por donde Scarlett había desaparecido.

—No. Sigue viendo la situación en Denver y cualquier cambio me avisas. Yo puedo con Rhett.

#####

Vittoria y Scarlett esperaron a Rhett en el patio trasero con la puerta de la cocina cerrada, como un acuerdo silencioso sobre la poca conveniencia de que el visitante no deseado entrara a la casa.

El hermano de Scarlett llegó en el destartado Chevy Nova 75' de su madre, que fue rojo en una época y ahora mantenía el color únicamente gracias al óxido que parecía extenderse hacia dentro desde cada borde. Al momento en que sus dos pies tocaron el suelo, echó a correr para abrazar a su hermana como si fuesen los mejores amigos y la hubiese extrañado un montón, como si no hubiese sido él quien dejó las marcas, todavía visibles, en su rostro.

—¿Qué pasa, Rhett? —preguntó Scarlett evidentemente confundida mientras tímidamente lo rodeaba con sus brazos.

—Algo terrible y es mi culpa —dijo separándose.

No se veía desencajado como siempre, la mirada vidriosa también estaba ausente al igual que las ojeras y el temblor nervioso que parecía ser residente permanente de sus manos. Aparentemente antes de venir se había duchado, peinado y sacado del armario lo mejor que tenía.

Sin embargo, y bajo el olor de jabón y colonia barata, Vittoria detecto otra cosa: Estaba realmente nervioso y un poco asustado, el olor astringente de su miedo colándosele por la nariz y lo acelerado de sus latidos retumbando en sus oídos como una advertencia. Eso, y un

olor medicamentoso remanente, llamó su atención más que toda la actuación de hermano preocupado. No era que hubiesen compartido mucho juntos, pero esa capacidad de temer y preocuparse era algo que nunca había estado presente en Rhett, ni siquiera cuando Vin lo había estampado contra una pared.

—¿Qué hiciste ahora? —le preguntó Vittoria sin el menor rastro de amabilidad.

Rhett no respondió. Miró hacia el lugar donde el coche permanecía aparcado y un poco más allá, donde Luciano esperaba discretamente con rostro serio.

—¿Podríamos hablar de esto en privado? —preguntó mirando a Vittoria y, aunque era evidente que lo intentaba, no pudo evitar que comenzara a formarse una mueca en su boca.

—Luciano, todo está bien. Puedo manejar esto. —Vitti dedicó una leve sonrisa tranquilizadora al granjero que, estaba segura, podía verla a pesar de la distancia, así como ella podía detectar en la pequeña expresión que pasó por su rostro que no le hacía mucha gracia dejarla sola. Luego se volvió hacia Rhett con una mueca parecida a la que él había exhibido, pero sin molestarse en esconderla —. Esa es toda la privacidad que vas a obtener.

Rhett no protestó, más bien pareció ignorarla del todo. Echó un vistazo al lugar hasta donde hacía unos segundos Luciano había estado, como para cerciorarse de que estaban realmente solos.

—Se llevaron a mamá. La tienen.

Por un momento todo dejó de tener sentido para Vittoria. ¿Qué tenía que ver la señora Lucy con todo lo que estaba pasando en territorio lobo?

Tal vez había escuchado mal.

—¿Qué? ¿Quién se la llevó? —La voz de Scarlett parecía un chillido—. ¿De qué hablas?

—Unos tipos a los que le debo dinero. —Rhett se pasó las manos por el cabello.

—¿Tus proveedores? —preguntó Vittoria sarcástica, comprendiendo que, aunque la coordinación de los dos acontecimientos era definitivamente inusual, la situación con la familia de Scarlett era a todas luces mucho más mundana y de fácil explicación que lo que sucedía con su gente.

—Le di una mercancía a unos amigos y ahora no tienen el dinero para pagarla y estos sujetos, los que me venden, se cansaron de esperar —explicó Rhett a Scarlett, pasando completamente de Vittoria—. Llegué a casa hace unos días y uno de ellos me estaba esperando para decirme que tenían a mamá y me daban una semana para llevar el dinero o iban a hacerle daño.

—¿Hace unos días? ¿Por qué no me llamaste? —Los ojos de Scarlett estaban comenzando a llenarse de lágrimas y su voz temblaba un poco—. Hoy estuve allá.

—He estado tratando de conseguir el dinero por mi cuenta. —Rhett se pasó las manos por el cabello, otra vez, y a Vittoria le pareció que hasta su corte de pelo lucía más cuidado—. Hoy vi la nota que dejaste y pensé que era el momento de dejar nuestras diferencias a un lado. Sé que tienes algo guardado.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Vittoria un poco decepcionada. Cuando se trataba con Rhett, tarde o temprano, todo se reducía a una cantidad de billetes. Definitivamente su amiga había salido muy mal parada en eso de la repartición de familiares.

—Diez mil dólares, en efectivo.

—¿Qué? ¡No tengo diez mil dólares! —protestó Scarlett, pero su tono llevaba más desesperación que rabia y eso hacía combinación perfecta con su gesto de ver a su alrededor, como buscando alguna respuesta que emergiera providencialmente de los árboles que la rodeaban—. Si reúno todos mis ahorros puedo llegar a dos mil, tal vez dos mil quinientos.

—¿Qué garantías hay de que una vez que les des el dinero liberarán a la señora Lucy sin hacerle daño? —preguntó Vittoria trayendo un poco de cabeza fría a la situación.

—Conozco a estos sujetos, tenemos tiempo haciendo negocios. Probablemente tengan a Lucy en una de sus casas, enseñándoles trucos de cartas o a preparar Margaritas. —Esta vez, Rhett sí miraba a Vittoria—. Solo quieren su dinero.

—¿Cuánto has podido reunir? —le preguntó Scarlett.

—No mucho.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Crees que si le damos lo que tenemos nos darán más tiempo? —insistió Scarlett.

—Yo les daré el dinero —intervino Vittoria con voz cansina porque la conversación entre los hermanos no iba a llegar a ningún lado. Obviamente Rhett había ido hasta allí solo porque sabía que era el lugar donde podría conseguir lo que necesitaba y ella no estaba de ánimo para prolongar la situación, ni hacerse la difícil. Tenía cosas más importantes de las que ocuparse, como sentarse junto a Breac a mirar esa toma casi congelada de la noche de Denver o torturarse mentalmente pensando en Vasil.

—Vittoria, no —protestó Scarlett.

—No te preocupes —le respondió abrazándola y dándole un beso en la mejilla—. Todo va a estar bien.

Scarlett era su amiga y le daría, de ser necesario, todo ese fondo de contingencia que había ganado vendiendo y comprando acciones y que, en buena parte, mantenía en la casa en caso de que su padre decidiera en un arrebató controlador, revisar sus cuentas bancarias. Sin embargo, y aunque sonara horrible si quiera pensarlo, lo hacía por la tranquilidad de su mejor amiga, por nada más. La señora Lucy no era su persona favorita en el mundo después de presenciar durante años la forma en que echaba de lado a Scarlett y a sus aspiraciones, y permitía el comportamiento destructivo y abusivo de Rhett sin siquiera batir una pestaña o alarmarse.

—Tiene que ser en efectivo —le recordó Rhett, su mirada repentinamente muy interesada.

—Lo tengo en mi habitación. Ya lo traigo.

—¿Tienes diez mil dólares en efectivo en tu habitación? —preguntó Rhett con una mueca burlona.

«Mucho más que eso y una Glock cargada en mi espalda, idiota, y aun así no puedo ayudar a Vasil», pensó Vittoria con amargura, pero no dejó que se le notara.

—Es solo dinero —dijo encogiéndose de hombros con toda la gracia de una heredera malcriada.

Pensando que sería mucho más fácil si todos los problemas que enfrentaba su familia en ese instante pudieran resolverse con unos cuantos billetes, Vittoria le dio la espalda a Rhett y subió hasta su habitación dedicándole de pasada una sonrisa tranquilizadora, y al mismo tiempo cansada, a Breac quien negó levemente con la cabeza para indicarle que todavía no había ninguna novedad.

Con algo de prisa abrió la pequeña caja fuerte en el fondo de su armario, sacó el dinero y lo puso en un sobre. Quería deshacerse del

inoportuno drama de Rhett lo más pronto posible. Tenerlo en la propiedad era un riesgo.

Bajando la escalera de regreso se cruzó con Scarlett.

—¿A dónde vas? —le preguntó mirando sobre su hombro el salón donde todos parecían estar congelados en el tiempo esperando noticias, en caso de que su amiga hubiese perdido el buen juicio e invitado a Rhett a pasar.

—A buscar mi bolso.

—Tengo todo el dinero aquí —anuncio Vittoria agitando el sobre.

—Voy con Rhett.

—De ninguna manera.

—No puedes impedírmelo.

Scarlett hizo amago de continuar subiendo, pero Vittoria la detuvo.

Tenía varias formas de impedirle que se fuera, atarla y encerrarla en un clóset era una de ellas. Claro que mientras su mente revisaba el catálogo completo, su consciencia le decía que, primero, mejor intentaba con las palabras.

—Es peligroso, Scarlett. No sabemos con qué tipo de gente está involucrado tu hermano.

—¡Se trata de mi mamá! —Aunque lo dijo en voz baja, evidentemente tratando de no alertar de la discusión a los que estaban solo un peldaño más abajo, el tono de desesperación de su voz no aminoró.

—¿No has pensado que Rhett puede estar mintiendo? ¿Qué todo esto puede no ser más que un truco para conseguir dinero?

—Él nunca mentiría con algo así —le respondió un poquito ofendida.

Vittoria tenía sus dudas. Es más, no descartaba ningún comportamiento reprochable tratándose de Rhett, pero no encontraba una forma políticamente correcta de decirlo.

—Además —prosiguió Scarlett suavizando un poco el tono—, si se tratara de un engaño no me hubiese pedido que lo acompañara. Está asustado Vittoria, nunca lo había visto así y es mi hermano.

—Un hermano abusivo y poco confiable.

—Pero también hubo una época en la que fue un hermano bueno y cariñoso, y a ese Rhett lo extraño y debe estar allí en alguna parte. El que haya venido hasta aquí, el que haya pedido mi ayuda... —Scarlett suspiró y sonrió un poquito—. Tal vez esto sea una oportunidad para nosotros.

Vittoria odiaba ver esa expresión esperanzada en Scarlett porque estaba casi segura que ese deseo, esa ilusión, se vería aplastado cuando la realidad la alcanzara. No obstante, sabía que no lograría nada batallando con ella y tampoco era una opción real, sin importar lo bien que sonara en su mente, encerrarla en algún lado mientras despachaba a Rhett.

—Por favor, ten cuidado —le dijo sin poder borrar la expresión de pena en su rostro—, e infórmame cualquier cosa.

—Gracias —Scarlett le devolvió la sonrisa—, por todo.

Scarlett corrió escaleras arriba y Vittoria bajó decidida a tener una muy seria, y amenazante, conversación con Rhett. De pasada avisó a Luciano que el invitado de última hora se iría acompañado de su hermana para que los dejaran salir sin más inconvenientes.

Cuando finalmente pudo salir al patio trasero, Rhett estaba buscando algo en la cajuela de su vehículo.

—Aquí tienes el dinero —le dijo Vittoria acercándose mientras le

enseñaba el sobre—. Scarlett me dijo que irá contigo, la convenciste con tu actuación, pero a mí no. Si algo le llega a pasar...

—El único peligro que corre mi hermana —le dijo Rhett incorporándose y acercándose hasta quedar de pie justo al frente de Vittoria—, es quedarse aquí rodeada de personas como tú y tu familia.

—No sabes de lo que hablas.

—Sí lo sé. —Rhett se inclinó hacia ella sonriendo, su rostro tan cerca que Vittoria podía ver que sus dientes ya no estaban tan amarillos y torcidos como ella recordaba—. Pequeña loba defectuosa.

Antes de que la implicación de sus palabras tomara sentido, Vittoria sintió el pinchazo en el brazo e inmediatamente el sabor de la droga en el fondo de su garganta, el efecto tan rápido que no tuvo tiempo de defenderse o gritar.

Lo último que se apagó fue su vista con la imagen congelada de una aguja hipodérmica clavada en su vena.

CAPÍTULO 35

El trayecto en coche hasta Denver sumió a Scarlett en la melancolía de los recuerdos. Tal vez, si Vittoria la hubiese esperado para despedirse, si su rostro hubiese sido lo último que vio antes de dejar atrás a la casa de los Fera, el sentimiento no la estaría consumiendo de esa forma.

La entendía. Vittoria era una buena amiga, le debía mucho y la quería; pero no podía negar su tendencia sobreprotectora y un poco dominante. Tal vez, por ese deseo constante de mantenerla a salvo había olvidado que Rhett era su hermano y Lucy su madre, y a la familia no se le daba la espalda sin importar si era perfecta u horrible, pues siempre estaba viva la semilla de la esperanza, esperando para germinar.

Y esa semilla estaba ahora más viva que nunca precisamente porque estar dentro del coche de su madre, con su olor a gasolina y comida para llevar, con los rastros de muchos momentos, evidenciados en las manchas de la tapicería y en esa ventana que no funcionaba, activaban recuerdos de épocas en que no todo había sido malo.

Rhett aprendió a conducir en ese coche. Su madre los llevaba al estacionamiento de un gran centro comercial cuando había poca gente para que Rhett practicara. Era, generalmente, una sesión de risas y bromas, que terminaba con una hamburguesa, un helado o una película, dependiendo de la situación económica de ese día. Algunas veces solo había para pagar un solo helado y lo compartían entre los tres y su hermano la tomaba de la mano mientras veían las

exhibiciones de las tiendas y le pedía que hiciera una lista pues algún día él sería capaz de comprarle todas esas cosas.

Tiempo después, Scarlett entendió que la única alternativa que quedaba para ella era estudiar, hacerse una carrera, y enfocó toda su energía en sus clases para ganar una beca que la llevara a la universidad y en unos trabajos de medio tiempo que le permitían guardar dinero para emprender esa aventura.

Fue entonces cuando perdió la conexión con su hermano y lo dejó buscar su propia fortuna con Lucy y sus amigos. Su mente adolescente no pudo prever que nada bueno saldría de eso, que su hermano no era esa figura paternal, maravillosa y fuerte, que era débil y estaba tan desesperado como ella.

Miró de reojo a Rhett quien continuaba enviando mensajes mientras conducía.

— ¿Todo bien? — preguntó preocupada.

— Sí. No te preocupes.

Rhett le sonrió y por primera vez en muchos años le recordó a su hermano, a ese que quiso tanto, a ese que nunca la decepcionaba,

— ¿Mamá estará bien?

— Seguro se está divirtiendo un montón.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro?

— Porque se fue con su nuevo novio a Las Vegas y sabes que no hay nada que haga feliz a Lucy tanto como un casino.

— ¿Qué? — preguntó Scarlett, su preocupación dando paso a la ira —. ¿Me mentiste? ¿Armaste todo ese drama solo para conseguir dinero?

Decepción y un poco de vergüenza se mezclaban dentro de Scarlett creando un coctel poco recomendable. Vittoria se lo había

advertido y ella no la había escuchado. En su mente todavía existían algunas líneas que, estaba convencida, Rhett no se atrevería a cruzar. Aparentemente la realidad y lo que pasaba por su mente eran terrenos distintos.

—No se trata de dinero, eso fue solo un bono adicional. —Rhett sonrió todavía más. No de forma maliciosa, no, sino como quien ha gastado una broma y está esperando la risa de la audiencia—. Tenía que sacarte de allí.

—¡Por el amor de Dios Rhett! ¿Por qué? —Scarlett miró por la ventanilla intentando calmarse, pero ya la mezcla de sentimientos estaba haciendo efecto, provocando que los ojos se le llenaran de lágrimas—. Vittoria es mi amiga, los Fera han sido buenos conmigo...

—No son buenas personas, hermanita.

—¿Todavía sigues creyendo que son mafiosos? Rhett, no lo son. —Scarlett se pasó las manos por el rostro. No había lugar para las lágrimas, no en ese momento. Tenía que pensar para dar con cómo arreglaría el nuevo entuerto de su hermano—. Me vas a dar ese dinero y se lo devolveré a Vittoria y no te preocupes, después de esta última treta me va a dar demasiada vergüenza volver a tener ningún tipo de contacto con ellos.

—Eso no hará falta.

—¡Claro que hace falta! Fue un préstamo. Tengo que devolver ese dinero

Rhett no respondió. Aparentemente habían llegado a su destino que, en vista de que la excusa que había argumentado para sacarla de donde estaba era mentira, no tenía idea de qué exactamente era lo que buscaban en ese lugar.

Estaban a las afueras de la ciudad, cerca de la zona industrial y,

como ya era de noche, todo parecía desierto.

Rhett aparcó cerca de uno de los depósitos, uno herméticamente cerrado, pero con una luz encendida encima de una de sus puertas.

—¿Qué hacemos aquí?

—Voy a entregar una mercancía, cobraré el dinero que me deben y podremos irnos —le respondió mientras tecleaba en el teléfono lo que debía ser otro mensaje.

—¿Irnos? No iré contigo a ningún lado. Me vas a devolver el dinero de Vittoria...

—Hermanita —le dijo Rhett de lo más razonable. No había en su expresión ningún atisbo de esa rabia o condescendencia que fue su mueca perenne cada vez que hablaba con ella en los últimos años. Se veía conciliador, feliz y seguro—. ¿Hace cuánto tiempo no me veías tan bien? ¿Tan claro mentalmente?

—Mucho —le dijo ella dudosa y también un poco esperanzada de que con sus próximas palabras todo tuviera coherencia, aunque por más que le daba vueltas no podía prever ninguna explicación razonable.

—Me han ofrecido una segunda oportunidad y no la voy a desperdiciar. Quiero que estemos juntos, como una familia, tú y yo, que retomemos todo donde lo dejamos, que finalmente tengamos la vida que merecemos. El doctor que trabaja aquí me ha ayudado con un tratamiento que ha hecho milagros en mi cuerpo en un tiempo récord y, como agradecimiento, estoy haciendo unos trabajos para él. Debo entregar el trabajo hoy y me dará dinero, suficiente para que nos podamos ir lejos.

—¿Por qué tendríamos que irnos lejos? ¿Qué hay de mamá?

—Lucy nos arruinó la vida, Scarlett. No le deseo mal, pero no

quiero que empañe nuestro futuro. Empezaremos de cero donde nadie nos conozca, donde no nos puedan ver por encima del hombro. Tú podrás terminar tus estudios en otra universidad y mantenerme vigilado para que no vuelva a ser un idiota. Podremos inventar hasta una palabra clave y cuando me ponga pesado me la dirás y yo recordaré este momento, el momento en que confiaste en mí, en el que yo fui lo suficientemente importante para alguien.

—Rhett ... —Scarlett apretó sus manos porque ansiaba creerle, como aquel que está perdido en el desierto y ruega a Dios que el oasis que ve en la distancia no sea un espejismo. Deseaba más que nada no dudar en abandonar su vida, la universidad, a Vittoria; deseaba que la sonrisa de Vin y sus besos no se colaran en sus pensamientos; deseaba no ser egoísta, no pensar en ella, solo en su hermano; como él había pensado solo en su bienestar cuando ella solo era una niña.

Tal vez si lo lograba, si sus deseos se convertían en realidad, esas voces que la torturaban, que le decían que había abandonado a su hermano cuando más lo necesitaba, finalmente la dejarían en paz.

—¿Qué dices Scarlett? ¿Juntos como antes? ¿Juntos como siempre debió ser?

—¿Pero qué pasa con el dinero de Vittoria?

—Ella no lo necesitará.

La puerta del galpón se abrió y dos hombres, evidentemente de un equipo de seguridad, evitaron que le dijera que no era cuestión de necesitarlo o no, era una cuestión de decencia.

Rhett bajó del vehículo y Scarlett lo siguió.

Los sujetos, que iban uniformados de color oscuro, con botas y armas en el cinto, se acercaron a Rhett.

—El paquete está en el maletero —anunció su hermano lanzando

al aire las llaves que uno de los guardias atajó sin ningún problema.

Ambos guardias se dirigieron al maletero y, mientras uno lo abría, el otro mantenía el arma apuntada hacia el interior.

Scarlett sintió un frío extraño en el fondo de su estómago al ver la escena, una incomodidad que iba más allá del mero hecho de esos dos hombres armados apuntando el maletero, una especie de advertencia, de premonición, que se convirtió en un grito cuando los hombres sacaron el cuerpo atado e inconsciente de Vittoria.

—¡No! —Intentó abalanzarse sobre los dos guardias, pero Rhett la asió por la correa del bolso que llevaba colgado el diagonal, impidiéndole avanzar—. ¡Vittoria!

—Tranquila, hermanita. No hagas una escena —le susurró Rhett pasándole los brazos por el estómago, pegándola a su cuerpo, restringiendo sus movimientos—. ¿Quieres que no nos paguen? —Luego miró a los dos guardias—. Díganle al doctor que estaré con él en un momento.

—¿Qué hiciste Rhett? —dijo Scarlett, ahora sí, sin poder controlar las lágrimas—. ¿Por qué?

—No son personas, Scarlett. Por más que quieras creerlo, no lo son. —Rhett la giró y la sujetó por los hombros—. Lo único bueno que tiene para el mundo la existencia de esos animales, se encuentra dentro de sus cuerpos.

«Lo sabe», pensó horrorizada. «Sabe lo que son».

—Claro que son personas —dijo sin afirmar ni negar nada—. Son mis amigos.

—Mírame, hermanita. ¿Cómo crees que logré recuperarme tan rápido? ¿Sin problemas de abstinencia, sin daños colaterales? ¡Hasta mi piel luce mejor! El doctor, el jefe de *Beauty Tech*, fabrica sueros

capaces de curar cualquier cosa a partir de lo que sea que está en la sangre, en los huesos, en la piel, de esos fenómenos. Piensa Scarlett, cuánta gente puede salvarse de una enfermedad terminal, cuánta gente...

Un extraño rompecabezas comenzó a formarse en la mente de Scarlett, las piezas cayendo en el lugar adecuado y ajustándose en los contornos: Su hermano, las desapariciones, el secuestro de los niños, todo estaba vinculado.

Adicionalmente, otra verdad tomaba forma en su mente gracias a las palabras de Rhett: Pruebas de laboratorio, enfermedades, sueros.

—¡Son personas! —gritó Scarlett sin poder evitar pensar en esos niños encerrados en jaulas esperando que les hicieran sabría Dios qué—. Los secuestraron, los apartaron de sus familias.

—Estás estudiando para ser científica —le dijo él con pena—. Sabes que hay sacrificios que deben hacerse, que hay pruebas hechas a partir de animales.

—No son animales —repitió Scarlett sollozando y Rhett la abrazó, como se abraza a un niño pequeño que no entiende las injusticias de la vida.

Los brazos de Rhett se deslizaron por su espalda, tratando de tranquilizarla, y sus manos bajaron un poco más, hasta que una de ellas rozó la punta del teléfono en el bolsillo posterior de sus vaqueros y se lo sacó. Ella trató de recuperar el aparato, pero Rhett ya lo había abierto, sacado la batería y estrellado contra el piso, plantando su pie arriba, descargando todo su peso, triturándolo.

—Necesitas tiempo para procesar todo esto y no quiero errores de juicio de tu parte, como que llames a tus amiguitos —dijo Rhett con tono calmado, echando al suelo también la batería—.

Vamos, hermanita, ven a conocer al doctor. Seguramente él explicará las cosas mejor que yo y finalmente podrás entenderlo.

El primer impulso que tuvo Scarlett fue salir corriendo, huir, buscar ayuda. Sin embargo, sabía que no llegaría muy lejos y menos allí en medio de la nada y a mitad de la noche. También estaba claro que Rhett, por más razonable que intentara parecer, no la dejaría irse tan campante con solo la promesa de no decir nada.

La única opción que le quedaba era entrar, estar en el mismo lugar que Vittoria, y esperar por alguna oportunidad para hacer algo.

Así que asintió y dejó que Rhett la llevara tomada de la mano hasta la puerta de entrada donde pasó una tarjeta magnética sobre el lector y la luz se puso en verde con el pequeño, casi imperceptible, ruido de la cerradura al destrancarse.

Detrás de la puerta había un largo pasillo bien iluminado, la luz blanca golpeando sus ojos tras pasar rato en la penumbra exterior.

Solo uno de los guardias de seguridad que había salido a buscar el cuerpo de Vittoria se encontraba allí, parado hacia la izquierda, viendo cuidadosamente unos monitores que mostraban cada rincón del aparcadero desierto. Del otro no había rastro.

Rhett la condujo a lo largo del pasillo. Algunas habitaciones eran laboratorios y había personal con batas blancas trabajando sobre microscopios y centrífugas, otras eran puertas cerradas con el mismo tipo de cerradura electrónica que la puerta por la que había entrado. Todas tenían un monitor al frente, pero en su mayoría estaban apagados.

Uno de ellos llamó su atención solo por el hecho de estar encendido y por ello su vista se desvió inmediatamente. La imagen que le mostró la pantalla la hizo perder el paso seguro y constante que

había decidido mantener en ese pasillo: Vasil Putrov, sentado en el suelo, su espalda contra la pared y a su alrededor, y también en su regazo, los niños perdidos. El rubio miraba la puerta con una fuerza tal que parecía querer desintegrarla solo con su voluntad y, al mismo tiempo, apartaba, con suma ternura, un cabello rebelde que había caído sobre los ojos del niño que dormía sobre él.

«Celdas, las puertas cerradas son celdas», pensó horrorizada.

Ella había pasado el día con los padres de esos niños, les había servido café y brindado la más esperanzadora de sus sonrisas; se había encontrado con sus miradas desesperadas, rabiosas y, en algunos casos, un poco perdidas.

Tuvo que morderse la lengua para no comenzar a llorar nuevamente y meterse las manos en los bolsillos para no tratar de abrir esa puerta de cualquier forma posible.

«Están con Vasil, están con Vasil», repetía una y otra vez, el mismo cántico que había escuchado de los padres, y el comprobar que era cierto le dio la fuerza necesaria para seguir caminando.

Sin embargo, todo horror que pudo sentir al ver esa imagen de Vasil y los pequeños, la pequeña gota de esperanza de saber que los niños estaban cuidados por alguien que se preocupaba, se diluyó como azúcar en el río cuando siguió avanzando y el espectáculo de horrores se hizo más dantesco.

Más adelante había otro laboratorio con paredes de vidrio y allí, en una cama clínica, atada de pies y manos y con una gruesa banda que le impedía mover la cabeza, yacía una persona, o al menos, lo que quedaba de ella. Estaba tan delgada que la piel se le pegaba a los huesos, convirtiéndola en un esqueleto recubierto. Todavía estaba viva y así lo evidenciaba el monitor de ritmo cardiaco colocado al lado

de la cama.

A pesar de sus intenciones sus pies se detuvieron. Una especie de máquina de diálisis estaba conectada a una vía en una de las venas de sus brazos, la piel que no estaba tapada por una pequeña manta de papel, mostraba secciones en carne viva, como si hubiesen retirado quirúrgicamente cuadrados muy parecidos a los que se usaban en los injertos y nadie los hubiera vendado después. La mujer, porque era una mujer, tenía las manos en forma de garras y sus pies eran patas, como si la fuerza la hubiese abandonado a la mitad del cambio y ya no pudiese controlar su estado.

Había más habitaciones como esas. Se multiplicaban más allá de la pared de vidrio, pero Scarlett tuvo que bajar la cabeza. La bilis estaba ya subiendo por su garganta.

—¿Ves? —le dijo Rhett, tocándole ligeramente el brazo—. Animales, fenómenos. Vamos, Scarlett.

Le costó un mundo seguir a Rhett por el pasillo. Estaba hiperventilando, las náuseas y el mareo le hacían casi imposible caminar derecha. Solo quería sentarse y esconder la cabeza entre las rodillas.

Llegaron finalmente a una puerta cerrada y su hermano llamó educadamente.

—Adelante —dijo una voz desde el interior.

Rhett abrió la puerta y ambos entraron a lo que parecía ser una oficina: un escritorio con una portátil encima y varios archivos ordenados, una silla ejecutiva, dos sillas para visitantes y un sofá muy cómodo en una esquina.

—¡Señorita Ford, que gusto que nos acompañe!

Scarlett volteó hacia el lugar de donde provenía la voz y tuvo que

pestañear un par de veces para estar segura que su cerebro no la estaba engañando, que el rostro de ese hombre con bata blanca y un libro de medicina en la mano no era un truco muy cruel de su mente.

—Doctor Harlow —dijo casi en susurro asombrado y a la vez tímido, esperando que, de un momento a otro, alguien la sacara de su error y ese hombre no fuera el tío de Vittoria y Vin, sino una persona que, por esas extrañas razones del destino, se le parecía mucho.

—Te has recuperado muy bien —dijo acercándose—. Hubiese sido más rápido con una de mis fórmulas, pero no podía usarlas allá. —Le sonrió cómplice e inspeccionó su rostro más de cerca.

La mente de Scarlett trabajaba a mil por hora. No podía ser verdad. Tenía que haber alguna explicación lógica, razonable, algún detalle que se estaba perdiendo.

Felix Harlow hizo amago de tocar su rostro y, lo más graciosamente que pudo, Scarlett dio un paso atrás e inspeccionó sus alrededores intentando convocar una expresión maravillada, casi como si estuviese en el Mundo de Disney.

—Scarlett se ha mostrado muy interesada en el trabajo que hace aquí —mintió Rhett, salvando su mala educación—. Aunque, claro, yo no pude explicárselo muy bien.

—Tiene unas instalaciones impresionantes —dijo Scarlett todavía dándole la espalda. Sus dotes histriónicas no igualaban a las de su hermano. Necesitaba algo de tiempo.

—Mis clientes son personas generosas, pero también muy exigentes —le explicó Felix—. Precisamente gracias a su generosidad, y también a su exigencia, es que mis estudios se han expandido de la forma en que lo han hecho.

El cuerpo de Scarlett temblaba como una hoja, de rabia, de miedo,

de preocupación. Sin embargo, necesitaba comprender, ahora más que nunca.

Se volvió y como le era imposible convocar una sonrisa hizo lo posible por, al menos, mostrar una expresión interesada. Era más fácil porque interesada estaba, solo tenía que desterrar el horror de su rostro.

—¿Cuál sería esa forma de expansión? —preguntó.

—Hasta donde la ciencia y mi creatividad me lo permita. —Felix fue hasta el sofá, se sentó y le hizo un gesto a Scarlett para que lo acompañara—. Me comentaste el día que te examiné que estudias Biología ¿correcto?

—Sí. —Scarlett se acercó y tomó asiento—. Es por eso que estoy curiosa, por las aplicaciones científicas de sus estudios.

—No hay nada más curioso que la mente de un científico. —Le sonrió—. Verás, cuando me hice cargo de la atención médica de los relacionados con mi familia política, traté de estudiarlos a nivel celular para entender mejor la forma en que funcionaban y así ayudar lo mejor posible. Mientras más los estudiaba, más fascinantes los encontraba. Una especie humanoide, pero completamente diferente, caminando entre nosotros.

—No tan diferente. Hay fertilidad.

—Un error de la evolución. —Felix hizo un gesto displicente con la mano—. Si se hubiesen quedado aislados unas cuantas décadas más la incompatibilidad sería completa. Incluso en este punto no pueden recibir transfusiones de sangre humana ni nosotros podemos recibir las de ellos. Es por eso que los embarazos de mi hermana fueron tan complicados.

—Si somos tan incompatibles ¿para qué quiere... —Scarlett buscó

el término adecuado—, materia prima?

—Esa es la belleza de la ciencia moderna: todo puede ser procesado. Comencé a elaborar un suero tratando de limar esas diferencias, de hacerlo estable, tratando de probarme a mí mismo que no éramos tan diferentes. Un día llegó al hospital un niño con quemaduras en noventa por ciento de su cuerpo. No había mucho que pudiera hacer. Se me ocurrió entonces probar en él la última versión de mi estudio e hizo maravillas para disminuir las infecciones y lograr una regeneración bastante buena de su piel. Fue entonces que comprendí lo mucho que ellos podían hacer por nosotros, el abanico de posibilidades.

«Claro que, para llevar mis investigaciones al siguiente nivel, necesitaba fondos. Así que comencé con tratamientos para la piel, desde eliminar arrugas y marcas de nacimiento, hasta cicatrices. También creé algunos productos para bajar de peso. Así nació *Beauty Tech*. Después comencé a trabajar con atletas de alto rendimiento. Los compuestos que elaboraba les daban más fuerza, más resistencia y pasaban cualquier control antidopaje pues no contenían medicamentos prohibidos. Eso trajo los fondos y la demanda de otros productos. Fue entonces que la materia prima, como tú la llamas, comenzó a faltar. Tengo bastante guardado de Vin, gracias a esa tendencia de mi sobrino a los accidentes, y algo de Silvio de la última vez que fue atacado, y lo agradezco, porque cualquier material de un Alfa da el doble de resultados y se cobra a precios exorbitantes. Sin embargo, para avanzar necesitaba más que sangre y pequeños tejidos epiteliales».

«¿Pequeños?», pensó Scarlett horrorizada al recordar los pedazos de piel faltantes en la mujer atada a la cama. Una terrible idea

comenzó a formarse en su mente.

—¿Está trabajando con trasplantes órganos? —Scarlett no pudo ocultar el horror en su voz, solo esperaba que Felix lo tomara como impresión.

—Manejamos algunos tejidos dérmicos, pero hay que tratarlos mucho, y hemos cumplido con éxito la sustitución de partes óseas; pero ¿tejidos blandos? —El doctor negó con la cabeza. Parecía frustrado—. Completamente incompatibles. No obstante, en casos como los de tu hermano, logramos una desintoxicación completa con sensación de bienestar y recuperación hasta cierto grado de los órganos afectados, gracias al acelerado metabolismo de nuestros donantes. Para un parahumano es muy difícil emborracharse o drogarse, su cuerpo quema todo tan rápido... —Suspiró como quien ve una pintura en un museo—. Son criaturas fascinantes, así que el cielo es el límite.

«No son criaturas, hijo de puta, son personas, son tu familia», pensó Scarlett con amargura.

—Doctor... —intervino Rhett quien había permanecido durante toda la conversación de pie en un rincón—. Chad ya regresó del otro almacén. Asegura que su parte está completada.

—¿Con éxito?

—O'Reilly se encargó de los tipos que contrató y Chad se encargó de O'Reilly, justo antes de que el equipo táctico de los Fera llegara.

«El equipo táctico», pensó Scarlett un poco descorazonada. «Vin, Calen...llegarán a casa con las manos vacías, sin pistas, solo para darse cuenta que no estamos».

—Las ventajas de tener un inocente informante dentro de la casa. —Felix sonrió y se inclinó hacia Scarlett como quien está a punto de

hacer una confidencia—. Mi pobre hermana se encargó de decirme a dónde iban, cuándo, el momento en que la casa quedó desprotegida. Otras veces solo tenía que escuchar: la señora fulana se quejaba de que desde que su hijo que se había mudado a la ciudad nunca llamaba ni iba de visita, lo que quería decir que nadie lo extrañaría si dejaba de comunicarse; muchos niños estarían juntos jugando sin mucha protección, ese tipo de cosas. —Se encogió de hombros y se puso de pie—. Rhett, hijo mío, ¿me harías el enorme favor de llevarle su pago a Chad? —Fue hasta el escritorio y sacó un sobre—. Es tu contacto, a fin de cuentas. Luego regresas y podrás llevarte el dinero, te lo tengo allí mismo. —Señaló lo que parecía ser uno de esos maletines que usan los médicos—. Confío en que volverás a visitarme con frecuencia.

—Cada vez que lo necesite, doctor.

—Tal vez tu hermana quiera venir a trabajar conmigo una vez que se gradúe. Puedo pagar su post-grado si es en un área de interés para nosotros.

—Esa fue siempre mi idea.

—Eres un buen chico, siempre preocupado por el futuro de tu hermana. —Felix le sonrió—. ¿Cómo te has sentido? ¿Dolores? ¿Temblores? ¿Algún otro tipo de reacción?

—Me siento bien. Un poco cansado.

—No es para menos. Has trabajado mucho. —Le entregó el sobre y en un gesto casi paternal, le desordenó el cabello—. Vamos a encargarnos un poquito de ese cansancio.

El doctor se acercó nuevamente a su escritorio y sacó una jeringa ya preparada.

—La tenía lista para ti.

Scarlett fue testigo de la forma en que la mirada de su hermano se

transformó, enfocada en esa jeringa, deseosa. Era exactamente igual a la mirada que exhibía antes por otras sustancias contenidas en una jeringa muy distinta.

El doctor no se había terminado de acercar, cuando Rhett ya se había quitado el abrigo, remangado la camisa y estirado el brazo.

—Aquí tienes para terminar la noche.

La aguja hizo contacto con la vena y, mientras el líquido entraba a su cuerpo, la expresión de Rhett era de una dicha casi sublime.

Scarlett no estaba segura de si quería vomitar o ponerse a llorar.

—Ya estamos listos —anuncio Felix tras sacar la aguja y limpiar el punto con un algodón con alcohol. Su trato con Rhett era tan solícito, tan tierno, que esperaba que le diera un besito para el dolor.

Con un suspiro de satisfacción Rhett abrió los ojos, recompuso la manga de su camisa y miró a Scarlett sonriendo como un niño tras comer un enorme pedazo de pastel de chocolate.

—Es tiempo de irnos a cumplir con esta diligencia, hermanita. Cuando regresemos podrás continuar con tu conversación con el doctor. Veo que te ha hecho mucho bien.

CAPÍTULO 36

Vittoria despertó con una sensación extraña en la boca. Era como si la tuviera rellena de algodón.

Intentó abrir los ojos, pero la claridad la golpeó, logrando que por reflejo volviera a cerrarlos. Sin embargo, una sensación de urgencia en su interior la instaba a que inspeccionara el lugar en que se encontraba. Por alguna extraña razón se sentía en peligro. Tal vez era el penetrante olor a medicamentos, alcohol y antisépticos. Era una cosa que había aprendido desde niña: nunca debía permitirse ser internada en un hospital.

Esta vez más preparada para lo que enfrentaría, abrió los ojos poco a poco y, tal y como lo temía, se vio rodeada de equipos médicos. Estaba a punto de convocar todas sus fuerzas para salir de allí cuando una figura familiar apareció en su campo de visión y pudo relajarse.

El tío Felix era el único elemento en una sala médica que la hacía estar tranquila. De niña, había pasado mucho tiempo con él en lugares así, cuando le habían hecho todos esos estudios genéticos para tratar de determinar por qué no podía cambiar.

—¡Hola dormilona! —la saludó su tío con una sonrisa.

El primer impulso de Vittoria fue responder el gesto, pero estaba recordando; Rhett, Scarlett, Vasil... Si ahora estaba en un hospital, algo había pasado, de algo se había perdido. ¿Estaban todos bien? ¿Se habían solucionado las cosas?

—¿Qué...? —comenzó a preguntar, pero la pesadez en su lengua no le permitió terminar de formas la oración.

—Ahora no, mi niña. Vamos a hacer una pequeña prueba primero.

Un hombre vestido de enfermero se acercó con una llave en la mano y procedió a abrir una especie de esposa, aunque más gruesa, que la mantenía atada a la cama con una cadena corta.

Vittoria se removió inquieta y se dio cuenta que su otra mano también estaba inmovilizada, al igual que sus dos piernas. Por instinto, empezó a tirar de las ataduras y el enfermero dio dos pasos atrás.

—Tranquila. —El tío Felix se acercó sonriendo y le quitó la llave al enfermero—. No hay que ponerse así. Se trata solo de seguridad para mi personal. Sabes lo fuerte que eres. —Le guiñó un ojo. Vittoria dejó de debatirse y Felix abrió una de las esposas—. Ahora vamos a acostarte de lado.

La ayudó a voltearse y sintió que desataron una de sus piernas.

—Recoge la pierna, cariño.

Vittoria obedeció. ¿Quién sabía que había en esa aguja que Rhett había puesto en su brazo?

Sintió que subían su camisa y bajaban un poco la cinturilla de los vaqueros que llevaba puestos.

—Un pequeño pinchazo —anunció Felix y ella sintió el aguijonazo en la parte baja de su espalda—. Vas a sentir esa parte un poco dormida —explicó al tiempo que la sensación se extendía—. Ahora un pellizco.

Fue más que un pellizco. Vittoria sintió que una aguja estaba taladrando su columna. Su primer impulso fue gritar, pero se limitó a apretar los dientes.

Le pareció que tomaba mucho tiempo, aunque probablemente no pasaron más de tres minutos, hasta que sintió algo frío untado en la parte baja de su espalda y un vendaje siendo colocado.

—Lista la muestra de líquido cefalorraquídeo —anunció Felix mientras los enfermeros volvían a acostarla y a asegurar su mano y su pierna—. Trabajaremos con esto primero, y luego algo de médula ósea.

Vittoria no prestaba atención a las palabras ya que, en la habitación continua, separada de ella por un vidrio, había una forma vagamente familiar. Estaba famélica, con pedazos de piel faltantes en sus brazos y piernas y las manos tenían forma de garras. A pesar de eso, pudo reconocerla. Era Sofía, una de las últimas chicas desaparecidas. Estaba sola en esa habitación, no se veían padres o familiares en ninguna parte.

Un poco más alerta, miró a su alrededor. No estaba en la pequeña clínica del pueblo, tampoco se parecía a ningún hospital que hubiese visto antes. Era más como un laboratorio, uno muy parecido a los de Jurassic Park.

—¿Qué está pasando? —preguntó un poco nerviosa, logrando finalmente que su lengua respondiera—. ¿Dónde está papá? ¿Vin?

—No tienes por qué preocuparte por eso ahora.

—Yo decidiré por lo que debo preocuparme —dijo y su voz todavía sonaba un poco ronca—. ¿Qué está pasando?

—Mi pobre niña, con ese carácter tan parecido al de Silvio. —Hizo una mueca de desdén—. Ellos nunca te han apreciado, no ven lo especial que eres, no saben lo importante que puedes llegar a ser para el mundo de la medicina moderna.

—¿Y tú sí? —Un miedo que no podía explicar, pero que vencía los efectos remanentes de la droga, estaba instalándose en el medio de sus huesos.

—Eres una especie única. —Se acercó y comenzó a acariciarle el

cabello—. No tienes ese cromosoma extra de los otros parahumanos, ese cromosoma que les permite cambiar y que hace tan difícil la compatibilidad con los humanos. Las primeras muestras con las que trabajé fueron las tuyas y nunca ninguna otra ha dado tan buen resultado, ni siquiera las de tu padre o tu hermano.

«Especie», pensó. «Me llamó especie».

—¿Resultados de qué?

—Un pequeño estudio que he realizado desde hace muchos años con diversas muestras de parahumanos. Contigo como donante podremos hacer maravillas. ¡Quizá hasta a curar el cáncer!

Vittoria volvió a mirar a su alrededor: el extraño laboratorio, la soledad de los pasillos, Sofía en la habitación vecina, sus ataduras. La palabra «donante» no le pareció adecuada pues significaba un acto voluntario.

—¿Dónde está Vasil? —preguntó entre dientes, su cerebro negándose a rellenar los espacios en blanco y sacar unas conclusiones que estaban a la vista.

—Cuando esos idiotas lo trajeron estaba tan molesto. —Felix negó con la cabeza y Vittoria sintió que el estómago se le iba a los pies—. ¡Ese animal rabioso y antipático! Pero luego pensé que nunca está de más tener material de un Alfa tan poderoso a disposición y, además, podríamos crear más como tú.

—¿De qué estás hablando? —Sin darse cuenta, Vittoria comenzó a tirar de las ataduras—. ¿Vas a clonarme o algo así?

—No. Nada tan avanzado. —Felix hizo un gesto despectivo con la mano—. Sin embargo, la fertilización en vitro no es tan complicada y si mezclamos los dos ADN y controlamos el proceso, podemos tener muchas como tú, más poderosas incluso, una fuente inagotable de

materia prima para nuestros estudios.

—¡Soy tu sobrina! —El gritó salió de su garganta ya casi sin esfuerzo—. Mi mamá es tu única hermana, somos tu familia. ¿Cómo puedes ser tú quien...?

—Deja de ser tan melodramática y egoísta. Anna escogió su camino con el animal de tu padre y no escuchó las objeciones de nadie —escupió con una expresión cargada de rabia—. Me ofrecí a sacarle del vientre ese monstruo que es tu hermano, ese animal que casi la mata incluso antes de nacer, y no me dejó. —Se volvió a ver a Vittoria y su expresión se dulcificó—. Traté con otras muestras, con otros sujetos. Sabes que eres mi sobrina favorita, pero nada funciona tan bien como lo que está dentro de tu cuerpo. ¿No quieres ayudar al mundo a ser un lugar mejor? ¿Libre de enfermedades? ¿O prefieres ser como tu padre y tu hermano, pagados de sí mismo creyéndose mejores que el resto?

—Estás loco.

—No, sólo soy un médico brillante que vio una oportunidad. Además, si quieres hablar de familia, te puedo decir que les estoy haciendo un favor a los Fera. —Se inclinó para susurrarle en el oído—. Su mayor vergüenza, o sea tú, va a desaparecer sin dejar rastro, y quité del camino a Vasil Putrov. Ambos sabemos que tu padre lo tiene en alta estima y era probable que lo nombrara Alfa, dejando de lado a tu hermano.

—Mi padre me ama y va a matarte.

—Tu padre no puede ver más allá de su nariz. —Felix se incorporó y alisó su bata—. Como todos ustedes, solo valora la fuerza física y no la mente, no cree que alguien «débil» pueda vencerlo. Esta operación lleva años en funcionamiento, desde que eras una niña, y nunca han

estado ni cerca de enterarse. Ahora, con Vasil, los niños, tú y los otros que creemos a mi disposición, no será necesario buscar materia prima por algún tiempo y las cosas se calmarán, pues me he encargado que todos los participantes en esta última incursión no puedan hablar. Toda búsqueda de tu familia no será más que una calle ciega. Eventualmente se darán por vencidos, consolaré a mi hermana por su pérdida, continuaré supervisando la clínica del pueblo y todo volverá a ser como antes.

Felix le dio la espalda y salió de la habitación.

CAPÍTULO 37

—No puedo creer que, de verdad, estés considerando hacer esto.

Scarlett miró a Rhett con reproche desde el asiento del copiloto.

—Pensé que después de haber hablado con el doctor lo tenías todo más claro —le dijo él, genuinamente confundido.

—Lo único que me quedó claro es que no puedes confiar en él. ¿No lo ves? ¡Felix es capaz de traicionar hasta su propia familia! ¡De dañar a su sobrina! —gritó—. Y si entendí bien ha eliminado a toda la cadena que lo ayudó con los secuestros. ¿Quién te dice que no eres el próximo? Todavía estamos a tiempo Rhett...

—No entiendes. —La miró molesto—. El doctor Harlow me aprecia. Conmigo es diferente porque sabe lo que es perder una hermana con esa gente y no quiere que pase por lo mismo. Hasta que me buscó nadie se había preocupado por mí. Me ha dado tratamiento para que esté mejor. ¿Eso no significa nada para ti? ¿Qué yo esté bien no te importa?

Scarlett respiró tratando de calmarse. Nadie entendía con regaños y gritos.

—¿No has pensado que te buscó porque sabía lo que sucedió entre Vin y tú? —preguntó más calmada—. ¿Que te está dando lo que necesitas solo para que hagas su trabajo sucio y luego deshacerte de ti como hizo con los otros?

Rhett se rio.

—Me buscó hace meses. Quería saber más sobre la agenda de Vittoria en la universidad, qué hacía, los lugares que visitaba. Lo mandé a la mierda, pero siguió viniendo, contándome cosas,

dejándome muestras para que las usara, sin pedir nada a cambio. Comencé a usarlas e inmediatamente noté el cambio: me sentía más fuerte, más enfocado. Me advirtió que para que su efecto fuese completo, debía de dejar de usar drogas, pero no le hice caso, no tenía ninguna motivación para dejarlas. Cuando los Fera vinieron por ti, fui yo quien lo buscó, quien decidió rehabilitarse. No podía dejarte a merced de esas bestias. —Negó con la cabeza—. No voy a perder a mi hermana como le pasó a Felix. Tu eres importante para mí, lo que queda de mi familia, y tarde o temprano entenderás que es lo mejor.

—No voy a participar en esto Rhett. —Scarlett negó con la cabeza para afirmar su mensaje—. No solo es ilegal. ¡Está mal! Hablamos de vidas humanas.

—Tienes que entender que no son humanos. Además, ¿qué vas a hacer? ¿Correr a casa de los Fera? ¿Te van a creer? Piénsalo Scarlett: desapareciste al mismo tiempo que Vittoria, con diez mil dólares, justo después de una visita de tu hermano, el de dudosa reputación. Creerán que estabas en todo esto.

—No lo harán. —Aunque trató de poner el mayor convencimiento en su voz, no salió del todo segura.

—Si se enteran de que estoy involucrado en todo esto, esos animales van a matarme. ¿Eso es lo que quieres? ¿Entregar a tu hermano, tu única familia, tu sangre, a esas personas que no son nada tuyo? Tenemos un futuro por delante, un posible trabajo para ti cuando termines la escuela, uno importante y bien pagado, de investigación como siempre quisiste, y tú quieres entregarme a esos perros con esteroides.

—Si les explicamos, si vas conmigo...

Rhett bufó y negó con la cabeza.

Habían llegado a la avenida Colfax, cerca de las calles catorce y quince, donde se concentraba la mayor parte de bares y discotecas de moda. Había mucho tráfico de personas y lugares abiertos y llenos. Scarlett comenzó a hacer un plan: Allí sería más fácil escapar, perder a Rhett y buscar a alguien que le prestara un teléfono, que la ayudara.

Como leyendo sus pensamientos, su hermano abrió la guantera del coche y sacó un arma.

—No voy a permitir que hagas ninguna estupidez, Scarlett. Compórtate. Ante cualquier eventualidad, si no regreso a tiempo o si tú desapareces, el doctor pondrá en marcha el plan de contingencia y eliminará toda la evidencia, tu amiguita incluida. Él no confía en ti, no como yo lo hago.

Aparcó en el primer lugar disponible y guardó el arma en la cinturilla de sus pantalones. Se bajó y dio la vuelta para estar a su lado en lo que ella emergió del coche, tomándola del brazo.

Para cualquier transeúnte podrían parecer una pareja cualquiera, pero Scarlett podía sentir los dedos de Rhett hundirse en su piel a través del abrigo al igual que el peso de su bolso que le rebotaba en el muslo con cada paso.

«¿Por qué está tan pesado si ni siquiera tengo mi teléfono?», se preguntó.

Trató de recordar la última vez que había reparado en lo que tenía dentro. Fue ese mismo día, cuando estuvo en su casa con Vin buscando sus cosas. Había metido allí un sobre con dinero ¡Y el iPad!

No tenía instalada ninguna aplicación para llamadas telefónicas, pero tenía Facebook y Skype. Necesitaba un momento a solas para poder comunicarse con alguien.

—Sonríe —le dijo Rhett entre dientes—. No queremos que la gente

piense que te llevo en contra de tu voluntad.

Rhett comenzó a caminar por la calle quince, dejando atrás a la marea de gente que entraba y salía de los locales, divirtiéndose, prestando ninguna atención a la chica pelirroja y al sujeto que la llevaba del brazo.

Entraron a un lugar al final de la calle y las esperanzas de Scarlett se hundieron un poco más. No se trataba de una de esas discotecas atestadas de jóvenes donde sería más fácil separarse con cualquier empujón. Era un salón de billar con pocas personas y ninguna de ellas se veía particularmente amigable.

—Necesito ir al baño —le susurró Scarlett, tratando de no parecer muy ansiosa.

—Ni lo sueñes. Saldremos de aquí rápido. Podrás ir al baño cuando regresemos.

—De verdad necesito ir.

—Puedes hacerte encima si estás muy apurada. No soy estúpido.

Llegaron a una mesa al fondo, donde un sujeto con cara de malas pulgas estaba solo saboreando algún tipo de licor claro.

—Chad —saludó Rhett con una leve inclinación de cabeza y a continuación deslizó el sobre en la mesa—. Lo prometido.

El hombre tomó el sobre y espió en su interior. Solo entonces levantó la cabeza y esbozó lo que parecía una sonrisa.

—Un placer hacer negocios contigo, Rhett. Más ahora cuando has aumentado tu nivel de juego. —Dio otro trago a su vaso y miró a Scarlett. Su sonrisa se ensanchó un poco más—. Hola tú.

—Hola —dijo Scarlett sonriendo de vuelta. Si su única opción de escapar era un sujeto como ese, no iba a ponerse exquisita.

—Ni lo sueñes. —dijo Rhett a Chad al tiempo que apretaba el

brazo de Scarlett más todavía—. Mi hermana no es ese tipo de chica.

—¿Y tu hermana no puede decirlo por sí misma? —le preguntó Chad sin dejar de ver a Scarlett.

—No, no puede. Un placer verte, Chad.

Rhett la tiró del brazo y prácticamente la arrastró fuera del lugar donde comenzó a desandar el camino a paso apresurado. El lugar donde la calle quince hacía esquina con la calle Colfax se acercaba y Scarlett sabía que no podía subir a ese coche nuevamente, su consciencia nunca la dejaría en paz si, al menos, no lo intentaba. Tenía que zafarse del agarre de Rhett, correr y esperar lo mejor, para ella y para el futuro de su hermano. Por más que quisiera, no podía protegerlo más.

«Tú puedes hacerlo, Scarlett. No esperes más. Aprovecha ahora que hay bastante gente. No estás traicionando a tu hermano, estás haciendo lo que es correcto», se decía mentalmente.

—¡Scarlett! —un grito paralizó su intento de escape.

Frente a una discoteca muy concurrida, fumando con un grupo de personas en la puerta, Dux agitaba la mano y sonreía. Comenzó a cruzar la calle en su dirección.

—¿Quién es ese? —le preguntó Rhett con tono amenazante.

—Dux Ludis, un compañero de la universidad —le explicó—. No hagas una escena en medio de la calle. Él no tiene nada que ver con esto.

—Deshazte de él rápido y sin trucos, o no irá bien para ninguno de los dos.

—¡Qué gusto verte! —exclamó Dux en lo que estuvo frente a ellos y sin pensarlo Scarlett se zafó de Rhett, quien había aflojado un poco su agarre, y se lanzó a los brazos de su compañero.

Por un momento, el calor de su cuerpo la hizo sentir a salvo y agradecida, al menos hasta que recordó que su hermano estaba justo detrás de ella, armado y con poca paciencia. Hacer cualquier cosa no solo la podría poner en riesgo, también a Dux, que era completamente inocente de todo lo que ocurría. No podía prever lo que Rhett haría.

—¿Todo bien? —preguntó Dux, lanzando una mirada preocupada al lugar donde Rhett esperaba.

—Sí, solo estoy contenta de verte. —Scarlett se separó y sonrió como nunca lo había hecho en su vida.

—¿Qué te pasó en la cara?

Sin quererlo, Scarlett se llevó la mano a la mejilla.

—Me caí por unas escaleras. Nada grave. Sabes que soy muy torpe.

—¿Tú? ¿Torpe?

—Este es mi hermano, Rhett. —Scarlett cambió el tema. No tenía mucho tiempo y todavía debía pensar en qué hacer.

—¿Rhett y Scarlett? —preguntó Dux sonriendo mientras estrechaba la mano de Rhett—. Curiosa elección de nombres.

—Sí, nuestra madre y sus malas decisiones —dijo Rhett con una sonrisa que no era tal—. Espero que no sea genético y mi hermanita no lo haya heredado.

—¿Has sabido algo de Vittoria? —preguntó Dux un poco nervioso, incluso se pasó una mano por la nuca.

Con solo la mención del nombre de su amiga, Scarlett sintió que todos los músculos de su cuerpo se tensaban. También vio a Rhett envararse y llevar la mano a su espalda, justo donde llevaba el arma.

—No desde que salimos de vacaciones. —La sonrisa de Scarlett era todo menos sincera y esperaba que Dux lo notara—. ¿Por qué?

—Tengo días llamándola y me manda derecho al buzón de voz, tampoco responde mis mensajes. Está desaparecida en acción.

—Ya sabes cómo es ella. —Scarlett hizo un gesto con la mano—. Si quieres mi consejo, deberías hacer exactamente lo mismo que hiciste hace dos años cuando desapareció por primera vez. —Lo miró con intención solo por un segundo, sin dejarlo responder—. ¿Recuerdas? No te preocupaste y esperaste a que ella te llamara, exactamente lo mismo que cuando perdí mi iPad aquella vez y me dijiste que no me preocupara, que ya aparecería.

—Pero... —comenzó a decir Dux y ella contuvo la respiración.

—Tenemos que irnos —lo interrumpió Rhett.

—Sí, tenemos que irnos. —Scarlett sonrió ampliamente, volvió a abrazarlo y le dio un beso en la mejilla—. Y sigue mi consejo al pie de la letra. No pienses más en Vittoria en estas vacaciones.

Rhett volvió a tomarla del brazo y con un asentimiento de cabeza hacia Dux, a modo de despedida, comenzó a llevarla calle abajo.

Solo por un segundo Scarlett pudo voltear y lanzarle a su amigo lo que esperaba fuera una mirada desesperada. Luego intentó enfocarse, debía buscar la manera de encender el iPad sin que Rhett se diera cuenta.

CAPÍTULO 38

Dux no se quedó mucho rato más en la discoteca, a pesar de la protesta de sus amigos. Esa conversación tan extraña con Scarlett y, por sobre todas las cosas, su actitud, no abandonaba su cabeza. Estaba claro que algo no estaba bien.

Dio unas vueltas en el coche e intentó de nuevo llamar a Vittoria. En esta oportunidad la llamada fue directamente al buzón de mensajes. También lo intentó con Scarlett con el mismo resultado.

Vittoria vivía en un pueblo a las afueras de Fort Collins. Con el poco tráfico y la potencia de su Lexus podía llegar allí en poco más de dos horas y ¿qué haría después? ¿llamar a su puerta en plena madrugada? ¿decir que había creído entender que Scarlett le daba un extraño mensaje?

Si la primera y última vez que había ido a casa de Vittoria, a una hora decente y con un motivo más que válido, su hermano prácticamente lo había echado a patadas; llegar de madrugada no iba a ganarle un mejor recibimiento.

«Mejor me voy a casa y mañana decido. Debo consultarlo con la almohada», pensó, pero sus manos no daban la curva necesaria para tomar la vía de regreso.

El rostro de Scarlett cuando se fue era una súplica asustada, ese hombre al que le presentó como su hermano era muy extraño y sus palabras...

«Deberías hacer exactamente lo mismo que hiciste hace dos años».

Eso era una instrucción precisa, escondida con una explicación opuesta. Scarlett no era el tipo de chica que le ordenaba a alguien qué

hacer, ni que abrazaba, ni que sonreía tanto.

Sin haber tomado una decisión consciente, el Lexus de Dux ya estaba en la I-25 vía Fort Collins. El joven puso algo de música.

«Estoy de vacaciones y no tengo nada que hacer mañana temprano. Puedo ir a dar un vistazo», pensó dándose ánimos y, a pesar de que se repetía que el viaje no era otra cosa que un paseo en coche en plena noche, la sensación de urgencia en su estómago no se disipaba.

Cuando llegó al pueblo, cercano al Bosque Nacional Roosevelt, el ambiente era más que extraño.

Debido a la hora, esperó encontrar las calles desiertas, pero había demasiada actividad en el lugar y, obviamente, no se trataba de esos famosos festivales de invierno de los que Vittoria siempre hablaba.

Por su visita previa, Dux sabía que debía dejar atrás la calle principal y seguir en dirección a los bosques, pasar las granjas, y luego encontraría la residencia de los padres de su amiga. No obstante, cuando dejó atrás el pueblo una alcabala le impidió seguir avanzando.

—Buenas noches, señor —le saludó por la ventanilla un hombre uniformado, pero no era policía. Más bien se asemejaba a un guardia de seguridad privado—. ¿Hacia dónde se dirige?

—Voy a la casa de los Fera —respondió Dux a quien todo le parecía más raro cada segundo que pasaba.

—¿Lo están esperando?

—No exactamente. Soy amigo de Vittoria Fera.

—La señorita Vittoria no se encuentra en casa —dijo el hombre y su tono, así como su expresión, dejó de ser educadamente cordial para tornarse un poco desdeñoso. Era obvio que lo estaba despidiendo.

—Lo sé —soltó Dux recuperando momentáneamente la atención

del guardia—. Una amiga de ella, Scarlett Ford, me pidió que entregara un mensaje.

El hombre lo miró de arriba abajo e incluso le pareció que sus fosas nasales se dilataban un poco, como si estuviese tratando de oler algo.

—¿Y su nombre es?

—Dux Ludis.

—Espere un momento, por favor —dijo finalmente y se apartó del vehículo lo suficiente para que Dux no pudiese escuchar lo que hablaba a través de un radio.

La conversación fue breve y el sujeto regresó.

—Puede pasar —dijo haciendo un gesto para que retiraran parte de la barricada—. ¿Sabe cómo llegar?

—Sí, he estado aquí antes. Muchas gracias.

«¿Qué demonios está pasando aquí?», se preguntó Dux mientras conducía hacia el bosque a través de la carretera bordeada por granjas.

El pensamiento no desapareció una vez que llegó a la casa. Muchos vehículos estacionados al frente de la vivienda, las luces encendidas, gente afuera fumando un cigarrillo. Si hubiese escuchado música o risas, y si esos hombres en vez de tazas de café sostuvieran en sus manos vasos con hielo, hubiese pensado que había una fiesta.

Aparcó donde pudo y en su camino a la puerta vio a la señora Fera esperándolo.

—¡Hola Dux! —lo saludó acercándose con una sonrisa que se veía forzada.

—Señora Fera. —Dux estrechó su mano. La mujer, a la que Dux había visto solo unas pocas veces y siempre estaba impecable, lucía cansada; sus ojos enrojecidos como si llevara mucho tiempo sin dormir o llorado hacía poco—. Disculpe la hora.

—No te preocupes y puede llamarme Anna. —Hizo un gesto con la mano—. Mejor entremos. Aquí hace mucho frío.

No escapó de la visión periférica de Dux que los dos hombres que tomaban café y daban cuenta de un cigarrillo, aparentemente indiferentes, botaron las colillas y entraron tras ellos.

Dentro de la casa el ambiente no mejoraba. Había personas sentadas en los sofás con rostros compungidos, hombres en ropa casi militar, y un par de sujetos frente a unas portátiles en la mesa del comedor.

La señora Fera siguió caminando hacia el interior como si nada extraño ocurriera a su alrededor y él la siguió, pretendiendo no estar muy interesado en lo que ocurría.

Lo guió hasta la cocina que, a diferencia de las otras estancias por las que habían pasado, estaba desierta.

—Siéntate, por favor. —Con la mano le indicó una silla al borde de una mesa de madera—. ¿Te ofrezco algo de beber? ¿Café?

—¿Qué es lo que está pasando? —preguntó Dux, pasando de la silla.

—Esperábamos que tú nos lo dijeras —dijo una voz masculina con tono de autoridad.

Dux nunca había conocido a Silvio Fera, pero ese hombre que entró a la cocina no podía ser otro. Era la imagen de Vin, solo que mayor y con un aura de seguridad, más que evidente, en cada paso que daba.

—Silvio Fera —se presentó ofreciendo su mano, que Dux se apresuró a estrechar—. Siéntate.

Y aunque el tono era más de ofrecimiento que una orden, esta vez Dux no dudó en poner el trasero en la silla lo más pronto posible.

—Tengo entendido que nos traes un mensaje de Scarlett —dijo sentándose frente a él.

—No sé si es exactamente un mensaje. Fue una situación muy extraña.

—¿Cuándo la viste? —Vin entró a la cocina como una tromba, su tono de voz casi desesperado y su paso amenazante. Se dirigía directamente hacia donde Dux estaba sentado y el chico, instintivamente, pegó la espalda en el respaldo de la silla—. ¿Dónde? —insistió levantando más la voz.

—Vincenzo —dijo Silvio y, aunque no levantó la voz, el tono era de amenaza—. Detente. Ahora.

—No. —Extrañamente, Dux notó que el azul de los ojos de Vin se volvió iridiscente—. Comienza a hablar Señor Lacrosse.

Vin dio otro paso hacia Dux, pero una mano lo tomó del cuello impidiendo el avance. Lo siguiente que Dux pudo notar fue a un hombre joven, rubio y alto, que estampaba a Vin contra una pared, mientras lo mantenía sujeto por el cuello.

—Si no vas a hacerle caso a tu... —el hombre miró a Dux de reajo y el joven pudo notar que sus ojos eran de un extraño color ámbar y los tenía un poco juntos e inexpresivos, como los de un león—, padre; me vas a hacer caso a mí, cachorrito. —Volvió a golpearlo contra la pared—. Estoy a un segundo de comenzar a partir caras a diestra y siniestra, y tú no estás contribuyendo con mi poca paciencia. Déjalo hablar.

—Si quieres comenzar a golpear personas —dijo Vin entre dientes—, comienza por el niño bonito ese. No confío en nadie hoy, mucho menos en extrañas visitas.

—¡Hola! —Un chico joven, Dux calculaba que tendría su misma

edad, entró a la cocina sonriendo. Cojeaba un poco—. No nos han presentado. Soy Taras. —Extendió la mano en su dirección y a Dux le tomó unos segundos responder el gesto—. Ya conoces a Vin, el del mal carácter, y el que tiene la mirada de asesino en serie —continuó Taras y sin soltar su mano se inclinó un poco para hablar más bajo, en tono de confianza—, y según las historias no es solo la mirada —se incorporó y Dux notó que la sonrisa que exhibía no alcanzaba sus ojos. Allí solo había furia contenida por los pelos—, es Calen, el nuevo novio de Vittoria. Sí, el que adquirió después de botarte...

—¡Es suficiente! —dijo Silvio y su voz pareció más un rugido que otra cosa—. Si van a permanecer aquí, los tres, van a tener la boca cerrada y se comportarán de forma civilizada, o me encargaré de escoltarlos fuera con mis propias manos y unas cuantas patadas en el trasero. —Calen intentó abrir la boca, pero Silvio levantó un dedo en su dirección—. Me importa poco que seas tu propio jefe. Esta es mi casa y Vittoria es mi hija, y si tienes mal carácter, el mío es mucho peor y todavía puedo enseñarte unas cuantas cosas, entre ellas cómo se siente un par de costillas rotas. ¿Estamos claros? —Calen asintió y algo parecido a una sonrisa se asomó en las comisuras de su boca—. Ahora suelta a Vin. No merezco ningún tipo de respeto si no puedo mantener en la línea a mi propio hijo.

Lentamente Calen dejó ir a Vin, quien, tras mover el cuello de un lado a otro, se quedó exactamente dónde estaba, aunque no suavizó ni un poco su expresión.

—Tú. —Silvio señaló a Taras—. Deberías estar en el hospital.

—La doctora nueva está muy bonita y todo, pero decidí escaparme después que escuché lo que había pasado.

—No esperes ninguna asignación especial con esa pierna así.

—Solo quiero estar aquí y ayudar en lo que pueda.

—Mantener la boca cerrada sería un buen comienzo. —Silvio se volteó hacia Dux—. Mil disculpas por los tres chiflados.

—No se preocupe —respondió Dux, pero para todos quedaba claro que no era más que retórica. La exhibición había sido de las que dejan una impresión cercana al enmudecimiento.

—Comencemos nuevamente. —Silvio suspiró y cerró los ojos unos instantes. Cuando los volvió a abrir se inclinó un poco sobre la mesa—. Vittoria y Scarlett desaparecieron a tempranas horas de la noche de esta casa. No sabemos si se fueron por su propia voluntad o si alguien las obligó a hacerlo. Nos ha sido imposible comunicarnos con ninguna de las dos y es por eso que todos están un poco alterados.

—¿Cree que las secuestraron? —preguntó Dux alarmado—. ¿Avisaron a la policía? ¿Alguien los ha llamado con alguna demanda?

—No, y es muy pronto para sacar alguna conclusión —se apresuró a decir Anna—. No vale la pena alertar a las autoridades si no sabemos exactamente si simplemente salieron sin avisar.

—Por eso es importante cualquier detalle que puedas darnos —completó el Silvio.

Dux recordó en la cantidad de personas en la casa, la ebullición en el pueblo, las alcabalas para llegar. No era estúpido. Era más que evidente que pasaba mucho más de lo que querían admitir.

—Vi a Scarlett esta noche, hace menos de tres horas —explicó Dux, tratando de ayudar. No era él quién para juzgar cómo esta familia manejaba sus asuntos, menos sin saber todos los hechos—, cerca de la calle quince en Denver.

—¿Vittoria estaba con ella?

—No, señor. Estaba con un hombre que me presentó como su

hermano, Rhett dijo que se llamaba. No me dio buena espina.

—¿Por qué?

—Cuando los vi, él la llevaba sujeta del brazo, como si la estuviera forzando a caminar y cuando me acerqué a preguntarle si estaba todo bien, él, Rhett, estaba como vigilando de cerca lo que decíamos y también algo nervioso.

—Fue en ese momento que te dio el mensaje.

—No fue exactamente un mensaje. Sus palabras no tenían mucho sentido, como si hablara en clave, y su actitud ... —Dux negó con la cabeza—. Era la Scarlett menos Scarlett que he visto desde que la conocí hace tres años: sonreía todo el tiempo, como cuando uno intenta parecer feliz y tranquilo, pero de forma exagerada. Además, me abrazó y me besó. Scarlett nunca me ha abrazado, mucho menos dado un beso. Era como si no quisiera soltarme.

Vin emitió algo que se parecía a un gruñido que parecía salir del medio de su pecho y Silvio miró en su dirección con reproche.

—¿Por qué viniste hasta acá?

—Le pregunté por Vittoria porque no he sabido nada de ella desde que salimos de vacaciones. No me devuelve las llamadas ni los mensajes. —Brevemente miró hacia Calen, quien permanecía con expresión impasible—. Scarlett me dijo que no me preocupara, que debía hacer exactamente lo mismo que hice hace dos años cuando Vittoria dejó la escuela sin previo aviso.

—¿Esa fue la vez que viniste de visita? —preguntó la señora Fera.

—Sí, y cuando intenté preguntarle a Scarlett si se refería a ese incidente, me interrumpió diciéndome algo como que mejor esperaba que Vittoria me llamara, pero insistía en decir «como aquella vez». Era un mensaje confuso, me daba a entender que debía venir, pero al

mismo tiempo repetía que no hiciera nada.

—¿Insinuó a dónde iban? —preguntó Calen.

—No. Su hermano le dijo que debían irse, pero no dijo a dónde, y cuándo se marchaban había una especie de súplica en los ojos de Scarlett. No pude sacarme esa imagen de la cabeza. Por eso vine, aunque inicialmente me pareció una locura.

—¿Dijo algo más? —preguntó Silvio.

—Nada que tuviese mucho sentido. —En su mente Dux volvió a ver la expresión de su amiga y trató de recrear nuevamente la conversación, haciendo un esfuerzo por recordar cada detalle—. El iPad —dijo más para sí mismo, recordando—. ¡El iPad!

Todos lo miraban como si se hubiese vuelto loco.

—Scarlett también me dijo que debía quedarme tranquilo sobre eso de no saber nada de Vittoria, igual que ella cuando perdió su iPad. La cosa es que cuando eso ocurrió Scarlett estaba cualquier cosa menos tranquila. Nunca la había visto tan desesperada. Incluso se fue a su casa un viernes, cosa que no acostumbraba a hacer, y cuando volvió el lunes ya lo había recuperado. Me comentó que su madre lo había tomado sin avisarle. —Dux tomó aire tratando de organizar sus pensamientos que iban mucho más rápido de lo que su boca podía articular—. Después de ver cuánto la afectaba no saber dónde estaba su iPad, me ofrecí a instalarle una aplicación, *FollowMee*, con la que puedes monitorear, a través de un GPS, el lugar dónde está el aparato.

—¿Y puedes localizarlas así? —preguntó Silvio cauteloso, pero con cierta luz de esperanza brillándole en los ojos.

—Puedo saber dónde está el iPad, siempre y cuando esté encendido y no hayan cambiado las claves de acceso de la aplicación, pero no creo que Scarlett lo hubiese mencionado con tanto ahínco por

nada. Creo que quería que las buscáramos.

—¿Qué necesitas? —preguntó Calen.

—Solo un portátil con acceso Wifi, pero ¿no sería bueno contactar a las autoridades?

—Ven conmigo —dijo Calen sin responder su pregunta.

Dux miró momentáneamente a Silvio, pero el hombre ya se estaba poniendo de pie.

Los siguió hasta el área del comedor donde había unos hombres sentados frente a unas portátiles.

—Breac —llamó Calen y uno de ellos levantó la cabeza—. Dale una al chico.

Inmediatamente el sujeto se puso de pie, ofreciéndole su asiento a Dux, quien se sentó, buscó la página de la aplicación e introdujo los datos necesarios.

—Esto puede tomar unos minutos —dijo al cúmulo de personas que se reunió a su alrededor, evidentemente hambrientos por algún tipo de información. A pesar de su aclaratoria, a él mismo le pareció que el pequeño mapa tardaba demasiado en cargar y más todavía en aparecer el pequeño identificador verde—. El aparato estuvo apagado hasta hace poco, no hay rastros desde hace días, pero desde que lo encendió ha estado estacionado en un solo lugar.

—¿Dónde?

—En una zona del parque industrial de Denver. Deja ver si puedo ampliar el mapa. —Dux tocó los comandos necesarios—. Parece un almacén. —Dio unos golpes más al cursor, agrandando la imagen del mapa. — Aquí está la dirección exacta. —Anotó los datos en una servilleta que tenía al lado y se los dio a Silvio.

—¿Hay alguna forma de saber a quién pertenece este lugar o si

está abandonado? —preguntó el padre de Vittoria mientras examinaba el papel.

—Tengo algunos contactos en la oficina de zonificación —explicó Breac—, pero a esta hora será muy difícil conseguir la información.

—No necesariamente —intervino Dux haciendo que, nuevamente, todos los ojos se posaran en él—. La mayoría de los registros de propiedad o arrendamiento, de unos años a esta parte, han sido digitalizados y están contenidos en una base de datos —explicó—. Las grandes compañías de Bienes Raíces tienen acceso a esta base de datos para poder tener información oficial rápidamente cuando una propiedad sale al mercado.

—¿Conoces a alguien con acceso?

—Yo —Dux empezó a teclear de nuevo—. Bueno, más exactamente mi padre. Es socio de una de las compañías de Bienes Raíces más grandes de Denver y hago para él trabajos de oficina durante las vacaciones, por lo que tengo las claves. —Siguió presionando teclas—. Vamos a ver si tenemos suerte— dijo sin quitar los ojos de la pantalla del ordenador—. ¡Éxito! Ya tengo el documento. Ese almacén fue rentado hace tres años a ... —movió el cursor buscando los datos necesarios en el documento que tenía en la pantalla—, Felix Harlow. —Levantó la cabeza, confundido—. ¿No es Harlow el segundo apellido de Vittoria? ¿Es familia de ustedes?

—Voy a llamar a Felix —dijo Anna buscando su teléfono.

—No —dijo Silvio—. No alertes de esto a nadie.

—¿Alertar? —Anna se veía un poco indignada—. ¿No creerás que mi hermano tiene algo que ver?

—Yo no creo ni dejo de creer en nada.

—Silvio, por favor.

—Anna, si esto resulta ser nada, otro callejón sin salida o una maldita coincidencia, puedes usarlo contra mí por toda una década y pedir lo que sea a cambio; pero por ahora, por favor, no llames a tu hermano.

El matrimonio sostuvo una intensa, aunque breve batalla de miradas, que terminó con ella asintiendo. Nadie pareció notar el toque que le dio Calen a Breac, con la simple orden de «consígueme algo», que inmediatamente hizo que tomara su teléfono y comenzara a teclear.

—Creo que es hora de que regrese a la ciudad —anunció Dux para romper el tenso silencio que se había instalado en el grupo—. Espero que todo sea un malentendido, una fiesta clandestina que Vittoria organizó y convenció a Scarlett de asistir. —Sonrió tratando de parecer esperanzado, pero no lo sentía realmente—. No sería la primera vez.

—No tienes que regresar ahora —intervino Calen—. Es tan tarde que pronto será muy temprano. Puedes quedarte aquí hasta que amanezca, comer algo, dormir un rato en un sofá.

—No hace falta. Prefiero irme. Me gusta conducir de noche.

—Este es mi número. —Anna le ofreció una tarjeta—. Llámame en lo que estés en tu casa para saber que llegaste bien.

—Seguro y, por favor, si no es mucha molestia, avísenme si saben algo más de Vittoria y Scarlett.

—Cuenta con eso —le respondió ella con una sonrisa.

—Muchísimas gracias, Dux. —Silvio le ofreció su mano—. Lo que has hecho no tiene precio.

—Sabía que algo no estaba bien en lo que vi a Scarlett. Ella y Vittoria son mis amigas, las quiero, me preocupo por ellas. —Miró a

Calen nuevamente—. No hubiese podido irme a casa con esa sensación de que algo estaba sucediendo, de que necesitaban mi ayuda. Realmente espero que no sea nada grave.

—Gracias. —Calen también le ofreció su mano—. Eres una buena persona y eso es algo difícil de encontrar. Me alegra que Vittoria tenga tan buenos amigos.

Dux solo asintió con la cabeza. A pesar de que había sido una sorpresa conocer al novio de Vittoria en medio de una presentación tan violenta, más cuando todavía albergaba alguna esperanza de que ella quisiera tener algo más estable con él, por alguna extraña razón no estaba terriblemente decepcionado. Le parecía que Calen y Vitti, de alguna forma, combinaban.

Nunca lo admitiría en voz alta, pero siempre había sentido que Vittoria era mucho que manejar —tal vez por eso se sentía tan atraído por ella—, y no tenía duda de que este sujeto tenía lo suficiente para manejarla.

—Te acompaño hasta afuera —se ofreció Anna.

—No te preocupes, Anna. Puedo encontrar mi coche.

Dux le apretó la mano y con un asentimiento hacia el resto, se marchó.

—Creo que necesito otra taza de café —anunció Anna una vez que Dux salió de la residencia—, y llamaré a la alcabala para que dejen salir a Dux sin problema.

Sin mirar atrás se fue en dirección a la cocina.

—Iván —llamó Silvio.

—Diga Alfa —respondió su Beta, quien había permanecido al margen de la última investigación, aunque siguiéndolo todo muy de cerca.

—Prepara los equipos. Volvemos a salir en breve y esperemos que esta vez no encontremos solo cuerpos.

Iván asintió, se dio la vuelta y comenzó a repartir órdenes.

—Jefe —llamó Breac a Calen indicándole con la cabeza algo en su teléfono.

—Di lo que tengas que decir.

—Hicimos una revisión rápida de las cuentas bancarias de Félix Harlow y encontramos algunos ingresos que no se corresponden con sus saldos regulares. Los pagos, por cierto, no fueron hechos por ninguna institución médica o de enseñanza a la cual esté adscrito.

—¿Quién hace esos pagos?

—Son transferencias que provienen de una cuenta *offshore* en las Islas Caimán y no hay ningún intento por encubrir los depositos. — Breac hizo una pausa y miró a Silvio dudoso—. La cuenta pertenece a una compañía llamada *Beauty Tech*.

—¡Ese hijo de puta! —exclamó Silvio por lo bajo, pero nada pudo ocultar la furia en su voz. Tampoco la tristeza en la mirada que seguía el camino por donde su esposa había desaparecido.

CAPÍTULO 39

Si Vittoria había aprendido algo en las últimas horas era que esas esposas que la mantenían atada a la cama no cedían con nada. Había intentado prácticamente de todo: tirar de ellas lo más fuerte que pudo, ejercer una presión constante y hasta tratar de voltear la cama clínica donde estaba prisionera para que alguien tuviese que venir a desatarla y enderezar todo otra vez.

Nada había dado resultado. Sin embargo, la actividad la había tenido lo suficientemente ocupada para no pensar en el por qué estaba allí, o más concretamente, en quién la tenía presa en ese lugar.

Eso la habría paralizado de la tristeza, el sentimiento de traición e indefensión consumiendo su capacidad de movimiento y análisis.

La familia, la manada, había sido siempre una burbuja de seguridad, le gustara admitirlo o no, y esa burbuja estaba haciendo aguas e iba a ahogarlos a todos si ella no hacía algo para advertirles que estaban a merced de un loco, un loco que tenía libre acceso a sus vidas y estaba más que dispuesto a volver a hacer daño.

«No pienses en eso», se amonestó. «No es tu tío, no es una situación de vida o muerte. Es solo una situación», insistió distanciándose de los hechos para darse ánimos, para que el terror no tomase posesión de sus sentidos. «Vas a salir de aquí. Eres la hija de Silvio Fera, eres una alfa, nunca el conejillo de indias de un científico loco», se repitió.

Se enfocó nuevamente en su preocupación más inmediata: Soltarse. Sabía que sin las ataduras y con algún elemento sorpresa de su parte, sería más difícil que pudieran detenerla.

Sus piernas estaban atadas y sin mucha movilidad, pero las cadenas de las esposas le permitían mover algo las manos, no mucho; solo las podía llevar hasta casi el centro de su cuerpo, dedos opuestos encontrándose justo encima del ombligo. No era suficiente.

El ruido del mismo enfermero de antes entrando a su habitación hizo que desistiera de sus pruebas de fuerza. La mirada se le fue directamente a la llave que colgaba del bolsillo que estaba en la camisa de su traje quirúrgico.

—Es tiempo de que te pongamos una ropa más cómoda —dijo mostrándole algo que traía en sus manos y que se parecía sospechosamente a una bata de hospital.

—¡Qué bueno! —dijo Vittoria sonriendo—. Imagino que tendrás que soltarme para poder cambiarme —le guiñó un ojo—. Prometo ser buena.

El enfermero sonrió con sorna.

—Toda treta que intentes o que puedas pensar más adelante ya la he vivido. No soy nuevo en esto. Además, el doctor me advirtió sobre esa encantadora personalidad que enmascara tu terrible y violento carácter. —Se acercó a la cama y sacó del bolsillo de sus pantalones una jeringa llena—. Te pondremos algo para que te quedes dormidita y luego te cambiaré de ropa. Trataré de que pases un buen rato, aunque no puedas recordarlo. —Le recorrió el cuerpo con los ojos—. Que nadie diga que no soy un caballero.

En ese momento Vittoria supo que no había después. Tenía que salir de allí antes de que la drogaran, costara lo que costara.

—Prometiste que serías buena —le dijo el enfermero con una mueca que intentaba pasar por sonrisa mientras que apretaba uno de sus brazos contra la cama y levantaba la jeringa—. Así que es

momento de quedarse muy quieta.

Vittoria movió su otra mano desesperada, pero no podía levantarla lo suficiente para pelear. En su desesperación rozó su cinturón, ese que le había regalado Vasil. Sin que fuera un pensamiento consciente sacó la daga y la enterró.

No calculó el lugar, tampoco el impacto que pudo producir. Se trató de un movimiento puramente defensivo y basado en la fuerza, pero justo en ese momento el hombre se había inclinado para inyectar su brazo y, en el proceso, mantenerla inmóvil con su cuerpo, por lo que la daga, aquel regalo que le había parecido tan inocente, desapareció casi completamente en la piel de su cuello.

No hubo un grito de dolor o sorpresa, solo una mirada incrédula y un gorgoteo. Todo comenzó a teñirse de rojo más rápido de lo que Vittoria pudo haber anticipado, la sangre brotando a borbotones al mismo ritmo que el corazón de enfermero bombeaba.

El hombre cayó sobre ella primero, antes de que la poca resistencia de sus piernas y la gravedad hicieran, no que se desplomara, sino más bien que se deslizara por el borde de la cama.

Todo parecía haber sucedido muy rápido y, al mismo tiempo, los hechos ocurrían delante de sus ojos como en cámara lenta. Aun así, en medio de su estado de asombro y confusión, Vittoria pudo recordar tirar de la llave antes de que el cuerpo pasara los linderos de su cama y aterrizara en el suelo.

Se quedó sentada en la cama un rato, con la llave en una mano y el ruido de su respiración agitada como única compañía. Los sonidos que la rodeaban, incluso los de sus propias inhalaciones, le parecían ajenos, distantes, como separados de ella por una película transparente, al igual que la sangre que manchaba las sábanas y que

podía sentir en su piel, viscosa y todavía caliente.

«Tienes que moverte», una voz repetía en su mente. «No caigas sin pelear. Los niños, Vasil, están aquí en algún lado».

A pesar de la resolución en la voz que sonaba en su cabeza, sus manos se movieron sin ningún tipo de seguridad, temblando. Le tomó más intentos de los necesarios, estirar las manos para que estuvieran lo más cerca una de la otra y poder abrir las esposas. Con cada torpe intento, su mente se desconectaba más del enfermero y la sangre, enfocada en la tarea. Cuando lo logró y pasó a desatar sus piernas, sus manos habían recobrado buena parte de su seguridad.

Saltó de la cama y por un momento el temblor volvió a asaltarla cuando se encontró con el cuerpo del enfermero en medio de un charco de sangre.

«Tú hiciste eso. Está muerto. Tú lo mataste», una voz decía en su mente al mismo tiempo que sus ojos veían como las plantas de sus pies se teñían de rojo.

Se obligó a dejar de ver el cuerpo para recobrar su daga. No la guardó nuevamente dentro del cinturón, sino que la mantuvo en la mano. Ya iba de salida cuando algo sobre una de las mesas llamó su atención: una de sus Glock, la que tenía escondida en sus pantalones cuando Rhett la secuestró. La tomó y con un movimiento experto se aseguró que estuviese cargada. Necesitaba toda la ayuda que pudiera obtener.

Lentamente fue hasta la salida. El olor a antisépticos y medicamentos opacaba todo lo demás, sin embargo, todavía tenía su oído y nada indicaba un movimiento cercano. No escuchaba pasos, tampoco conversaciones, solo el pitido constante de un monitor cardiaco.

Espió la entrada y solo vio un largo pasillo desierto y bien iluminado. Un extremo terminaba en una pared, el otro en una curva hacia otro destino.

Antes de salir, giró la vista hacia el cuerpo de Sofía en la cama del cubículo vecino.

—Sofía —llamó casi en susurro y aun así creyó ver un mínimo movimiento, al menos la intención debajo de sus párpados cerrados—. Volveré por ti. Solo aguanta un poco más.

CAPÍTULO 40

Los niños seguían durmiendo sobre el cuerpo de Vasil, acurrucados, dándole calor. Era de cierta forma agradable, una tibieza que iba más allá de la temperatura corporal instalándose dentro de su cuerpo, tanto que el olor, ese que generaba una desconfianza automática, instintiva, había pasado a un segundo plano, prácticamente olvidado.

Sin embargo, durante los últimos minutos una extraña sensación se había instalado en el medio de su pecho. No era miedo, ni preocupación; más bien un reconocimiento, un llamado, la consciencia de algo que no podía plenamente identificar, pero que de cierta forma lo hacía estar alerta, a la expectativa.

Escuchó pasos, pesados, confiados. Botas con suela de goma acercándose más allá de las paredes que lo rodeaban.

Brita levantó la cabeza y lo miró.

—Alguien viene —le dijo la niña casi en susurro.

—Niños —llamó Vasil sin levantar la voz. Los dos pequeños lobos abrieron los ojos casi de inmediato y el movimiento despertó a los gatitos. El pequeño Alby lo miró curioso, antes de volver un poco la cabeza, también escuchando—. Prepárense.

Todos se pudieron de pie, esperando instrucciones.

—La cámara —le susurró a Brita al oído, al tiempo que se arrodillaba cerca de esa trampilla por donde habían entrado las bolsas de agua, pegado contra la pared en lo que esperaba fuera el punto ciego de la cámara.

Esperó, aguzando el oído. Sintió a alguien fuera, un chirrido de

metal y poco a poco apareció la abertura.

—¡Ahora!

Brita cambió, convirtiéndose en un puma, tomó impulso y ayudada por las paredes trepaba y daba zarpazos a la cámara, una y otra vez.

Vasil metió la mano por la abertura y sus dedos se toparon con un brazo humano que, inmediatamente, intentó retirarse.

No fue lo suficientemente rápido.

Vasil asió el brazo y tiró con fuerza, una y otra vez, hasta que, incluso a través de las paredes pudo escuchar un grito.

El choque eléctrico vino después. Vasil sintió su piel quemarse, su cuerpo temblar y la necesidad de retirarse mandó una señal a su cerebro que ignoró por pura fuerza de voluntad. Aunque su agarre se volvió más débil, no soltó a su presa.

«He sido torturado, hijo de puta», pensó. «No tienes idea de la cantidad de dolor que puedo soportar».

Soltó un grito, pero no de dolor sino para ganar energía, y siguió halando con fuerza y soltando un poco, escuchando el golpe de un cuerpo estrellarse cada vez en la pared que los separaba, los gruñidos de dolor, sintiendo en más de una oportunidad la descarga eléctrica en su brazo que, si bien en cada intento era menos precisa y más breve, le robaba fuerzas.

Los niños se arrodillaron en torno a la abertura y antes de que Vasil pudiera impedirselo de alguna forma, metieron sus brazos y comenzaron arañar y también a halar el brazo, dándole, entre todos, la fuerza que había ido perdiendo.

—Alguien más viene —anunció Alby.

—No lo suelten —dijo Vasil quien también escuchó los pasos

apurados por el pasillo.

Poco a poco dejó ir el brazo que sujetaba, comprobando que los niños podían encargarse de mantener a la presa. De cualquier forma, ya prácticamente había dejado de luchar por liberarse.

Vasil se paró cerca de aquella puerta camuflada que Alby le había mostrado antes, justo en el momento en el que se abría tal y como el pequeño le indicó. Un hombre entró con un arma larga en los brazos apuntando directamente al lugar donde los niños mantenían apresada a la persona que había intentado introducir algo a la celda.

No tuvo tiempo de disparar. Vasil lo sorprendió por la espalda torciéndole el cuello en un movimiento seguro y rápido. No sintió nada cuando lo hizo, tampoco cuando se inclinó sobre el cuerpo a recuperar el arma, ni al enfrentar las miradas de los niños, que iban desde confundidas hasta asustadas.

— Ahora nos vamos de aquí — les dijo a los niños mientras revisaba el funcionamiento del arma —. Manténganse detrás de mí.

La seguridad en su voz hizo que los niños se sacudieran el estupor y lo siguieran fuera de la celda.

Vasil, cuatro niños y un puma cachorro salieron de los confines de las cuatro paredes de la celda para encontrarse con el cuerpo del guardia que había abierto la compuerta para introducir lo que parecía ser una bandeja con comida. Su rostro y su brazo estaban cubiertos de sangre al igual que la pared justo encima de la abertura.

Vasil estudió el largo pasillo, aguzando todos sus sentidos. Lo primero que llamó su atención fue el olor estéril, como de un hospital.

Una puerta parecía estar al final de uno de los extremos del pasillo y aunque su mente le decía que era allí donde debía dirigirse, rápido, pues parecía ser la vía más expedita para salir de allí; había un olor

por debajo del alcohol y los químicos, así como un ruido de pasos apurados, ligeros, que por alguna razón le impedían moverse, como si un poder superior en su mente que controlaba sus movimientos no le permitiera seguir adelante.

La confusión duró solo unos segundos, una alarma comenzó a sonar desde algún lugar, ensordecedora, constante; alertándolos de que el tiempo se agotaba.

—Vámonos —le repitió Vasil a los niños. Le dio la espalda al otro extremo del pasillo y comenzó a avanzar hacia la puerta.

—¡Vasil! —llamó una voz que conocía demasiado bien.

La primera sílaba de su nombre no había dejado de sonar en el aire, cuando su cabeza estaba volteando, buscando con los ojos a la persona que había formado esa palabra.

—Vittoria —dijo bajito, asombrado, maravillado.

Estaba corriendo hacia él desde el otro extremo del pasillo, descalza, con la ropa salpicada de sangre. En una mano llevaba una de sus queridas Glock de fibra de carbono y en la otra la daga que él le había regalado. Decenas de preguntas se agolparon en su mente.

—Si esto es un intento de rescate... —le dijo Vasil con una mueca divertida cuando Vittoria llegó a la mitad del pasillo—, debiste usar zapatos o, al menos, traer refuerzos.

—Estoy escapando, como tú, idiota —le respondió ella con una mueca, lanzando una mirada preocupada a los niños a su alrededor y a un puma muy joven que merodeaba cerca de las piernas de Vasil—. No tuve tiempo de pensar en códigos de vestuario.

—¿También te atraparon? —le preguntó no sorprendido, más bien furioso—. ¿Descubriste quién está detrás de todo esto?

Vittoria abrió la boca para responder, pero Vasil perdió

momentáneamente el interés cuándo sus oídos captaron, por encima del ruido exasperante de la alarma, el sonido de pasos acercándose apresurados en varias direcciones.

—¡Vasil! —gritó el pequeño Alby llamando su atención—. Estamos atrapados.

Todos miraron hacia ambos lados del pasillo que, en cada extremo, se había llenado de guardias armados.

Brita mostró los colmillos.

—Solo momentáneamente, Alby —respondió Vasil con una sonrisa tranquilizadora dedicada a los niños—, solo momentáneamente.

—Tienen armas —insistió Alby mirando preocupado a su alrededor.

—Nosotros también —le dijo Vasil levantando levemente el arma que sostenía en sus manos al tiempo que indicaba con la cabeza el par que Vittoria sostenía en sus manos—. ¿Qué dices? —le preguntó a Vittoria levantando una ceja—. ¿Nos vamos de aquí y te conseguimos un par de zapatos?

—Por favor —le respondió ella sonriendo de vuelta, contagiada por su seguridad—. Saquemos a estos niños de aquí y luego podemos ir por algo de helado.

CAPÍTULO 41

Cuando Vittoria salió de su habitación y comenzó a andar por el pasillo, un golpeteo mezclado con gritos de dolor la hizo acelerar el paso.

Siguió el sonido no solamente porque no había ningún otro lugar a donde ir, sino porque el olor la llamaba. Era Vasil, podría encontrarlo hasta en el fin del mundo.

Al momento en que dio la vuelta al final del pasillo y lo vio en medio de ese corredor, con los niños, dirigiéndose a lo que parecía una puerta, sintió una mezcla de esperanza con alegría que, momentáneamente, la hizo olvidar el lugar donde estaba y todo lo que pasó desde que Rhett apareció en su casa pidiendo dinero.

Esa confianza, ese sentido de familia, de saber que su mejor amigo, parte de su manada, el mejor de todos ellos, estaba bien y con ella, se incrementó cuando se encontraron en la mitad del pasillo y esa sonrisa que la había acompañado a lo largo de los momentos difíciles de su vida, apareció nuevamente haciéndole sentir que todo estaría bien.

—¡Qué no escapen! —Felix apareció al final del pasillo detrás de más de una docena de guardias armados—. Usen los dardos. Los necesitamos vivos.

Vasil la miró confundido antes que el sonido sordo de los dardos siendo disparados inundara el ambiente.

—¡Contra la pared! —gritó Vasil a los niños mientras que tiraba a Vittoria al suelo y entre los dos cubrían a los más pequeños. Vittoria sintió un pinchazo en el hombro y arrancó el dardo con rabia.

—En unos minutos te sentirás un poquito mareada, pero uno solo no te pondrá a dormir —le dijo en voz baja uno de los niños, Alby si recordaba bien, sorprendentemente calmado, mientras que Vasil creaba una barricada frente al grupo con un carrito de suministros que estaba a un brazo de distancia.

Vittoria probó la teoría disparando un poco hacia los guardias que estaban cerca de la puerta, para saber qué tan buena seguía siendo su puntería, mantenerlos entretenidos y no sintieran la necesidad de acercarse más al grupo. Por ahora parecían cautelosos, acercándose despacio, como si les tuvieran miedo y esperaran que los dardos se hicieran cargo de ellos.

—No malgastes balas—la amonestó Vasil, pasando por alto su propio consejo y disparando hacia los guardias que estaban al otro lado—. ¿No es ese el doctor Harlow?

—Es él, siempre fue él —le explico ella con una mezcla de vergüenza y rabia—. Experimentos médicos...por dinero.

Algo cambió en el rostro de Vasil, sus ojos tomando ese extraño brillo que pocas veces mostraba.

—Saca a los niños de aquí. Cinco balas, cinco guardias entre la puerta y ustedes —le dijo entre dientes—. Yo les cuido la espalda y les compro algo de tiempo.

Vittoria no tuvo tiempo de responder. Vasil comenzó a disparar, esta vez con más intención.

—Manténganse detrás de mí —les dijo Vittoria a los niños—. Cúbranse entre ustedes, nadie se queda atrás, aunque tengamos que cargarlos.

Vittoria salió de la seguridad que brindaba el carrito de suministros para descubrir que su famosa puntería funcionaba mejor

con blancos inmóviles que no estuvieran, por cierto, disparando en su dirección, simultáneamente y desde varios ángulos.

Trató de enfocarse en la labor, más cuando su cerebro la obligaba a apuntar a sitios que pudieran impedir a los guardias seguir disparando, pero sin ser fatales. Una bala logró atravesar a uno de los guardias justo en la muñeca, incapacitándolo; otra hizo lo propio con la clavícula de su compañero.

El pequeño puma distraía a los que seguían en pie, saltando en sus espaldas o mordiendo sus piernas, para evitar que tuvieran un blanco fácil en Vittoria o los niños. Los más pequeños, tomaban las armas de los guardias que caían e incluso se apropiaban de los bastones eléctricos.

Todos se acercaban a la puerta, de forma lenta, pero sin perder terreno, cuando escucharon un estruendo a sus espaldas.

Vasil, al quedarse sin balas, lanzó el carrito de suministros a los guardias al otro lado del pasillo, atinando a un grupo numeroso que, debido a la fuerza del impacto, quedó en el suelo y sin conocimiento. Siguió avanzando, acercándose a los guardias restantes con paso decidido, pero con las manos vacías. Aun así, no se veía indefenso.

Parecía un héroe de acción, poderoso, aterrador, invencible. Cargando con cuanto guardia se atrevía a ponerse al alcance de sus manos.

—Son muchos y le están atinando —dijo con preocupación el pequeño Alby y Vittoria pudo ver en la parte superior del cuerpo de Vasil al menos tres dardos. No tuvo tiempo de inspeccionar más abajo —. Tenemos que ayudarlo.

Vittoria quería ir con él, pero, aunque eran menos que los que Vasil enfrentaba, todavía tenía a algunos guardias en pie de su lado y

cinco niños que sacar de allí, así que siguió concentrándose en avanzar hacia la puerta y en deshabilitar a los guardias. En dos oportunidades más, los dardos le atinaron y, aunque intentó retirarlos con rapidez, ya comenzaba a sentir una extraña pesadez expandiéndose por sus miembros. Uno de los gatitos también había sido alcanzado y Jonathan lo ayudaba a avanzar mientras lo cubría con su cuerpo.

Escuchó a su espalda un rugido, demasiado agudo para ser de un gato adulto, y vio el pequeños Alby, convertido en tigre, corriendo hacia Rhett, quien había hecho su aparición al otro lado del pasillo, apuntando a la espalda de Vasil, no con dardos sino con una 9mm.

Alby saltó, mordiendo Rhett en el brazo, sus pequeñas mandíbulas apretando la carne firmemente y evitando que pudiera disparar.

Rhett gritó al tiempo que la sangre comenzaba a ser visible y sacudió el brazo con brusquedad, enviando a Alby contra la pared. El pequeño tigre emitió un chillido de dolor, al mismo tiempo que se escuchó el sonido de un hueso romperse, para luego aterrizar en el suelo como un juguete roto.

Como si eso no fuera suficiente, Rhett, con una expresión de odio mezclada con asco, apunto al niño casi inconsciente que yacía a unos pasos de él.

Vittoria intentó ser más rápida que él, pero al apretar el gatillo solo escuchó ese ruido patético que anunciaba que ya no tenía más balas. Tomó la daga y apuntó. Sabía que un disparo a esa distancia sería el fin de Alby, ni siquiera la rápida recuperación de un Parahumano podía hacer nada con un disparo a quemarropa, pero, aunque soltó la daga con precisión, sabía que ya era demasiado tarde.

Escuchó el disparo al mismo tiempo que un gran lobo blanco saltó frente al tigrillo, interponiéndose en el camino de la bala. Luego todo

quedó en silencio.

Vittoria no escuchó la explosión a sus espaldas, no sintió los residuos de metal y concreto golpeándola, no vio el humo ni olió esa mezcla de químicos con plástico quemado que el Semtex generalmente ocasionaba. En cierta forma, estaba consciente de la llegada de otras personas, amigos, manada, familia, pero todos sus sentidos estaban concentrados en esa mancha roja que se extendía sin pausa por el pelaje del enorme lobo blanco que ahora también yacía en el suelo.

Sus pasos deshicieron ese camino que había ganado hacia la puerta, bala por bala, con mucho de miedo y ese poco de incredulidad que le otorgaba algo de esperanza y le impedía quebrarse del todo.

Se arrodilló frente a Vasil poniendo sus manos sobre la herida, tratando de detener la sangre, que le llenaba las manos y traspasaba la estúpida e inútil barrera que intentaba crear. Escuchó su corazón, débil, y su respiración casi inexistente.

Quería decirle algo, pero era él siempre el encargado de las palabras adecuadas, de la confianza. Trató entonces de sonreír, pero los músculos de su rostro estaban paralizados.

Vio al cachorro emerger debajo del cuerpo del lobo, la forma en que lo llamaba con sus pequeñas patas golpeándole el hombro tratando de que abriera los ojos, la manera en que le lamía la cara con desesperación.

Entonces fue cuando Vasil cambió. Su cuerpo volviéndose humano con lentitud, su pelaje desapareciendo para dar paso a esa piel llena de cicatrices que ella conocía tan bien. La sangre que salía de la herida y se colaba entre los dedos de Vittoria era mucho menor ahora, por lo que pudo sentir su piel fría y los pequeños temblores que parecían

atacar sus músculos.

—Vasil —le dijo suavemente y, en medio del caos a su alrededor, él pareció escucharla y volvió el rostro, aunque su mirada parecía no encontrarla.

—¿Los niños? —le preguntó y, aún en ese estado, su voz no perdía esa cualidad autoritaria.

—Están bien —dijo Vittoria esperando que no descubriera que no tenía idea—. Alby está aquí.

El cachorro, que hasta ese momento Vittoria no había notado que no podía apoyar una de sus patas delanteras, se paró frente a la cara de Vasil, lamiéndole la mejilla y gimiendo de una forma que le hubiese partido el corazón si ya no lo tuviese destrozado en mil pedazos.

Vasil sonrió, ese extraño movimiento de sus labios que, si no era común encontrarlo en el día a día, ahora parecía mucho más fuera de lugar y ajeno.

—Eres el cachorro más valiente que he conocido y el mejor compañero de lucha que he tenido —le dijo y sus palabras eran lentas, como si le costara un mundo decirlas. Alby le lamió la cara otra vez y se echó allí, acurrucado en el pecho de Vasil, gimiendo, hasta que el lobo dejó de respirar.

Con la última respiración de Vasil, el mundo alrededor de Vittoria dejó de existir, incluso ese pequeño entendimiento que una parte de su mente mantenía activa por razones de seguridad, y que le indicaba que todavía existían personas alrededor de ella disparando, peleando, aullando, desapareció.

La única chispa que quedaba dentro de ella era una desesperación que nació muy al fondo y que poco a poco se iba extendiendo,

paralizándola. Sintió el grito nacer en el fondo de su estómago y una necesidad primaria de esconderse en un rincón oscuro, sola y miserable, para dar rienda suelta a esa tristeza.

Pero esa no era ella. No podía. No ahora. Empujó hacia un lugar escondido ese maremágnum de sentimientos para los cuales no tenía nombre, se puso de pie y afiló sus sentidos. Lo único que quería en ese momento, que el depredador en ella identificaba como el solo paliativo que podía mitigar esa pena que amenazaba con dejarla mutilada emocionalmente por tiempo indefinido, era venganza en forma de sangre y no cualquier sangre, un tipo muy específico y cuyo dueño, al escapar como un cobarde, había tenido la gentileza de dejar como un rastro gracias al corte que con sus colmillos había hecho Alby.

«Vas a pagar Rhett», fue su último pensamiento al recoger el arma de uno de los guardias caídos.

CAPÍTULO 42

El rastro era claro e iba hacia el lugar opuesto al que Vittoria había recorrido en su intento de escape.

El aroma de la sangre de Rhett llenaba sus sentidos, consumiendo todos sus pensamientos. Apartó de su recuerdo la imagen de Vasil tendido en el suelo, de su última exhalación, del pequeño Alby desesperado lamiéndole la cara; también se negó a recordar las épocas más felices, todos los árboles que escalaron juntos, las carreras que compartieron por el bosque o sus indicaciones pacientes al enseñarla a conducir.

No podía perder tiempo con el pasado pues solo le recordaría el futuro que les habían robado: la posibilidad de volver a ser amigos, de arreglar los malos entendidos y regresar a esa camaradería sin complicaciones que los había acompañado por casi dos décadas.

Dio la vuelta al corredor para toparse con una figura que corría apresurada hacia una puerta identificada con la palabra «Salida». No era quien buscaba, pero por ahora serviría. El monstruo dentro de ella demandaba ser alimentado.

Se detuvo cerca de esa puerta con una sonrisa terrible bailándole en los labios y miró a Felix Harlow ladeando la cabeza.

—¿Cómo está mi tío favorito? —preguntó en tono casual, aunque movió el arma en su mano a modo de saludo.

—Vittoria. —Felix detuvo su camino. Miró hacia atrás tentativamente y luego hacia la puerta.

—¿Pensando en huir? —le preguntó ella chasqueando la lengua unas cuantas veces mientras negaba con la cabeza— No eres más

rápido que yo, y lo sabes. —Vittoria dio un paso hacia él y Felix retrocedió—. En el momento en que pienses en comenzar a correr, la tensión en tus músculos, tu respiración, me lo dirá. Nos has estudiado lo suficiente para saber que tengo todas las ventajas.

—Vitti... —dijo con voz temblorosa.

—¿Tal vez esperas a alguien? ¿A Rhett? —Dio otro paso y Felix volvió a retroceder, lo que generó que ella sonriera un poco más—. Tengo una deuda que saldar con él, una vida que cobrar. La vida de Vasil. —Hizo un movimiento casual con la mano volviendo a mostrar el arma—. De hecho, era a Rhett a quien buscaba, antes de que la providencia te pusiera en mi camino.

—Está afuera —dijo Felix apresurado—. Me está esperando en el coche...Yo tuve que regresar por mis notas, mi investigación.

Vittoria examinó brevemente el suelo. El rastro de sangre de Rhett seguía hacia el fondo del pasillo, abundante; pero había otro mucho menos profuso, como si se hubiese tapado la herida con algo, que regresaba y terminaba justo en esa puerta con una mancha de sangre en la barra para abrirla.

—Tal vez se fue y te abandonó —le dijo ella encogiéndose de hombros.

—No, él nunca haría eso. —Felix negó con la cabeza como reafirmando su mensaje—. Cuenta conmigo, me aprecia. Si sales ahora, no le llamará la atención que la puerta se abra porque me está esperando. Eso te dará tiempo, una ventaja. Está armado, pero...

—Vaya que eres un sujeto leal —le dijo ella con una mueca de asco.

—Eres mi sobrina, mi niña especial, y Vasil era más que tu amigo, lo sé, lo entiendo. Sabes que lo tenía aquí para ti, que no iba a hacerle

daño —le respondió aparentemente confundido ante el sarcasmo de Vittoria—. Lo que hizo Rhett no estuvo bien.

—Define «daño», por favor, y ya que estás en eso, también recítame una lista de diferencias entre lo que tienes años haciendo y lo que le hizo Rhett a Vasil.

—Soy un hombre de ciencia no un asesino —respondió indignado.

—¿Te dices eso cada noche para poder dormir tranquilo? ¿Después de todas las vidas que arruinaste? ¿Después de toda esa gente que mataste simplemente por dinero?

—Soy tu tío —dijo y su voz salió como un chillido frustrado—. Piensa en tu madre. Ella nunca te lo perdonarían.

—¿Te perdonará ella a ti? ¿Te perdonará que te hayas llevado a su hija para intentar venderla por partes como a un coche robado?

—Por favor —dijo comenzando a sonar desesperado y la desesperación, ese primer signo de derrota, despertó una especie de hambre malévola en ella—, solo intenté hacer algo por el bien de la humanidad. Somos familia.

—No, no lo somos. —Vittoria levantó el arma y lo apuntó, sintiendo que una calma extraña se apoderaba de su cuerpo—. Mi familia tiene colmillos, pelaje, garras y, por sobre todas las cosas, lealtad.

Su dedo acarició el gatillo. Miró a Felix a los ojos y sonrió.

—¡Detente! Vittoria, no lo hagas.

Vittoria reconoció la voz mucho antes de que su mente le diera un nombre. Resonó dentro de ella como un llamado y una promesa, un bálsamo que suavizaba todos esos bordes que en los últimos minutos se habían vuelto tan afilados que podían cortar.

Calen.

En cualquier otra circunstancia le hubiese irritado un poco, al mismo tiempo que, muy a su pesar, le hubiera hecho sonreír, el que nuevamente volviera a tomarla desprevenida; pero en ese instante, todo sentimiento hermoso estaba enterrado dentro de ella y mantenido allí solo por el puro instinto de supervivencia, de venganza.

Sin embargo, no apretó el gatillo, aunque dejó el arma y la vista apuntadas precisamente donde estaban: al centro del pecho de Felix.

—¿Por qué? ¿Tienes una mejor idea para acabar con este malnacido? —le preguntó observando cómo Calen se acercaba a ella por un costado. Tuvo que reprimir el deseo de su cuerpo de volverse hacia él, de estar cerca—. Creo que sería una muerte dadivosa, rápida, simple. Mucho mejor de la que les dio a los míos. Si tienes otra sugerencia...

—Matar te cambia, Vittoria. No eres una asesina, no eres como yo.

—Ya he matado hoy —dijo recordando al enfermero, su sangre derramada por el piso, el gorgoteo que intentó escapar de su garganta. Sintió un temblor comenzar a manifestarse y lo enterró, muy al fondo, junto a todo lo demás.

—No a alguien que significa algo para ti. —Calen se paró a su lado, cerca, pero sin tocarla. Tampoco hizo amago alguno de ir por el arma—. No a un miembro de tu familia...

—Felix no es...

—Sí lo es. Es tu tío, el hermano de tu madre. El hombre que durante toda tu vida recordó el día de tu cumpleaños y se encargó de atenderte cada vez que te caíste de un árbol —la interrumpió Calen—. Créeme, yo sé, mejor que nadie, lo que implica matar a alguien que lleva tu sangre. Es una mancha que el tiempo no borra, una cicatriz

que no sana, una sombra que te persigue cada vez que te ves en el espejo, que te visita en sueños. Para mí ya no hay vuelta atrás, soy como Caín, maldito, marcado, reviviendo esa muerte cada día de mi vida; pagando por ella con cada decisión que tomo, con cada pedazo de mi vida que le doy a los demás. —Se acercó un poco más poniendo una mano en su hombro, no con fuerza sino en un extraño gesto de solidaridad—. Si haces esto, perderás esa humanidad que tanto defiendes y por primera vez en tu vida estarás realmente incompleta y yo, yo te quiero como eres ahora, completa, humana, vibrante, única, con una luz tan grande que es capaz de ahuyentar mis sombras más aterradoras.

—Felix merece un castigo —dijo negándose a que su voluntad fallara, a dejarse convencer de que podría haber otra salida.

—Y lo tendrá, pero imponer la condena no ahuyenta la pena, no sustituye lo perdido. No es un regalo, es una maldición, un peso.

—El peso del Alfa —dijo una voz a sus espaldas—. Baja el arma, Vittoria.

Y aunque una parte de ella no quería hacerlo, había tanto de orden en esa voz, tanta autoridad sin discusión, que por primera vez en muchos años no se atrevió a desobedecer.

—Silvio... —dijo Felix y si ante Vittoria su rostro reflejaba miedo, ahora era la definición del más absoluto terror.

Silvio Fera estaba allí sin ninguna arma en la mano más allá que su presencia y eso era suficiente.

Vittoria nunca había sido testigo de esa dureza implacable en el rostro de su padre, de ese brillo en la mirada, uno que volvía un juego de niños el que exhibía Vin cuando perdía el control, que minimizaba, volviendo un decorado completamente anodino, la presencia de Iván

y Olesya Putrov a sus espaldas.

—Sácala de aquí, Calen —dijo Silvio.

Antes de que Vittoria pudiera tan siquiera pensar en la posibilidad de discutir la orden, un grito afuera, el grito de Scarlett, selló su decisión.

No podía recuperar lo que había perdido, pero sí salvar lo que quedaba.

CAPÍTULO 43

Era ese momento justo antes que el alba despuntara, el más oscuro antes del amanecer, y aun así los ojos azules del enorme lobo marrón parecían iluminar todo el aparcadero con ese brillo irreal que daba cuenta que no se trataba de un animal común.

Scarlett tuvo que hacer un gran esfuerzo por recordar que era Vin ese que enseñaba los colmillos y los acechaba, haciéndola temblar con un miedo instintivo. La parte racional de su mente intentaba hacerle entender que Vin no la dañaría, no intencionalmente; el peligro real provenía de esa persona que la tenía atada y la usaba como escudo, de esa persona que la había protegido cuando era una niña.

Rhett la ató con una cuerda en una oficina trasera cuando la alarma comenzó a sonar en las instalaciones de laboratorio, diciéndole que no quería que tomara una decisión tonta, como huir, que la pusiera en peligro. Luego sacó el arma que mantenía en la cinturilla de sus pantalones y se fue, cerrando la puerta con llave. La dejó allí, sin poder moverse, encerrada, sola, imaginando miles de escenarios terribles sobre lo que podría estar ocurriendo afuera, temblando de miedo ante lo que podrían estar enfrentando Vittoria, Rhett, incluso ella misma.

Sin embargo, cuando la puerta volvió a abrirse todas sus elucubraciones más oscuras quedaron reducidas a cuentos infantiles ante la expresión de triunfo, casi eufórica, que Rhett exhibía su rostro al anunciar que él solo, con sus propias manos, se había encargado de Vasil Putrov. Su exaltación era tanta que no parecía notar la mordida en su brazo que todavía sangraba, mientras que Scarlett solo podía

recordar el rostro serio, pero siempre amable, del mejor amigo de Vin; su otra forma, con todo ese pelaje blanco que le generaba el más reverencial de todos los respetos; y, sobre todo, el último recuerdo que tenía de él: sentado en una celda, rodeado de niños dormidos, mientras él les cuidaba el sueño.

No parecía real, tampoco justo. Pero su concepto de la realidad se había expandido hacía unos días haciéndole creer cualquier posibilidad, y la vida, hacía ya muchos años, le había demostrado que la justicia era una especie de panfleto usado mayormente para que los abogados tuvieran trabajo y los políticos resultaran electos.

Vasil, el más imponente de todos los lobos que había visto; el más serio e intimidante de los hombres que habían entrado en su vida en los últimos días, estaba muerto.

«No, no muerto. Asesinado, por Rhett», recordó y no pudo evitar el sollozo involuntario que escapó de su garganta que era, en partes iguales, un lamento por la vida perdida de un hombre inocente, así como por la desaparición definitiva del hermano que creyó que podía recuperar.

A pesar de todo lo que había sucedido, los horrores que había visto y escuchado, y el arma apuntada en su dirección durante distintos momentos de la noche; que su hermano asesinara a alguien todavía le parecía algo ajeno, irreal, tanto que sacudía cada fibra de su ser el solo intentar salir del concepto de «muertes hipotéticas» para pasar al de asesinatos reales.

—¿Qué pasa hermanita? —le preguntó Rhett lanzándole una mirada curiosa mientras apresurado vendaba su brazo—. No te preocupes por mí, esto es solo un rasguño. —Sonrió de forma tranquilizadora y Scarlett solo quería gritar de frustración, de miedo,

de desesperación. Este era definitivamente el momento en el que el despertador debía sonar anunciándole el final de la más terrible de sus pesadillas—. Debemos irnos. Los lobos ya están aquí.

Dejándole atadas las manos, la llevó por el pasillo iluminado solo con luces de emergencia sin soltar el extremo de la cuerda, no como una prisionera, sino como quien lleva a un perro a pasear.

Aunque el anuncio de la llegada de los Fera generó un extraño aleteo en su pecho, muy parecido a la esperanza, la sensación fue breve pues su mente se encargó de recordarle que esa esperanza no tenía nada que ver con ella. La manada traía esperanza para los secuestrados, los atrapados en medio del horror, los suyos, los inocentes; no para la hermana del asesino de Vasil.

Así que simplemente movió un pie tras otro y caminó, ni siquiera se le ocurrió poner algo de resistencia. ¿Para qué hacerlo? No quedaba nada para ella allí, solo un caos de disparos, gritos y sonidos animales; solo vergüenza y una disculpa imposible, una que no reparaba el daño.

Pensó en Vittoria y elevó una plegaria para que los suyos la encontraran sin daño. También pensó en Vin, probablemente en la refriega, y se permitió tener esperanza de que estuviera bien, de que saliera de allí con vida.

«Es Vin. Estará bien», intentó convencerse solo para recordar que Vasil, que parecía más grande que la vida misma, una especie de superhéroe digno de entrar a cualquier escuadrón de historietas, ya no estaba respirando.

Ya en el exterior la brisa helada la golpeó con fuerza dejándola paralizada por un momento. Fue el único momento en que Rhett tiró de la cuerda con fuerza y la hizo trastabillar.

—Apúrate —la regañó tirando nuevamente de la cuerda, dejando bien claro con sus acciones que la arrastraría de ser necesario—. Esperaremos al doctor en el coche con el motor encendido. Al primer signo de problemas, nos vamos de aquí.

Rhett accionó una alarma y las luces de un BMW oscuro parpadearon.

Scarlett lo siguió tratando de llevar el paso, de no caerse. Ya estaba más allá de cualquier pregunta o queja. No quería más explicaciones porque sabía que no explicarían nada, no levantarían el peso, esa tristeza que se había ido metiendo hasta en sus huesos, robando el espacio de existencia que generalmente ocupaban su voluntad, su alma.

Un pensamiento extraño cruzó su mente camino al coche: se había convertido en una especie de microorganismo parasitario que se movía sin propósito ni espíritu, simplemente existiendo porque no sabía hacer otra cosa.

Fue entonces cuando lo escuchó: el aullido y, extrañamente, la hizo sentir viva nuevamente, una persona con esperanzas y también con algo que perder.

Rhett se giró hacia el sonido al mismo tiempo que Scarlett, pero mientras ella estaba como hipnotizada con el lobo enorme que se acercaba a ellos, él la tomó por la cintura, la pegó a su cuerpo como si fuera un escudo y levantó el arma apuntando al animal que no detuvo su avance.

—¡No! ¡Ya basta! —gritó Scarlett. Su voz se quebró al final y Vin se detuvo—. No lo hagas, Rhett, por favor. No más.

Agitó su cuerpo para separarse de esa banda de acero en la que se había convertido el brazo de Rhett. No tenía esperanza alguna de

zafarse, pero esperaba moverse lo suficiente para impedirle la puntería necesaria para herir a Vin de manera definitiva. Era lo menos que podía hacer, su única contribución posible.

Escucharon el sonido de la puerta abrirse y cerrarse de golpe. Rhett movió un poco sus cuerpos para que ambos quedaran en una especie de vértice: una parte de ellos acechados por Vin y la otra mirando hacia la puerta, al tiempo que movía el arma en un amplio arco, tratando de cubrir toda la zona o, tal vez, sin saber a quién apuntar.

Scarlett suspiró aliviada y cerró los ojos un momento para agradecer a cualquier ente divino que la estuviese escuchando que Vittoria estuviese viva y, a pesar de la sangre que la cubría, aparentemente bien.

Vin aprovechó el momento para acercarse un poco más y Rhett dejó de apuntar intermitentemente a las múltiples amenazas para poner el cañón del arma contra la cabeza de su hermana.

—Si alguno de ustedes se acerca, Scarlett muere —dijo Rhett y empezó a caminar hacia atrás, hacia el vehículo, llevándola con él.

«Dispara de una vez», pensó Scarlett, sin amargura, sin rabia, sin sorpresa ante el frío metal que helaba un punto de su piel, que le hacía daño con su presión.

Más que resignada, estaba cansada. Ya su cuerpo y su mente habían llenado de más la cuota de horror que humanamente podía soportar, solo quería cerrar los ojos y no pensar más, descansar, olvidar... Morir parecía una buena opción.

—Eres un idiota —dijo Calen, ligeramente divertido, adelantándose un poco y Scarlett abrió los ojos sorprendida.

Toda esa dorada gloria, esa aura de Rey imbatible, de hombre

peligroso, de animal salvaje, estaba allí, más que evidente a pesar de su tono despreocupado. No llevaba ningún arma en la mano, aunque estaban al alcance. Una en cada muslo.

Scarlett desvió la vista hacia Vittoria y la vio allí, de pie, decidida, segura, con el arma levantada sin que el pulso le temblara ni siquiera un poco, con una serena concentración en sus ojos.

Quiso reírse un poco de lo estúpida que había sido preocupándose por ella y Calen. Así, uno cerca del otro, en una situación digna de una película policial, ambos parecían una pareja extrañamente perfecta. Ninguno más aterrador que el otro, ninguno más digno de confianza. De todos los hombres con los que Vittoria había salido, nunca le había parecido que alguno combinaba perfectamente con ella hasta este Calen.

—¿Has pensado esto bien? —le preguntó Calen a Rhett y se rascó la cabeza como confundido—. Ya cubrí por hoy mi cuota de charla inspiracional sobre el peso de asesinar a un miembro de tu familia, aunque no creo que haga falta en tu caso. Si la matas, no vivirás para lamentarlo porque en el momento que dispires, no sé qué llegará más rápido: los colmillos de Vin —y con la cabeza señaló al lobo—, o la bala de Vittoria —movió la cabeza al otro lado—, pero definitivamente no llegarás a ese coche con vida.

Rhett siguió retrocediendo, su brazo apretando el cuello de Scarlett un poco más, como si se estuviera ahogando y ella fuese el único salvavidas disponible.

—Si decides practicar tiro al blanco con Vin o Vittoria, tus opciones no mejoran —prosiguió Calen encogiéndose de hombros—. En caso de que tu puntería sea lo suficientemente buena, cosa que dudo debido al estado de tu brazo, y puedas incapacitar a alguno, tendrás

dos de nosotros que enfrentar y ya a estas alturas debes saber que somos más rápidos, más fuertes y, en mi caso particular —y teatralmente se tocó el pecho—, mucho más sanguinario que tú.

—Tengo una tercera opción —dijo Rhett apuntando a Calen.

—¡Estoy honrado! —Calen abrió los brazos, convirtiéndose en un blanco mucho más grande—. Pero al lobo le importará poco que me dispires. No le agrado porque mordí a su hermana, aunque te aseguro que fue un gesto de cariño. Así que no dejaré ir al hombre que asesinó a su mejor amigo porque le preocupe mi estado de salud, probablemente piense que lo merezco. En cuanto a Vittoria, me gustaría creer que le molestará un poco que me dispires. Soy su novio —dijo en un tono más bajo, como de confidencia.

—¿Su novio? —Rhett se carcajeó un poco, sarcástico—. ¿Sabes qué tipo de puta es tu mujer? ¿Sabes lo que hace cada noche en la universidad? No puede ver una polla disponible...

La risa de Calen lo interrumpió, resonando en cada rincón del aparcadero.

—¿Esperas que eso me moleste? ¿Qué pierda el control por tus palabras? —Se rio un poco más—. Tengo suficiente confianza en mí mismo para no sentirme amenazado por cualquiera que estuvo antes que yo, para saber que la experiencia es una ventaja no una falta. —Se encogió de hombros—. Soy así de moderno.

—¿Y qué clase de animal eres tú? —escupió Rhett.

—El peor. —El rostro de Calen se transformó en una máscara inexpresiva, una tan fría, tan desprovista de sentimientos, que congelaba a cualquiera que mirara, mucho más que el clima invernal—. Soy un maldito psicópata que mató a su propio padre, un traficante que cobra deudas con sus propias manos, un empresario

despiadado, y tú me estás aburriendo con esa estupidez de intentar hacer tiempo para llegar al coche creyendo que puedes ser más rápido y más inteligente que yo. —Bufó—. ¿Qué decides? ¿Matas a tu hermana y mueres, o pruebas tu puntería con alguno de los hermanos Fera y mueres? —Rhett abrió la boca, pero Calen no lo dejó terminar—. También puedes dejar de ser un idiota, soltar a tu hermana y yo personalmente me encargaré de que Vin y Vittoria no te toquen ni un pelo.

—Qué generoso —dijo Rhett con una mueca, viendo alternativamente al lobo y a la chica que avanzaban con la misma determinación que el retrocedía.

—No te confundas ni te pongas sentimental, no me importa una mierda lo que te pase, para mí no eres nada, ni siquiera un desperdicio de aire porque simplemente no existes; pero no quiero que las personas importantes para mí se manchen las manos con tu sangre contaminada. —Se encogió de hombros—. Soy el único asesino certificado aquí y debo defender mi título. ¿Entonces qué va a ser?

—Creo que voy a hacer mis propias opciones.

Rhett empujó a Scarlett con fuerza. Al tener atadas las manos no pudo amortiguar la caída que fue frenada por su cara impactando con un golpe seco y fuerte contra la puerta de uno de los vehículos. Un dolor agudo y penetrante la dejó sin visión, dificultándose tomar el aire necesario para gritar, aunque en medio del silencio pudo sentir algo líquido y resbaloso deslizándose por su rostro.

Luego escuchó un aullido, un disparo y un rugido furioso casi al mismo tiempo, o al menos eso le pareció. Aunque todo parecía ocurrir en otra dimensión, lejana y ausente, el rugido logró colarse hasta ella, resonando en todo su cuerpo. Fue así de fuerte, de aterrador.

Estaba manteniéndose consciente por pura fuerza de voluntad y solo por ese rugido, que mandó una señal que descargó la última gota de adrenalina que quedaba en su cuerpo, pudo escuchar un grito desesperado de dolor.

Intentó voltear, pero el dolor en su cabeza era como ser sometida a una trepanación con un taladro casero y sin anestesia. Gimió e hizo un nuevo intento. El mareo la asaltó y su visión se volvió borrosa.

Creó ver un enorme león sangrando, pero en posición de ataque, mostrando unos dientes que no deberían estar nunca cerca de algún ser humano; a Vittoria de rodillas al lado del animal y un poco más allá el lobo sobre el cuerpo inerte de su hermano.

Había tanta sangre que todo lo que veía parecía estar teñido de rojo: la piel del león, las manos de Vittoria, la boca de Vin y también el suelo, ese charco alrededor de Rhett.

Sintió su estómago contraerse y la bilis subir por su garganta. Las arcadas trajeron un dolor mucho más agudo en su cabeza y luego, finalmente, vino la oscuridad y el silencio.

CAPÍTULO 44

Era una mañana clara de invierno. De esas que te mienten cuando ves por la ventana y encuentras un cielo azul perfecto y sin nubes, con algunos rayos de sol inundándolo todo con su brillante claridad, pero que en realidad son tan frías que la temperatura parece cortarte con cada sople de brisa.

Era el día perfecto para despedir a Vasil: hermoso y helado, en caso, claro, de que a Vittoria le hubiese importado el acertado sentido de la oportunidad que la naturaleza le ofrecía, en caso de que le hubiese importado algo, cualquier cosa. Sin embargo, ella estaba más allá de la delicadeza que envuelve darse cuenta de esos pequeños detalles.

Los últimos días los había vivido en el mundo, enterrada en las cuestiones más desagradables, pero de cierta forma separada de todas ellas. Desde las más pequeñas sensaciones como el sabor de la comida hasta las más grandes como la empatía, el duelo y el dolor habían desaparecido.

Estaba enterada de que Felix había muerto, aunque no le importaba lo suficiente para intentar indagar los detalles sobre cómo había ocurrido o quién había sido responsable. El rostro de sus padres era una pared en blanco, entre ellos y con todos los demás a su alrededor, y eso funcionaba para ella que no podía convocar ni siquiera una emoción, que no podía conseguir que le importara.

Lo último que pudo sentir realmente fue desesperación al ver a Calen ser alcanzado por la bala de Rhett, la frustración al verlo cambiar por instinto, sabiendo que ese esfuerzo, esa explosión de

poder, podía hacer la diferencia para peor, sometiendo su cuerpo a un trauma para el que no tenía la fuerza suficiente. Luego vino la rabia al darse cuenta que podía perderlo a él también ese día, que más cosas quedarían sin decir, sin explorar, que la sangre no era únicamente un líquido rojo sino un fluido que representaba un final abrupto e injusto.

También estaba la impotencia al ver el cuerpo desnudo de su hermano, vomitando en una esquina, un poco más allá de donde yacía Rhett con la garganta completamente destrozada en medio de un charco de sangre. No sabía qué hacer para ayudarlo, tampoco a Scarlett tirada inconsciente en el pavimento, apenas respirando.

Solo quería acostarse en el suelo ella también, dejar que el frío durmiera sus músculos y paralizara su consciencia. Solo quería llorar hasta que no le quedaran lágrimas y aun así seguir sollozando. Pero no podía, todavía no. Todos los que estaban a su alrededor necesitaban que se mantuviera funcionando un poco más.

Volvió a empujar todo lo que sentía hacia dentro, hacia abajo; como tantas veces ese día y esperó por los refuerzos que no tardaron en llegar. Se encargó de que Scarlett fuese puesta en una ambulancia, de que alguien hablara con Vin y lo abrigara. En un coche prestado llevó a Calen al hospital del pueblo y esperó fuera del quirófano hasta que removieron la bala y los médicos le aseguraron que todo estaba bien.

Los días que siguieron tampoco fueron fáciles. Aunque la policía llegó al lugar casi inmediatamente después del incidente del aparcadero y se trataba de oficiales aliados de su padre y de Calen que habían sido advertidos por ellos con antelación, lo que les dio tiempo para arreglar un poco las cosas y destruir evidencia importante; todavía había detalles que terminar, cabos sueltos que dejar bien

anudados.

Su madre viajó a Florida con los restos de Félix, desapareciendo en su hogar de la infancia por unos días; ni Iván ni Olesya estaban en condiciones de ayudar y Calen tenía su cuota de tareas; así que trabajó con su padre cortando hilos, arreglando historias, cobrando favores, tratando de lavarle la cara al desastre que había dejado atrás el huracán de los últimos días.

Era un trabajo que requería pensar con cabeza fría, en el que las emociones solo eran un estorbo. No había tiempo para sentir, para permitirse dejarse avasallar por la tristeza, y después simplemente lo olvidó.

No fue a visitar a Scarlett en el hospital en Denver donde estuvo internada unos días por una contusión, aunque se encargó de que no les faltara nada ni a ella ni a su madre. Puso en marcha el proceso para la cremación de Rhett y envió a un abogado a visitar a la señora Lucy con la historia adecuada y un falso seguro de vida con un cheque lo suficientemente alto para que no preguntara nada más. Sí encontró un momento para llamar Dux y pedirle que fuera por ambas el día en que Scarlett iba a ser dada de alta, pero eludió contestar cualquier otra cosa.

Muchas veces durante esos días vio a Vin deambular por las esquinas de la casa como un fantasma en pena: roto, triste, malherido más allá de la piel y, aunque buscó en su interior, no encontró nada lo suficientemente bueno, o al menos adecuado, para tratar de ayudarlo; tampoco para frenar la furia de Taras que parecía un tornado arrasando todo a su paso. Lo único que pudo hacer fue pedir a miembros del clan que los tuviesen vigilados.

Incluso en ese momento, parada en el cementerio rodeada de su

gente, no pudo encontrar la chispa que siempre le daba la fuerza de la manada, esa especie de cálido abrazo que no fallaba cada vez que estaba rodeada de la familia.

Por unos segundos recordó a esa chica divertida y cínica que solía ser hacía apenas unos días y le pareció más un recuerdo de su niñez. Esa Vittoria que salía a divertirse, que opinaba con fuerza sobre lo que creía correcto, que siempre tenía una respuesta para salirse con la suya, que agitaba un puño al aire cada vez que una de sus predicciones en el mercado de valores se hacía realidad, que se enfadaba como un volcán y hacía planes sobre su futuro con la misma intensidad que planeaba una fiesta; había desaparecido convirtiéndose en un recuerdo extraño, como una película que alguien le contó pero que nunca vio.

Solo esperaba que esa mañana, parada en el frío, terminara de una buena vez, para seguir a lo siguiente. Evitaba con toda la precisión de la que era capaz ver el ataúd en la tierra. Eso la haría pensar en la persona que estaba dentro, en la sonrisa que nunca más vería, en las cicatrices que no tendrían un significado único y oculto, en los recuerdos que no construirían.

El erizamiento en el cuello y el sentimiento de alerta entre quienes la rodeaban la obligó a levantar la vista, pero fue un movimiento que provenía más del instinto que del verdadero interés.

La manada de Pantera entró en el cementerio, con Calen a la cabeza. Vittoria evitó verlo con la misma precisión que evitaba el ataúd, aunque continuó mirando en esa dirección, pretendiendo estar interesada en el panorama general. No quería notar si estaba mejor, si movía su brazo de forma normal, si el color ya había regresado a sus mejillas.

Los más importantes representantes de la manda estaban con su Alfa: Breac, Wolfsbane, y otros a los que había conocido en los últimos días por razones meramente logísticas. Todos iban vestidos de negro en señal de respeto, incluso los niños. Si la vista no le fallaba, Vittoria creía que esos niños eran los que habían venido a jugar, esos que Vasil había impedido que se llevaran, esos que había liberado de su cautiverio.

Los recién llegados se pararon al lado de los lobos, todos formando un semicírculo alrededor de ese agujero que, entre su padre, Vin y Taras, estaban comenzando a llenar de tierra. Calen estaba en medio de ellos con el pequeño Alby tomado de la mano, todavía tenía el brazo en un cabrestillo. En un momento se inclinó un poco y le dijo algo al niño al oído.

Alby asintió, se acercó a la tumba y con el brazo sano comenzó también a arrojar tierra. Luego, otra niña Pantera, la pequeña puma que estaba con ellos esa noche, también se acercó y emprendió la tarea con sus manos, y así cada niño presente de ambas manadas se acercó e hizo lo mismo. Cuando el trabajo estuvo concluido, Alby caminó en dirección a Vittoria, pero se detuvo frente a Iván y Olesya Putrov.

—Vasil recibió una bala por mí. Si hoy yo estoy aquí y él no, es porque dio su vida para salvar a un extraño, a alguien que no era suyo para cuidar —dijo con voz temblorosa, pero con un discurso elocuente que contrastaba con su pequeño tamaño, su rostro lleno de pecas y su cabello rojo. Enfrentar la mirada de Iván no era fácil para un adulto, muchos menos para un niño pequeño, pero aun así mantuvo su espalda derecha y nunca bajó la mirada—. Mi familia y yo estamos en deuda con ustedes.

—Tu corriste hacia un hombre armado para defenderlo,

arriesgando tu propia vida —le respondió Iván—. No hay deuda.

Alby asintió una sola vez antes de continuar:

—Quería que supieran que se hizo cargo de cada uno de los que estábamos presos, lobos y panteras por igual; me dejó dormir sobre su pecho porque sabía que tenía frío y miedo, aunque traté de ocultarlo; puso nuestra seguridad primero, allí y también aquí en el bosque, utilizando su propio cuerpo para evitar que más niños fuesen llevados. —La voz de Alby se ahogó, pero no se detuvo. Simplemente respiró y siguió hablando—. Me gusta pensar que Vasil fue mi héroe, pero eso es poco, nada, cualquiera puede ser el héroe de un cachorro. —Pestañeó unas cuentas veces y apretó los ojos, fuerte—. Fue un héroe, punto, y nunca será olvidado. Quisiera pedirles que nos dejen adornar su tumba.

Olesya tomó la mano de su esposo, la apretó, y asintió en dirección a Alby. Vittoria estaba segura de que nunca antes la había visto llorar.

Uno a uno, los niños fueron dejando piedras sobre la tierra aplanada, pero no eran simples piedras. Cada una tenía un dibujo: la mayoría eran claramente infantiles, otros demostraban un raro talento, pero todos eran sobre Vasil. Había lobos blancos pintados en las rocas, hombres rubios rodeados de niños, un par de puntos azules en una piedra pequeña que parecía ser una imitación de sus ojos. Así, poco a poco, el espacio fue llenándose, de rocas, de color, de testimonios, hasta que solo quedó un hueco en el centro.

Calen se acercó y le dio una piedra a Alby que tuvo que tomar con su mano buena y apoyarla en su cabrestillo. Era más grande que las otras, plana, y en ella había un dibujo, claramente hecho por un niño pequeño, de lo que parecía ser un lobo blanco caminando al lado de un pequeño tigrillo. El lobo parecía mirar con una sonrisa al pequeño

animal anaranjado y negro que estaba debajo de él, entre sus patas.

Una vez que colocó la piedra, Alby regresó frente a los Putrov.

—Gracias por permitirnos hacer esto —dijo con el rostro lleno de lágrimas—. Al final me dijo que yo era un cachorro valiente y solo espero que cuando crezca pueda ser la mitad de valiente que él.

—Gracias a ti —dijo Olesya intentando una sonrisa que no pudo florecer.

Alby agachó la cabeza en señal de respeto y regresó con su Alfa, quien lo recibió con unas palabras y un apretón en el hombro.

Luego, Calen tomó la mano de Alby; inclinó la cabeza, primero hacia Silvio Fera y luego a los Putrov y se volvió para marcharse con su gente. Justo antes de dar la espalda, buscó a Vittoria con los ojos y ella le devolvió la mirada, una que no reflejaba nada porque esa era la única emoción que podía convocar.

Poco a poco todos fueron dejando el cementerio. Taras fue el primero, solo, furioso; Vin lo siguió, aunque ese paso seguro, esa energía que siempre parecía estar dentro de él a punto de estallar, había desaparecido. Luego lo hicieron los demás, en grupos, buscando siempre la fuerza de la manada.

Vittoria los vio partir, pero sabía que no encontraría nada en ellos, que algo se había apagado en su interior, y si el gesto de Alby no había logrado encenderlo, probablemente más nunca existiría. Se rehusó a regresar a la casa, no quería ver más rostros, no quería estar rodeada de gente que sentía tantas cosas de forma tan fuerte. Eso hacía más evidente su carencia.

Caminó por el bosque, sola, golpeando las duras cortezas de los árboles con los puños esperando que el dolor físico trajera algo más que una respuesta automática de su piel, que una señal en su cerebro,

esperando lágrimas que nunca llegaron.

Finalmente, sus pies la llevaron hacia donde su mente sabía que debía ir; al único lugar donde si todavía existía algo dentro de ella, ese algo podría ser despertado. Emergió del bosque en esa calle llena de colores y fachadas recién pintadas, llegó frente a la puerta que buscaba, llamó y esperó.

Calen abrió la puerta, todavía vestido de negro, y sus ojos se abrieron brevemente por la sorpresa.

—¿Puedo entrar? —le preguntó Vittoria antes de permitirle hablar, de preguntar nada. No quería recriminaciones sobre el por qué lo había evitado, dar excusas vacías sobre su ausencia en el hospital luego de la operación, o tener que explicar por qué cada vez que él visitaba el territorio lobo, ella, convenientemente, desaparecía.

Calen se apartó, ella pasó, y tras sentir la puerta cerrarse, se volvió y lo encaró.

—No siento nada —le dijo pragmática, desapegada—. Vasil está muerto, creo que perdí para siempre a mi mejor amiga, mi hermano es un fantasma, Taras es una bomba a punto de estallar, mi familia está rota, asesiné a un Pielas con un cuchillo... —Suspiró frustrada—. Debería estar sintiendo tantas cosas ¡y no puedo sentir nada! Es como si existiera un vacío, una especie de agujero negro dentro de mí, que se traga cualquier emoción. —Se tocó el pecho y lo frotó, como esperando que algo brotara de allí—. Al principio pensé que estaba bien, que era lo mejor que podía pasarme, lo más conveniente; pero al ver a Alby hoy... —Negó con la cabeza—. Me agrada Alby y lo que hizo fue hermoso y yo solo estaba parada allí, pensando que hacía frío y me dolían los pies, que tal vez debí escoger otros zapatos. No quiero ser esta persona. Sé que no tengo derecho a pedirte nada, que no

somos nada, pero necesito que me ayudes, Calen. —Lo miró a los ojos esperando que él también pudiese notar la falta de humanidad en ella —. ¡Hazme sentir algo, por favor!

Calen la miró con tristeza, pero no se acercó ni dijo nada, solo estiró su mano hacia Vittoria y esperó que fuera ella quien salvara el espacio entre ellos y enlazara sus dedos.

—Vamos —le dijo Calen conduciéndola escaleras arriba, hasta la habitación.

CAPÍTULO 45

Vittoria debió saber que algo no iba de la forma en que ella lo había planeado cuando Calen la hizo sentar a un lado de la cama, se arrodilló frente a ella, le quitó los zapatos y la instó a que se acostara, totalmente vestida. Luego dio la vuelta y se acostó a su lado sin tocarla.

—Cuéntame sobre Vasil.

—¿Qué? —preguntó ella volteando violentamente—. No vine aquí para eso.

—Sé exactamente a lo que viniste. —Solo en ese momento, Calen volteó, exhibiendo una de las expresiones más serias que le había visto en el rostro—. Aunque te llenas la boca diciendo que no somos nada, estoy dispuesto a dejar que me uses para lo que quieras, usar tu cuerpo como si no importara nada o hacerte sentir la mujer más amada del planeta. Lo que quieras de mí, será tuyo; pero solo pido una cosa antes: habla, cuéntame.

Vittoria se dejó caer nuevamente sobre la cama con un suspiro de hastío. Estaba dispuesta a mandar a Calen a la mierda y a hacerle saber, en términos muy claros, que su ayuda ya no era requerida, no de esa forma, a fin de cuentas, siempre podía llamar a Dux. Sin embargo, estaba cansada, no quería hablar con Dux ni regresar a su casa. Además, sabía que poner en práctica una de sus famosas «airadas retiradas», cerraría definitivamente la puerta entre Calen y ella, y no estaba segura de querer hacerlo, no todavía.

—¿Qué quieres saber exactamente? —preguntó mirando al techo.

—¿Cuál es el primer recuerdo que tienes de él? —La voz de Calen

se había suavizado y en ella se colaba cierta ternura.

—No lo sé. —Vittoria se encogió de hombros—. Cuando llegó de Ucrania con su familia yo era muy pequeña, así que no hay un primer recuerdo, no uno claro, definitivo. Para mí, siempre estuvo allí.

—Entonces dame un recuerdo, cualquiera; busca uno que parezca muy antiguo, de cuando eran niños.

Miles de imágenes, casi como fotografías o películas viejas, pasaron por la memoria de Vittoria en un extenso catálogo de recuerdos que mostraban la presencia de Vasil en su vida. No pasaban en forma cronológica, tampoco por importancia, solo aparecían, vinculadas de alguna forma.

—Vasil siempre fue muy serio y callado —dijo finalmente—. Siempre estaba con su padre, no con los otros niños, nunca hablaba, y si saludaba lo hacía con la cabeza, sin sonrisas ni acercamiento, respetuoso. A pesar de su actitud distante y poco amigable, yo pensaba que era el niño más lindo que había visto en mi vida. —Sin darse cuenta Vittoria estaba sonriendo—. Así que le pregunté a mi mamá qué pasaba con él, si era tímido, no podía hablar o algo así, y me dijo que no hablaba bien el idioma. Una mañana lo embosqué, esperé que llegara con su padre y le enseñé un bote de helado de fresa diciéndole en voz alta y con las sílabas bien marcadas «helado», luego le mostré la cuchara y dije en el mismo tono «cuchara», me llevé la cuchara a la boca y dije «comer» y finalmente puse en sus manos el helado y la cuchara, sonreí y moví las manos como para hacerle entender que tenía que imitarme.

—¿Qué edad tenías?

—Cuatro, cinco, no recuerdo exactamente.

—Siempre fuiste muy mandona.

—Supongo. —La sonrisa de Vittoria se ensanchó más—. Pero logré que me sonriera de vuelta y que llegara a la casa cada tarde y me dijera «helado», y yo tomaba un bote del refrigerador y nos lo comíamos en silencio sentados en cualquier rincón.

—Pensé que había sido Vin su primer amigo, como son de la misma edad...

—No. Cuando llegaron los Putrov, mi abuelo todavía vivía con nosotros. Trataba a Vin como si fuese un Mesías y no le agradaba Iván y su familia, pero cuando se fue a Italia, o mejor dicho, cuando mi padre lo forzó a irse, Vin se dio cuenta de que, sin importar lo perfecto que el abuelo lo consideraba, estaba en serios problemas. No podía controlar su genio ni sus cambios, era inestable y, extrañamente, se le hacía muy difícil permanecer en forma humana. Era un lobo que, algunas veces, se ponía otra piel. Eso lo convertía en un peligro para los otros niños, para todos. Por eso siempre lo emparejaban con Vasil, en la escuela y en cualquier otra actividad, porque era el único que no le tenía miedo, el único al que no podía lastimar. Así fue que se volvieron uña y mugre, siempre juntos. Vasil le enseñaba a Vin a controlarse y, Vin le enseñaba a Vasil a divertirse, un perfecto e indiscutible *bromance*. De hecho, Vin es el único de nosotros que habla ucraniano.

—¿En serio?

—Sí, y según Olesya, su acento es mejor que el de Taras. Vasil le enseñó, era su manera secreta de comunicarse y cada vez que Vin estaba por perder el control, Vasil se acercaba y le murmuraba una palabra.

—¿Qué palabra?

—No lo sé. Sonaba como *Otruta* o algo así. Una vez le pregunté a

Iván, me dijo que significaba... —Vittoria miró hacia el frente, al vacío, mientras finalmente entendía—, veneno. —Se volvió a ver a Calen, quien también se había sentado en la cama—. Matar te envenena...

—Nunca he escuchado algo tan estúpido. —Calen hizo una mueca—. Si eso fuera así no habría convictos por homicidio porque todos estarían muertos, yo estaría muerto, tú estarías muerta, y tu precioso Vasil Putrov no hubiese llegado a la adolescencia porque era el peor de todos.

Los ojos de Vittoria se abrieron por la sorpresa. No podía creer que Calen hubiese dicho algo tan terrible. Incluso su cuerpo reaccionó apartándose un poco, como si el golpe hubiese sido real, físico.

—Incluso, hay quienes pudieran pensar que se trató todo de justicia poética —prosiguió Calen con una sonrisa cínica—. Su vida por tantas otras que él tomó. «Los placeres violentos, poseen finales violentos», dijo Shakespeare.

—Creo que me voy. —Vittoria se puso de pie.

—Aprovecha y dile a tu hermano que ajuste los testículos. No puede andar sollozando porque le arrancó la garganta a alguien con los dientes. Le hace mal a su imagen de tipo violento e incontrolable.

—Calen también se puso de pie—. A fin de cuentas, siempre fue más lobo que hombre y eso es lo que los lobos hacen. No veo por qué tanto drama.

—Cállate.

Vittoria fue hacia la salida, pero Calen le cerró el paso.

—Al menos tu padre, finalmente, hizo algo que respaldara toda la leyenda tras su nombre: ordenó el asesinato de tu tío. Aunque ganó algo de respeto, creo que tu madre no está muy complacida con el

lado implacable de su esposo, pero qué se le va a hacer. —Se encogió de hombros—. Nadie puede tenerlo todo y es mejor no ser considerado un pusilánime sentimental que un mal marido.

—No hables de mi padre... —Vittoria levantó la mandíbula y lo miró desafiante.

—¿O qué? ¿Vas a asesinarme? ¿Cortarme el cuello? —Calen sonrió cínico—. Nunca me dijiste cómo asesinaste a ese hombre, lo que sentiste. ¿Te hizo sentir poderosa? ¿Fuerte? ¿Finalmente te sentiste una de nosotros? Pobre niña loba, siempre hablando de humanidad cuando lo único que realmente deseaba era ser como los otros y no podía.

—Cállate.

—Hay algo curioso acerca de la sangre. —Calen se miró las manos y sonrió—. Siempre parece pegarse a tu piel y cuesta un montón lavarla. Se te mete debajo de las uñas y sigues sintiendo su calor, su textura pegajosa...

—¡Cállate! —lo interrumpió Vittoria dando dos pasos atrás, tapándose los oídos con las manos y cerrando los ojos.

Estaba teniendo problemas para respirar y la imagen del enfermero con la sangre brotando de su cuello, bañándola, regresó en alta definición. La veía en sus manos, sentía su calor, casi podía olerla.

—¿Por qué debería callarme? —Escuchó a Calen acercarse—. Dices que no sientes nada y esta es la forma en que una persona que no siente nada describe lo que pasó: Vasil está muerto, su cuerpo deteriorándose bajo la tierra, sin alma, sin vida. No volverá a sostener tu mano ni a comer helado contigo escondido en un rincón. No puede ayudarte más porque lo asesinó el hermano de tu mejor amiga.

Vittoria vio el rostro de Vasil en su mente, justo en ese momento

en el que se encontraron el pasillo del laboratorio, vio su sonrisa tan cerca que creyó que podría tocarla, escuchó el comentario sobre sus zapatos y luego nada, solo un cuerpo desnudo y frío, cubierto de sangre, en el suelo.

Fue como abrir las puertas de una represa. Todos esos sentimientos que había echado a ese lugar oscuro y silencioso dentro de su cuerpo, resurgieron con rabia, todos al mismo tiempo, con la fuerza de la venganza.

Vittoria no sabía quién estaba gritando hasta que los brazos de Calen la rodearon y supo que ese chillido que perforaba sus oídos provenía de su garganta. Estaba de rodillas en el suelo, llorando, gimiendo, gritando y no podía hacer otra cosa. Su cuerpo había dejado de pertenecerle y era solo una masa de dolor que salía a borbotones a la superficie.

No supo cuánto tiempo estuvo así, de rodillas, siendo brutalmente golpeada por su propia pena, pero Calen no la abandonó. Sus brazos la rodeaban ofreciéndole el único asidero a la realidad, el único freno que evitaba que se partiera en dos, el único calor en ese desierto helado en el que se encontraba su alma.

Eventualmente las lágrimas se le terminaron, aunque el deseo de llorar todavía estaba allí en el centro de su pecho, y solo quedó el dolor en los ojos, el ardor en la garganta, y ese cuerpo sólido del que no quería separarse.

—Te odio —dijo y su voz salió ronca.

—No, no lo haces —le respondió Calen y besó delicadamente su cabeza—. No lo haces.

Siguió así abrazada a él, dejando que su cuerpo traidor contradijera sus palabras, así como el aleteo fantasma de su corazón

roto que solo parecía calentarse en su cercanía.

—¿Calen?

—¿Sí, amor?

—¿Alguna vez volveré a estar bien? ¿Alguna vez dejará de doler?

—Te lo prometo. —La apretó un poco más y volvió a besar su cabeza—. Pero primero debes sentirlo, todo, y sobrevivir al dolor un día a la vez, hacer las paces con él y contigo. Solo así disminuirá poco a poco, desgastándose. Si lo guardas dentro, solo estás posponiendo la sentencia.

—Me decía que solo necesitaba un poco más de tiempo, que necesitaba poder terminar esa noche y luego el día siguiente. Al pasar de los días se me olvidó dónde estaba el dolor, en qué lugar lo había escondido y pensé que se había ido.

—El dolor es como uno de esos espíritus que se convocan por un tablero de guija. Tienes que despedirlos o de lo contrario se quedan contigo, caminando a tu espalda, carcomiéndote de adentro hacia afuera y cuando te das cuenta que siguen allí puede ser demasiado tarde.

—Eso es un poco espeluznante. —Vittoria levantó la vista para encontrarse con su mirada—. Incluso viniendo de un gato aficionado a leer tantos libros raros.

—Soy un gato espeluznante. ¿No has escuchado las historias?

Y sin esperarlo Vittoria sonrió y obtuvo de vuelta la más cálida de las sonrisas.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó sintiéndose una traidora con su familia y sus sentimientos solo por permitirse sonreír.

—Sigues adelante, conmigo a tu lado, obviamente. Necesitas de todo mi espeluznante conocimiento, pues ha quedado demostrado

que cuando no estoy contigo te vuelves un desastre y hay mucho por hacer, mucho que va a derrumbarse antes de que puedas levantarlo.

—No soy la misma. ¿Cómo puedes quererme todavía?

—¿Cómo no podría? Sigues siendo preciosa, orgullosa, valiente y un poquito irresponsable. Ya te dije que no me resisto a esa combinación en una mujer. Además, me tomó mucho trabajo convencer a tu padre...

—No deberíamos estar bromeando.

—No. Deberíamos estar besándonos.

Y sin pedir permiso ni disculpas, Calen la besó y ese beso le dio a Vittoria la certeza de que mañana sería un día mejor porque estaba con la persona adecuada, una que no la salvaría del mundo, sino que le permitiría enfrentarlo y estaría siempre después para recoger los pedazos.

AGRADECIMIENTOS

Primero que nada, a ti lector, ya sea que hayas estado conmigo desde el principio de este viaje o que esta sea la primera novela con mi nombre que lees. Muchos libros se publican diariamente, en distintos formatos y de las más variadas temáticas. El hecho de que estés aquí, en esta página final, significa el mundo para mí.

Embarcarme en la aventura de autopublicar una historia no fue fácil. Tras trabajar durante muchos años al amparo de una gran editorial donde lo único de lo que tenía que preocuparme era de escribir, si bien es el sueño de muchos, te ciega en lo que respecta a buena parte del proceso que significa publicar un libro, aunque solo sea en formato digital. Además, te vuelve «cómoda».

Salir de esa zona de confort y adentrarme a lo Piel no fue fácil. Por eso mi eterno agradecimiento a las escritoras Miriam Meza y Kristel Ralston.

Miriam casi me hizo un tutorial de maquetación y edición, y siempre estuvo allí, respondiendo lo más rápido posible todas mis preguntas, tal vez algunas eran un poco tontas, pero nunca lo dijo.

Kristel, a quien no conozco sino a través de sus libros, fue encantadora contestando, casi de manera inmediata, un mensaje de Facebook que le envié y luego todos los que siguieron. Compartió conmigo algunos datos e impresiones y siempre me repitió que, en caso de cualquier otra duda, ella estaría allí.

También quiero agradecer a la diseñadora Karolina García Rojo. No pudimos trabajar juntas en esta oportunidad, por razones ajenas a ambas, pero es de esas personas que se toman su trabajo en serio y

cualquier proyecto se convierte en prioridad automática, aun cuando sea solo una idea. En nuestras breves conversaciones, me enseñó un montón sobre diseño, portadas y nuevas tendencias. Estoy ansiosa por poder trabajar con ella en un futuro.

Miriam, Kristel y Karolina demostraron que, a pesar de lo que muchos puedan decir, en este mundo de la novela romántica, hay personas solidarias y dispuestas a ayudar.

También gracias a mi hermana, Patricia Forucci Rios, quién en mi momento de necesidad, salió de su retiro como diseñadora gráfica y me regaló esta portada preciosa solo para hacerme sonreír un poco.

Leer y escribir son dos caras de la misma moneda, son acciones que existen juntas, en el mismo espacio. No hay lector sin escritores, ni escritores sin lectores. Continuemos apoyándonos, nosotros contando historias y ustedes desapareciendo en ellas, dando sus opiniones, haciendo campaña por esa actividad tan deliciosa que es leer.

Como escritora siempre me gusta saber sus opiniones, me ayudan a crecer a mejorar. Siempre estoy en Twitter [@ErikaFiorucci](#) y en Facebook esperando para contestar sus mensajes.